

LISSA EVANS



CORAZONES IMPERFECTOS

Este es el espacio reservado para la frase



boveda

LISSA EVANS



CORAZONES EN RUINAS

boveda

Índice

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

SEGUNDA PARTE

12

13

14

15

16

17

18

TERCERA PARTE

19

20

21

22

AGRADECIMIENTOS

Créditos

A Kate Anthony y Gaby Chiappe

+++

PRÓLOGO

Se le perdían las palabras. Al principio resultaba divertido.

—La cajita con cosas... —decía Mattie dando vueltas por la cocina y ondeando distraídamente las manos surcadas de venas malvas—, la cajita con cosas que encienden llamas. ¡Es una canción, Noel!:

*La cajita con cosas que encienden llamas,
no recuerdo cómo diantres se llaman.*

O como cuando, desde lo más alto del parque natural de Hampstead Heath, contemplaba el bosquejo azul grisáceo en el que la distancia transformaba Londres y preguntaba:

—Aquella iglesia con cúpula... ¿Cómo se llamaba?

—Catedral de Saint Paul.

—Exacto. El nombre del arquitecto era algo así como Cristo... Christian, Chris...

—Christopher, Christopher Wren.

—De nuevo estás en lo cierto, joven Noel. No obstante, puesto que el caso que nos ocupa es una catedral, no puedo sino pensar que *sir* Cristo Wren suena mucho mejor...

Después de un tiempo, dejó de tener gracia.

—¿Dónde está mi... mi...? —Su madrina se bamboleaba en zapatillas por el salón: los pies apenas lograban sostener su abultado cuerpo—. ¿Dónde diantres estará esa cosa, la azul, la que me pongo por los hombros, la cosa azul...?

Algunas palabras resurgían pasados unos días; otras, caían para siempre en el olvido. Noel comenzó a hacer etiquetas: «CHAL», «RADIO», «MÁSCARA DE GAS», «CAJÓN DE LA CUBERTERÍA».

—Qué jovencito más servicial —lo halagaba Mattie agachándose para

besarlo en la frente—. Asegúrate de guardarlas antes de que Geoffrey venga a vernos —añadía con repentina lucidez.

Tío Geoffrey y tía Margery vivían a poco más de un kilómetro, en Kentish Town. Tío Geoffrey los visitaba un domingo al mes para tomar el té y una vez al año por el cumpleaños de Mattie, a quien siempre obsequiaba con alguna manualidad hecha por él mismo o por tía Margery.

—En ocasiones —señaló Mattie examinando otro antimacasar más de punto de cruz—, tener una chimenea en casa resulta de gran utilidad. Noel, ¿qué es lo único más importante que el dinero?

—El buen gusto.

—Algo que Geoffrey y... pechos...

—Margery.

—... nunca tendrán.

En sus visitas mensuales para tomar el té, tío Geoffrey lucía una perenne sonrisa y hablaba de su empleo como recaudador de la contribución, de los marcos de marquetería que fabricaba en los ratos libres y del delicado estado de salud de tía Margery, el cual le impedía salir de casa. Sus dientes eran almenas regulares y bien espaciadas; a Noel le gustaba imaginar a diminutos soldados asomándose entre ellos y disparando flechas por la habitación o vertiendo plomo fundido por la barbilla de tío Geoffrey.

—¿Y tú qué has estado haciendo últimamente, jovencito? —solía preguntarle—. ¿Disfrutando de algún pasatiempo? ¿Aeromodelismo? ¿Filatelia?

—Los pasatiempos son para quienes no leen libros —contestó Noel en una ocasión. Era una de las máximas de Mattie.

Después del té, tío Geoffrey preguntaba si había algún arreglo que hacer en la casa y Mattie siempre encontraba alguna tarea engorrosa o sucia, como cambiar muebles de sitio, engrasar una puerta... Cuando, ante la amenaza de ataques aéreos nazis, se anunció la normativa de oscurecimiento nocturno de la ciudad, tío Geoffrey se dedicó a pegar papel marrón en los cristales de las puertas y a revisar que ni el más mínimo rayo de luz interior se escapara por las contraventanas.

—Después de todo —decía Mattie—, eres nuestro experto en cuestiones bélicas.

El día después de que el primer ministro Chamberlain regresara de firmar los Acuerdos de Múnich, tío Geoffrey se hizo voluntario del Cuerpo de

Vigilancia y Alarma Antiaérea. Le habían entregado un casco, un silbato y un brazalete.

—Ya sólo te falta el ataque aéreo —señaló Mattie.

Mattie no pensaba que fuese a estallar la guerra.

Vivían en una espaciosa villa de ladrillo rojo y planta cuadrada con un bonito porche de hierro forjado y un jardín repleto de azaleas.

—Una residencia digna de un *gentleman* victoriano —solía decir— o, más bien, el nido secreto de amor donde un *gentleman* de la época victoriana ocultaría a su amante: familia en el céntrico barrio de Mayfair y querida en Hampstead, que por aquel entonces se consideraría una zona periférica terriblemente alejada de Londres.

La calle estaba situada en una delgada estría de la frondosidad de aquel espacio natural de Hampstead Heath y desembocaba sin salida en un verde montículo ocupado por madrigueras de conejos; desde las ventanas traseras de la casa sólo se veían árboles.

—¡Quién diría que esto es Londres! —se maravillaba Mattie casi a diario.

El verano transcurría cálido y lento. A primera hora de la mañana, aún con el fresco, recorrían a pie el kilómetro que separaba el extremo sureste del parque de la cima de Parliament Hill. Luego regresaban dejando tras de sí huellas oscuras bajo la hierba húmeda mientras entonaban canciones de protesta con las alondras como auditorio:

*A medida que vamos marchando, marchando,
traemos con nosotras días mejores.
El levantamiento de las mujeres
significa el levantamiento de la humanidad.
Ya basta del agobio del trabajo y del holgazán:
diez que trabajan para que uno repose.
¡Queremos compartir las glorias de la vida!
¡Pan y rosas!
¡Pan y rosas!
Nuestras vidas no serán explotadas
desde el nacimiento hasta la muerte;
Los corazones padecen hambre, al igual que los cuerpos.
¡Denos pan, pero también denos rosas!*

En el último estribillo, Mattie tarareaba y silbaba a la vez.

—Una habilidad en verdad rara e infravalorada —apuntaba ella— y por la que, he de decir con gran pesar, nunca me han otorgado el más mínimo y merecido reconocimiento.

En el calor de la tarde, con el arrullo de las palomas torcaces posadas en los árboles, Mattie dormía en una tumbona mientras Noel, tendido sobre el césped, leía historias de detectives y anotaba pistas sobre la trama.

—¡Quién diría —suspiraba Mattie—, quién diría que esto es... es...!

En el silencio que siguió, Noel rodó sobre sí mismo y la observó. Sin aviso, aquel rostro cuadrado y seguro perdió su familiaridad, nunca antes había visto aquella expresión: «Es pánico», pensó Noel. En algún rincón de su ser, Mattie se tambaleaba sobre un precipicio.

—Londres —le recordaba el muchacho—, es Londres.

—Sí, claro, Londres —repitió Mattie reclinándose de nuevo.

El día que llegaron las excavadoras ellos se encontraban en la biblioteca. Para cuando regresaron a casa, el primer camión ya rugía de vuelta por delante de la casa dejando a su paso sendos regueros de arena por los bordes de la calle.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Mattie al conductor, mas éste decidió no contestarle.

Siguieron el rastro arenoso hasta el final de la calle, donde se erigía una enorme excavadora roja que ya había arrancado de cuajo unos cincuenta metros de matorrales y ahora mordía salvajemente una elevación de tierra. Junto a la máquina, otro camión esperaba su carga.

—¡No! —gritó Mattie.

Llegaron tres vecinos sudorosos y gesticulando, y luego un cuarto con la expresión adusta de quien ostenta la información.

—Es oficial —anunció—. Acabo de hablar con el ayuntamiento. Lo están haciendo para rellenar sacos de arena porque si empiezan a bombardearnos van a necesitar miles. También están excavando en Hyde Park...

Después de una semana ya no eran una, sino cuatro las excavadoras, y el estruendo de los camiones se paseaba en un constante ir y venir por delante de la casa. El agujero en el parque crecía a diario, sus bordes expuestos, una paleta de amarillos ocres, mostazas, dorados y mantequilla. Cuando soplaba el viento, el césped de la parte delantera de la casa de Mattie se asemejaba más

a una playa que a un jardín, los suelos de toda la casa crujían bajo las pisadas y la señora Harley, la asistenta, comunicó que todo aquel trabajo extra era demasiado para ella y se marchó.

Un día llamó a la puerta un hombre que vendía cien sacos llenos de arena por cinco libras o vacíos por tres peniques cada uno.

—Así los puede rellenar usted misma —aclaró—. Tienen la suerte de vivir en el sitio perfecto.

Mattie le cerró la puerta en las narices.

La ruta de su paseo matutino cambió: debido al rodeo que tomaban para evitar el hoyo al final de la calle, tenían que recorrer otro kilómetro más, lo cual alargaba demasiado el trayecto para la maltrecha pierna de Noel, que siempre llegaba cojeando a casa. A las espaldas de Parliament Hill habían construido un emplazamiento de artillería; en los páramos paralelos a la vía del tren, cavado refugios. Mattie solía otear el horizonte de pie, fijar la vista en los globos dirigibles de defensa antiaérea, inmóviles y suspendidos sobre sus cables invisibles e, incrédula, negar con la cabeza.

—¿No resulta extraño que las arcas siempre estén llenas para la guerra?

En agosto, durante su visita mensual para tomar el té, tío Geoffrey comentó el panorama internacional antes de darle unas palmaditas en la cabeza a Noel.

—Y me pregunto adónde enviarán a este muchachuelo —dijo con su habitual sonrisa.

—¿Cómo que adónde lo *enviarán*? —se inquietó Mattie con brusquedad.

La sonrisa se evaporó.

—Supongo que lo habrás inscrito en la lista de evacuación, ¿no es así?

—No, ¿por qué habría de hacer tal cosa?

Geoffrey parecía confundido.

—No era mi intención incomodarte, Mattie, querida —continuó al tiempo que hacía el ademán de darle una palmadita en la mano, justo antes de juzgar más sensato no hacerlo—. Es sólo que el gobierno... —Se esforzó por volver a colocarse la sonrisa, que esta vez más bien adoptó aire de rictus—. El gobierno considera que, de estallar la guerra, los niños deberían estar alejados de las zonas con más probabilidades de ser bombardeadas.

—No estamos en guerra.

—Puede que aún no, pero probablemente...

—¿Y desde cuándo he tomado yo nota de lo que tenga que decir el gobierno? —inquirió Mattie.

Aquella pregunta no tenía respuesta posible: la habían encarcelado cinco veces por sufragista. Aún conservaba las cicatrices de las esposas en las muñecas.

—¿Quieres que te evacuen? —preguntó Mattie a Noel más tarde.

—No —contestó.

—Estoy convencida de que a Roberta no le importaría que te quedaras con ella en... ¿Dónde era que vivía Roberta? ¿Ipswich? Estoy convencida de que allí estarías a salvo.

—No quiero irme a ninguna parte.

A Noel la idea de los bombardeos le preocupaba un poco, aunque mucho más le preocupaba el que Mattie pareciese haber olvidado que su mejor amiga, Roberta, había fallecido dieciocho meses atrás. Para el funeral, Mattie se había engalanado con sus antiguos distintivos de sufragista: la banda cruzada sobre el pecho y su escarapela blanca, verde y morada.

La invasión a Polonia había comenzado y las vacaciones estivales llegaban a su fin. El sábado anterior a que comenzara el nuevo curso escolar, Noel fue a la biblioteca. Había leído todas las novelas que había en las estanterías del detective lord Peter Wimsey y también de Albert Campion. La bibliotecaria, alta y con bigote, le recomendó que probara con un relato de suspense en lugar de detectivesco.

—Seguro que Eric Ambler no le defraudará.

Mientras intentaba decidir qué novela negra elegir de dicho autor, Noel recibió un golpe en la espalda, entre los omóplatos.

—¡Buenas, zopenco! —vociferó Peter Wills.

Noel le devolvió el saludo dedicándole un gesto, educado aunque desdeñoso, con la cabeza. Peter estudiaba en un curso por debajo de él en la escuela privada de Saint Cyprian. Si bien sólo tenía nueve años y Noel casi diez, Peter solía comportarse con cierta condescendencia porque su padre era reservista. Y porque tenía padre.

—¿Listo para la evacuación? —preguntó Peter—. Mi madre se topó con el muermo del director que le dijo que nos mandan a Gales. Vamos, el colmo de la mala suerte. Pero también dijo que estaremos cerca del mar.

—No voy a ir —dijo Noel—, he decidido quedarme en Londres.

—¡Jopé! —exclamó Peter con envidia—, te vas a cargar todo el

espectáculo en primera fila.

«Podrán imaginarse lo duro que me resulta este golpe, mi largo empeño por lograr la paz ha fracasado...». Mattie cortó la declaración de guerra del primer ministro apagando la radio de un botonazo.

—Imbécil. Pedazo de imbécil. ¡Al cuerno con los *hombres!* Sólo saben solucionar las cosas a tiros. ¡Pum, pum!, estás... estás... —Andaba de un lado a otro del comedor, toqueteándose nerviosamente el cabello y encumbrándolo en una enmarañada corona—. ¿Cómo hemos llegado a esto? —preguntó mirando a Noel.

Tío Geoffrey, que nunca llamaba por teléfono, lo hizo para informarlo de que se había declarado la guerra a Alemania y, de paso, preguntar si necesitaban ayuda para colocar los paneles de oscurecimiento en puertas y ventanas.

—Te lo agradezco, pero nos las podemos apañar —contestó Mattie.

Una hora tardaron, se hizo de noche antes de que terminaran.

—No me gustan las habitaciones sin ventanas —protestó Mattie, que rara vez cerraba las cortinas por la noche—. Sin ventilación, me recuerdan a esos lugares... Los que tienen cerrojos en las puertas y eso.

Noel se despertó de repente en plena noche. Tendido, en la asfixiante oscuridad, escuchaba a Mattie ir de una habitación a otra abriendo con ímpetu las contraventanas.

Al día siguiente, todos los niños habían desaparecido como si Londres se hubiese retraído y los pequeños se hubiesen escurrido por una grieta.

A Noel, que andaba haciendo unos recados, se lo quedaban mirando en la calle. El panadero le preguntó por qué no se había marchado con los demás.

—A buen seguro tendrá entendido que la evacuación no es obligatoria —apuntó Noel con altanería: era la respuesta que Mattie le había dado a un vecino entrometido.

Subió paseando la cuesta que conducía a la escuela y observó el candado y la cadena en la verja donde un cartel rezaba: «Cerrado hasta nuevo aviso». No se le había ocurrido que esto pudiese ocurrir, había imaginado que sería el único alumno en el colegio, que le impartirían clases exclusivamente a él. La escuela pública de Fletcher Road también estaba clausurada y con paneles en las ventanas.

Noel pasó un rato reclinado contra una pared antes de regresar a casa. Mattie odiaba el gobierno, pero era una entusiasta de la educación.

Durante dos semanas, Noel estuvo saliendo de casa a las ocho, vestido con su uniforme escolar y llevando su cartera y su máscara de gas. Después de pasar por la biblioteca, tomaba el autobús hasta lo más alto de Hampstead Heath y caminaba hasta el árbol caído: un roble fulminado por un rayo tres años antes que yacía tendido a todo lo largo en un claro del parque. Casi siempre infestado de niños, ahora tenía aquella magnífica figura despernancada para él solo, así que, sentado en el recodo de una rama, devoró todas las novelas de Eric Ambler y luego todas las de Sherlock Holmes. A principios de la tercera semana, alzó la vista y se encontró a Mattie mirándolo.

—Andaba intentando escuchar algún pájaro carpintero y mira por dónde me encuentro con el más pequeño de la familia, un pico menor haciendo novillos.

—Han cerrado la escuela.

—En ese caso, ¡que nuestra casa sea la escuela!

En los tres días que siguieron, Mattie le impartió clases de verdad: «Grandes mujeres de la historia», «Las causas de la Revolución francesa»; le encargó redacciones: «¿Preferirías ser ciego o sordo?», «¿Qué es la libertad?», «¿Debe la gente tener animales domésticos?», «Argumenta el aforismo del historiador Thomas Fuller: “Todo es difícil antes de ser sencillo”» y se las corrigió con tinta roja y caligrafía inclinada: «Excelente intento, argumentación defendida con brillantez».

La cuarta mañana, llamaron a la puerta. Se trataba de un hombre bajito enfundado en un mono y un casco blanco que dijo ser el vigilante jefe del sector este del Cuerpo de Vigilancia y Alarma Antiaérea de Hampstead.

—Hemos recibido denuncias de que ha infringido usted la normativa relativa al oscurecimiento nocturno.

—¿Denuncias por parte de quién? —preguntó Mattie haciendo resonar la última sílaba como un gong.

—De vecinos —aclaró el vigilante—. Nos han avisado de que han visto abrir y cerrar las contraventanas y apagar y encender las luces como si se estuviese enviando señales. Estoy seguro de que ése no ha sido el caso —se apresuró a añadir al observar la expresión de Mattie—. Dadas las circunstancias, tienen derecho a estar nerviosos, ¿no cree, señora? Y es normal que usted esté perdida con la normativa.

—¿Perdida? ¿Por quién me toma? Sé bien cuál es mi rumbo en la vida.

—He de advertirle que lo próximo será una citación judicial —replicó el vigilante.

—¿Has escuchado eso? —le dijo Mattie a Noel—. Este hombrecillo amenaza con llevarme ante los tribunales.

Al vigilante se le encendió la cara.

—No hay por qué faltar, señora, yo sólo velo por que se cumpla la normativa y, ya que estoy aquí, me gustaría preguntarle si ha adoptado usted las siguientes medidas: colocación de paneles en las ventanas, preparación de cubos llenos de arena y de agua, aplicación de material aislante en una habitación para que haga las veces de refugio en caso de ataque de gas.

—¿Y todas éstas son también jurídicamente vinculantes?

El vigilante negó con la cabeza.

—Entonces, no —contestó Mattie—. Márchese, hombrecito, y vaya a entrometerse en la vida de otro.

—¿Es usted consciente de que los tribunales se toman pero que muy en serio las infracciones a la normativa de oscurecimiento? —inquirió con voz grave—. Y no me refiero sólo a que le pondrían una multa, también podría ir a la cárcel.

Dicho esto, el vigilante se marchó haciendo crujir la arena bajo sus pies hasta llegar a la verja de la entrada. Mattie refunfuñó y Noel la miró: tenía el semblante hinchado y torcido, como si la última frase del vigilante le hubiese asestado un revés con un guante de boxeo.

—A esos lugares —dijo antes de agarrarle la mano a Noel—, nunca.

*

Durante las siguientes semanas Noel pensó en el doctor Long, profesor de Algebra y Física en el Saint Cyprian que explicaba cada ley o principio como si extrajera una joya de un cofre ante la clase. El doctor Long buscaba suscitar interés y solicitaba asombro entre los alumnos, al contrario del señor Clegg, cuyas clases de Geografía eran como sufrir un castigo tras otro: diez azotes de exportaciones principales de la península de Malasia.

—Imaginen —explicó el doctor Long a la clase de Noel el trimestre anterior—, imaginen la palanca de Arquímedes, imaginen cómo se extiende de una estrella de la galaxia a otra; nuestro planeta reposando en uno de los extremos, el centro de la palanca apoyado sobre un fulcro colosal y, en el otro

extremo, envuelto por una nube de polvo galáctico, un hombre con una toga. Este hombre extiende la mano, coloca un dedo en el borde de la palanca, empuja apenas ligeramente... y nuestro planeta Tierra sale disparado por el universo.

Un ligero empujoncito bastaba para trastocar el mundo. La visita del vigilante lo había conseguido: había lanzado a Mattie fuera de su órbita y ahora se alejaba siguiendo un curso que sólo ella conocía.

Mattie elaboró una lista con los vecinos que podrían haberla denunciado ante el vigilante. La comenzó con el señor Arnott, que vivía en la casa de al lado, pero luego fue añadiendo nombres hasta incluirlos a todos.

—Les dejaremos de hablar —dijo a Noel—. De hecho, en realidad preferiría no verlos siquiera.

Ahora, cuando daban su paseo matinal, Noel tenía que adelantarse a la verja de la entrada y comprobar que no hubiera nadie en la calle antes de que Mattie saliera de la casa. La verdad es que ya no se les podía llamar paseos matutinos, Mattie no dormía bien y se levantaba tarde, con lo que cuando llegaban a lo alto de Parliament Hill ya era más de mediodía. Las clases particulares se habían convertido en preguntas o encargos esporádicos: «Treinta y cinco multiplicado por quince», «La invasión del Imperio romano», «El ciclo de vida de la abeja común». En una ocasión, Mattie lo despertó al alba y le pidió que nombrara tres científicos británicos. «Newton, Boyle, Darwin», enumeró Noel bostezando mientras un pajarillo trinaba con estridencia posado fuera en la hiedra.

Los días transcurrían deshilvanados, las comidas cambiaban de horario o simplemente desaparecían. Noel estuvo tres días alimentándose casi exclusivamente de galletas hasta que halló un libro de cocina con recetas de lo más gratificantes: las recetas se le antojaban ecuaciones en las que el resultado correcto se podía comer.

—Muy rico, riquísimo —dijo su madrina de la tarta de moras que elaboró Noel con los frutos que había recogido en el parque, aunque Mattie sólo le hubiera dado un par de bocados. Desde que Noel se mudara con ella, siempre había sido una mujer corpulenta, robusta y fuerte cual tocón de árbol, pero se iba consumiendo poco a poco, se le caían las medias, decía no tener tiempo para comer porque, aseguraba, había demasiadas cosas que hacer.

Una mañana, al bajar de su cuarto, Noel se encontró con que todas las

etiquetas que había hecho para ayudarla estaban tachadas. Tenía en la mano «~~CAJÓN DE LA CUBERTERÍA~~» cuando Mattie entró en la cocina.

—Alguien ha entrado en la casa y ha dejado mensajes escritos, tendremos que cambiar la cerradura de la... la cosa para abrir.

El domingo siguiente, cuando tío Geoffrey llamó al timbre, Mattie permaneció sentada con un libro en su regazo y el dedo señalando el punto de lectura. Noel se levantó, pero ella le hizo un gesto de negación con la cabeza.

El timbre resonó dos veces más; luego se oyó el rechinar de la verja.

—¡Toma! —se congratuló Mattie con aire satisfecho.

—Tengo que ir al servicio —dijo Noel.

El chico salió corriendo escaleras arriba. Echó una mirada furtiva por la pequeña ventana redonda del descansillo y vio al tío Geoffrey aún en la calle observando la casa con cara de pocos amigos. Noel se agachó, contó cien y volvió a asomarse. Geoffrey se había marchado.

—¿Por qué no queremos que entre? —preguntó a Mattie por la noche.

—¿Quién?

—Tío Geoffrey.

—Todos los vigilantes se conocen entre ellos —respondió—, todas las formas de autoridad están conectadas, Angus, así funciona este mundo. La independencia es la única esperanza que aún nos queda. Has de prometerme algo.

—¿El qué?

—No contarle nunca nada a nadie.

—De acuerdo. —Transcurridos unos segundos añadió—: Me has llamado Angus.

—No he hecho tal cosa —pronunció con aplastante certeza.

Aquella fue la primera vez que Noel realmente sintió miedo, un miedo que pronto comenzaría a acompañarlo a todos lados como una fría bufanda amarrada al cuello, como renacuajos coleando en el estómago.

El otoño se presentó cálido y seco. Noel se dedicaba a barrer hojas con un rastrillo y a quemarlas después; Mattie, por su parte, se ocupaba de otros menesteres, si bien Noel desconocía cuáles. Los dos habían empezado a orbitar en diferentes direcciones y sólo se alineaban tres o cuatro veces al día durante las horas de las comidas o en el salón, donde Mattie solía rebuscar en su escritorio y ordenar papeles mientras Noel, sentado en el asiento bajo la

ventana, leía novela negra: primero, todas las de Edgar Wallace y, luego, todas las de Dashiell Hammett. A veces, simplemente se sentaba y contemplaba cómo avanzaban los camiones por el camino dando sacudidas.

Ya no recibían visitas, aparte de los recaderos, el cartero y, un día, una señora que recaudaba donativos para la sección noroeste de Londres del Fondo de Consuelo del Ejército. Desde la ventana del salón, Noel la vio salir corriendo calle arriba perseguida por los gritos que Mattie le profería. Tío Geoffrey no volvió a aparecer; tampoco el vigilante. Por las noches, Noel le daba una vuelta a la casa para asegurarse de que ningún hilo de luz se escapaba por puertas o ventanas.

El invierno llegó de repente: Noel se despertó y vio su propio aliento. El cubo de carbón de la cocina estaba vacío, así que fue a rellenarlo a la carbonera que se encontraba en el jardín trasero. Al deslizar la pesada trampilla hacia arriba se derramó una cascada de carbones pequeños, seguida de un montón de papeles: cartas, abiertas y arrugadas, y un haz de formularios rotos por la mitad. Se agachó, cogió algunos entre los dedos y leyó su propio nombre bajo las manchas negruzcas. Recogió todos los papeles y los llevó a la casita de verano que estaba en una de las esquinas del jardín.

Se trataba de una pequeña casita de marquetería calada construida sobre una plataforma giratoria de forma que se pudiera orientar buscando el sol. En algún momento, la plataforma se oxidó y se quedó atascada mirando al este. Después, la hiedra había trepado por el tejado convirtiendo la casita en un montículo verde que apenas se utilizaba. El paso del tiempo había imprimido un tacto sedoso a la madera de la barandilla frontal. Noel se arrodilló sobre las frías tablas de madera del suelo del porche y extendió los papeles ante sí:

Una carta del señor Clegg, el director del Saint Cyprian, en la que éste sugería que Noel debería reunirse con sus compañeros en Gales.

... a menos, por supuesto, que haya previsto alguna otra alternativa en lo concerniente a su educación, en cuyo caso le agradeceríamos se lo comuniqué a nuestro administrador tan pronto como le sea posible y que, según corresponda, salde la cuenta que tenga pendiente con nosotros. Las plazas en el Saint Cyprian están muy solicitadas, especialmente a la luz de la actual coyuntura internacional. Además,

creo que convendrá conmigo en que otros centros educativos pueden no mostrar la misma tolerancia ante el interés caprichoso de su ahijado por el estudio y su actitud reacia a participar en las actividades de grupo...

Formularios de censo, fechados el siete de septiembre:

Por imperativo legal, se le envía la presente para solicitarle que proporcione los datos indicados en las páginas que siguen. De no recibir dicha información, nos será imposible hacerle entrega de la cartilla de racionamiento que necesitará para adquirir alimentos de primera necesidad o emitir el documento nacional de identidad que habrá de presentar ante las autoridades.

Se ruega utilice tinta negra. Cualquier información errónea o deliberadamente engañosa derivará en sanciones.

Dos cartas de tío Geoffrey y tía Margery:

25 de septiembre de 1939

Querida Mattie:

Como de costumbre, Geoffrey te hizo una visita el domingo, aunque quizás no estuvieses en casa o quizás te encontraras un poco «pachucha» y prefirieras no recibir a nadie. Geoffrey creyó ver a Noel, pero quizás se confundió.

¿Te parece bien que se pase el próximo domingo?

*Un cariñoso abrazo,
Geoffrey y Margery Overs*

9 de octubre de 1939

Querida Mattie:

Te escribo esta pequeña nota sólo para decirte que intentamos llamarte por teléfono, pero debía de haber algún problema con la línea porque no podías oírnos.

¿Os va todo bien a ti y a Noel? ¿Te parece bien que Geoffrey te visite el habitual domingo este mes? Suponemos que puede haber algún arreglo que hacer en la casa y, como siempre, Geoffrey estará

encantado de echar una mano.

*Un cariñoso abrazo,
Geoffrey y Margery Overs*

Geoffrey y Margery siempre se referían a ellos mismos con un «nosotros», parecían estar unidos como los siameses Chang y Eng. Noel se los estaba imaginando a los dos con las orejas pegadas simultáneamente al teléfono. Aunque, pensándolo bien, había sido testigo de aquella llamada: Mattie escuchó en silencio unos segundos antes de colgar.

Tenía las manos tiznadas de negro. Llenó el cubo, lo arrastró de nuevo hasta la cocina y, una vez encendido el fogón, quemó todos los documentos uno a uno, salvo la carta de la Oficina Nacional del Censo. Había decidido que escribiría para solicitar nuevos formularios y que, cuando llegaran, los cumplimentaría él mismo.

Se lavó las manos y preparó una crema de copos de avena para desayunar. Mattie estaba despierta, podía oírla hablar consigo misma. Llevaba unos días haciéndolo de forma intermitente, lanzando observaciones extrañas, inconexas, fuera de un contexto evidente, como si estuviese leyendo un artículo de periódico y comentándolo.

—Nunca pidieron permiso —la oyó decir bajando a medio camino de las escaleras—, simplemente se adelantaron a toda velocidad. Una estupidez, en mi opinión.

Oyó sus zapatillas chancletear sobre otros tres escalones, luego se detuvo.

—Te dije que no, maldita sea —porfió Mattie. Se volvieron a oír las pisadas, esta vez subiendo de vuelta al dormitorio.

Noel se quedó mirando fijamente la cucharada de crema de avena que tenía en la mano: la crema se movía y se percató de que le temblaba la mano. Soltó la cuchara y se agarró las manos entrelazando los dedos. Tenía que estar haciendo mucho frío, pensó, para estar temblando de ese modo.

Encontró un par de manoplas y una bufanda en el armario del recibidor y luego, ya que parecía un tanto absurdo llevar ropa de abrigo en casa, salió. Le invadió el deseo apremiante de ir a algún sitio que estuviese bien lejos, así que se subió al 136 que descendía por Pond Street y no se bajó hasta que giró la curva al norte de Regent's Park. Tan pronto se apeó, escuchó el chillido de los gibones.

Habían pasado al menos seis meses desde la última vez que vino al zoo, el cual parecía ahora una versión desdentada y venida a menos de su antiguo esplendor. Habían trasladado a los pandas y los elefantes fuera de Londres, habían cerrado los acuarios y sacado las serpientes venenosas de la caseta de los reptiles. Le preguntó al guardia qué habían hecho con ellas y éste, que se creía un gracioso, sacó un pañuelo, se lo colocó sobre la nariz y la boca, y fingió estar sufriendo estertores.

—No tuve más remedio. Cuando Hitler arremeta, a la primera bomba que caiga, tendríamos a las cascabel campando a sus anchas por Camden High Street.

Los habitantes que aún quedaban en la casa de los insectos se reducían en su mayoría a hormigas y escarabajos. Noel se quedó mirando la caja de cristal que antes contenía viudas negras.

—Tenía una profesora en la Universidad de Somerville que era igualita —había comentado Mattie cuando estuvieron aquí a principios de la primavera—. Tenía piernas y brazos larguiruchos, y el cuerpo grande y redondo. Al parecer, devoró a su esposo nada más terminar la boda.

Fue a la cafetería y se comió un trozo de pastel. Luego siguió durante un cuarto de hora a un grupo de aviadores canadienses, asombrándose ante el número de palabrotas que soltaban: calculó la media por minuto, que resultó ser veintitrés.

—Tú, chaval —dijo al final uno de ellos—, como no te vayas a la mierda te tiramos con los chimpancés, ¡hostia! Las orejas ya las tienes.

No llegaban autobuses, por lo que comenzó a regresar a pie atravesando el parque de Primrose Hill, pero pronto deseó no haberlo hecho. En el zoo, los únicos niños con los que se había encontrado eran pequeños e iban acompañados de niñeras; sin embargo, aquí había una multitud de chicos colgados de los árboles, jugando al fútbol, insultando a las señoras o cavando agujeros en la pendiente que había hacia el sur. Un grupo estaba inmerso en una competición de escupitajos en la que la diana eran las nalgas de una señora. Cuando Noel pasó de largo, uno de los escupidores se apartó de la banda y dio una zancada para colocarse junto a Noel.

—Hola —saludó el chico en tono poco amigable. Tenía una postilla en el labio—. ¿Adónde vas?

—A mi casa —respondió Noel.

—¿Y eso dónde queda?

—Bastante cerca.

Si comenzaba a caminar más rápido, empezaría a cojear, así que mantuvo el paso.

—¿Por qué no te han evacuado? —preguntó el muchacho.

—¿Y a ti? —replicó Noel con valor.

—Me fui y volví —explicó lacónicamente—, el campo es una mierda. No hay cine, ni golfas, y cagan en un agujero en el suelo. Danos un chelín o te mato.

—No —contestó Noel.

—Pues seis peniques.

—No. No tengo dinero.

—Embustero. —Casi como quien no quiere la cosa, el chico le puso una zancadilla y Noel tropezó—. Ahora van a ser dos chelines, por embustero.

Noel se hurgó en el bolsillo y encontró tres monedas de seis peniques.

—Ahí tienes —dijo.

Se los tiró por encima del hombro y acto seguido intentó ponerse en pie rápido, pero el chico estampó una de sus zapatillas de lona sobre la mano de Noel y giró el cuerpo para recoger el dinero. Tras estudiar atentamente las monedas, volvió la vista y le dijo:

—Hala, ya puedes irte a casa con tu mami.

Aún le quedaban tres medios peniques en el otro bolsillo, lo suficiente para tomar el autobús, sin embargo, sin saber cómo, acabó en los grandes almacenes Woolworth's de Camden Town comprando una bolsa de caramelos tofe y una madeja de espaguetis de regaliz. Se comió un regaliz entero y dos tofes de golpe, sintiendo cómo el pegamento dulce se le pegaba a la boca.

De camino a casa, pasó por casualidad por Mafeking Road, la calle donde vivían tío Geoffrey y tía Margery, en el número 23, en un apartamento en semisótano. Sólo había estado allí un par de veces.

—Una conejera. —Así lo había calificado Mattie después de una de las visitas—. Además, el orden es excesivo, la gente debería vivir en casas de habitaciones amplias y luminosas en las que reine un agradable desorden. Recuérдалo, Noel.

Desde la baranda a pie de calle, fisgó mirando hacia abajo y vio el umbral blanquecino y el conejo de porcelana junto a la puerta de la entrada.

En realidad no eran sus tíos: Geoffrey era el pariente más cercano de Mattie, un primo segundo, pero no guardaba relación alguna de parentesco con

Noel.

—En una analogía literaria reciente —comentó Mattie no hacía mucho—, se comparaba a la familia con un pulpo, un *adorable* pulpo de cuyos tentáculos no logramos escapar. No obstante, yo diría que Geoffrey y Margery más bien son un par de percebes adheridos al casco de un buque ancestral, mientras que tú, Noel, eres el grumete que algún día tomará mi puesto como capitán.

Le había encantado aquella imagen: Mattie y Noel en una carabela como la Santa María, un pequeño cascarón de nuez redondo y de intrincada talla deslizándose viento en popa por el océano con ondeantes gallardetes. Aunque, visto el reducido número de tripulantes, el tiempo tendría que serles propicio.

Permaneció un rato junto a la baranda hasta que se le terminaron las chucherías, inclinando la cabeza hacia atrás y sorbiendo el regaliz como si fuesen espaguetis de verdad. Luego, arrugó la bolsa y la tiró abajo para romper la pulcritud de la entrada. Tardó una hora en recorrer lo que le quedaba del camino de vuelta.

La casa estaba congelada y la calle atestada de rugientes camiones. El dormitorio de Mattie estaba cerrado, pero al apretar la oreja contra la puerta creyó oír ronquidos.

Bajó y se arrodilló para abrir el fogón. El sol del atardecer se filtraba por la ventana de la cocina y una luz naranja bañaba todos los objetos. De repente, tuvo la sensación de estar contemplando la habitación por primera vez en semanas: la vajilla con restos reseco que colmaban el fregadero y el escurrerplatos; los montones de baratijas en la mesa, la alacena, el aparador y el alféizar de la ventana; el reguero de zapatos y libros, de medias sin lavar, de corazones de manzanas, de horquillas, de cerillas usadas y de periódicos estrujados, esparcidos por un suelo con más arena que la playa de Broadstairs. Por el hueco de la puerta abierta, aquella marea fluía hasta el salón, donde no quedaba sitio para nada y nada estaba en su sitio, donde el desorden reinante ya no era agradable, sino chocante.

—Fue idea mía. —Oyó decir a Mattie mientras bajaba las escaleras. Aún llevaba puesta la bata a rayas, pero se había calzado unas chanclas de goma y sostenía una linterna—. Y estaba en el mueble de aquella habitación —continuó—. Ni que decir tiene que lo habían escondido. El pan sabe horrible, deben de estar añadiéndole ese polvillo, el de madera. Le dije al chico que eso es lo que hicieron en la Gran Guerra, pero pienso que no me creyó.

—¿Cómo te ha ido el día?

—¡Oh! —respondió Noel pasados unos segundos al darse cuenta de que le había lanzado una pregunta—. He ido al zoo.

—¡Maravilloso! Tostada, creo.

Cortó un par de rebanadas de la hogaza que habían traído por la tarde y luego pareció perder interés, ya que las dejó sobre la tabla del pan sin siquiera untarles mantequilla.

—No veo tres en un burro —se quejó, tras lo cual recitó a George Eliot—: «Oh, oscuridad radiante, oh, rayo amparado en la noche».

—Creo que será mejor que empiece a colocar los paneles en las puertas y las ventanas —dijo Noel.

Cuando bajó las escaleras, Mattie se había marchado. La puerta principal estaba abierta de par en par y el viento la movía ligeramente.

Salió y miró a izquierda y derecha de la calle. La luz había abandonado el cielo dejando una única franja gris suspendida al oeste del horizonte. Un único camión, el último del día, descendía en dirección a Hampstead estremeciéndose al pasar por las rodadas y emborronando el suelo con la escasa luz que atravesaba las pantallas de oscurecimiento colocadas en los faros. Noel esperó a que el ruido se disipara en el ocaso y llamó a Mattie. No hubo respuesta. El miedo le envolvió la piel como una fina película de hielo.

Anduvo unos cien metros por la calle, pero tropezó con una sombra azulada, un reborde disfrazado de agujero, y se raspó la rodilla. Regresó cojeando a la casa y se llevó un cuarto de hora hurgando en los cajones repletos de cosas inservibles y polillas para intentar encontrar otra linterna, hasta que agarró el viejo farol del jardín y un cabo de vela. Aunque probablemente era ilegal, la encendió de todos modos. Para cuando volvió a salir de la casa, ya se había hecho de noche.

A excepción del círculo que alumbraba la vela, era incapaz de ver nada en absoluto. Podría decirse que Londres había desaparecido. Caminaba con cuidado, meciendo el farol, esperando en cierto modo que alguien se diera cuenta y se apresurara a reprenderlo. En cambio, sólo se oía el ruido de sus propias pisadas. En un segundo, distinguió un zorro sentado en un césped sin cortar, pero cuando el farol volvió a balancearse en aquella dirección, el animal ya había desaparecido.

Cuando la calle desembocó en la carretera asfaltada que bajaba a Hampstead, Noel se detuvo. Un automóvil, apenas visible, pasó a toda velocidad. La luz del farol empezó a parpadear, señal de que pronto se

apagaría del todo, y no tenía idea de qué hacer. Quizás debería llamar a la policía, pero Mattie odiaba a la policía y jamás se lo perdonaría, o podría ir a casa de algún vecino. El problema era que, avisase a quien avisase, vendría a la casa y vería el estado en que se encontraba, lo cual sería el punto final para él y Mattie. Sabía que la gente no debería vivir como ellos lo hacían, que se redactarían cartas y se tomarían decisiones, así que dio media vuelta. También podría ordenar un poco la parte de abajo, las zonas a la vista. De todas formas, aunque pidiera ayuda, ¿cómo podría nadie buscar a Mattie si estaba prohibido usar linternas a menos que estuviesen cubiertas por dos capas de papel de seda y apuntando únicamente a los pies? Quizás un perro pudiera dar con ella, un sabueso. Aunque no estaba seguro de que quedaran perros en Londres, hacía semanas que no había visto ninguno. El parque de Hampstead Heath estaba ahora lleno de conejos que habían recortado el tapiz de hierba salvaje hasta dejarlo como el césped de un campo de bochas. ¿Adónde habría ido Mattie?

Se notaba el cuerpo flojo, descosido, como si el pavor hubiese cortado los hilos que lo mantenían de una pieza. Desde los cuatro años nunca había pasado una noche sin ella. Recordó el primer día que llegó a la casa: «¿Te puedes creer que no tengo ni un juguete?», le dijo, y le dio el fósil de una amonita para que jugara. Parecía un gran guijarro gris del tamaño de un bollo de leche, pero cuando levantó la parte de arriba, abriéndola como una tapadera, descubrió el brillante relieve de una espiral nacida en una época remota, hacía cien millones de años.

La vela duró hasta llegar a la verja de la entrada y a partir de ahí caminó hasta la puerta principal a tientas, como un niño jugando a la gallinita ciega. Albergaba la esperanza de que su madrina hubiese regresado, pero no fue el caso.

El abrigo de piel de castor de Mattie estaba colgado de la barandilla, se lo puso y se sentó en el rellano de la escalera, bajo la ventana. Desde allí podría ver la puerta de la entrada y oír cualquier ruido proveniente de la parte de atrás. Transcurrido un rato, fue a su dormitorio a por la amonita. Al principio le resultó helada como el hielo, pero la resguardó bajo el abrigo y para cuando despertó ya se había calentado.

Una pálida luz dorada se filtraba por las contraventanas. Tenía el cuello agarrotado; bajó las escaleras como si fuese un anciano, pero Mattie aún no había regresado. Abrió la puerta y salió a buscarla.

PRIMERA PARTE

Hitler les hacía burla desde el otro lado del canal de la Mancha y Londres había decidido evacuar de nuevo a los niños, tanto a los que habían regresado como a los que no llegaron a marcharse. En esta ocasión, Noel entraba en el lote, a pesar de que, una vez más, nadie se lo había consultado. Margery le había preparado la maleta y Geoffrey lo había acompañado a la escuela de primaria de Rhyll Street cual escolta a un prisionero. Ni que estuviese pensando en fugarse: ser enviado con toda una clase llena de niños a los que odiaba continuaba siendo mejor alternativa que su vida en el 23B de Mafeking Road.

Cuando sonó el silbato en Saint Pancras vio cómo el jefe de tren se retiraba del andén. El ferrocarril abandonó la cúpula de cristal de la estación, ahora cubierta de paneles, y la luz del sol le abofeteó en la cara. Escribió: «Estoy sentado junto a Harvey Madeley. Su trasero es tan ingente que lleva puestos unos pantalones de su padre cortados por encima de las rodillas».

—Pues aquí estamos todos —dijo el señor Waring al entrar al compartimento—, la quinta columna de Rhyll Street, y el joven Noel con lápiz y papel. ¡Uno de ustedes tomando notas!

—¿Adónde vamos? —preguntó alguien.

—Parece que es un gran secreto —contestó el maestro—, no me han hecho partícipe de los planes.

—¿Vamos a Gales?

—Esperemos que no.

—En Gales no hablan inglés —sentenció una de las gemelas Ferris.

«La única diferencia apreciable entre las gemelas Ferris —escribió Noel— es que una de ellas supera en necedad a la otra».

—Y en Gales comen ardillas —añadió la otra gemela Ferris.

—No pienso ir a ningún lugar lleno de vacas otra vez —se quejó Alice Beddows—. En Dorset veía una vaca cada vez que me asomaba a una ventana y el olor a boñiga entraba por cada una de ellas.

—En Gales ni siquiera hablan inglés —repitió una de las Ferris.

—Una lata de carne cocida —se sorprendió Roy Pursey al rebuscar en la bolsa de papel marrón que una integrante del Servicio Voluntario de Mujeres le había entregado.

—No abran las bolsas aún —ordenó el señor Waring. Todos a excepción de Noel abrieron las bolsas al momento—, contienen presentes para sus madres de acogida, no refrigerios para el viaje —advirtió el maestro.

Con todo, Roy Pursey ya estaba girando la llave de la tapa de su lata de carne cocida. Noel observó cómo los gránulos de carne picada asomaban por los bordes.

—¡Galletas! —exclamó Harvey Madeley.

—Puede que cuando nos encontremos en mitad de la noche marchando cuesta arriba por la costa noroeste de Escocia —advirtió el señor Waring—, se arrepientan de su repentino ataque de gula. —Dicho lo cual, se reclinó en su asiento y abrió un libro.

Al otro lado de la ventana, Londres se movía muy despacio. En su mayoría, las vistas se reducían a patios traseros y ropa tendida, aunque si aplastaba la mejilla contra la ventana podía ver suficiente cielo como para divisar los globos cautivos y parte de los cables metálicos que los sujetaban al suelo creando barreras de defensa antiaérea ante ataques de baja altitud.

—Tengo que ir al servicio —anunció Shirley Green.

—En Dorset —dijo una de las gemelas— sólo tienen un váter fuera, por eso nos volvimos. Llamamos a nuestra madre y ella vino a recogernos. Nos dijo que si nos quedábamos allí íbamos a pillar la fiebre tifoidea, señor Waring.

—¿Mmm?

—Sólo nos podemos quedar en un sitio que tenga váter dentro. Nuestra madre nos ha dicho que...

—Donde yo estaba ni siquiera había electricidad —interrumpió Roy Pursey—, usaban velas de mierda.

—Castigado —sentenció el señor Waring.

—No estamos en el colegio, señor.

—Así y todo, lo primero que haré cuando volvamos a tener clase será castigarle por utilizar un lenguaje soez.

El tren cruzó un puente y Noel atisbó durante unos segundos un camión que pasaba por la carretera de abajo cargado de soldados. Si Hitler invadía Londres, como probablemente sucedería, la próxima vez que regresara a la

ciudad puede que las calles estuvieran repletas de nazis y que todos tuvieran que aprender alemán. A tío Geoffrey, como miembro del Partido Conservador, lo enfilaban contra una pared y lo fusilaban.

—¿A qué viene esa cara de felicidad? —preguntó Roy Pursey.

—A nada —contestó Noel.

—¿Qué hay en el cuaderno?

—Nada —repitió.

Roy se lo arrancó de las manos y entrecerró los ojos intentando descifrar las líneas de símbolos.

—Esto no hay quien lo entienda —concluyó.

Noel, satisfecho, le arrebató el cuaderno. Se trataba de un código muy simple denominado cifra Pigpen y acababa de escribir: «Roy Pursey es el chico más ignorante y desagradable de la escuela de Rhyll Street».

El tren aceleró al pasar por los barrios periféricos de Londres. Noel escribió una lista de personas que deberían ser enfiladas contra una pared y fusiladas. La siguiente vez que miró por la ventana, vio un campo con una cabra.

—¡Es una vaca! —gritó una de las hermanas Ferris.

—Y hay un caballo montado encima de otro caballo —dijo Shirley Green—. Justo encima. ¿Por qué hacen eso, señor Waring?

—Si un tren viaja a una velocidad media de setenta y dos kilómetros por hora durante tres horas y media —comenzó el docente—, y después a una velocidad media de treinta y cinco kilómetros por hora durante cinco horas y quince minutos, ¿cuánta distancia habrá recorrido?

Noel anotó «cuatrocientos treinta y nueve kilómetros» en su cuaderno y pasó a contemplar el paisaje de campos llanos y apacibles. El tren redujo de nuevo la velocidad.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó una de las gemelas Ferris.

—Sólo acabamos de salir de Londres, Doreen —explicó el señor Waring.

Sin embargo, el tren fue aún más lento y por la ventana comenzaron a aparecer casas.

—Es un pueblo —dijo Roy Pursey.

—Una ciudad pequeña —corrigió el maestro—: Saint Albans.

—No debería decírselo a nadie, señor —advirtió Roy Pursey—, puede que haya espías escuchando.

—¿Y cuál de sus compañeros es sospechoso de estar al servicio del Tercer

Reich?

—¡Yo no! —se apresuró a decir Harvey Madeley.

—La clásica estratagema de despiste —dijo el señor Waring—. Harvey es su espía.

Roy negó con la cabeza y clavó la mirada fijamente en Noel.

—No, señor. Tiene que ser alguien salido de la nada que ha empezado a venir a nuestro colegio hace seis meses y que nunca habla, y que cuando lo hace es un finolis y que se lleva todo el rato anotando cosas.

—Estamos parando en una estación —dijo Doreen Ferris entusiasmada—. ¡Hemos llegado!

Una señora corpulenta con sombrero verde y dientes amarillos les sonreía ostentosamente al otro lado de la ventana.

—¡Hola, londinensitos! —saludó a voces—. Bienvenidos a un lugar seguro.

*

Vee paró con un plato en la mano y miró por la ventana de la cocina al grupo de niños que avanzaba perezosamente.

—Evacuados —comentó—. ¿Te dije que los vi esta mañana? Los llevaban a Mason's Hall para distribuirlos entre las familias y ¿sabes quién estaba en la puerta recibéndolos y dándoles palmaditas en la cabeza a medida que subían los escalones de la entrada? El concejal rubio ése, el hijo de... El que fue tan grosero conmigo la semana pasada. Hace cualquier cosa con tal de pillar una foto en el periódico y, con suerte, algún que otro piojo.

Al bajar del tren, los niños sintieron curiosidad, luego, entusiasmo y emoción; ahora sólo quedaban unos cuantos sin familia de acogida. Vee los observó caminar arrastrando ya los pies por el camino: uno bostezaba, otro fruncía el ceño, un tercero interrumpió la marcha para estornudar estrepitosamente. «Los siete enanitos», pensó; hasta había un retrasado con orejas de soplillo que cojeaba a la cola del grupo. Lo único que estropeaba el cuadro era la funcionaria del Servicio de Alojamiento para Evacuados, demasiado metidita en carnes como para hacer de Blancanieves.

—Ahora lo intentará a las afueras, en las casas de Green End Cottages —continuó Vee—. Irene Fletcher acogió a tres el año pasado, pero todos han vuelto a Londres. Y no es que me extrañe, porque si tuviera que escoger entre Irene Fletcher y una bomba, no lo dudaría ni por un momento.

A su espalda se elevó un canturreo de espeluznante dulzura, como el musical sonido de una sierra. Vee se giró y vio a su madre sentada a la mesa, con la pluma planeando sobre una carta a medio escribir y la cabeza inclinada en dirección a la radio. Llevaba puestos unos auriculares con un cable que atravesaba la cocina colgando a la altura de las rodillas.

—¿Estás cantando? —preguntó Vee—. Mira qué bien.

Se giró de nuevo hacia el fregadero con el ánimo ligeramente levantado por ver a su madre contenta. Ese día Vee estaba enfadada y sabía bien por qué.

Sólo había una o dos personas en las que intentaba no pensar con todas sus fuerzas. El primero, el concejal rubio, que había hecho campaña en la calle para que los viandantes se apuntaran a la Semana del Ahorro Nacional y así contribuir a los gastos de la guerra, y que le había gritado delante de todo el mundo acusándola de falta de patriotismo cuando advirtió que Vee trataba de escabullirse por Holywell Hill para evitar toparse con él. ¡Ahorro!, le dieron ganas de reír. El otro era el capataz de la fábrica de medias Ballito. El mero hecho de recordarlo la hacía encogerse de rabia y humillación. Bueno, sin olvidar a su actual casero, Croxton, de la chatarrería Croxton, con sus desagradables comentarios: «Señora Sedge, ¿puede informar al inútil de su hijo de que “hacer con frecuencia rondas por las instalaciones” no significa “tener diez horas el culo pegado a la silla?”». Ni a Ezra Rigg, quien se dignaba a llamarse recaudador de impuestos cuando en realidad no era más que un simple matón, ni más ni menos; ni a Vic Allerby y sus *trabajitos*, como si ella disfrutara dejándose los dedos cosiendo pasamanería de saldo; ni a la señora Pilcher, que le mintió descaradamente cuando le dijo que a su casa sólo le hacía falta *una limpieza ligerita* cuatro días a la semana; ni a Farrel, el carnicero, con su «no somos la beneficencia, señora Sedge»; ni a la cliente del mostrador de bufandas de Woolworth's, en Harpenden, que no podía haberse metido en sus propios asuntos; ni, por descontado, a Irene Fletcher de Green End Cottages. Irene se le había colado en la cabeza y, como sales de fruta, no paraba de burbujear en su mente.

Se encontraron por casualidad el jueves pasado en el andén de la estación de Saint Albans.

—Buenas, me alegra volver a verla aquí —saludó Irene—. ¿A visitar otra vez a su tío Clive al hospital?

Ésta era la excusa que Vee había inventado cuando se la encontró la semana anterior, aunque en realidad se dirigía a Luton para sondear si podía ser un

buen lugar donde poner en práctica un pequeño negocio que tenía en mente.

—¡Y mira qué elegante que va! —añadió Irene clavándole los ojos como botones de presión metálicos—. Vamos, el bueno de su tío es un hombre con suerte. ¿Qué era lo que tenía?

—Úlceras.

—¡Ah! ¿Ya no es una piedra en la vejiga como la semana pasada?

—Tiene de todo —contestó Vee a la ligera.

Cuando llegó el tren, se encerró en el servicio de tercera clase y no salió hasta llegar a Luton. Una vez allí, estaba todavía tan nerviosa que acabó tomándose un traguito en el *pub* frente a la estación, el Bird in Hand, tras lo cual no estuvo en condiciones de ejecutar su plan de ir de puerta en puerta pidiendo donativos, así que al final perdió toda la mañana.

El único consuelo era que Irene obviamente se había hecho una idea equivocada y había asumido que Vee iba a encontrarse con un hombre, algo que, después de todo, no tenía nada de ilegal. Podría haber sido alguien perfectamente respetable, un soldado incluso. Así que no había nada por lo que preocuparse a ese respecto.

Así y todo, quizás sería conveniente aprender del encuentro y empezar a anotar lo que contaba a la gente; podría llevar un lápiz y un sobre usado en el bolso para apuntar.

Tío Clive, piedra en la vejiga, planta cuarta, Hospital General de Luton. Dicho a Irene F., 14 de junio de 1940.

Con eso valdría. Y ahora que lo pensaba:

Siempre he sido una amante de los perros pequeños. De niña tuve un jack russell terrier que se llamaba Feliz. Dicho a la señora Fillimore, 20 de junio.

Y, ya que estaba:

Fui al colegio con una niña, Eileen, que ahora vive en California. Se casó con un representante y le fue muy bien. Me envía paquetes con tantos fulares de seda que no sabe qué hacer con ellos. Dicho a la agente de Policía después del incidente en los almacenes Woolworth's.

Segunda quincena de mayo.

Y:

Estoy fatal del estómago y no puedo abrir la puerta, hemos caído todos en casa, pagaré la semana que viene. Nota dejada en la puerta a Ezra Rigg, 22 de junio.

Puede que, después de todo, una libreta le viniera mejor que el sobre.

Su madre estaba canturreando de nuevo, una melodía diferente esta vez.

—*Vals Oro y plata* —dijo Vee—, ¿verdad, mamá? ¿*Vals Oro y plata*?

No hubo respuesta. Su madre había doblado e introducido ya la carta anterior en un sobre y había comenzado a redactar otra deslizando la pluma velozmente sobre el papel. Pese a ver doble, su caligrafía era preciosa. En comparación, a Vee le avergonzaba la suya.

—¿Ésa para quién es, mamá?

A modo de respuesta, Vee curioseó las direcciones de los sobres. Se trataba del batiburrillo habitual de correspondencia personal y oficial: primo Harold, el antiguo vecino Phyllis Gladney, el arzobispo de Canterbury y el presidente Roosevelt. El sobre dirigido a Harold era el más grueso. Su esposa era una arpía y su hija se había fugado con un escocés, por lo que se hallaba muy necesitado de las palabras de aliento y consuelo cristiano que su madre le enviaba.

—¿Una taza de té, mamá? ¿Y una tostada?

Su madre levantó la vista y asintió con la cabeza. Al encender Vee el grill, el reloj eléctrico sonó a taza golpeada por una cucharilla: las cinco y media. Ya casi era la hora de despertar a Donald para el trabajo.

Cuando entró en la habitación, su hijo dormía con el edredón sobre la cara. Colocó la bandeja en la mesita de noche y descorrió las cortinas.

—Hace una tarde preciosa —anunció—, de auténtico verano.

Abajo, en el depósito de chatarra, el sol del atardecer había teñido de dorado una pila de tapacubos amontonados y convertido una abollada bañera de zinc en una concha carmesí.

—Te he preparado unas tostadas de queso gratinado. Están muy ricas —añadió—. ¡Ah!, y tienes tres cartas.

Donald se retiró el edredón del rostro y sacó una mano para cogerlas.

Vee había comprobado antes los matasellos, que mostraban la extraña colección habitual: una de Wembley, otra de Luton y una tercera enviada desde Leicester. Dos de los sobres eran amarillentos y de poca calidad, otro era caro y de papel grueso como la cartulina. La escritura era masculina en todos ellos.

—¿Amigos tuyos? —preguntó animosamente.

Donald no contestó, aunque sí hizo un gesto para que le acercara la bandeja, por lo que Vee esperó a que se incorporara para colocársela sobre el regazo. Después de despertarse, solía necesitar un ratito antes de hablar. Siempre había sido así, desde niño, y año tras año Vee le había llamado constantemente la atención y le había regañado pensando que era un holgazán. Pero cuando fue a pasar el examen médico para el servicio militar, el doctor le detectó un soplo en el corazón. Le había explicado que se trataba de una válvula que tenía fugas, que con cada latido un poco de sangre retornaba por el sitio equivocado, por lo que el cuerpo de Donald no aprovechaba el bombeo como debería. Es probable que naciera así. «Cada latido —pensó Vee—, durante diecinueve años...».

Donald se lo había tomado con aplomo, sólo había comentado que ahora entendía por qué siempre se encontraba tan cansado. Vee, por su parte, se sintió invadida por una culpa tan ominosa que sólo parecía poder expiarse con algún tipo de redención bíblica como rasgarse las vestiduras, golpearse el pecho, cortar algo por la mitad. Lo mínimo que podía hacer era cederle su ración de huevo y queso para que reuniera fuerzas, y de chocolate en muestra de su amor.

—¿Cómo te encuentras esta tarde, Donny? —se interesó después de que su hijo soltara el cuchillo y el tenedor y estuviese rebañando las migas restantes con un dedo.

—No demasiado mal, mamá. Un poco cansado.

Se parecía bastante a su padre cuando sonreía, aunque ni que decir tiene que Donald tenía mejor constitución y más pelo. Vee había observado que estaba intentando dejarse bigote. A principios de año se había dejado barba, pero ya se la había afeitado, y la semana pasada se volvió a cambiar la raya del pelo. Últimamente pasaba bastante tiempo mirándose al espejo, por lo que quizás pudiera haber una chica por ahí.

—Estoy haciéndote un rico pastel de carne picada para la cena.

Donald estaba entretenido abriendo una de sus cartas. Vee captó que se

trataba de apenas media página de escritura con una desconcertante ristra de números, pero su hijo alzó la vista y la pilló figoneando.

—Bueno, voy a irme a prepararte algo de picar —dijo Vee.

El encamado asintió. Cuando salió de la habitación, Donald había alargado la mano y estaba extrayendo la agenda del bolsillo de su chaqueta.

Cinco minutos más tarde, mientras guardaba los sándwiches de Donald en una fiambrrera de lata, Vee miró por la ventana. Las vistas eran una de las dos únicas cosas buenas que tenía el apartamento, el cual daba a verdes campos de cebada y al serpenteante Pollard Lane, un camino sin grava ribeteado de hierba que se convertía en lodazal en invierno y en cinta de polvo en el verano. Sin embargo, la vista panorámica desde la cocina se extendía unos cincuenta metros en ambas direcciones, lo que le permitía avistar a tiempo a visitantes inoportunos y evitar a algún vecino, o salir deliberadamente a su encuentro, dependiendo de las circunstancias. El único edificio visible era la casona de la señora Fillimore, con su tejado de pizarra, sin olvidar que a la vuelta de la esquina se encontraban los entrometidos ocupantes de Green End Cottages: en esas casas, el humo de las chimeneas flotaba suspendido permanentemente sobre aquel manojito de vejstorios.

Al principio, Vee pensó que el camino estaba vacío, pero entonces vio a la señora Fillimore dando su preceptivo paseo diario y tirando de su perrito negro. La observó un rato, percatándose, con escepticismo, del brío con el que caminaba. Ochenta y siete, la señora Fillimore tenía ochenta y siete años. ¿Hasta cuándo iba a durar?, ¿cuándo acabaría todo? «Apenas setenta años —decía el salmo 90— y ochenta, si tenemos más vigor: en su mayor parte son fatiga y miseria». Pamplinas. En diciembre, poco después de que se mudaran al apartamento, Vee se encontró a la señora Fillimore tendida en el camino más muerta que viva, parecía estar exhalando su último suspiro. El médico hizo un gesto pesimista, llamaron al párroco, le encontraron una cama en el hospital rural. Algo después, la señora Fillimore se repuso y experimentó una mejoría que el médico calificó de «temporal», momento que Vee aprovechó para visitar las oficinas de Seguros Firebrand y contratar una póliza de vida a nombre de su vecina. Tan sólo le suponía un chelín a la semana y era del todo legal, el corredor de seguros ni pestañeó.

Después de eso, visitó a la pachucha anciana de forma periódica para comprobar la evolución de su estado de salud, sin embargo, cada vez que iba,

la señora Fillimore le encomendaba una tarea («¿No sería mucha molestia que le dieras a Peluchito sus pastillas antiparasitarias, verdad? Sé lo mucho que te gustan los animales...»). Y en cada visita parecía que tanto su salud como su ánimo se iban restableciendo cada vez más.

Eso era lo que pasaba por intentar hacer las cosas bien: el mundo se reía en tu cara. Como el trabajo que aceptó en la sala de embalaje de la fábrica Ballito, justo después de que estallase la guerra: «Te va a encantar trabajar aquí, somos una gran familia, todas las chicas se divierten de lo lindo». Cincuenta minutos caminando de ida y otros cincuenta de vuelta, trabajando todo el turno de pie, sin tiempo para ir a hacer la compra, sin aire porque las ventanas estaban tapadas con paneles para el oscurecimiento, y levantando cajas que pesaban como unas condenadas. Después de dos semanas en ese plan, parecía que le hubiese cogido las piernas prestadas a su madre, así que se tomó un día libre. Cuando volvió a la mañana siguiente, puntual como un reloj, le comunicaron que estaba despedida: «La cuestión, señora Sedge, es que o se es miembro de la familia Ballito o no se es». Cuando salía de la fábrica, se tropezó con un par de artículos de mercancía echada a perder por el agua que, de todas formas, iban a tirar, así que se las metió en el bolso y, cuando se quiso dar cuenta, el capataz la estaba amenazando con llamar a la policía. Al final lo convenció de que no lo hiciera, con todo lo feo y enjuto que era... y peludo también.

No era un episodio que le gustara recordar.

Fuera, la señora Fillimore ejecutó una enérgica media vuelta y arrastró a su perro de vuelta a la casona. En unos segundos, el camino se quedó desierto de nuevo, pero entonces se oyó un portazo y Croxton apareció justo en medio, miró directamente a Vee y movió exageradamente los labios para que pudiera leer en ellos: «Llega tarde». Para añadir énfasis, levantó la mano con las llaves de la chatarrería y las agitó. Vee asintió con una sonrisa y alzó los cinco dedos de la mano, a lo que Croxton respondió sacudiendo la cabeza y dedicándole un solo dedo.

—¡Donnie!

Croxton siguió mirándola con los labios fruncidos y a continuación bajó lentamente la vista y volvió a desaparecer bajo del dintel de la ventana.

—¡Donnie! —insistió Vee intentando sonar alegre y despreocupada—, hora de ir al trabajo.

*

El apartamento no era bonito, ni siquiera práctico: a casi medio kilómetro de la tienda más cercana, atravesado por corrientes de aire, polvoriento, con vistas a la chatarrería y ensordecedores estruendos metálicos durante el día y pisadas arrastradas de ratones durante la noche. De hecho, más que un apartamento era un habitáculo alargado y estrecho construido sobre la chatarrería, con tabiques mal hechos, habitaciones que salían a otra habitación y una cocina que merecía tal nombre por el simple hecho de contar con un fregadero. Hasta las escaleras que conducían a la planta baja eran una chapuza añadida a posteriori en la que cada peldaño tenía una altura diferente, por lo que bajar por ellas se convertía en una sucesión de botes y respingos. La ventaja (la única aparte de las vistas al camino) era que no tenían que pagar alquiler.

Vee había encontrado el anuncio en el periódico local, el *Herts Advertiser*: «Se busca guarda nocturno para un negocio en Saint Albans. Las tareas incluyen la vigilancia de las instalaciones y el control de plagas. Alojamiento incluido». Llamó al señor Croxton para hacer averiguaciones. «Es un buen chico, muy formal —le había explicado a Croxton—, no bebe y apenas fuma. Le gusta hacer crucigramas».

Aquello llegó como agua de mayo, tres semanas después de que Donald entregara su renuncia en la zapatería (lo de tanto agacharse le provocaba unas palpitations horribles) y tan sólo dos días más tarde de que a ella le pidieran que se marchara de los almacenes Woolworth's de Harpenden (y todo por una clienta, sólo *una*). Vee había empezado a preocuparse seriamente por los atrasos en la renta de la casa donde vivían.

«Maná», pensó cuando Croxton le habló del apartamento. Maná. Durante los primeros meses allí, la sencilla felicidad de no tener que buscar diez chelines semanales le había sentado tan bien como unas vacaciones (aunque hasta la fecha no supiera lo que eran unas vacaciones). En cualquier caso, sentía que casi no tenía preocupaciones, se sentía como la bailarina del anuncio de medias Ballito, más liviana que el aire.

Una noche había soñado que se divertía en los barcos balancines con el padre de Donald mientras degustaba una manzana de caramelo, algo inusual en ella, ya que casi siempre soñaba con dinero: con encontrarlo, soltarlo, ganarlo, gastarlo, perderlo. Sobre todo perderlo.

*

—¿Me has llamado, mamá? —preguntó Donald al entrar en la cocina abotonándose la camisa.

—Croxtón —respondió Vee casi disculpándose.

Donald asintió y se sentó a la mesa, dándole un pequeño toque a la tetera con su taza. Vee hubiese preferido que su hijo saliera pitando al trabajo, pero él no era de los que corrían, ni de los que se dejaban sofocar por Croxtón y sus continuos golpecitos señalando el reloj. Había sido un bebé dormilón, un pequeñín satisfecho y un escolar sosegado. Vee daba gracias por el temperamento apacible de su hijo, pues se ahorrraba muchos de los problemas que tenían los demás (por no mencionar moratones). Nunca se mostraba amargado, mordaz o cortante, ni prepotente, ni tenso, ni charlatán... En definitiva, nada que ver con ella. A veces resultaba difícil saber qué pensaba.

Le volvió a llenar la taza de té.

—¿Me puedes lavar una camisa para mañana?

—¿Vas a pasar el día fuera?

Su hijo asintió.

—¿Vas a algún sitio en especial?

Donald sacudió la cabeza y sonrió con tranquilidad. Vee sentía cómo el habitual montón de preguntas se le agolpaba detrás de los dientes. Estas salidas diurnas comenzaron hace unos meses, no mucho después del susto del chequeo médico. Donald nunca decía adónde iba, dónde había estado o lo que había hecho, aunque Vee le había encontrado en los bolsillos de los pantalones algunos billetes de tren a Birmingham, Cheadle y Brixton. En ocasiones, al día siguiente su hijo le daba algo de dinero, un par de libras o así. Vee pensó que podría estar apostando en las carreras de caballos, que quizás tenía un *sistema*. No quería entrometerse, en lo que quiera que hiciera cuando salía, pero no había día que llegara a tiempo para trabajar, siempre tarde.

Vee revoloteaba en torno a la mesa, con un ojo en el reloj, incapaz de sentarse por la tensión de observar a Donald beberse el té a sorbos pequeños y apreciativos; al fin, terminó. Lo besó, le entregó la fiambarrera con la comida y luego vio por la ventana cómo salía a la chatarrería y Croxtón le daba las llaves. No alcanzaba a atisbar la expresión del casero, pero, por el encrespamiento de su espalda, se podía deducir que echaba chispas. La semana pasada había amenazado a Donald con buscarse a otra persona para el

trabajo: «Más te vale darme una buena razón para no ponerlos de patitas en la calle», había dicho a Vee.

Ella aún albergaba la esperanza de que la sangre no llegara al río.

Acababa de empezar a echar media cebolla y uno de los extremos de una hogaza de pan en la picadora cuando vio a los evacuados regresar por el camino. Ya sólo quedaban dos: un enorme bulto de niña que tenía pinta de arramplar con toda despensa que se le pusiera por delante y la criatura de la cojera y las orejas. Se preguntó a quién se le pasaría por la cabeza acoger a un evacuado lisiado, pues no sólo había que alimentarlos, despiojarlos y aguantar el descaro londinense, sino que encima habría que hacer constantes idas y venidas al médico...

Una idea, perfectamente formada y redonda, como una canica, rodó hasta su mente. Vee reflexionó durante un par de segundos y luego se quitó el delantal de un tirón y se ató un pañuelo a la cabeza.

—Tengo que salir, mamá. No tardo nada, será sólo un momento.

Hacía una tarde preciosa, suave, de cielo rosa pálido cual edredón desvaído. No tardó mucho en alcanzarlos.

Noel, al borde del camino junto a Ada, observaba a la funcionaria hablar con la señora flacucha del pañuelo en la cabeza. Estaba tan cansado que los ojos no dejaban de cerrársele para luego abrirse de golpe, por lo que la escena iba avanzando a trompicones como en una película estropeada.

—... y le pagan diez chelines y seis peniques a la semana —oyó explicar a la oficial—, más si moja la cama.

—Parece guapa —comentó Ada con esperanza.

Había dicho lo mismo de cada ama de casa que había visto desfilar aquel día, probablemente un centenar. Después de pasar la mañana en Mason's Hall, donde las familias eligieron a los niños más pequeños y monos, una hilera formada por los más insulsos y los peor vestidos había recorrido el pueblo puerta por puerta en una espiral que se había alejado cada vez más del centro hasta llegar a las afueras.

—Éste es Noel —dijo la oficial haciéndole señas al chico para que se acercase—. Noel, ésta es la señora Sedge, quien ha tenido la infinita amabilidad de acogerte. Le haré una visita en un par de días, señora Sedge, para ver cómo le va a Noel. Por favor, asegúrese de que escribe la postal a sus padres para que así tengan su nueva dirección. Ya está franqueada.

—Parece guapa —repitió Ada.

—Y, por un casual, ¿no habría manera de que también se quedara con...? —
La funcionaria movió la cabeza en dirección a Ada.

—No —se apresuró a contestar Vee.

—Claro, lo entiendo perfectamente. ¡Hala, Noel!, todo listo. Es un buen chico, señora Sedge, muy calladito.

Noel agarró su maleta.

—Ya la llevo yo —dijo Vee quitándosela de las manos—. Pesa un quintal. ¿Qué llevas aquí, ladrillos?

Caminaba rápido, por lo que Noel cojeaba a su lado. El chico pensó que Ada no estaba en lo cierto, que aquella mujer no era precisamente guapa: sus facciones eran angulosas y su semblante preocupado; además, no paraba de mover la cabeza en todas direcciones, observándolo todo, como una urraca junto a un pícnic aguardando el momento preciso.

—Pues aquí es —anunció al detenerse ante un edificio destartado por el que Noel había pasado ya dos veces ese día—. Y ahora, arriba.

El chico se tropezó tres veces subiendo las escaleras.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Vee—. Parece que te fallan las canillas, ¿no? Casi parecía complacida.

—Ya estamos. Mamá, mira a quién traigo.

Una mujer mayor se quitó un par de auriculares, lanzó a Noel una mirada lastimera y luego levantó una pizarrilla en la que escribió un signo de interrogación con una tiza.

—Es un evacuado, mamá. Siéntate por ahí —le dijo a Noel. Se quitó el pañuelo de la cabeza, se ahuecó el pelo moreno y rizado, y le preguntó—: ¿Quieres un poco de pan con margarina?

El chico asintió.

—Escribe la postal, anda.

Noel se sentó en un taburete bajo y se frotó las rodillas como si le doliesen. La habitación era estrecha y nada acogedora; el suelo, de tablones de madera, sin moqueta y remendado con un par de alfombras deshilachadas. La madre de Vee ocupaba el único sillón de la estancia, llevaba un chal de croché sobre los hombros, tenía cojines colocados en la espalda y bajo los antebrazos y descansaba sus pies calzados con zapatillas sobre una manta doblada. Estaba sentada a una mesa sobre la que había una taza de té, un pañuelo, una pizarra y un trozo de tiza, el *Radio Times* con la programación y un paquete de

caramelos de violeta Parma Violet. Mientras la observaba, la anciana cogió uno y se lo metió en la boca. No se parecía mucho a su hija: era pequeña y de facciones redondas y suaves, con un bonito pelo castaño recogido en un moño. Una cicatriz le recorría la frente, justo debajo del nacimiento del pelo, como una delicada hebra blanca.

—Aquí tienes —le dijo Vee a Noel acercándole el plato—. ¿Aún no la has escrito?

—No tengo estilográfica —contestó.

«Un finolis —pensó Vee—, con voz de finolis». Le llevó un lápiz.

—¿Y dónde tienes la postal?

Con reticencia, Noel señaló la maleta con la cabeza. Vee se arrodilló en un abrir y cerrar de ojos (parecía hacerlo todo aceleradamente) y abrió los cierres en un santiamén. La postal estaba arriba del todo.

—¡Madre mía! —exclamó al ver el resto del equipaje—. ¿Se puede saber qué es esto?

—Una amonita.

—¿Tu madre te ha echado una *piedra* en la maleta? ¿Y esto?

—Un abrigo.

Vee pasó los dedos por la piel.

—Castor, y fijate lo que pesa.

Sin pedir permiso, echó el abrigo a un lado; puso encima las zapatillas de estar por casa de Noel; echó un vistazo a la portada de *El misterio del sombrero de copa*, de Ellery Queen; abrió el cuaderno y hojeó las páginas; se abalanzó sobre su cartilla de racionamiento y, por último, hurgó entre los pantalones cortos, la camisa y la ropa interior que había metido a presión en el fondo de la maleta.

—¿Ésta es toda la ropa que traes?

Noel dijo que sí con la cabeza. Había escondido el resto debajo de la cama en Mafeking Road para poder llevarse el abrigo de Mattie.

—¿Y qué hay aquí? —preguntó Vee al levantar la bolsa de papel marrón que le habían entregado en la estación de Charing Cross.

La observó mientras abría la bolsa; por un instante, el semblante de Vee se suavizó.

—Venga, acábate el pan —le dijo mientras llevaba la bolsa al mueble de la cocina.

Con reverencia, colocó el contenido de la misma en la estantería superior: una lata de carne cocida, galletas de mantequilla, dos latas de leche y una tableta de chocolate. Esta semana podría ponerle todos los días un par de onzas a Donald en la fiambreira, sería un pequeño lujo que podría compensar el que Noel fuese a dormir en su habitación, en su cama para ser exactos, ya que no había más sitio libre. Pero ya que Donald dormía sólo de día, podría salir bien... O no tan bien, claro, si el chico mojaba la cama.

Si fuese así, tendría que encontrar una cama plegable en algún sitio, tendría que lavar y secar más sábanas. Además, con uno más en la casa, ni que decir tiene que tendría que cocinar más, comprar más, planchar más, calentar y acarrear más agua, remendar más ropa y comprar más zapatos, por no mencionar las visitas de padres metomentodo.

Le sobrevino la familiar sensación de que el suelo se derrumbaba bajo sus pies, como si estuviera de pie sobre un castillo de arena. Siempre le ocurría lo mismo cuando tenía una idea nueva: durante unos segundos, o incluso horas, júbilo triunfal y, de repente, sssssh... sssssh..., subía la marea y, antes de darse cuenta, las consecuencias indeseadas y los contratiempos le llegaban al cuello.

El chico seguía con la postal frente a él sin haber tocado el lápiz.

—Las señas son: Sedge, Chatarrería Croxton, Pollard Lane.

Noel ni se inmutó, por lo que a Vee se le ocurrió que no escribía porque no sabía; su cuaderno estaba lleno de garabatos y signos tontos.

—Dame eso a mí —dijo arrebatándole la postal de las manos antes de empezar a escribir la dirección—. ¿Les quieres decir algo?

El chico negó con la cabeza. Vee escribió:

*ESTOY CON UNA SEÑORA MUY SIMPÁTICA Y CON SU AMABLE
FAMILIA. OJALÁ PUDIÉRAMOS DARLES UN REGALO PARA DARLES
LAS GRACIAS, COMO, POR EJEMPLO, COMIDA ENLATADA O
INCLUSO UN GIRO POSTAL PARA QUE SALGA ADELANTE HASTA
QUE LE LLEGUE LA AYUDA DEL GOBIERNO.*

—¿Y dónde vives? —preguntó cuando daba la vuelta a la tarjeta.

Noel no contestó.

—¿Con papá y mamá, verdad?

Continuó en silencio. No era un chico agraciado: su cara no era demasiado

simétrica y tenía unas orejas que pedían a gritos que un matón del colegio les diera un tirón.

—Tenemos que enviarla si no queremos meternos en un lío —explicó Vee.

—Doctora M. Simpkin, Green Shutters, Vale of Health, Hampstead, Londres —soltó de corrido.

—¿Y ésa quién es? ¿Tu madre? ¿Tu abuela?

—Madrina.

—¿Y dónde están tu padre y tu madre?

El niño cerró con firmeza la boca, como quien cierra una ventana corredera. Vee se percató de que llevaba un cordón alrededor del cuello, se inclinó para cogerlo y, al tirar de él, una etiqueta marrón emergió de debajo del cuello de la camisa. Noel intentó agarrarla.

—«Noel Bostock» —leyó en voz alta mientras apartaba la mano del chico dándole manotazos. Le dio la vuelta y siguió—: «Al cuidado del señor y la señora Overs, 23B Mafeking Road, Kentish Town, Londres». ¿Y éstos quiénes son entonces?

Noel se encogió de hombros y, de repente, tiró de la etiqueta con tal brusquedad que se dejó una marca roja alrededor del cuello.

—Eso no ha sido muy inteligente por tu parte, ¿no? —le reprendió Vee—. Ahora quédate ahí sentado como un niño bueno. Tengo cosas que hacer.

Hizo té, colocó los paneles para el oscurecimiento en puertas y ventanas, y sacó las flores que tenía que entregar a Vic Allerby para el martes: trescientas violetas para la sombrerería, o lo que quedaba de ella. Hojas de gasa verde, pétalos de crespón lila, centros de fieltro amarillo y un tallo de alambre forrado de lazo. Tardaba menos de noventa segundos en hacer cada una.

Desde su asiento, Noel contempló cómo sus dedos cosían las hojas a los pétalos, pasaban el alambre por el centro torciéndolo al final, adhería las anteras amarillas con una pizca de pegamento y, finalmente, clavaba la flor terminada en un largo de tela marrón. Aunque no apartaba los ojos del trabajo, Vee parecía estar manteniendo una larga y muda conversación con alguien, ya que no paraba de mover los labios y su expresión cambiaba con la rapidez de los dibujos de un libro animado. El único sonido que se oía en la habitación era la voz chirriante del comediante radiofónico Arthur Askey escapándose de los auriculares y algún que otro suspiro de la madre de Vee exhalado mientras hacía serpentear la pluma sobre un papel de carta. Su caligrafía era tan regular que Noel podía leer la carta al revés. Parecía estar escribiendo al primer

ministro, lo que, sin lugar a dudas, era imposible. Pasado un rato, Noel posó la barbilla sobre las manos y se durmió.

Estimado señor Churchill:

Tal y como le escribí en abril al anterior primer ministro, el señor Chamberlain, nunca se sabe lo que le espera a uno a la vuelta de la esquina. Como supongo que el señor Chamberlain le habrá comentado, me he estado correspondiendo con él durante años y su secretario me envió una cumplida respuesta en 1935 en la que me decía que al primer ministro siempre le complacía conocer la opinión del pueblo llano de Inglaterra. En calidad de madre y abuela, así como de cristiana afligida durante años por una dolencia cruel, pienso que es mi deber transmitir el fruto de mis contemplaciones.

1. El pan es malísimo, se me quedan trocitos atrapados en la parte superior de la dentadura postiza. Creo que puede deberse a que la harina esté sucia. Además, no se puede cortar a rebanadas finas porque es como serrar un tronco (y esto lo dice todo el mundo). Nuestro pastor, que es metodista, tuvo la amabilidad de visitarme esta semana y se le quedó un trozo de corteza atravesado en la garganta, podría haber muerto de no ser por mi hija, que le dio un zapatazo en la espalda. En la radio se nos dice que debemos hacer lo posible por subir la moral, pero yo creo que unos panecillos blancos y blanditos harían más por levantar la moral que todos los himnos nacionales de los Aliados juntos. Los ponen en la radio una semana sí y otra también, y el holandés suena a música fúnebre.

2. No se preocupe por los franceses, aquí a nadie le ha pillado por sorpresa. Lo que hubiese chocado es que les hubiese dado por luchar, eso sí que hubiese sido una buena sorpresa.

3. Mucha gente está sacando provecho de la situación actual, y debajo de nuestra casa están vendiendo objetos robados porque justo ayer les oí hablar de cucharas chapadas en plata. Es que el oscurecimiento por la noche se lo pone fácil a los ladrones; además, creo que debería hacerle saber que los civiles voluntarios son una pena

ya que la policía acepta a cualquiera estos días. El marido de una amiga de la parroquia se presentó voluntario a la policía, dice que para contribuir a guardar el orden en las calles, pero ni siquiera puede doblar una de las rodillas y está sordo de un oído desde la batalla de Arras en la Gran Guerra, así que supongo que es el hazmerreír de los ladrones. En lo que respecta a las cucharas, no quiero dar nombres, pero se trata de una chatarrería que se encuentra a un kilómetro al suroeste de Saint Albans. También veo salir y entrar de ahí a irlandeses todo el rato.

4. El cartero nos entregó un panfleto en el que se nos informa de lo que debemos hacer si un paracaidista se presenta en la puerta de casa y lo leí, por supuesto. Resulta que el consejo que dan básicamente consiste en que hay que quedarse quieto, mantener la calma y ser rápido y preciso, justo cuando yo pensaba que lanzar por la ventana objetos de peso (de hierro, por ejemplo) para descalabrarles la cabeza resultaría mucho más efectivo, o agua hirviendo, por ejemplo. Mi primo Harold sugiere que también deberíamos clavar agujas en los panecillos y colocarlos en la carretera para que se pinchen los neumáticos, y éste es otro argumento a favor de los panecillos blancos y blanditos, ya que en el pan que tenemos ahora no habría forma de clavar ni una aguja porque se doblarían (esto ha sido una bromilla).

Bueno, si no le importa, me despido con un poema publicado en el número de primavera de la revista femenina People's Friend:

Cuando el mundo se presenta triste y gris
Y la falta de esperanza te puede abatir
Alza la vista al azul del cielo
Y verás que aún te aguarda algo bueno.

*Reciba un cordial saludo,
Flora Sedge*

Noel había estado alguna vez en una iglesia, aunque no en una fabricada de hojalata. El exterior estaba pintado de un verde pálido y en el interior no había bancos, sólo sillas de anea. La única decoración (a menos que se contara como tal el jarrón de margaritas sobre el altar) era un estandarte bordado que rezaba: «Pelea hasta el fin el buen combate de la fe».

—El Duque de Hierro... —comenzó a explicar el señor Waring alzando la voz con estridencia para que llegara a las últimas filas de escolares—, ¿qué famosa figura militar del siglo diecinueve era apodada el Duque de Hierro?

—El coronel Bogey, el de la marcha militar: «Hitler, un huevo nada más; Göring, dos, pero para atrás...» —comenzó a canturrear Roy Pursey.

—¿Alguien tiene una respuesta seria? —interrumpió el maestro.

Se oyó una pedorreta.

—Arthur Wellesley, primer duque de Wellington —aclaró el señor Waring—, uno de los temas de la clase de esta mañana. ¿Tienen todos pizarra?

No había papel ni lápices. Habían encontrado las pizarras en el armario de la escuela de catecismo de los domingos, así como tres trozos de tiza que el maestro había cortado con su cortaplumas.

—Estoy seguro de que mañana o pasado mañana nos proporcionarán instalaciones más apropiadas —dijo el señor Waring—, pero, mientras tanto, quiero que elaboren una lista con veinte personajes eminentes de la época victoriana, hombres o mujeres, que contribuyeran a mejorar la sociedad durante el reinado de la reina Victoria de 1837 a 1901. Quien tenga la ocurrencia de incluir a Jack el Destripador tendrá que escribir una redacción de tres páginas sobre el tema «La mejora de la sociedad». Tienen diez minutos para elaborar la lista, diez minutos en los que deberán guardar un silencio absoluto.

Por encima del horripilante chirrido de la tiza resonaba la voz de la señorita Lane, que se encontraba junto a la puerta abierta de la entrada contándole el cuento de unos gatitos a un semicírculo de niños de unos siete

años. En el guardarropas, los de párvulos cantaban *Un elefante se balanceaba*, pero, después de media hora con la canción, todavía iban por veinte.

Noel agarró su esquirra de tiza y escribió: «Gnrvtjtm Okrlyouojup». Se trataba de un simple código de sustitución por el que la primera letra de la palabra se reemplazaba por la siguiente letra en el alfabeto, la segunda por la que hacía dos contando hacia adelante y así sucesivamente; si bien, escrito así, la pionera inglesa de la enfermería, Florence Nightingale, parecía un dios nórdico.

Estrujó la tiza entre los dedos y se sacudió las manos de polvo. No quería hacer una lista de eminentes personajes victorianos. No quería estar sentado ahí, en esa sofocante caja metálica. No quería estar en ninguna parte; sentía que el mundo era un chalequillo de crin de caballo que no se podía quitar. Abrió el cuaderno, escribió los nombres de sus compañeros de clase y, al lado, un castigo adecuado para cada uno de ellos.

Roy Pursey. Hígado picoteado por un águila.

Harvey Madeley. Encerrado en una mazmorra y forzado a beberse su propia orina.

Las gemelas Ferris. Limpiadoras de retretes.

—Me acaban de informar —anunció el señor Waring leyendo una nota que tenía en la mano— de que en estas instalaciones se imparte un curso de primeros auxilios los lunes después del almuerzo, razón por la que nuestra clase concluirá al mediodía. Está bien, está bien —añadió con la mano alzada para cortar la algarabía que había suscitado el anuncio—, sigan con la tarea.

*

«Huevos, patatas, tónico nutritivo Sanatogen... —Vee iba haciendo memoria, ya que había olvidado la lista de la compra—, la revista *People's Friend*, pescado, harina, hilo morado, pilas para la linterna (como si las tuvieran), un bote de leche de magnesia para el estómago...». Se detuvo ante la verja de Seguros Firebrand y apretó la mano en un puño contra el esternón. El camino que subía desde Pollard Lane hasta las tiendas tenía pendiente, medio eterno kilómetro; intentaba ir o volver andando para ahorrar un billete

de autobús, pero últimamente había estado sufriendo de ardores, que siempre le sobrevenían en lo más alto de la cuesta. La primera vez que los notó fue durante el embarazo de Donald, por lo que las molestias y el asqueroso sabor siempre la devolvían a los diecisiete años.

Estos días eran las preocupaciones, innmerecidas y continuas, las que se los provocaban. Aguardó hasta que el dolor remitió un poco y luego continuó subiendo la cuesta. «Caramelos Parma Violet, papel de carta...».

Vee lo divisó antes de que Noel la viera a ella. El chico estaba plantado frente al escaparate de la tienda de caramelos de la galería comercial contemplando un tarro de espaguetis de regaliz.

—¿No estás en el colegio? —preguntó. Tuvo que decírselo dos veces más y llamarlo por su nombre para que se girara rígidamente, como si de un viejecillo se tratase.

—La iglesia está ocupada con otras actividades esta tarde —explicó Noel.

—¿Qué iglesia?

—Donde nos imparten clase, la verde metálica.

—Eso no es una iglesia, es la capilla bautista —se apresuró a rectificar Vee con cierto desconcierto—. ¿Acaso no sabes distinguirlas?

Noel se encogió de hombros.

—Bueno, así puedes echarme una mano con la compra.

Le pasó la cesta, pero entonces recordó que se suponía que tenía que estar explotando la minusvalía del chico, por lo que se la arrebató de un tirón. Noel se la quedó mirando boquiabierto como un sapo.

—Venga, vamos.

No dijo palabra mientras esperaban en la larga cola de la pescadería, ni en la farmacia, ni siquiera cuando el señor Harper se le acercó y le ofreció un caramelo para la tos.

—¿Qué se dice? —le indicó Vee dándole un leve codazo.

Vee movió los labios sin hablar y le dijo al señor Harper: «Es retrasado». Pero entonces advirtió que Noel la estaba mirando y estiró los labios hasta esbozar una sonrisa.

—Venga, vamos —dijo.

Pasaron por la papelería, la droguería, la verdulería, la mercería. Por último se paró en la sección de cosmética de los almacenes Woolworth's para comprar un caprichito para ella: estuvo dudando entre dos barras de labio de color parecido; finalmente optó por el tono azúcar caramelizado. Cuando se

dio la vuelta, Noel había desaparecido. Al final acabó encontrándolo junto al mostrador de las chucherías con la cara pegada al cristal.

—¿Quieres unas chuches? —preguntó—. Anda, elige algo, tengo aquí tu...

—Tofe de melaza.

—*Por favor* —añadió Vee mientras sacaba la cartilla de racionamiento de Noel de la cesta.

—Por favor.

Le compró un paquetito y Noel se metió tres grandes trozos de golpe en la boca; los músculos de la cara se le desfiguraban con el esfuerzo de masticarlos y los viandantes se daban codazos cuando el chico pasaba ante ellos.

Al pasar cerca de la estación de autobús, Vee oyó que alguien la llamaba, se giró y distinguió a la señora Pilcher vestida con un uniforme verde tras una mesa de caballete atestada de ollas y escurridores.

—Estamos recogiendo aluminio. ¿Tiene algo con lo que contribuir a la causa de nuestros valientes pilotos? —preguntó como si Vee fuera paseándose por ahí con una doble olla para el baño María debajo de la faja—. Bueno, no pasa nada —añadió cuando Vee negó con la cabeza—, puede darle alguna pieza a los Boy Scouts cuando pasen haciendo la colecta por las casas. O me lo puede traer a mí, estoy reuniendo una buena colección en el salón de la casa parroquial. De hecho, creo que tendrá que ayudarme a llevarlo todo a la caseta del jardín cuando venga mañana. ¿Y quién es este pobre muchachito? —añadió bajando la voz.

—Un evacuado que he acogido. Pensé que así aportaría mi grano de arena.

La señora Pilcher asintió con aprobación.

—«Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo». ¿Es metodista?

—No lo sé —respondió Vee.

Se oyó un sorbo cuando Noel abrió la boca.

—Ateo —afirmó con voz pastosa.

La señora Pilcher, escandalizada, inspiró bruscamente.

—Hasta mañana, señora Pilcher —se despidió Vee.

Agarró a Noel del brazo y se lo llevó a unos veinte metros, lo empujó al portal del herrero y le recriminó zamarreándole los hombros:

—¿Por qué has dicho eso?

El chico la miraba en silencio. Una fina hebra de baba marrón se le había

deslizado por una de las comisuras de la boca.

—Yo trabajo para la señora Pilcher, no puedes ir diciendo cosas así a la gente. Límpiame la boca.

Se restregó los nudillos por la cara.

—Sólo me dio el trabajo porque las dos vamos a Betsata, que, para que lo sepas, es una iglesia, y su marido es el pastor, el *pastor*. Vamos.

Reanudó la marcha sin mirar atrás, asumiendo que el chico la seguiría.

Así que, al día siguiente, le esperaba una mañana de ir cargando ollas de aquí para allá. El concepto de «limpieza ligerita» que tenía la señora Pilcher era infinitamente flexible. «No le importa, ¿verdad, querida?», le decía cada vez que le encargaba alguna nueva tarea más propia de un peón. El colmo de la ironía fue cuando, el año pasado, para la cena comunal celebrada en la parroquia por el Día de la Cosecha, el reverendo Pilcher escribió citas del Antiguo Testamento en papel de horno y su esposa los usó para hacer panecillos que luego regalaron en la cena; en el de Vee se leía: «Miren los lirios del campo, cómo van creciendo sin fatigarse ni tejer».

De repente se acordó de la cara que había puesto la señora Pilcher al oír «ateo» y la risa se le agolpó en la garganta, aunque miró en derredor y reprimió las ganas de soltar una carcajada. Noel la seguía a unos veinte metros caminando penosamente y moviendo la mandíbula con parsimonia. Vee se fijó en los pies del chico, calzados con unas buenas sandalias caras, y frunció el ceño.

—No cojeas —le dijo cuando la alcanzó.

Noel se limpió la cara otra vez.

—Sólo cojeo cuando estoy cansado —explicó.

—¿Y eso por qué?

—Tuve la polio.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—No lo sé, yo aún era un bebé.

—¿Tienes que ir al médico para que te lo miren? ¿O al hospital?

Dijo que no con la cabeza y, con la cara aún desfigurada por la cantidad de tofes apelotonados en la boca, extrajo otro de la bolsita.

Caminaron uno junto al otro hasta llegar a la parada de autobús.

—Tampoco te vas a morir por hablar un poco más —dijo Vee después de cinco largos minutos en silencio.

Noel no respondió. El autobús dobló la esquina y Vee se agachó para

recoger la cesta.

Le gustaba echar un ratito de charla. Tal y como estaban las cosas en casa, solía acabar rebuscándose en la cabeza y cuchareando sus propios pensamientos, como los chinos esos que comen cerebros de mono. El padre de Donald hablaba por los codos, siempre estaba contando chistes y haciendo bromas, eso fue lo que la enamoró al principio. Claro que los chistes se acabaron cuando se quedó embarazada y él la dejó para casarse con la hija del jefe, Jenny Fleckney, una chica que le sacaba una cabeza y con la que ahora tenía cinco hijas, también altas. Cuando salían todos juntos parecían un número de circo: Harry Pedder y las Cinco Jirafas.

—Aquí nos bajamos —anunció dándole a Noel con el codo cuando divisó el tejado curvo del Taller Fleckney.

Cuando se mudó al apartamento encima de la chatarrería le sorprendió lo cerca que vivía del trabajo de Harry. Apenas si se lo había encontrado en los últimos veinte años y ahora lo veía casi cada vez que se bajaba del autobús. Allí estaba ahora, en cuclillas junto a la furgoneta de panadero abollada, con una mancha de grasa en la amplia frente. Harry alzó la vista cuando Vee pasaba y, al cruzar la mirada con ella, la del mecánico rebotó como una pelota de caucho.

—Vamos —repitió—. ¿Te has terminado los tofes?

—Sí.

—¿Nunca te han enseñado a dar las gracias?

—Gracias.

—Podrías intentar sonar sincero.

Cuando llegaron a Pollard Lane, le pasó la cesta, tenía verdugones debajo de los dedos de aguantar el peso.

—Vas a tener que escribir a tu casa para que te envíen unas botas de agua, esto es un fangal cuando llueve, me paso raspando barro de los zapatos casi todo el tiempo...

En ese momento, escuchó la moto, agarró a Noel por el brazo y tiró de él haciéndolo saltar por encima de la cuneta y soltándolo cuando ya estaban junto a la arboleda que flanqueaba el camino. Cuando se detuvieron de golpe, Noel dio un traspié y dejó caer la cesta. Vee oyó que algo se rompió. La moto les pasó bramando con Ezra Rigg inclinado sobre el manillar como si fuese un piloto de carreras. Vee esperó a que el ruido se desvaneciera para darle un tirón a la cesta volcada y ponerla derecha. El bote de leche de magnesia se

había hecho trizas y el líquido lo había bañado todo: el abadejo, cubierto de trocitos de cristal; la harina, para tirarla; la ración de huevos de toda una semana, vista y no vista. Alargó la mano y le propinó una bofetada a Noel.

Al chico se le fue la cabeza hacia atrás, pero no emitió sonido alguno.

La mitad de las patatas habían rodado hasta la basura acumulada al fondo de la cuneta; Vee recogió tantas como pudo rescatar y encontró las pilas (¡gracias a Dios!) hundidas en el barro.

—¿Qué más había? —preguntó con la voz estridente cargada de culpabilidad.

—Hilo morado, caramelos Parma Violet —murmuró Noel apenas moviendo los labios.

—Entonces ayúdame a encontrarlos.

Le había dejado una buena marca en la mejilla. Nunca había pegado a Donald, ni una sola vez, ni siquiera cuando le prendió fuego a la casa sin querer. Cuando los caramelos aparecieron, bajo una maraña de hiedra, le hizo un desgarrón al paquete para abrirlo y le dio uno a Noel.

—Y aquí tienes dos más para luego.

Noel los cogió sin mirarla a los ojos.

—El de la moto —dijo Vee mientras franqueaba la cuneta y luego esperaba a que Noel lo hiciera— es un recaudador de impuestos, lo que significa que va por ahí metiendo miedo a la gente y echándoles la bronca, amenazándoles con que irán a prisión y todo eso si no pagan el dinero que no tienen. Vamos, que es una vergüenza, y encima el ayuntamiento les da un buen sueldo, pero si quieres saber mi opinión, son todos unos canallas, eso es lo que son.

—Mi tío es recaudador.

—¿Ah, sí? Bueno... —buscó a tientas algo diplomático que decir y añadió con poca convicción—: los habrá buenos y malos, como en todo. Supongo que tu tío será bueno contigo.

—No —contestó Noel—. Lo odio.

En la chatarrería Croxton estaban descargando un camión rebosante de chatarra, por lo que los gitanos llenaban el lugar. Vee se encorvó al pasar por delante de la oficina y aligeró el paso en dirección a la puerta del apartamento, aunque Croxton ya la había visto.

—Ha llegado una carta para usted —le informó llamándola.

Vee tuvo que volverse. Croxton alargó el sobre y, cuando ella fue a cogerlo, levantó la mano y dejó a Vee con los brazos revoloteando en el aire.

—La han entregado en mano —señaló Croxton mientras estudiaba la dirección—. Espero que no sea lo que creo que es, señora Sedge. Me gusta estar bien con el ayuntamiento, tener mis cosas en orden.

Descendió el brazo para que su inquilina pudiese agarrar la carta y, al hacerlo, un gran estruendo metálico resonó en el depósito. Vee pegó un brinco, Croxton ni se inmutó, sólo recorrió a Vee de arriba abajo con su mirada gris amarillenta de almeja en conserva.

Abrió el sobre arriba de las escaleras: aviso de impago de la contribución; acumulación de ochenta libras, dieciocho chelines y seis peniques de pagos atrasados, a abonar antes del 31 de julio o comparecencia ante el juez el 15 de agosto.

Oyó un ruido tras de sí y, al girarse, vio que Noel subía los peldaños. Por un momento había olvidado su existencia. La luz de la ventana se reflejaba en una de sus mejillas y Vee advirtió que le había dejado los dedos marcados bajo el ojo. No convenía que el maestro lo viera.

—¿Te apetecería ir de excursión mañana?

La idea le sobrevino de pronto, pedaleando accidentalmente como un pato en una bañera pequeña.

—¿Cómo?

—Bueno, no todo el día —se corrigió recordando sus obligaciones—. Primero tengo que ir a limpiar donde la señora Pilcher. Sería después del almuerzo. Podrías quedarte en casa por la mañana y no ir al colegio, supongo que te vendrá bien descansar.

Noel no replicó.

—Te voy a poner un poco de árnica ahí —dijo—. Se te quitará pronto.

Donald lo zarandeó hasta que Noel se despertó y abrió los ojos.

—Arriba —le ordenó con calma—. Ya.

Noel se bajó de la cama aturullado y oyó cómo el colchón se quejaba cuando Donald se deslizó bajo las mantas. Era corpulento, con la gordura lisa y firme de un león marino o una morsa.

—Pásame eso, ¿quieres? —dijo Donald señalando con la cabeza la taza de té que había dejado en la cómoda.

Noel se la acercó.

—Y los cigarros —añadió—. ¿Sabes encender uno?

—No.

—Te pones uno en la boca, enciendes una cerilla, la pones al final del pitillo y respiras para adentro.

Donald observó la maniobra con ojos críticos durante unos segundos y luego negó con la cabeza.

—Dámelo —dijo—, y si vas a potar, lo haces por la ventana.

Noel empujó hacia arriba del marco inferior de la ventana corredera. En el exterior todo se balanceaba suavemente, sentía que tenía las piernas hechas de cuerda.

—Cuando estés, acércame aquel espejo de afeitarse.

Noel observó cómo Donald examinaba su reflejo, girando la cabeza de un lado a otro para mirarse la mandíbula, pasando un dedo por la línea de pelo que le cubría el labio superior.

—Así está perfecto —afirmó satisfecho. Levantó el labio superior para admirar su dentadura y, acto seguido, soltó el espejo—. Vístete y afuera, venga. Y tráeme una taza de té a las once, con dos terrones de azúcar.

No había nadie en la cocina. Noel había oído a Vee fregar los platos antes, pero ya se había marchado dejando horquillas desperdigadas por la mesa y una nota para su madre.

NO VUELVO HASTA LA TARDE. TROZO DE PASTEL EN ESTANTE DE ARRIBA, Y RESTO DE NATIYAS EN BOL PARA ALMORZAR. MÁS PAPEL DE CARTA EN EL APARADOR, OLVIDÉ TU CREMA DE MANOS, LA TRAIGO LUEGO. VIC ALLERBY SE PASA ESTA TARDE, FLORES EN CAJA EN LA MESA, DILE QUE NO HABÍA FIELTRO BASTANTE PARA ÚLTIMAS VEINTE VIOLETAS, NO ES MI CULPA. DONNY TIENE QUE SALIR MÁS TARDE, DESPERTAR A LAS 11. TU VEE QUE TE QUIERE.

Noel fue abriendo las puertas del mueble hasta dar con las natillas. Puesto que había bastante cantidad en el cuenco, cogió una cuchara y fue rebañando el contorno formando un surco de un centímetro más o menos que iba difuminando a medida que avanzaba. Después cogió una onza de chocolate de la tableta que había en el mismo estante y metió un dedo humedecido en el paquete de azúcar.

Aún le dolía la mejilla. La palpó, primero con cuidado, y luego presionando más, recreándose en el dolor. Podía pegarle de nuevo si con eso se libraba de ir al colegio otro día. Puso la hervidora de agua al fuego y se paseó aburrido por la habitación. No había nada que ver ni leer; los muebles era nuevos y baratos, o viejos y rotos; los adornos, desvaídos por el tiempo, consistían en una caja forrada de conchas y una almohadilla de alfileres con cuentas color granate que dibujaban en relieve la frase «NO HAY LUGAR COMO EL HOGAR». Si todo lo que allí había se rompiera, no valdría más de seis peniques.

Arrancó todas las cuentecitas que formaban la «H» de «HOGAR» y las tiró por detrás del mueble de la cocina, tras lo cual se preparó un té.

«Mi madre no se despierta hasta más tarde», le había dicho Vee. Noel se sentó en el sillón de la anciana y escribió «COJONES» en la pizarrilla, lo borró y se puso los auriculares. La radio silbó y retumbó mientras se calentaba. Entonces, desde la lejanía, una voz empalagosa comenzó a discursar sobre ciruelas. Reclinó el sillón hacia atrás y colocó los pies en la mesa. Vee le había dicho que su madre, la señora Sedge, no hablaba desde que, diecinueve años atrás, se desmayara y se golpeará la cabeza después de que le dieran un disgusto muy grande. Noel cayó de repente en la cuenta de que Vee también se llamaba «señora Sedge», y le pareció muy raro. ¿Sería la anciana señora Sedge la suegra de Vee y no su madre? Pero, de ser así, ¿por

qué ocultarlo? «Ésta es mi madre», había anunciado Vee con su voz aguda y acelerada.

Le dio vueltas a la pregunta en busca de posibles soluciones.

La charla sobre ciruelas terminó y a ésta le siguieron las noticias. Cuando Noel se quitó los auriculares, el número de derribos de aviones Messerschmitt fue reemplazado por el sonido de madera haciéndose trizas. Fue hasta la ventana trasera. Hacía un día despejado y numerosas golondrinas revoloteaban por el cielo. En la chatarrería, un hombre rompía un piano con una maza y una cartera caminaba en dirección al apartamento.

Noel sabía cosas, no era un ignorante. A Mattie siempre le había gustado emplear la palabra «sincera». «Para ser sincera, Noel», decía cuando el chico le hacía una pregunta difícil o incómoda. «Para ser sincera, Noel, yo diría que “Vee” probablemente es el diminutivo de “Vera” y que, con toda seguridad, “señora” en realidad es “señorita”».

Llamaron a la puerta del apartamento y Noel bajó las escaleras. La cartera le entregó un haz de cartas: seis iban dirigidas a la «Sra. Flora Sedge», tres eran para Donald *el Gordo* y en la única que había para Vee reconoció la caligrafía de Geoffrey.

Se aprendía mucho leyendo novelas detectivescas. Noel nunca antes había abierto un sobre con vapor y, sin embargo, resultó de lo más sencillo: al separar la solapa de cierre, el adhesivo se separó formando hilos viscosos.

Estimada Sra. Sedge:

Nos alegra mucho que haya tenido la amabilidad de ofrecerle a Noel un «hogar fuera de su hogar». No me cabe duda de que estará muy contento con usted y, por supuesto, seguro. Aquí ya hemos tenido dos alertas esta semana y, aunque ambas fueron falsas alarmas, nos tememos que no será el caso por mucho más tiempo.

Como espero que Noel le haya dicho, ha estado viviendo con nosotros desde que su madrina falleció en diciembre. Como sus primos que somos, nos ofrecimos a «llenar el vacío», lo que por supuesto hicimos con mucho gusto, aunque al no ser aún sus tutores legales, el tener otra boca que alimentar (¡y otra persona a la que vestir!) nos ha supuesto una carga financiera; pero es algo que, por supuesto, estamos más que encantados de asumir. Los problemas de salud de la señora Overs le impiden viajar; sin embargo, yo procuraré hacer el esfuerzo

de ir a visitar a Noel, aunque mis obligaciones como voluntario de la Defensa Civil me ocupan gran parte del tiempo cuando no estoy trabajando, por lo tanto, puede que pasen varias semanas antes de que...

«Y esto y aquello y bla, bla, bla», como solía decir Mattie. El sobre incluía otra hoja pequeña de papel doblada por la mitad que llevaba su propio nombre.

La abrió manteniendo el brazo a distancia, como si estuviese encendiendo un petardo.

Querido Noel:

Te escribimos esta P.D. para comentarte que hemos recibido una notificación de la biblioteca Queen's Crescent en la que se comunica que ha vencido el plazo de préstamo de El misterio del sombrero de copa, de Ellery Queen. ¿Es posible que te lo llevaras cuando te evacuaron? Si es así, te agradeceríamos que lo devolvieras, ya que, de lo contrario, nos pueden poner una multa.

Un abrazo,

Tía Margery y tío Geoffrey

El papel rezumaba un olor casi imperceptible a cera de muebles, el mismo olor que impregnaba el apartamento de su tía y su tío. Allí todo estaba escrupulosamente limpio, todo objeto dejado donde no correspondía era recogido, con lo que si Noel dejaba un libro en su cama por la mañana, al regresar del colegio ya estaba colocado en la estantería. Todo desaparecía enseguida de la vista: un lápiz en el suelo, un cuaderno en la ventana, un peine, un tebeo (hasta un trocito de uña que se cortó y dejó a propósito para ponerlos a prueba). Se diría que tía Margery hiciese lo posible por fingir que Noel no vivía allí. De hecho, Noel empezó a preguntarse si no sería ése el caso, si en realidad vivía en el apartamento o si se trataba de algún tipo de sueño. No parecía existir razón alguna para que los tres viviesen en el mismo lugar, pues eran como artículos reunidos de forma aleatoria en una tienda de segunda mano: dos guantes y una espita, un fez y dos cucharas.

La escuela a la que lo habían enviado estaba repleta de niños que parecían querer pasar a través de él, por lo que, una mañana, se le ocurrió que podría

ser que fuera invisible. Así que, para comprobarlo, se plantó delante de una bicicleta, lo que provocó un chirriar de frenos que hicieron que la bici se torciera para los lados y tirara al ciclista a la cuneta.

«Tienes que intentar prestar más atención, Noel», había dicho tío Geoffrey.

Después de aquel suceso, Noel decidió dejar de hablar. Únicamente lo haría (había decidido) de producirse un incendio o un bombardeo, pero para el resto de cosas podía comunicarse asintiendo o negando con la cabeza o encogiendo los hombros. Asimismo, descubrió que si simulaba irse a su cuarto, pero se escondía bajo la percha de la entrada y se cubría con los pliegues del sobretodo del uniforme de vigilante de tío Geoffrey, podía oír todo lo que ocurría.

Cuando la escuela envió la orden de evacuación, tía Margery había dicho: «¡Oh, gracias a Dios, Geoffrey! Aun teniendo la mejor de las intenciones del mundo, de verdad que no puedo soportar un día más a ese niño clavándome la mirada».

Noel volvió a ojear las cartas en el rancio desorden de la cocina de Vee. Casi podía ver la sonrisa de tío Geoffrey sobre el papel, sempiterna como la del gato de Chesire en *Alicia en el país de las maravillas*.

«... al no ser aún sus tutores legales...».

Retorció el sobre y la carta hasta hacerlos un gorullo y los quemó en el fregadero. A continuación, cogió el bloc de papel de correspondencia que Vee le había comprado a su madre. No sería difícil imitar las mayúsculas irregulares de Vee y su estilo telegráfico.

ESTIMADOS SR. Y SRA. OVERS

ESTOY MUY CONTENTA DE ACOGER A NOEL. SE ESTÁ ADAPTANDO MUY BIEN AQUÍ Y A LA ESCUELA. NO SE PREOCUPEN POR LAS VISITAS, CREO QUE LO DESCOLOCARÍAN POR EL MOMENTO ASÍ QUE NO HACE FALTA QUE HAGAN TODO EL VIAJE HASTA AQUÍ. QUIZÁS PARA NAVIDAD. LES ENVÍA SU CARIÑO Y ESPERA QUE ESTÉN BIEN.

ESPERANDO QUE AL RECIBO DE ESTE CORREO SE ENCUENTREN BIEN,

SRA. V. SEDGE

Le pegó un sello que encontró en un cajón de la cocina y la envió cuando

salió a encontrarse con Vee. La carta desapareció en el interior del buzón y Noel oyó su propia risa: el sonido le resultó extraño, falto de práctica, intercadente.

Para cuando Vee acabó en casa de la señora Pilcher («Una cosita más, señora Sedge, será sólo un momento») ya era la una y veinte. Encontró a Noel esperándola justo donde le había pedido, en un banco en la parte sur de la iglesia abacial, junto al monumento conmemorativo de la Gran Guerra. No se movió ni habló cuando ella se acercó, sólo la miraba con sus ojos insulsos y prejuiciosos. «Dios se hace visible», pensó. Ése era el texto que rezaba en la pared de la caseta retrete que tenían cuando era niña; siempre le había hecho pensar en carbólico y desagües.

—¿Has despertado a Donald? —preguntó.

Noel asintió.

—¿Y dijo adónde iba?

El chico negó con la cabeza. La marca de sus dedos en la mejilla se había difuminado y ahora parecía una mancha.

Sacó una galleta de jengibre del bolso y se la mostró a Noel.

—La señora Pilcher las ha hecho, puedes comerte una... a condición de que cojees.

El chico se la quedó mirando boquiabierto.

—Por tu pierna mala... —añadió—. Y si hablo con alguien, tú quédate callado. ¿Entendido?

Noel asintió y se metió la galleta en la boca sin dar las gracias.

—Venga, vamos.

Noel cojeó con determinación. En la estación de tren de Saint Albans, en el andén con destino a Watford, se toparon con la señora Farrel, la esposa del carnicero, a quien Vee, tal y como había planeado, se las ingenió para decirle:

—Voy a llevar a mi evacuado a su cita al hospital para que le pongan un hierro de la pierna. Tenemos que mirar por la salud de los pequeños, ¿cierto?

La señora Farrel había asentido leve y fríamente a modo de saludo, lo cual suponía una leve mejora en su costumbre de hacerle el vacío a Vee cada vez que se topaba con ella.

—Tengo que hacer algo en Watford —explicó Vee a Noel mientras viajaban de pie en el pasillo del tren, pues los vagones estaban llenos de soldados,

como era habitual—. Un trabajo. De puerta a puerta.

Había decidido que Watford era lo suficientemente grande, que no habría peligro de encontrarse a nadie que conociese. Llevaba puesto su abrigo bueno, el de color gris pizarra, y un sombrero casi a juego, además de un broche dorado que se había encontrado un domingo por la mañana en la acera fuera de la iglesia. Estaba adornado en el centro con un punto de esmalte dorado y, si no se miraba desde demasiado cerca, parecía vagamente oficial.

Noel no hizo pregunta alguna y, cuando se bajaron del tren veinte minutos más tarde, siguió cojeando sin que Vee tuviera que recordárselo.

Fue al salir de la estación cuando afloraron los nervios. Las ideas le revoloteaban en la cabeza. Se le ocurrió probar con la fila de casas que había frente a la entrada de la estación, pero luego resolvió que estaban demasiado expuestas al ir y venir de gente, por lo que pensó que podría ir en autobús a la zona residencial de las afueras.

Pasó por delante de unas tiendas, giró en la primera calle que se encontró, cruzó la mirada con una anciana que limpiaba las ventanas de su casa, vaciló, rebuscó en el bolso para sacar la caja de donativos y entonces, arrepintiéndose, se dio rápidamente la vuelta pisando a Noel en el proceso.

—Quítate de en medio —le espetó para luego disculparse en seguida—. Perdona.

El corazón le martilleaba como un taladro hidráulico. Se detuvo junto a una tienda de telas para recobrar el aliento y, mientras tanto, contempló las blusas sedosas expuestas en el escaparate: la rosa tenía el color de la loción de calamina. Podía sentir los ojos de Noel fijos en ella y comenzó a desear no haberlo traído; la intensidad de su mirada la estaba poniendo de los nervios. Hasta que no supiese bien lo que estaba haciendo, hasta que no le hubiese cogido el tranquillo, prefería no tener testigos.

Al llegar a la esquina de la siguiente calle, le señaló un muro bajo y le pidió que se sentará allí hasta que ella regresara. Noel, sin dejar de mirarla, obedeció. Entonces, Vee se dio media vuelta y se alejó caminando apresuradamente.

En la primera casa no había nadie; en la segunda fue una niña quien abrió la puerta.

—¿Está tu madre en casa, bonita?

La niña desapareció sin mediar palabra dejando la puerta entreabierta. Vee extrajo la caja del bolso. La había tomado prestada del mueble en la escuela

de catecismo de Betsata y había cubierto las letras de uno de los lados con la foto de un avión recortada de un periódico con ilustraciones.

—¿Sí? —inquirió la mujer al asomarse por el hueco de la puerta entreabierta sin abrirla más.

Era pequeña, de la edad de Vee, pero con el cutis marchito y como de papel quebradizo. Del interior de la casa llegaba un llanto incesante.

—Fondo para ayudar a nuestros aviones Spitfire —dijo Vee sacudiendo silenciosamente la caja.

En ese momento, ya demasiado tarde, se le ocurrió que debería haber preparado la caja con algo de calderilla.

La mujer asintió y cerró la puerta. Vee aguardó algo inquieta. Tras un minuto, pensó que quizás debería irse o probar en la casa de al lado... o salir corriendo. No parecía ser el tipo de casa que tuviera teléfono, pero la niña podría haber saltado por la parte trasera y estar corriendo en esos momentos para avisar a la policía. Justo cuando se disponía a marcharse, la puerta volvió a abrirse y apareció la niña con el puño estirado.

—Me ha dicho mamá que le dé esto. —Introdujo una moneda de seis peniques por la ranura.

La puerta se volvió a cerrar.

El tintineo de la moneda de plata contra la madera se quedó suspendido en el aire, era el sonido más dulce que había oído nunca. Una moneda de seis peniques, *seis peniques*, y había sido coser y cantar, tan simple como la fácil musiquilla de una nana: había llamado a la puerta y una niña le había dado dinero. Le pareció flotar por la acera mientras se dirigía a la siguiente casa.

—Fondo para nuestros Spitfire —le anunció a la señora que abrió la puerta.

—¿Qué le ha pasado a Edna?

—¿Quién?

—Edna Cleverley, la voluntaria que recauda fondos para los Spitfire.

—Se ha hecho daño en un pie —se inventó Vee en el momento.

—¿Cómo?

Vee vaciló:

—¿Se tropezó con un perro?

—Edna no tiene perro —dijo la mujer con el ceño fruncido.

«Márchate ya», le decía a Vee una voz en su cabeza.

—El perro de la casa de al lado. —Se oyó a sí misma decir.

—¿El collie?

—Ese mismo.

Un milagro. Vee sonrió con despreocupación y agitó la caja haciendo sonar la moneda. La mujer hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Ya di algo el mes pasado —dijo antes de cerrar dando un ligero portazo.

Vee miró adonde se encontraba Noel, que seguía con los ojos clavados en ella. Se saltó un par de casas, sin más motivo que los nervios, y golpeó el aldabón de la tercera.

De nuevo un niño, aunque esta vez era un chico grueso y con una mueca de desprecio en la boca.

—Fondo para nuestros Spitfire —repitió Vee.

—Eso no es un Spitfire.

—¿Qué?

—El avión de la caja es un bombardero Wellington.

—¿Ah, sí? —dijo echándole un vistazo a la foto—. Bueno, no importa.

—Pues me gustaría ver cómo intenta derribar un Messerschmitt alemán con un Wellington —dijo el niño—. Ya vería como sí importa.

Vee sacudió la caja.

—No ha recaudado mucho, ¿no? ¿Qué ha metido ahí, un botón?

—¿Puedo hablar con tu madre?

—No está.

—¿Por qué no estás en la escuela?

—Y a usted qué le importa.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, so fresco?

—¿Acaso usted me lo va a impedir?

—Pues alguien debería cerrarte esa boca.

El chico giró la cabeza y gritó al pasillo:

—¡Papá!

Vee comenzó a volver a toda prisa por dónde había venido, arrastrando sus mejores zapatos.

—Vamos, de prisa —ordenó a Noel al acercarse.

Antes de doblar la esquina, se aventuró a mirar atrás y comprobó que la puerta estaba cerrada y el chico había desaparecido: se había quedado con ella. Se sentó en el muro para recuperar el aliento.

Noel ya se había incorporado y permaneció de pie observando cómo Vee se quitaba un zapato y se frotaba el talón. En la distancia, el reloj de una iglesia repicó la media hora. La última vez que estuvo en Watford había mucho

tráfico, sin embargo, ahora las calles estaban casi desiertas y tan tranquilas como las de un pueblo. Oyó a alguien fregando la acera, a unos gorriones riñendo, a un hombre gritando.

—¡Eh, usted! ¡La que está sentada en el muro! ¿Qué ha hecho, insultar a mi chico?

Vee se embutió el zapato y salió corriendo. Podía oír a Noel siguiéndola como si arrastrase una pata de palo. Un autobús justo asomaba por la avenida, Vee alcanzó la parada, alzó el brazo para que parara y se subió como pudo antes de que el vehículo se detuviera; Noel entró de un salto y se colocó junto a ella olvidando momentáneamente su cojera, con las mejillas levemente sonrosadas.

—Tengo que probar en otro sitio —dijo Vee.

Tomó asiento y escudriñó el exterior a través de los resquicios dejados por la mugrienta cinta adhesiva que cubría las ventanas. «Casas más grandes — pensó—, de éstas en las que no hay niños porque los han enviado a un internado».

Era importante tener un *plan*.

Cuando se volvieron a bajar del autobús, siete paradas después, Vee sacó un periódico de su bolso y se lo entregó a Noel.

—Aquí tienes —dijo—. La señora Pilcher me ha dado el *Herts Advertiser* de la semana pasada. Tiene una sección para niños con concursos y cosas por el estilo, así que puedes leerlo mientras esperas.

Vee señaló el banco junto a la parada de autobús.

Transcurrido un largo rato, Noel alargó la mano para coger el periódico. La vio alejarse por Linden Avenue ataviada con su abrigo y sombrero grises, y meneando la cabeza con inquietud mientras inspeccionaba las casas a ambos lados de la calle. La primera vez que la vio pensó en una urraca, pero ahora más bien parecía una simplona paloma gris sin rumbo que picoteaba cualquier cosa que tenía aspecto de ser comestible. Llegado un momento, Vee se detuvo estirando el cuello por encima de un seto de laurel; después, comenzó a abrir una verja, aunque volvió a cerrarla precipitadamente. Era evidente que andaba haciendo algo que no debería, lo que despertó en Noel una pizca de curiosidad, algo que llevaba tiempo sin experimentar.

Vee fue desapareciendo de su vista en la distancia.

La portada del *Herts Advertiser* estaba cubierta de letra pequeña, de un

cúmulo de diminutos anuncios de alojamiento, de inquilinos buscando habitación, de «Se busca». «Lady Fremantle recomienda a su hacendosa sirvienta; buena costurera, le gustan los perros».

Volvió la página y su mirada fue saltando de una columna a otra, deteniéndose sólo en las líneas insólitas que captaban su atención: «Alfred Field, 27 años, con domicilio en Cravells Road, Harpenden, ha sido multado con cinco chelines en el juzgado local de Saint Albans por conducir un carro tirado por un caballo sin llevar luces delanteras».

No le costaba esfuerzo leer. Resultaba extraño que durante años hubiera absorbido lectura tras lectura sin pensar, y que, desde que se marchara de casa de Mattie, no hubiese acabado un libro. Ya no podía seguir un argumento, el significado de las palabras bien le pasaba de largo, bien se le adhería por un instante, pero, al pasar la página, se despegaba como un sello mal puesto.

SECCIÓN INFANTIL

Cómo hacer un útil y decorativo organizador de cartas. Usa un marco viejo de 30 por 20 cm. También necesitarás tijeras, chinchetas, un periódico antiguo, pinturas al agua, pegamento o cola, una brocha, un bote de barniz claro...

Sin libros, no sabía cómo hacer que el tiempo transcurriera deprisa. Las horas en casa de su tía y su tío se habían estirado como el elástico de unos calzoncillos. Había hecho cálculos mentales de aritmética, había jugado solo al parchís girando el tablero en cada jugada. También había escrito un diario en código, el cual actualizaba cada cuarto de hora:

9:15 Tía Margery está haciendo una tarta de manzana. 9:30 Tía Margery está barriendo el suelo de la cocina. 9:45 Tía Margery está lavando paños de cocina.

10:00 Tía Margery acaba de mirarme y suspirar.

Tío Geoffrey le quitó el diario y, en su lugar, le dio un mapa para colgar en la pared y una caja de alfileres con cabezas de colores para que pudiese señalar el avance de la Fuerza Expedicionaria Británica sobre Europa. Pero entonces Alemania invadió Bélgica y Francia, con lo que todos los alfileritos volvieron tintineando a la caja.

Se han recaudado noventa y seis libras, cuatro chelines y un penique en la recaudación de fondos puerta a puerta realizada recientemente para enviar paquetes de la Cruz Roja a los prisioneros de guerra británicos. «Celebramos la obsequiosa generosidad prodigada por los habitantes de Harpenden para con esta merecida causa», declaró la señora Freda Lambert, presidenta de la Sección Harpenden & District de la Cruz Roja.

Noel leyó el párrafo una segunda vez. En ese instante, sintió como si alguien le hubiese metido la mano en la cabeza y le hubiese propinado un buen pellizco. En este momento, Holmes hubiese dejado de tocar el violín; Sam Spade hubiese cogido su pistola. Noel cerró el periódico de sopetón y miró la avenida. Divisó a Vee a unos cien metros, meneando nerviosamente la cabeza mientras hablaba con alguien.

No podía creérselo. Aquí estaba, en la zona de postín de las afueras de Watford, frente a una casa que tendría que costar cientos de libras, y el dueño no sólo se había negado a darle un insignificante penique, sino que la había seguido por el jardín hasta llegar a la acera y le estaba impartiendo una charla sobre comunismo. Apenas alcanzaba a entender la mitad de lo que le decía. Tenía la cara alargada y una boca como un buzón de correos por la que no cesaba de lanzar panfletos propagandísticos: «El Pacto Ribbentrop-Mólotov»; «Imperialismo en ambos lados»; «El trabajador traicionado»... El tamborileo de las palabras le resbalaba por los oídos. Casi ni la miraba, como si Vee estuviese sentada en la primera fila de una nutrida audiencia.

Vee fue retrocediendo poco a poco, bajando la caja de donativos en la que rodaron unas pocas monedas (tres o cuatro chelines a lo sumo), ganancias insignificantes para haberse llevado toda la tarde con ello. Si le restaba los billetes de tren y autobús y le añadía el desgaste nervioso, aquello no salía rentable: otro plan que se iba al traste.

La boca seguía parloteando: «La lucha en dos frentes»; «El fantasma del capitalismo»; «Los lacayos del gobierno»... Algo se movió junto a ella y, al volverse, se encontró a Noel a la altura de su codo con una expresión vacía en el rostro.

—¡Oh, es mi muchachito! —exclamó con alivio—. Lleva el pobre horas esperándome como un niño bueno. Debería llevármelo ya a casa para darle de

cenar, ¿verdad?

—Puede que cuando vengán y se lo lleven al frente, piense usted de otra manera —dijo el hombre—. Con el apoyo financiero de personas como usted, el conflicto armado impulsado por la maquinaria del capitalismo se eternizará.

—Cierto —intervino Noel—. ¿No es de extrañar que siempre haya dinero en las arcas para la guerra?

Vee aprovechó el silencio que se hizo para agarrar a Noel de la mano y llevárselo a la fuerza de allí.

—Creo que a ese tipo le falta un tornillo —apuntó Vee mientras esperaban el autobús—. Aunque es verdad que la guerra es una estafa y que todos intentan sacar provecho. Eso es lo que dice Donald también. *Sir Winston Churchill, el Gorrón*, le llama él.

Noel tenía la vista puesta en la caja de donativos que Vee llevaba en la mano. La foto del avión se estaba empezando a despegar y las palabras «Misión Evangelizadora» comenzaban a asomar distintamente.

—¿Cuánto ha recaudado?

—¿Cómo?

—¿Cuánto dinero ha conseguido?

—No te importa. —Guardó la caja en el bolso—. Ahí viene el autobús —añadió con despreocupación—, ya mismo vamos a estar en casa.

Noel volvió a hablar:

—Lo digo porque en Harpenden recaudaron más de noventa y seis libras en la colecta puerta a puerta para los paquetes de la Cruz Roja.

—¿Cuánto has dicho? —preguntó Vee girándose con la mano aún en alto para parar el autobús.

—Noventa y seis libras, cuatro chelines y un penique.

—¡Noventa y seis!

—Aunque es probable que ellos cuenten con varios voluntarios que recauden donativos, no sólo uno.

—Claro, pero, aun así, eso es una... una... —Haciendo un esfuerzo, Vee recordó lo que debería estar diciendo—: También somos muchos los que recaudamos para los Spitfire. Montones y montones.

Noel le lanzó una mirada; ella, intentando no dejarse llevar por el pánico, se puso a hacer algo, a calcular el cambio que tenía que darle al conductor. El chico había adivinado lo que se traía entre manos, se lo veía en los ojos. Ni

siquiera sabía cómo pudo llegar a pensar que era un idiota cuando en verdad era todo lo contrario: era como una de esas pasamanerías finas, todo nudos y ni un solo cabo. Y seguro que lo contaría. Así son los niños... A menos que le diera una razón para no hacerlo.

—Supongo que querrás más dulces —dijo—. Podemos parar en Woolworth's de vuelta a casa.

Noel permaneció callado.

—¿O algo de dinero para tus gastos? —sugirió—. ¿Un poquito de dinero?

El chico negó con la cabeza.

—¿Entonces qué? —le preguntó al oído con algo de impaciencia.

Sin embargo, Noel seguía en silencio. Vee exhaló un suspiro que sonó a neumático desinflándose y le dijo a regañadientes:

—Está bien, está bien. Lo primero que haremos cuando llegemos a Saint Albans será ir al ayuntamiento y donar el dinero al fondo. ¿Verdad que todos esos concejales estarán encantados?

—No —contestó Noel—, no quiero que haya más Spitfire. Ni siquiera debería haber guerra, no creo en ella y no me importa si ganamos o perdemos.

Vee se quedó estupefacta con el comentario. Aunque se sabía que todos los políticos sólo buscaban su propio interés, todos querían que Inglaterra ganase, ¿no?

—Quizás debería darles un poco al menos —volvió a sugerir.

Intentó imaginarse a sí misma acercándose a una caja de donativos y, por una vez, echar dinero y que le dieran las gracias, como si fuese *lady* Abundancia. Ella sólo asentiría sin decir nada, sin querer hacer alarde de su acto.

—No, no le entregue nada, nada —dijo Noel. Mattie jamás les hubiese dado un penique.

—¿Y entonces qué quieres? Algo debes de querer.

Noel le dio vueltas a la pregunta, analizándola como si se tratase de un acertijo del que alguna vez hubiese conocido la respuesta. Desde aquella gélida mañana de diciembre en que encontrara a Mattie en el parque (su cara, una máscara de lodo; sus pies, cobalto), simplemente no deseaba nada. No se le había ocurrido que alguien volviera siquiera a formularle esa pregunta.

«He aquí un bonito rompecabezas, joven Noel. ¿Qué quieres exactamente?». Su antigua vida pareció ir expandiéndose en su mente y, al hacerlo, confinar el presente en una delgada cascarilla. Cuando Mattie lo abrazaba era como si lo

envolviera un mullido colchón. Podía ver los rasgos marcados de su rostro y oír su enérgica voz: «¿Qué haremos hoy? ¿Visitamos al pobre Ramsés II en el Museo Británico para ver si ha conseguido ya deshacerse de sus vendas y luego almorzamos en el club de la universidad? ¿O prefieres que comamos en el salón de té Lyons? Sí, mejor, siempre he pensado que tienen los mejores postres. Por cierto, ¿por un casual no te habré contado alguna vez cuando Roberta se encadenó a *Laocoonte y sus hijos* en el Museo Británico? ¿Qué escultura de las que adornan Londres preferirías tener en el jardín? ¡Oh! Una elección magnífica, magnífica de veras; pondremos al almirante Nelson en el jardín de la entrada y a Boudica, nuestra reina celta, en el de atrás, así podré colgar los paños en las ruedas de su carro de guerra los días que haga bueno...».

Nunca se había aburrido con Mattie, nunca, nunca. Sin embargo, ahora estaba siempre aburrido, siempre. Era insoportable, sentía que seguía una cuerda gris de kilómetros y kilómetros sin llegar a ningún sitio, únicamente a una versión adulta, lúgubre y distante de él mismo.

—Ya hemos llegado —dijo Vee—. ¡Vamos, vamos!

Noel la siguió y descendió del autobús.

—Quiero hacerlo también.

—¿Hacer qué?

—Recaudar dinero.

—No —se negó Vee.

Se acercaba una mujer con un pañuelo amarillo en la cabeza a la que Vee saludó con un «Hola, señora De Souza», pero ésta pareció no haberla oído y pasó de largo sin decir nada.

—Ésa es la señora De Souza —explicó Vee—. Su marido es el dueño de la zapatería en la que trabajaba antes mi hijo. Venden unos zapatos de caballero que cuestan casi diez libras, con la piel como el satén. Es una engreída.

—Quiero ayudar.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no estaría bien.

—Entonces, ¿cómo es que usted sí lo hace?

—Se supone que tienes que cojear. —Levantó la vista hacia el reloj de la iglesia abacial—. Vamos tarde, tengo que prepararle la cena a Donald.

Vee apretó el paso. Tenía mucho miedo, le estaba sucediendo lo que

advertía el verso del Libro de Oseas: había sembrado viento y ahora iba a recoger tempestades. Casi podía sentir el azote del mal pisándole los talones.

—La delataré si *no* me lo permite —amenazó Noel—. Contaré que ha estado solicitando donaciones con falsos pretextos.

Justo estaban pasando bajo el farol azul de la comisaría de Policía. Noel se detuvo e hizo ademán de abrir la puerta.

—¡No! —le advirtió Vee. Sus miradas se cruzaron—. Nunca creerían a un chiquillo.

Noel alargó la mano para agarrar el pomo.

—¡Vale, vale, vale! —Alzó tanto la voz que los viandantes de la acera de enfrente se volvieron.

Vee hizo un esfuerzo por comenzar a andar; le temblaban las piernas.

—De todas formas, no voy a hacerlo otra vez.

—¿Por qué?

—No es tan fácil como te crees.

Se arriesgó a lanzarle una mirada: el chico caminaba a su lado, acompasando el paso al suyo.

—Todo es difícil antes de ser sencillo —dijo Noel.

En el compartimento del servicio de caballeros de la estación de Leicester, Donald releyó la carta y, a continuación, sacó un espejo de mano del bolsillo, se peinó y se frotó los dientes con un trozo de papel. Luego, se pasó un dedo por el bigote. Le había crecido en sólo un mes y no estaba nada mal; de hecho, le favorecía, le daba un aire a Robert Donat en *Los 39 escalones*. Era una pena que se lo tuviese que afeitar la semana siguiente.

Fuera del compartimento, el hombre que había estado intentando vomitar en el orinal se dirigió a la salida arrastrando los pies. Durante unos segundos después de que la puerta de la entrada se abriera y se volviera a cerrar, sólo se oyó un hilillo de agua correr.

—¿Qué ocurre? —preguntó Donald en voz alta—. ¿Un soplo en el corazón? ¿Y eso qué es? Explíquemelo en cristiano.

Se volvió a mirar en el espejo y fingió preocupación: había descubierto que, si se concentraba, podía hacer que le temblara la barbilla.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó con voz quebrada—. ¿Voy a morir?

«No», pensó, eso era pasarse, tampoco era cuestión de sobreactuar.

Al salir de la estación, se compró una copia del *Daily Express* y se colocó de espaldas al monumento conmemorativo de la guerra. Al momento, un tipo con demasiada brillantina en el pelo se apartó de la cola de un estanco y caminó directo hacia él. Donald salió a su encuentro.

—Fielding, ¿no?

El desconocido asintió.

—¿Una pinta? Tenemos tiempo.

—Preferiría que me dieras primero el dinero —contestó Donald—. ¿Y qué le ha pasado a tu bigote? Dijiste que tenías bigote.

—A mi chica no le gustaba.

—Pues me lo he dejado especialmente para el encargo. Debería cobrarte más.

Fielding se encogió de hombros.

—Tampoco es que hayas tenido que pagar para dejártelo, ¿no? Vamos para allá —sugirió indicando con la cabeza un callejón que había junto a las tiendas.

Donald se tomó su tiempo para contar el dinero, disfrutando del tacto de los billetes. La primera vez no supo cuánto cobrar, pensó que treinta sería un buen negocio, pero cuando le comunicó el precio a su primer cliente, comprobó la cara de alivio de éste y empezó a darse cuenta de lo que valía realmente. Ochenta y cinco era ahora su tarifa, y estaba considerando subirla otra vez.

—Todo bien —dijo guardándose el fajo en un bolsillo interior.

—¿Una pinta? —volvió a preguntar Fielding.

Era evidente que era de los que se ponen nerviosos. Fielding eligió un pequeño *pub* atestado frente a la estación y condujo a Donald hasta uno de los cubículos con bancos del establecimiento.

—Tomaré un *brandy* —dijo Donald.

A Fielding se le dibujó una mueca en el rostro.

—¿Después de lo que acabo de apoquinar? Podrías mostrar un poco de compasión con mi bolsillo.

Donald se encogió de hombros. En realidad no le gustaba el *brandy*, lo bebía por norma: cerveza, con los amigos; *brandy*, para los negocios. Aunque tampoco es que le gustara demasiado la cerveza. Últimamente había pensado probar con el vino. Algún día iría a un restaurante y saborearía blancos y tintos con nombres franceses.

—Te he traído un oporto —comunicó Fielding al volver de la barra con un tercio de su pinta de cerveza ya en el estómago.

—¿Queda lejos? —preguntó Donald.

Fielding negó con la cabeza.

—La verdad es que esperaba encontrarme a un tío con pinta enfermiza. ¿Un pitillo? —ofreció Fielding.

Donald aceptó un Woodbine, si bien últimamente había notado que le estaban dejando de gustar los cigarros. «Puros —había pensado—, seguramente sea más de puros. Debería hacerme con una caja humidificadora».

—Supongo que querrás saber por qué me estoy escaqueando —dijo Fielding—. No es que sea un gallina ni nada por el estilo.

Donald olió su bebida y la volvió a dejar sobre la mesa.

—No tengo por qué saberlo —respondió—. No es asunto mío.

—Es mi chica —aclaró Fielding, quien giró la cabeza para mirar por encima del hombro—. No te la creerías aunque la vieras, es un sueño de mujer. ¿Sabes quién es Rita Hayworth? Pues Rita Hayworth es una birria de bulldog al lado de mi Joan. Y encima me quiere, está colada por mí. —Hizo una pausa para sorber un poco de cerveza—. Pero las chicas así son muy influenciables, ya sabes, en cuanto me vaya, va y aparece un ricachón, le compra un abrigo de pieles y la siguiente noticia que tengo es: «Querido Phil, me he cansado de esperarte, quiero a alguien que me cuide como es debido». Y yo no puedo correr ese riesgo. —Se terminó la pinta y se quedó mirando el vaso vacío con cara de asco—. Sabe a meado, para esto más valdría que me hubiesen echado agua del grifo. ¿Y tú, tienes novia?

—No en estos momentos —contestó Donald.

—La primera vez que la vi pensé que me habían dado un mazazo en la cabeza, te lo juro por Dios. Estaba en el teatro Tivoli, me giré y allí estaba Joan. Volví a mirar a la nena con la que había salido y, en comparación, me pareció estar bailando con una puta silla, así que le dije...

Donald dejó de escuchar. No le gustaba decir palabrotas, nunca lo había hecho, pensaba que era como amenazar a alguien con un sucio puño embarrado. Era evidente que la chica de Fielding, Joan, no valía nada y que tarde o temprano, cuando le hubiese sacado todo el dinero que quisiera, le iba a dar la patada. Le sorprendía que el tipo no lo viese venir; sin embargo, como casi todos, Fielding no se había molestado en analizar cómo funciona el mundo, cosa que Donald sí había hecho. En el pasado, puede que algunos graciosos le recriminaran con sarcasmo el que se pasase el día sentado sin hacer nada, cuando en realidad no había dejado de observar: sus ojos eran cámaras espías a las que no se les pasaba ningún detalle, disparando sin cesar el objetivo. Más tarde, tendido en la cama (no durmiendo, sino *pensando*) analizaba las fotos y elucidaba las pautas de conducta.

Para empezar, había llegado a la conclusión de que la mayoría de los tíos se volvían tontos cuando estaban ante una mujer, que rebotaban en torno a ellas como bolas de billar: una simple caricia los enviaba a la tronera. La gente no entendía que las prisas no sirven para nada. Su madre se pasaba la vida corriendo de aquí para allá, sólo de verla se cansaba. Era como observar a una mosca dándose de bruces contra un cristal una y otra vez sin por ello conseguir ir a lado alguno. Él, por el contrario, estaba en racha; había sido paciente y, en el momento propicio, la ventana se abrió amablemente para él.

Fielding seguía hablando:

—... le compré un anillo con un pedrusco de diamante, me lo metí debajo de la lengua y le dije: «Bésame, muñeca», y me dijo: «¡Oh!, no tenías por qué hacerlo». Nueve quilates, me costó un ojo de la cara.

—¿Tienes los papeles? —preguntó Donald.

Fielding se rebuscó en el bolsillo y le entregó la carta y su documento de identidad.

—Supongo que será mejor que nos vayamos yendo —sugirió mordisqueándose una uña—. ¿Qué más necesitas saber de mí? ¿El nombre de mi padre, el colegio al que fui y eso?

Donald negó con la cabeza.

—Nunca preguntan eso. A veces quieren saber en qué trabajas, te miran las manos, te hacen pruebas musculares y cosas por el estilo.

Fielding extendió las manos con las palmas hacia arriba, rosadas y sin una grieta.

—Corredor de apuestas —informó.

—¿Ah, sí? —Donald sintió un relativo interés.

Nunca había ido a la carreras, ni le interesaba la carne de caballo ni apostar, pero en los noticiarios del cine había visto cómo en los reservados de los ganadores corría la espuma de champán y las mujeres se paseaban con peinados de diez libras. Había tanta clase que se podía oler.

—¿Dónde trabajas? —preguntó Donald.

—Por todos lados, viajo mucho. Bueno, el corredor es mi tío, pero un día de éstos me va a traspasar el negocio.

—¿Y con la guerra y todo aún se organizan carreras?

—¿Te apuestas algo a que sí? —Fielding se rio de su propio chiste y encendió otro cigarrillo—. Lo han recortado, ahora sólo hay seis hipódromos abiertos medio día a la semana, pero así se juega más fuerte, ¿no? Y ésa es otra razón para no alistarme en el ejército de patosos de Fred Karno. Venga, vamos.

Caminaron bajo una niebla soleada hacia el edificio de reclutamiento. Al llegar a una calle de distancia del sitio, Fielding permaneció rezagado.

—Te espero ahí —dijo señalando un *pub*.

Donald se incorporó a la fila que serpenteaba desde la puerta de entrada con el habitual tufillo a nerviosismo y los chistes y rumores de costumbre.

—Me han dicho que si le metes uno de diez libras en el bolsillo, te consigue

un trabajo de oficina.

—Pues a mí me han contado que si le metes otra *cosa*, te envía al Cuerpo Femenino de la Marina.

Estallaron todos en risas.

—Yo tengo los pies planos —dijo uno que parecía un tontainas—. No me mandarán al ejército, ¿verdad?

—Derechito a la Real Fuerza Aérea —respondió el listo que había hecho la gracia sobre el Cuerpo Femenino de la Marina—. Juntan a todos los pies planos y los ponen a aplastar los terrones de las pistas de aterrizaje.

—Bueno, pero ya en serio —insistió el tontainas con preocupación—. ¿Pensáis que me darán un apto?

Comenzaron todos a dar su opinión y luego a discutir.

—Mira, con un puto bastón de ciego tienes que entrar o no te libras por problemas de vista.

—Bueno, pero con pies planos...

—Pues mi hermano, ¡eh!, mi propio hermano, no pasó el examen médico por una uña del pie de mierda que tenía encarnada, así que no me digáis que no sé de lo que hablo.

—Entonces, con pies planos...

Donald abrió el *Daily Express* y echó un vistazo a los titulares. Su tranquilidad era absoluta, casi como en su primer reconocimiento médico. Aquel día había sido glorioso, aún ondeaba en su memoria como una bandera de seda. Llevaba toda la vida aguardando que llegara ese preciso momento que lo sacaría del fango en que vivía. Él no pertenecía a ese mundo donde le había tocado nacer (tener que llevar harapos improvisados, comer carne de segunda, dormir en sábanas repugnantes, ir tirando día a día). Su mundo era otro, uno más distinguido. Siempre lo había sabido, no albergaba dudas al respecto, sentía que llevaba una marca mágica de nacimiento en el hombro con forma de corona. Lo único que le había hecho la existencia más llevadera era la absoluta certeza de que en algún momento su suerte cambiaría. Aquel día, en Bedford, a medida que avanzaba por las salas del ayuntamiento expuestas a continuas corrientes de aire, mientras le inspeccionaban los oídos, le apretaban la barriga y le toqueteaban sus partes pudendas, en cierto modo presentía que su momento estaba a punto de llegar, casi podía oír el distante sonido de una trompeta anunciándolo.

«Ummm —había dicho el médico mientras presionaba el estetoscopio

contra el pecho de Donald—, ¿te han dicho alguna vez que tienes un soplo en el corazón?». Luego vino otro matasanos y los dos escucharon por el aparato, asintieron y lo clasificaron como «no apto para ingresar a filas». Luego, Donald tuvo que entregar una carta a un especialista en el hospital, el cual le proporcionó un diagnóstico formal por escrito: insuficiencia valvular pulmonar congénita. Tenía algo que ver con los vasos sanguíneos que iban a los pulmones y, según el especialista, era algo poco común, sin tratamiento y probablemente asintomático por muchos años.

«Poco común».

«Sin tratamiento».

«Probablemente asintomático por muchos años».

El diagnóstico se quedó flotando en el aire como un triple toque de trompetas, como tres presentes en una bandeja de oro, como un trío de palomas doradas. Donald Sedge estaba exento de realizar trabajos pesados; Donald Sedge no haría la instrucción con los soldados rasos; Donald Sedge era una rareza, enfermo aunque robusto, oficialmente dotado de un corazón distinto a los demás. «No hay por qué preocuparse, señor Sedge», lo tranquilizó el médico al confundir su euforia con pavor. Y un milagro llevó a otro, ya que esa misma tarde, el chico que le seguía en la cola del reconocimiento médico en Bedford había soltado un silbido por lo bajini al oír lo del soplo y le había dicho: «Vales tu peso en oro. Hay tíos que pagarían un dineral por que te hicieras pasar por ellos». Donald tuvo la sensatez de mantener la boca cerrada y simplemente hizo un gesto de desaprobación con la cabeza, pero la voz se corrió y tan sólo dos días más tarde llegó un tipo a la chatarrería Croxton a hacerle una oferta, la primera de muchas. Al principio había escondido el dinero en una caja de zapatos debajo de la cama, pero cuando se llenó, empezó a guardar el aluvión de billetes en una vieja bolsa de viaje abombada de cuero rígido, como la de los médicos, que descansaba sobre el armario de su cuarto, preñada, esperando a que llegara la hora.

La cola empezó a moverse.

—¿Y si les digo que soy objetor? —preguntó Pies Planos, presa del pánico.

—Te llevarán a la parte de atrás y te fusilarán —dijo el siguiente de la fila.

—Antes de eso, ¿cuál es la diferencia entre un huevo, una gallina y Hitler? Un huevo quiere que lo chupen, una gallina que la despeloten y Hitler que se lo... —Lanzó una mirada lasciva y esperó a que los demás rieran.

—Si de veras fueras objetor, ni siquiera habrías venido al reconocimiento

médico —apuntó un chico remilgado con gafas—. En cualquier caso, lo que quiere Hitler es eso, ¿no?, que se lo follen.

La frase pronunciada por aquellos labios pulcros sonó obscena en demasía y provocó que alguien en la fila soltara una carcajada que hizo ruborizar al muchacho.

—Bueno —añadió poniéndose a la defensiva—, creo que alguien le tiene que parar los pies y no veo por qué hemos de dejarlo en manos ajenas. Y no creo que sea el único aquí que piense así.

Miró a su alrededor, pasando la mirada de un hombre a otro.

—No, no eres el único —afirmó Donald impasible.

Todos los ojos se volvieron hacia él, aunque no dijo nada más, sólo se cruzó de brazos. Se hizo un silencio respetuoso en la sala, interrumpido por un señor con un portapapeles que apareció por la puerta de doble hoja gritando: «¡Los veinte siguientes!», con lo que la fila avanzó con un arrastrar de pies. El remilgado le dirigió a Donald un gesto con la cabeza a modo de reconocimiento. «Podría dar lecciones —pensó Donald—, se me da bien».

La tarde transcurría lentamente, primero esperar en una cola y luego en otra, «lea la línea de arriba, cierre los ojos y levante un dedo cuando oiga un ruido, ¿nota cuando le clavo este alfiler en la pierna?». «Es la primera vez que hago esto —se recordaba Donald constantemente—. No puede parecer que sé lo que viene a continuación». «Tóquese los dedos de los pies, tosa, camine por esta línea».

El neumólogo era un médico bajito con el pelo como cerdas de un cepillo de fregar y la piel descamada.

—Inspire —le ordenó—, espire; diga treinta y tres.

El médico pasó la campana del estetoscopio por varias zonas de la espalda de Donald.

—Ahora dese la vuelta —dijo el doctor.

Donald se giró. Aunque se acercaba su momento, mantuvo su expresión imperturbable. El médico, que tenía las manos ásperas de una limpiadora, presionó el estetoscopio contra la piel blanda de debajo de su pezón izquierdo. Se detuvo durante una fracción de segundo y, de repente, se oyó un estrépito procedente del otro extremo de la sala, seguido de un torrente de gritos.

—¡Por Dios! —profirió el médico, tras lo cual salió cual exhalación en dirección a un cuerpo postrado boca abajo.

Se trataba del tontainas: se había desmayado y golpeado la cabeza con una mesa al caer; había bastante sangre.

El médico había dejado caer el estetoscopio al suelo, donde yacía enrollado. Donald se agachó y lo recogió, se preguntaba si podría uno oír su propio corazón, pero tras advertir la cera acumulada en los auriculares del aparato, desistió de la idea por motivos de higiene. El desmayado estaba ahora sentado en una silla con un trapo en la cabeza.

—Muy bien —dijo el médico al volver—, ¿por dónde íbamos?

Donald le alcanzó el estetoscopio y el médico le lanzó una mirada al paciente; luego escribió algo en una ficha.

—Muy bien, señor Fielding, ya hemos acabado. Entregue esto en la oficina e intente mantenerse alejado de los bollos de nata o el entrenamiento básico le va a resultar una tortura.

Donald se quedó mirando mientras el médico agitaba la ficha con impaciencia.

—Cójala ya, hombre.

—Pero no me ha escuchado el corazón —protestó Donald.

—¿Cómo?

—Que no me ha escuchado el corazón.

El médico lo miró como si a Donald le faltase un tornillo.

—Su corazón está *ahí*. —Le clavó un dedo a Donald en la parte izquierda del tórax—. ¿Dónde demonios se pensaba que está?

—No, lo que quiero decir es que no me lo ha escuchado bien.

—¿Que no he hecho qué?

El médico no alzó la voz, pero su tono bastó para que todos los de alrededor se volvieran para ver.

A Donald le costaba pensar, el sudor le había empezado a bajar por la espalda.

—Lo que quiero decir es que había empezado a escuchármelo cuando aquel tipo se desplomó y no lo escuchó mucho tiempo, apenas un segundo o dos...

—El olor que emanaba de sus axilas se elevaba como el rocío de la mañana —. Pensaba que tenía que durar un poco más, unos...

—Coja la ficha, señor Fielding —instó el médico.

«Tengo que intentarlo otra vez», pensó Donald.

—Mi padre sufría del corazón —dijo—, cayó muerto a los veinticinco años... Y últimamente me he notado un poco raro.

—No me diga, siento mucho oír eso. Intente beber menos cerveza y levantar ese enorme culo que tiene de vez en cuando. ¡Siguiente!

Toda la sala prorrumpió en risas. Donald cogió la ficha con manos sudorosas y se dirigió al escritorio al final de la sala. El pulso le latía desbocado, tanto que los latidos parecían tropezarse unos con otros. ¿Y si caía muerto de verdad por la fuerte impresión de haber pasado el examen médico? Eso sí que sería para partirse.

—No me ha escuchado el corazón —le dijo al escribiente—. No soy apto.

Sin mediar palabra, el escribiente cogió la ficha, echó un vistazo a las notas y se puso a escribir a máquina con gran parsimonia mientras la ceniza del cigarrillo caía sobre las teclas.

—El médico no me ha reconocido bien —insistió Donald—. No estoy bien, no lo estoy.

—Ni usted, ni el resto de este maldito mundo —respondió el escribiente—. Usted no sabe lo que es un «no apto». ¿Ve esto? —Se inclinó hacia adelante y se tiró de uno de los párpados inferiores hacia abajo, lo que dejó a la vista una medialuna del color del chóped—. Anémico, y aun así me pasaron con un B1, apto para el trabajo de base y de guarnición, así que no me hable de qué es apto o no apto.

Presionó algunas teclas más y luego arrojó la ficha encima de una pila de ellas.

—Listo —añadió—. Un A2, apto para ingresar a filas en territorio nacional o internacional. Le remitirán una carta en la que se le comunicará cuándo y dónde se debe presentar.

Ya fuera, Donald se puso a la sombra de un muro y trató de calmarse. Hacía más calor que cuando había entrado y no corría nada de brisa, el aire podía cortarse como si fuese un trozo de queso. Del edificio de reclutamiento salía un examinado taciturno a cada minuto aproximadamente; del *pub* de enfrente, un fragor de voces que gritaban indignadas y con bravuconería.

Atisbó a Fielding antes de que éste lo viera a él, le vio cruzar la calle y alzar su brillantada cabeza al edificio de reclutamiento, y luego bajarla para mirar el reloj. Donald palpó el bolsillo superior de su chaqueta y sintió el fajo de billetes, firme bajo su palma. En realidad se lo había ganado, él no tenía culpa de que el médico no hubiese hecho su trabajo. Salió de las sombras.

—¡Por Dios! ¡Has tardado un huevo de tiempo! —le recriminó Fielding. Sacudió la cabeza en dirección a una bocacalle y doblaron la esquina—.

¿Todo bien? —susurró—. ¿Te han suspendido?

—No ha ido según lo planeado —dijo Donald.

—¿Qué?

—El médico no me ha examinado en condiciones. —La cara de Fielding se heló y Donald comenzó a hablar más rápido—. Casi ni me escuchó el pecho, tuvo que ir a recoger a un tío que se había desplomado, y luego fue y empezó a rellenar mi ficha. Ni siquiera...

—¿Quieres decir que has pasado?

—No paré de decirle que tenía que auscultarme otra vez, pero...

—¿Has *pasado* el puto reconocimiento? Devuélveme el dinero.

—Pero si no ha sido culpa m...

Una de las manos de Fielding salió disparada y agarró a Donald del cuello clavándolo en la pared mientras la otra le registraba con maestría la chaqueta y sacaba el fajo de billetes del bolsillo.

—Asquerosa bola de sebo —le insultó Fielding al soltarlo.

Donald se quedó en cuclillas, con la visión moteada por puntos morados y sintiendo que le habían insertado un deshollinador por la tráquea.

—Tienes suerte de que esté todo aquí —dijo Fielding desde algún punto indefinido por encima de Donald—. Tramposo hijo de puta, podría hacer que te rajaran, conozco a tipos que por cinco libras te dejarían la cara hecha un guiñapo. Por menos de esto he hecho que le partan las piernas a más de uno, he hecho...

Donald miró hacia arriba parpadeando, intentando discernir las formas oscilantes. Fielding estaba llorando.

—Mi Joanie —gemiqueó—, ¿cómo voy a dejar a mi Joanie?

Empujó los billetes al fondo del bolsillo, se giró para marcharse y entonces, casi como si se acordara en el último momento, se volvió y le propinó un rodillazo a Donald en la cara.

Donald se quedó tendido mirando cómo desaparecían los zapatos al volver la esquina. Un hilo de sangre se deslizó hasta la acera. Después de que la explosión inicial de dolor se mitigara, levantó una mano y, con delicadeza, comenzó a palpar la nueva anatomía de su nariz.

—Hitler nos va a invadir mañana —susurró Harvey Madeley mientras el maestro pasaba lista.

—Lo mismo dijiste la semana pasada —le reprochó una de las gemelas Ferris— y al final no lo hizo.

—Se suponía que iba a hacerlo, pero llovió, que me lo dijo mi tío que es de las fuerzas aéreas y lo sabe.

—¿Y por qué no puede Hitler invadir si llueve?

—Pues porque sus tanques son de cartón —bisbiseó Roy Pursey desde la fila de atrás.

—No...

—Y le había prometido a todos los nazis un helado cuando llegaran a Londres.

—Cuando ustedes gusten —llamó la atención el señor Waring propinando un reglazo en la pizarra que levantó una nube de polvo—. Me permito recordarles que únicamente quedan tres días para finalizar el trimestre y preferiría no malgastarlos en su totalidad. Vana será la victoria que logren los Aliados si después de todos sus esfuerzos nadie de entre las jóvenes generaciones sabe multiplicar, hacer un análisis sintáctico, puntuar o ni siquiera deletrear la palabra «victoria». Madeley, deletree «victoria».

—B-I-C-T...

—¡Examen de ortografía! —anunció el maestro—. ¿Quién tiene lápiz?

Apenas la mitad de la clase levantó la mano.

—Los que tengan lápices que lo pasen a las primeras cuatro filas; los de las primeras cuatro filas, pasen el libro de Lengua y Literatura, si tienen uno, a los del final de la clase. Los del final, abran el libro por la página treinta y siete y lean en silencio «Un día de primavera» prestando especial atención a los adverbios.

Las instrucciones del señor Waring se ejecutaron con un gran estrépito de pupitres. Ya no se encontraban en la capilla metálica, sino en una clase de

verdad de la escuela de primaria de la iglesia anglicana de San Marcos. Los evacuados asistían por la mañana, los niños de Saint Albans iban por la tarde y, en el cambio de turno, volaban a diario los escupitajos y los puñetazos. Roy Pursey le había clavado un lápiz en el brazo al hijo de un trabajador del campo que le había llamado meón palurdo londinense con cerebro de mosquito, lo que le había valido diez varazos de la directora, la cual parecía ganarse la vida doblando hierros en un circo. Roy afirmó, sin demasiada convicción, que no le había dolido nada.

—Democracia —continuó dictando el señor Waring—, de-mo-cra-ci-a.

Noel le echó un vistazo a «Un día de primavera»; le pareció lamentable: («... y mientras los suaves céfiros danzan entre el endrino y el susurrante serbal, el travieso petirrojo cabecea curioso sobre el prado...»), por lo que se quedó sentado con los ojos clavados en el reloj de pared. Por primera vez en casi un año sentía que algo extraño y desconocido se desperezaba en su interior: expectación.

—Fascismo —seguía el profesor—, fas-cis-mo.

La clave estaba en investigar primero, estaba convencido. Vee no lo había planeado bien, desconocía que se pudiesen hacer listas y sucumbía ante el pánico y las ideas caprichosas. «Fallar en la preparación es prepararse para fallar», solía decir Mattie citando a Benjamin Franklin. Así pues, Noel se había pasado las dos últimas tardes en la sala de prensa de la biblioteca pública de Saint Albans elaborando una lista (en código) de todas las causas por las que se habían hecho colectas puerta a puerta. Luego, había comparado la recaudación conseguida en cada una de ellas. El Fondo Lord Baldwin para Refugiados Alemanes había salido muy mal parado en el condado de Hertfordshire, al igual que el Fondo para la Ayuda al Servicio Civil. Cualquier organización con «soldados» o «muchachos» en su denominación registraba buenos resultados; «benevolencia» también tenía las ganancias aseguradas y «consuelo», ídem de lo mismo; «huérfanos», por su parte, había vertido una cascada de monedas en las cajas de donativos de la vecina Harpenden. Los nombres locales también parecían tener éxito: el Fondo de la Iglesia Parroquial de South Mimms para el Oscurecimiento Nocturno había logrado recaudar una asombrosa cantidad, habida cuenta de lo reducido de su población.

—Tiranía, ti-ra-nííííí-a.

Noel también había estado deliberando sobre el emplazamiento de la

colecta. La forma en que Vee se movía tenía algo extrañamente memorable: parecía una actriz de cine mudo que ora exhibía ostentosos ademanes, ora se quedaba inmóvil de repente. Por eso tenían que ir a algún sitio donde no la reconocieran o recordaran, un lugar donde los desconocidos fuesen algo habitual y donde los vecinos no fueran muy dados a intercambiar impresiones. Tras una meditada reflexión y un exhaustivo análisis de los trayectos de cercanía de los trenes, se había decantado por el barrio periférico de Cricklewood, al norte de Londres. «Eso está muy lejos», se había quejado Vee, aunque tampoco se negó. De hecho, parecía resultarle un alivio el que, en lugar de haberle pedido opinión, se lo hubiera comunicado directamente.

Estaba como ida desde que Donald llegara a casa con la camisa empapada en sangre después de haber tenido la mala fortuna de tropezar con un saco de arena. En vez de ir a trabajar, se había encamado con un trapo humedecido sobre la cara. Croxton aporreó la puerta a las siete y, como Vee no contestaba, comenzó a gritar en medio de la calle diciendo que ya estaba harto, que un franchute remilgado doblaría más el espinazo, que Donald estaba despedido y que tenían tres días para irse del apartamento. Al oír lo último, Vee bajó corriendo las escaleras y se llevó un rato fuera. Cuando volvió, traía el delantal manchado y la noticia de que Croxton había ampliado el plazo a dos semanas. Después de eso, lloró breve aunque desconsoladamente, y luego se puso a adornar una pila de cintas para sombreros.

—Liberación—continuaba el señor Waring—, li-be...

El maestro lanzó un suspiro al oír el fragor de un triángulo metálico retumbar en el aire.

—¡Ataque aéreo, señor! —gritó Harvey Madeley.

Fuera, en el pasillo, alguien comenzó a girar una matraca.

—¡Ataque aéreo, señor, y con gas!

—Gracias, Madeley. Suelten los lápices, cierren los libros y diríjense sin excesivo pánico al refugio.

Mientras la clase salía en estampida hacia la puerta, el señor Waring se agachó a recoger un libro que habían dejado caer al suelo.

—¿Aún sigue ahí, Bostock? —preguntó al incorporarse—. Dese prisa, por favor.

—No es más que un simulacro —dijo Noel.

Realizaban el ejercicio a diario. En aquel momento, la directora estaría apostada junto al refugio del patio con un cronómetro en su hercúlea mano. El

récord actual era de un minuto y treinta y dos segundos.

—Usted sabe que no siempre será un simulacro. Las bombas ya han llegado a la costa.

Noel se encogió de hombros, incómodo. No le gustaba hablar de la guerra como si en verdad estuviese sucediendo, era como traicionar a Mattie.

—No es que Saint Albans sea uno de los objetivos prioritarios de la Luftwaffe —añadió el maestro—, de ahí que hayamos venido a pasar una temporada aquí. ¿Tiene su máscara de gas?

Noel asintió al tiempo que cubría la parte superior de la funda con la mano para ocultar el mango de la caja de donativos.

—Andando, pues. Yo les seguiré una vez haya inspeccionado la clase en busca de algún que otro artefacto incendiario.

El señor Waring echó una mirada en derredor con gran aspaviento y, a continuación, se sentó en el borde de la mesa y procedió a rellenar su pipa.

Algo más tarde aquel mismo día, cuando Vee y Noel salieron de la estación de Cricklewood, el sonido del rasgar de una tela sobrevoló sus cabezas y al alzar los ojos vieron pasar a un avión hacia el este, seguido por un segundo y luego por un tercero. Si bien Noel no había hecho un esfuerzo consciente por aprender sus nombres, sabía que eran aviones Spitfire del mismo modo en que sabía que cuando un ave se quedaba suspendida tremolando en el aire, se trataba de un cernícalo. Los aparatos dejaron tras de sí una estela de encaje surcando el cielo.

—No sé si... —dudó Vee por enésima vez.

Parecía ir sonámbula. Tenía la cara del color de una funda de almohada sin lavar, los ojos medio cerrados. Había dormido casi todo el corto trayecto hasta allí mientras Noel estudiaba el mapa que, discretamente, había arrancado del callejero de la biblioteca.

—No debería haber dejado a Donny solo en el estado en que se encuentra. Además, deberíamos estar buscando alojamiento y encima tengo que terminar las dichosas cintas para los sombreros...

Ciento cincuenta para el viernes, caqui y granate, vaya colores más feos. Según Vic Allerby, era el nuevo *look* militar. Eso le había dicho cuando le trajo los lazos: «A las señoras ya no le gustan las flores, ahora resulta que quieren parecer soldaditos». Se había pasado la noche con las cintas, pero sus manos se habían negado a memorizar los dobleces y los pliegues, por lo que

cada vez que empezaba una tenía que concentrarse como si fuese la primera. Al despuntar el alba, sólo había terminado cincuenta y ocho, y con las claras del día se dio cuenta de que había dejado marcas de sudor de los dedos en los lazos, así que tuvo que rociarlos con bicarbonato y luego cepillarlos para que quedaran como nuevos, o de lo contrario no le pagarían. Había colocado esa preocupación en concreto delante de todas las demás: era leve, *llevadera* incluso, en comparación con la imposible proeza de hacer frente a los impagos y al desahucio.

—Empezaremos por aquí —anunció Noel.

Vee lo siguió como un saco al que arrastran por el asfalto.

La calle estaba flanqueada por casas altas y desvencijadas. Había venido aquí con Mattie hacía dos años para visitar a una amiga suya, una anciana a la que siempre se refería como «la pobrecilla de Alice» y que vivía en una habitación en el último piso del número tres. Noel recordaba la aglomeración de timbres junto a la puerta principal y la extraña sensación cuando entraba en la casa, que parecía estar llena y singularmente vacía al mismo tiempo; se podía oír el sonido amortiguado de los inquilinos tras las puertas cerradas de sus habitaciones. Por aquel entonces, había empezado a sumergirse en las obras de Agatha Christie y, mientras Mattie y Alice bebían su té sin leche y recordaban las batallitas de antaño con oraciones cortas salpicadas de frases hechas («Livvy Kerr no tenía lo que había que tener, ¿verdad? Mucho aquí estoy yo, pero, a la hora de la verdad, aterrorizada y llorando a grito pelado cuando le echaron el cerrojo»), él imaginaba cómo aquel lugar se convertía en el escenario de una novela negra: *Asesinato en la cuarta planta*; un chico detective que había venido de visita tenía que interrogar a un número determinado de sospechosos antes de señalar al inquilino que había aplastado el cráneo de Alice con un busto con la imagen de la feminista Mary Wollstonecraft.

A media tarde había sonado el timbre y la pobrecilla de Alice tuvo que bajar las escaleras de prisa para atender la puerta. «Un señor vendiendo cepillos», aclaró al volver. Entonces, uno tras otro, en una serie de riiing riiing atenuados, el comercial había pulsado todos los timbres de la casa. «La del segundo al fondo es la que le interesa —había explicado Alice—. Su hijo es un decidido vendedor de almanaques, así que nunca le dice que no a un vendedor». Seis habitantes, seis oportunidades en cada casa.

Pasó otro avión en dirección este, esta vez el aparato era más abombado y pesado.

—Dicen que Hitler nos va a invadir hoy —dijo Vee distraídamente—. Se lo escuché decir a alguien en la tienda, que iban a lanzar nazis disfrazados de curas y que habría que estar ojo avizor buscando clérigos que no pudiesen pronunciar bien las erres: «... del hijo y del Espíritu Santo».

—Aquí —anunció Noel señalando la casa contigua a la de Alice—, empezaremos por aquí.

Sacó la caja de donativos de la funda de su máscara de gas. Había pegado un cuadrado de cartulina en el frontal y dibujado él mismo el letrero con tinta utilizando una plantilla que había confeccionado.

Vee echó un vistazo atrás.

—Hay mucha gente yendo y viniendo.

—Eso es bueno.

—¿Ah, sí?

—Mejor que una calle vacía. Ocultarse a plena luz del día es una reconocida táctica de camuflaje.

Miró a Vee, ataviada con su abrigo color carbón, el blanco de sus ojos coloreados de un rosa vivo.

—La caja —dijo Noel pasándosela.

—¿Y qué digo? —preguntó presa de un repentino ataque de pánico.

—Sólo el nombre de la causa para la que estamos recaudando.

Noel se empinó y presionó el timbre.

Esperaron lo que pareció una eternidad antes de oír un arrastrar de pasos por el pasillo. La puerta se abrió y un tuerto con una cicatriz que le recorría la cara desde la cuenca vacía a la barbilla los miró parpadeando.

—¿Sí?

Vee se sobresaltó y la caja cascabeleó: Noel la había preparado echándole un chelín en peniques.

—Colecta del distrito de Cricklewood para las viudas y huérfanos de la batalla de Dunkerque.

El señor soltó un suspiro, se metió la mano en el bolsillo, sacó un chelín y lo introdujo en la ranura. Después, le dio una insistente palmadita cariñosa a Noel en la cabeza.

—Buen chico —dijo.

Cuando la puerta se cerró, Vee se dio cuenta de que había estado aguantando

la respiración.

—¿Llamamos a otro?

—Esperemos un momento —respondió Noel.

El chico contó hasta diez e hizo sonar un segundo timbre. En esta ocasión los pasos eran enérgicos. Abrió la puerta una joven con aire de coqueta. Tenía el pelo rizado, los labios fruncidos como si fuese a recibir un beso y una tersa barriga abultaba su delantal de flores.

—¿Sí?

—Colecta del distrito de Cricklewood para las viudas y huérfanos de la batalla de Dunkerque.

Pasaron unos instantes hasta que en su rostro impertérrito comenzaron a temblarle los labios, se llevó una mano a la boca para calmarlos.

—Voy a ver qué tengo en el monedero.

Rebuscó en la cartera y extrajo un puñado de peniques que insertó en la caja. Antes de cerrar la puerta, los llamó y añadió:

—Les acompaño en el sentimiento.

Vee, algo falta de aire, miró a Noel.

—¿Otro?

Sin responder, el chico pulsó el timbre de arriba del todo. Aguardaron durante un largo rato que Vee se pasó ladeando la caja de un lado a otro y escuchando las monedas deslizarse en el interior.

—¿Crees que...? —empezó a decir antes de enderezarse al oír cómo se acercaban los pasos.

—¿En qué puedo ayudarles?

Se trataba de un anciano que respiraba con dificultad. Llevaba unas gafas de montura metálica y un libro en la mano con el pulgar señalando el punto de lectura.

—Colecta del distrito de Cricklewood para las viudas y huérfanos de la batalla de Dunkerque.

El anciano miró a Vee, luego a Noel, y de nuevo a Vee.

—¿Es su hijo?

—Sí —respondió Vee vacilante.

—¿Por qué no está en la escuela? —Su tono era melancólico más que acusatorio.

—Ya ha pasado el almuerzo.

—Me temo que no la entiendo.

—No van después de almorzar.

—¿Y cómo es eso?

Pese a la mirada afable del anciano, Vee comenzó a sentirse confundida.

—Porque el colegio está lleno de evacuados y no hay sitio para todo el mundo, así que los evacuados van sólo por la mañana.

—Por la tarde —interrumpió Noel—. Lo que mi madre quiere decir es que los evacuados asisten a clase por la tarde, mientras que los alumnos oriundos del lugar, como yo mismo, acudimos únicamente por la mañana.

—Sí —afirmó Vee—, eso es lo que yo quería decir.

—Ergo puedo acompañar a mi madre.

—Claro como el agua —dijo Vee alegremente.

Se hizo un silencio. Vee seguía oyendo la conversación resonando en su cabeza y sabía que algo no cuadraba, eran como un pito de murga y una flauta intentando tocar al mismo son. Agitó un poco la caja, trató de sonreír, hizo memoria para recordar por qué asociación se suponía que estaban recaudando y con cara apesadumbrada repitió:

—Viudas y huérfanos.

El anciano rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó dos monedas de tres peniques, tosió y, tras necesitar un momento para recobrar el aliento, dijo:

—Cincuenta años de polvo de tiza. Nunca se debería infravalorar las impredecibles consecuencias de la educación, aunque a su hombrecito parece estarle yendo bastante bien.

La puerta se cerró y antes de que Noel tuviera tiempo de presionar otro timbre, Vee lo agarró por la muñeca y le siseó.

—Espera. Tenemos que hablar. —Se giró para comprobar que nadie estuviese mirando—. Vamos allí.

Lo condujo hacia la esquina, junto a unos cubos de recogida de sobras para los cerdos. Por curiosidad, levantó la tapa de uno de ellos y una nube de moscas salió bordoneando por la rendija, lo que hizo que Vee soltara impulsivamente la tapadera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Noel.

—Que vamos contándole a la gente que eres mi hijo y tú te pones a soltar palabras como... como «oriundo» y «ergo». Nadie en Saint Albans dice «ergo». Y tendrías que estar llamándome «mamá» y no «mi madre»; vamos, que tu forma de hablar no encaja, que pareces haber salido de algún sitio cursi y yo sueno...

—Ordinaria —completó Noel.

Vee se puso colorada.

—No se puede ir por ahí diciéndole cosas así a la gente.

Vee se toqueteó el sombrero, pensaba que se había puesto elegante y ahora se sentía como un guiñapo.

—No sabes nada de mí —le recriminó—. Fui a la escuela hasta los quince, era inteligente, quería ser maestra.

Noel la miró. Su rostro ancho y poco agraciado no transmitía descaro ni atrevimiento, sino perplejidad. Se le ocurrió que no la había llamado «ordinaria» para insultarla, simplemente había usado el adjetivo para describirla, lo que, en cierto modo, era aún peor.

—Pero tenía que decir algo —se excusó Noel—, la información sobre mi horario era del todo incorrecta.

—Sí, pero eso también lo encuentra raro la gente: los niños no deberían replicar y decir que sus mamás se han equivocado. Espero que no hablaras así cuando tu... tu... —Se le quedó la mente en blanco. ¿Con quién dijo que vivía?—. Cualquiera pensaría que tú eres el adulto —se corrigió.

Noel bajó la vista a la acera y Vee se quedó contemplando la culebrilla rosa que formaba la raya en el cabello del niño. Tenía el pelo lleno de polvo estival y cayó en la cuenta de que necesitaba un lavado y un corte. Casi había olvidado que se suponía que debía estar cuidando de él.

—¿Lo hacías?

—¿El qué? —preguntó Noel.

—Hablar así en tu casa.

—Sí —afirmó desafiante.

No había nada que no hubiese podido decirle a Mattie.

Noel se dio media vuelta y comenzó a alejarse atravesando una ráfaga de moscas que volvían a los cubos; Vee se apresuró a seguirlo.

—¿No ves que no podemos hablar los dos? —insistió Vee—. Somos como el agua y el aceite y la gente pensará que es raro, y si piensan que es raro pueden empezar a preguntar y más pronto que tarde estaremos hasta el cuello sin saber cómo salir. Bueno... al menos yo. Puede que para ti esto sólo sea un pasatiempo, pero yo me metería en un lío, en algo peor que un lío.

—Pero ¿y si alguien me pregunta algo?

—Dices que sí o que no con la cabeza.

—¿Y si me preguntan algo que requiera una respuesta más *elaborada*?

Había desdén en su tono. De no haber estado en un sitio público, le hubiese dado otra bofetada, no sería por falta de ganas.

—Escucha —dijo plantando bruscamente su cara a escasos centímetros de la de Noel—, no podemos llamar la *atención*. Tú mismo lo dijiste: ocultarse de día.

—A plena luz del día.

—Eso, ¿ves? Eres un chico listo, ¿no? Está claro que al principio me equivoqué contigo de medio a medio, pero tienes que practicar lo que predicas.

Noel siguió caminando, aunque más despacio.

—¿Qué quiere decir con que se equivocó conmigo?

—Bueno... —Vee se enojó un poco mientras buscaba una respuesta—. Creía que eras un poquito corto —logró decir al final.

Noel se giró y se quedó mirándola.

—¿Pensaba que era *retrasado*?

—Es que tenías la mirada un poco ida, sólo eso, y tampoco es que hablaras mucho, ¿no? Llevabas un abrigo de pieles en la maleta, en junio.

—No para ponérmelo, sino como objeto de rememoración.

—¿Y el pedrusco?

—Un *memento mori*.

—¿Ves? ¡Ahí lo tienes! —exclamó triunfante—. Por eso no puedes hablar, cada vez que abres la boca sueltas algo en latín.

Se oyó cerrarse una puerta de un portazo en la calle. La embarazada se dirigía hacia ellos a paso ligero con una bolsa de la compra colgada del brazo.

—¡Vaya, vaya! —dijo Vee agachándose—. Vamos a ponerte esto bien antes de que te des un batacazo, ¿verdad, cariño mío?

Desató la correa de la sandalia de Noel y luego la volvió a abrochar exactamente en el mismo agujero.

La embarazada pasó de largo sin apenas mirarlos. Vee se incorporó.

—Ocultarse a plena luz del día.

—Sí, si tuviera *tres* años —dijo Noel—. A los niños de diez años no les abrochan sus madres los zapatos.

—A lo mejor a algunos sí.

—Sólo si son...

—¿Qué?

El chico se quedó callado.

—*Retrasados* —completó Noel—. Pregúnteme algo.

—¿Qué?

—Pregúnteme algo, lo que sea. Pregúnteme cuántos años tengo, vamos.

Vee meneó la cabeza en un gesto de impotencia.

—¿Por qué?

—Usted pregúnteme.

—Está bien. ¿Cuántos años tienes?

En lugar de contestar, Noel retiró la mirada de Vee y contempló la calle con una expresión de vacío en el rostro.

—¡Ah, ya entiendo! ¿Y por qué no estás en el colegio?

La expresión del chico permaneció inalterable y a Vee se le ocurrió que, así de perfil, más que alelado parecía conmocionado, como si alguien le hubiese arreado un porrazo con un saco de arena.

Le puso una mano en el hombro a Noel; era como apretar el freno de una bicicleta, tirante y en tensión.

—Es mi muchacho —comenzó a ensayar—. No ha dicho una palabra desde que perdió a su padre y viene a todos los sitios conmigo.

Sacudió la caja.

—Está bien —dijo Noel—. Ahora vamos a fingir que le pregunto algo... ¿Y qué le pasó a su padre?

Vee abrió la boca. Una docena de respuestas habían irrumpido al instante en su mente y pensó que podría haber sido novelista si se le hubiese presentado la oportunidad y hubiese estudiado, ya que le salía de forma natural: «Venía en el último barco de retirada de las costas francesas de Dunkerque. Su sargento nos dijo que se arrojó al agua para rescatar a un compañero»; «fue el último en salir del barracón, lo dejaron empuñando una Gatling»; «lo vieron por última vez de camino a la costa francesa intentando ayudar a un niño y su abuela...». Podía verse a sí misma hablando, paladeando el relato, podía verse urdiendo una enrevesada trama que les seguiría puerta tras puerta hasta que el hilo se perdiese o se les enganchara, enredase o amarrase peligrosamente a los tobillos.

—¿Y qué le pasó a su padre? —repitió Noel.

Vee lanzó un suspiro y contestó:

—No me gusta hablar de ello, no delante del niño.

—¿Y por qué no está en el colegio?

Vee le soltó el hombro y le cogió la mano.

—Se queda conmigo en casa. El médico nos aconsejó que sería lo mejor por un tiempo.

—Está bien —dijo Noel soltándose de la mano de Vee—, intentémoslo de nuevo.

1 de septiembre de 1940

Estimado señor Churchill:

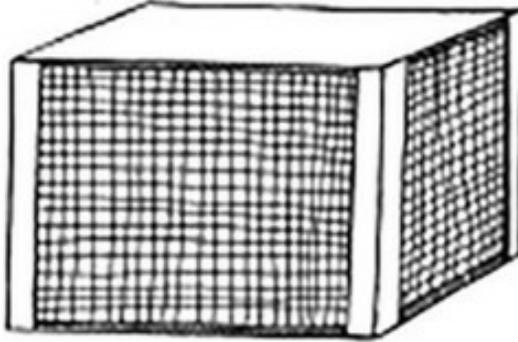
Supongo que estará usted muy ocupado, por lo que no me extenderé, tan sólo le escribiré unas cuantas reflexiones que he ido madurando.

Nos hemos mudado a un nuevo apartamento, por lo que le ruego que tome nota de la nueva dirección.

1. Todavía hay mucha delincuencia. La semana pasada volvieron a romper los escaparates de la joyería de Victoria Street; es el segundo robo relámpago que sufren en un mes y además el martes un ladrón entró en casa de una amiga mía de la congregación y se llevó un reloj de viaje y seis plátanos (su hijo es marino mercante). No hay bastantes policías. El que vino después del robo ni siquiera buscó pistas y mi amiga me contó que le faltaba el aire cuando llegó y sólo por haber ido de la comisaría a su casa en bicicleta. Además, el apartamento en el que vivimos ahora se quedó libre porque la inquilina anterior estaba recibiendo una prestación por cinco evacuados que ya habían regresado a Londres y se marchó a la francesa antes de que pudiesen arrestarla, ahí tiene otro ejemplo. Tampoco sabe nadie qué ha pasado con las raciones de más que recibió, porque en la alacena no había nada cuando nosotros llegamos. Hacen falta más policías en las calles y no sentados en la parte de atrás de la comisaría de Saint Albans comiendo melocotones en almíbar y natillas de un tarro nuevecito, que es lo que vio una amiga mía por la ventana al pasar por allí una noche.

2. Siguen sonando sirenas, pero por aquí siempre son una falsa alarma. El dueño del establecimiento de abajo del apartamento nos deja usar el refugio que tiene en el sótano, pero tener que bajar hasta allí para luego volver a subir aquí es demasiado trajín para mí cuando sólo se trata de un simulacro. Lo que la gente como yo necesita es algo que podamos tener en la sala de estar, como una caja o una jaula de

hierro. Le incluyo aquí un boceto:



3. No sé si usted estará al tanto, pero cuando Alvar Liddell locuta las noticias en la radio pronuncia nazi de forma diferente a como usted lo pronuncia, usted dice «naci» y él «natsi». La gente se ha dado cuenta y cuando quedé con mi primo Harold en el salón de té Abbey la semana pasada me dijo que incluso había oído chistes al respecto. Pensé que debía usted saberlo. A mí Alvar me suena a nombre extranjero.

4. He estado escuchando el concurso de música Beat the Band y la semana pasada, cuando anoté las respuestas para ver si había adivinado las canciones, me di cuenta de algo muy raro y era que si escribía de seguido la primera letra de cada canción, se leía NADA MNA. Resulta que el jueves (al día siguiente) no hubo bombardeos en las costas británicas, así que podrá ver cómo he ido atando cabos (NADA MAÑANA). Es posible que haya un espía en la BBC que esté enviando mensajes y creo que debería haber una inspección en la estación de radio. Voy a ir elaborando una lista de sospechosos para enviársela.

Bueno, creo que es todo por ahora. Vi su foto en el periódico de la semana pasada y espero que perdone mi atrevimiento, pero creo que necesita usted tomar más el aire.

*Reciba un cordial saludo,
Flora Sedge*

Antes de marcharse definitivamente de la Chatarrería Croxton, Vee limpió un par de boquerones y tiró las flácidas tripas por detrás de la cocina de gas.

El nuevo apartamento por el que había adelantado tres semanas de alquiler (¡tres semanas!) se encontraba sobre una librería. Tenía un baño en condiciones y una puerta de entrada independiente. Las oficinas del ayuntamiento estaban a cinco minutos, por lo que Vee se acercó una mañana para abonar los atrasos que aún debía. De vuelta a casa, se le ocurrió que, por primera vez en su vida adulta, no le debía dinero a nadie. Era una sensación extraña, casi perturbadora, la de no tener que preocuparse por ese particular. Parecía que durante los últimos veinte años hubiese estado cargando un saco de arena sobre los hombros.

Al final del verano, ella y Noel habían establecido unas normas y seguían una rutina. Se subían a un tren a media mañana (cuando no iba ni demasiado lleno ni tampoco vacío) y regresaban a media tarde. Con cuatro horas de colecta les bastaba, pues para entonces la caja ya solía pesar. Cambiaban el destino a diario tomando autobuses desde la estación de tren de llegada, probando y comparando diferentes zonas: el barrio de Saint John's Wood era demasiado burgués; el de Kilburn, demasiado irlandés, y en Camden había demasiados policías, así que optaban por los barrios periféricos del noroeste, en cuyas casas se hacinaban pobres respetables.

Noel modificaba la asociación beneficiaria de la caja de donativos y tomaba meticulosas notas de la recaudación total diaria.

A finales de agosto, las viudas y huérfanos de la Real Fuerza Aérea Británica ganaban por gran diferencia a los de Dunkerque.

Una tarde, en Kingsbury, presenciaron un reñido combate aéreo que durante un rato dibujó garabatos de tiza en una inmensa pizarra azul hasta que una línea descendió silbando en diagonal y acabó convirtiéndose en una nube negra en el horizonte. La mitad de la calle había salido a presenciar el espectáculo;

todos vitorearon cuando el Heinkel alemán fue abatido, la gente se acercó a Vee y le llenaron la caja de dinero. Ella daba las gracias y sonreía con mirada triste y baja: estaba aprendiendo.

En el camino de regreso, antes de subirse al tren, se permitían un capricho y tomaban un té con algún bollo. En ese rato, Vee solía hablar y liberar la charla que había estado reprimiendo durante horas. A Noel le llevó un tiempo percatarse de que no se trataba de un monólogo, sino de parte de una conversación que su interlocutora salpicaba de preguntas y silencios a la espera de respuestas. El día en que el chico comenzó a rellenar esos huecos, Vee pareció dar un respingo de alegría y sus ojos reflejaron un brillo desacostumbrado, como el del perro al que han criado con mendrugos de pan y, por primera vez, lo consienten con un trozo de hígado.

—Tengo que comprarle a mamá un bote de Sanatogen.

Estaban en el salón de té Fay, en Fortune Green, al norte de Londres. Era un viernes, el último de las vacaciones de verano, y los donativos habían sido generosos: un señor les había dado media corona. El lunes habían empezado a ir otra vez únicamente por las tardes, lo que reducía las dádivas a la mitad.

—¿Por qué? —preguntó Noel.

—¿Qué quieres decir con «por qué»?

—¿Para qué necesita Sanatogen? ¿Qué es exactamente?

—Es un tónico nutritivo a base de vino que hace que te vengas arriba, aunque ahora es complicado encontrarlo en las tiendas.

—¿Y no puede tomar simplemente vino normal o cerveza?

—Mamá no bebe.

Se hizo el silencio mientras ambos reflexionaban sobre el tema.

—Hay vinos y vinos —dijo Vee a modo de defensa—. Mi madre lo bebe por salud, no para... para...

—¿Pillar una cogorza?

A Vee le sobrevino la repentina imagen de su madre ebria y soltó una risa bufada que intentó camuflar tomando un trago de té.

—No debes decir eso.

—¿Ponerse piripi? —añadió Noel—. ¿Achispada? ¿Ir con una buena melopea? ¿Ponerse como una cuba?

—¿Cómo sabes todo eso?

—¿Para beberse hasta el agua de los floreros? ¿Para coger una trompa? Cobré por aprender estas expresiones.

—¿Que *cobraste*?

—Sí, como incentivo para expandir la memoria y mi vocabulario.

Mattie había elegido una palabra del *Tesaurus Roget* y había premiado a Noel con un penique por sinónimo aprendido.

Vee sacudió la cabeza con resignación, las rarezas de Noel estaban empezando a divertirle, era como hablar con alguien que se había criado en la luna.

—Ir *bolinga*, decimos por aquí —contribuyó Vee—. ¿Me he ganado dos peniques?

Se sentía alegre, llena de energía, y tenía el bolso repleto de dinero. Al regresar a casa, tras salir de la estación de Saint Albans, cruzó la calle en dirección a la tienda benéfica de la Cruz Roja. «Sólo será un segundo», le dijo a Noel antes de abrir la puerta.

A punto estuvo de cerrarla de nuevo cuando se percató de la presencia de la señora De Souza, la esposa del dueño de la zapatería, con una banda roja de voluntaria rodeándole el brazo. Llevaba puesto un pequeño delantal almidonado y sus manos descansaban sobre el mostrador para que todos pudieran ver que lucía un diamante del tamaño de un guisante. No le dirigió la palabra a Vee, simplemente la miró por encima del hombro. Sin embargo, junto a ella había una señora sentada haciendo ganchillo que tenía un rostro amable, por lo que Vee se recompuso.

—No he venido a comprar, sino a entregar un donativo. —Abrió el bolso y, si bien había pensado donar un chelín, se vio sacando toda una media corona—. ¿La pongo aquí? —preguntó para asegurarse de que las dos mujeres veían la moneda antes de insertarla en el bote junto a la caja registradora.

—¡Vaya! He de decir que es usted *muy* generosa —dijo Ganchillo—, ¿no es así, señora De Souza?

La bruja estirada no tuvo más remedio que asentir, aunque se diría más bien que alguien le había movido la cabeza a la fuerza desde atrás.

Vee salió de la tienda como si se deslizara suavemente en una barca dorada, jamás en su vida se había sentido tan bien.

El lunes por la tarde fueron a Hornsey. Al bajarse del autobús que habían tomado en Kentish Town, Noel olfateó el aire. Soplaban una brisa de sudeste que transportaba un olor peculiar, a caramelo, vinagre y gas.

—Este olor no puede ser de esas bombas, ¿verdad? —preguntó Vee poco

convencida.

Durante el fin de semana, las bombas se habían cebado con el sudeste de Londres. Habían informado de ello en las noticias de la mañana y, luego, en el tren, todos hablaban de lo mismo, ansiosos. Decían que los aviones alemanes habían ennegrecido el cielo y que el agua del puerto había hervido. «Ocho mil muertos», según un señor de labios finos con paraguas; «varias bajas», según la radio. Durante todo el trayecto hasta el norte de Londres la habían consumido los nervios porque pensaba que al llegar iba a encontrarse la ciudad arrasada. En cambio, no veía nada fuera de lo habitual: hileras de cubos de basura, sacos de arena y globos cautivos sobrevolando los tejados como si se celebrara una gigante fiesta de cumpleaños.

Noel estaba estudiando el callejero.

—Probemos las calles situadas detrás del depósito subterráneo de agua — sugirió.

—¿Hoy son las Reales Fuerzas Armadas?

—Fondo Benéfico de los Pilotos. —Noel sacó la caja de donativos de la funda de su máscara de gas y la rellenó con los habituales peniques—. ¿Empezamos? Podemos cortar camino por aquí.

Subieron unos escalones y se encontraron ante un desolado estanque elíptico a nivel de los tejados. Allí, una mujer tiraba migas de pan a un cisne solitario.

«Arroja tu pan sobre la superficie del agua. Eclesiastés, 11», pensó Vee.

—A alguien le sobra comida —comentó a Noel.

La cuidadora de cisnes puso la bolsa de papel boca abajo, la sacudió sobre el agua, la dobló con gran esmero y empezó a caminar por el sendero en dirección a ellos. Su figura arrojaba un aspecto inusual, era alta y llevaba puestas prendas que no hacían conjunto: una falda larga hasta el suelo, una chaqueta de *tweed* y una boina.

—Buenos días —saludó con una sonrisa.

Vee pensó que seguramente habría sido guapa de joven. Tenía esa clase de estructura ósea con pómulos altos que no desaparece con los años. Sin embargo, su tez reflejaba el color de la carne picada barata y tenía la dentadura poblada de huecos silbantes.

—Señora Aileen Gifford —se presentó extendiendo la mano—, encantada de volver a verla, nos conocimos en el bautizo de Frank.

Vee, patidifusa, le estrechó la mano.

—¿Y éste es su hijo?

Noel, haciendo uso de su hábil imitación de atontado, la traspasó con su habitual mirada al vacío.

—¡Encantador! —dijo la señora Gifford mientras le acariciaba brevemente la cabeza—. Siempre me han gustado los niños. Contribuiré a su causa con mucho gusto. —Hundió la mano en el bolsillo de la chaqueta y la sacó con el puño cerrado en torno a una masa de monedas que fue insertando una a una en la caja de donativos—. Encantador —repitió antes de alejarse.

—Doce chelines y cuatro peniques —informó Noel en tono pausado.

—*¡Doce...!* —Vee miraba fijamente a la mujer—. Está chiflada.

—Eso no lo sabe —espetó Noel enfurecido—. Puede no ser así, puede que esté enferma, no se puede ir diciendo cosas así de la gente.

Noel comenzó a caminar en dirección contraria a la tomada por la señora Gifford y, tras un momento de desconcierto, Vee se apresuró a seguirlo.

La recaudación iba en sintonía con la cantidad media de todos los días. Sin contar el dinero que les había caído del cielo al principio de la jornada, habían sumado una guinea y nueve peniques en dos horas de visitas a casa sí, casa no, únicamente en una de las aceras de las calles elegidas y sin llamar a más de dos timbres por edificio, ya que era preferible no detenerse mucho. Además, no estaban formulando preguntas difíciles, nada con lo que Vee no pudiese lidiar. «¿Es usted de por aquí?», le había preguntado una señora. «No de muy lejos, vivimos pasando Chalk Farm», había contestado Vee sin proporcionar más detalles. «Muchas gracias por su contribución».

Hoy, todas y cada una de las personas que abrían la puerta miraban primero a Noel y a Vee, y luego alzaban la vista al cielo.

«Su próximo objetivo será el palacio de Buckingham —había comentado un señor con cicatrices en los nudillos—, eso es lo que ha dicho ese traidor de William Joyce con su propaganda nazi desde Hamburgo». Aportó tres peniques y un caramelo de azúcar cande para Noel.

—¿Acabamos esta calle y lo dejamos por hoy? —preguntó Vee.

Estaba empezando a ponerse nerviosa, como si el miedo que se respiraba en el aire fuesen gérmenes de resfriado que la hubieran contagiado.

—Aún nos resta al menos un cuarto de hora —precisó Noel entrechocando el caramelo entre los dientes.

—Sí, pero...

Noel ya estaba tocando el timbre de la siguiente casa, así que Vee lo siguió

con cierta reticencia.

—Bueno, sólo una más —aceptó.

Oyeron cómo alguien que tarareaba una melodía bajaba despacio las escaleras; al llegar abajo, abrió la puerta.

—Me alegra volver a verla —saludó la señora Aileen Gifford extendiéndole la mano—, nos conocimos en la boda de Jenny Allstrop.

Ahora llevaba puesta una bata de estar por casa con un flácido ramillete de rosas de fieltro en un hombro, y, en el otro, una medalla de plata pendiendo de un lazo a rayas.

—Estamos recaudando para el Fondo Benéfico de los Pilotos —explicó Vee—, pero usted ya contribuyó...

—Por favor, pase. Estaré encantada de contribuir a tan noble causa.

La señora Gifford se adentró por el pasillo.

—No creo que sea conveniente que... —dijo Vee en voz baja, pero Noel ya había entrado e iba tras la anciana.

Tres puertas daban al pasillo y cuando pasaron ante la tercera, ésta se abrió y de ella salió un vigilante uniformado con un mono y un casco en la mano. El hombre siguió con la mirada a la señora Gifford mientras ésta subía las escaleras y luego les dirigió una sonrisa burlona a Vee y a Noel. Su cara estaba marcada por el acné y tenía los ojos afables y oscuros de un ternero.

—Ahí va la fábula andante: te sale con una nueva a cada minuto, pero todo lo que dice son cuentos chinos. Demasiados años... —emuló estar llevándose una botella a la boca—, la han vuelto tarumba. Y eso que es de buena familia y todo.

Guiñó el ojo a Vee, quien sonrió con afectado pudor y puso una mano sobre el hombro de Noel. El vigilante no terminaba de marcharse.

—¿La ha invitado, verdad?

—Así es. Quiere participar con un donativo.

—Si fuese usted, no subiría.

—¿Y por qué no?

—No parece que sea un buen ejemplo para el muchacho, ¿no está de acuerdo?

Vee observó los tobillos de la señora Gifford, sin medias, con la piel descamada, desaparecer por el recodo de la escalera.

—Gracias, pero estoy segura de que no habrá problema.

Al subir las escaleras, Vee aún sentía su mirada.

—Me disponía a pasar el plumero cuando recibí una visita de Venezuela. — Vee subió otro tramo de escaleras siguiendo la voz—. Se trataba de la hermana de mi profesor de piano; no pudo quedarse mucho, se dejó el abrigo y un par de cosas más que no he tenido tiempo de guardar todavía. Bueno, ya hemos llegado —anunció al abrir una puerta—. Pasen, por favor.

Vee vaciló. Noel, por el contrario, se adentró en el cuarto con evidente entusiasmo. La habitación estaba en penumbra, los paneles para el oscurecimiento cubrían las ventanas y la única fuente de luz consistía en una tenue bombilla que colgaba del techo.

—¿Un barquillo relleno de limón? —ofreció la señora Gifford agachándose y removiendo algo que sonaba a medio vacío—. ¿O quizás un *macaron*? Estoy convencida de que me quedan algunos de la fiesta en el jardín.

—Se lo agradezco, pero no —declinó Vee.

No alcanzaba a entender lo que vislumbraban sus ojos. A simple vista, no parecía haber muebles, más bien se diría que en la habitación se alzaba una cordillera de baja altura, una sucesión de estribaciones poco pronunciadas, elevadas en torno a un pico central de cima llana. Fue el penetrante olor a bolas de naftalina lo que le hizo comprender que se trataba de montículos de ropa amontonados alrededor de una cama.

—Por favor, siéntense —dijo la señora Gifford ondeando graciosamente la mano en el aire como si les estuviese dando a escoger entre varios divanes.

—Se lo agradezco, pero no —repitió Vee al tiempo que Noel aceptaba la invitación con un «gracias».

Noel se dejó caer sobre una pirámide de abrigos y le lanzó a Vee lo que en la oscuridad pareció ser una mirada reprobatoria.

Vee sacudió la caja y explicó subiendo la voz demasiado:

—Estamos sólo recaudando donativos, no podemos quedarnos.

—Yo sí tomaré un *macaron* con mucho gusto —aceptó Noel.

—Deberíamos *marcharnos* —dijo Vee entre dientes, pero él le hizo caso omiso.

Evidentemente, no había dulce alguno, lo único que había allí era la señora Gifford quien, enlazando con gran refinamiento un sinsentido tras otro, rebuscaba por la habitación despertando hedores a orina que se sublevaban por encima del alcanfor mientras Noel permanecía en su asiento, exhibiendo tal compostura que cualquiera diría que estuviese tomando el té con la familia real en el palacio de Kensington.

—Vamos a perder el tren —dijo Vee probando de nuevo y haciendo sonar la caja de donativos.

—Tren una y otra vez —canturreó la señora Gifford en su particular versión de la canción infantil *Llover, llover, una y otra vez*.

La anciana soltó una risita y, en cuclillas junto a la ventana, anunció:

—¡Aquí está!

Se oyó un clic y luego un largo y sostenido crujido como de hojas secas descartadas por el otoño. Cuando se enderezó, llevaba un trozo de papel arrugado en la mano, que entregó a Noel.

—¡Cómo has crecido! Estás más alto que una jirafa. Debe de ser la natación. Supongo que tendrás que hacer acopio de una buena provisión de dulces para cuando vuelva a empezar el curso, ¿no?

—Supongo que sí —dijo con un carraspeo.

—A todos los chicos les gustan los pasteles, ¿verdad? Y yo he estado reservando éste para una ocasión muy especial.

Deslizó una mano bajo la ropa de cama y sacó algo enrollado en franela gris. A medida que lo desenrollaba se hizo patente que el envoltorio lo constituían unas enaguas de invierno con profusas manchas.

—¡Y *voilà!* —exclamó blandiendo el minúsculo bizcocho de pasas y almendras—. ¿Un trozo para cada uno?

Vee comenzó a retroceder farfullando disculpas.

—¿Nos veremos en la fiesta en casa de Hamish? —preguntó la señora Gifford—. Tengo entendido que será espléndida. Claro que eso será si no vuelve a haber tormenta. Ayer por la noche cayó una terrible.

—Por supuesto, sería estupendo —contestó Vee—. Encantada de verla.

Le dio a Noel un tirón del brazo y éste la siguió de mala gana.

—¡Adiós! —se despidió Vee bajando las escaleras ruidosamente.

Al llegar al primer rellano, esperó a que Noel llegara. Bajaba despacio, alisando los pliegues del trozo de papel que le había entregado la señora Gifford. Cuando estuvo a un escalón de Vee, sostuvo el papel en alto a la altura de sus ojos: un billete de veinte libras.

Se habría llevado un buen rato recreándose boquiabierta en aquella vista, acariciando con la mirada las filigranas de tinta del papel, de no ser porque oyó girar la llave de una cerradura en el pasillo de abajo.

—Al bolso, *al bolso* —susurró apremiante mientras lo abría.

Noel dobló de nuevo el billete por una serie de antiguos pliegues y lo

colocó junto a la polvera.

La puerta de la entrada se cerró y luego se hizo el silencio. Sin embargo, había alguien en el pasillo.

Vee se llevó un dedo a los labios y Noel asintió.

Esperaron. Tras lo que les pareció una eternidad, se oyeron de repente unas botas trapaleando escaleras arriba y el vigilante apareció en el recodo de la escalera.

Vee sonrió con culpabilidad.

—Hola otra vez.

—¿Todavía por aquí? —preguntó el vigilante—. Creía haber oído algo.

—Ya nos íbamos.

—La señora Gifford ha soltado ya la pasta, ¿no?

—Seis peniques —dijo Vee con la boca seca.

No era un agente de Policía, pero llevaba uniforme y tenía una actitud acechante que ponía de manifiesto la falsedad de su sonrisa burlona.

—Tenemos que marcharnos. Le tengo que dar de merendar a mi hijo.

—Ya que estamos, ¿para quién estáis recaudando fondos?

—Viudas y huérfanos de la batalla de Dunker... —Más que ver, sintió cómo Noel se tensó—. ¡Ay, no...!

El vigilante ladeó la cabeza para leer la inscripción en la caja.

—«Fondo Benevolente de los Pilotos» es lo que dice ahí.

—Es que recaudamos para muchas causas.

—Qué generoso de su parte.

El vigilante clavó su mirada en los ojos de Vee. «Bonitos ojos —se sorprendió Vee pensando—, lástima lo de la cara, debió de ser un grano andante de joven».

—Nos gusta arrimar el hombro —dijo mientras intentaba fingir modestia y bajar las escaleras al mismo tiempo—. Supongo que usted también estará atareado.

—No tanto como los nazis. ¿Es usted de por aquí?

—De Chalk Farm.

—¿Qué calle?

—Donald Street. Vamos, hijo, en cuanto lleguemos a casa te voy a hacer una tostada con sardinas.

Agarró a Noel por el hombro y, una vez abajo, en el pasillo de la entrada, se atrevió a girarse: el vigilante estaba aún en el rellano de la escalera, pero

miraba hacia arriba, hacia la habitación de la señora Gifford.

Ya fuera, a Vee le temblaba todo el cuerpo en una mezcla de miedo y emoción.

—¿Has oído cómo crujían los papeles cuando se agachó para coger el billete? —le dijo a Noel—. Hay más de donde ha venido ése. Está forrada de dinero, *forrada*. Y se ha encariñado contigo. Si volvemos, podremos...

Oyó pasos y se volvió de golpe. Esperaba ver al vigilante persiguiéndolos a toda velocidad o a un policía silbato en mano, pero simplemente se trataba de un cartero que cruzaba la calle. Bajó la voz, aunque no podía dejar de hablar, las palabras le salían a borbotones.

—Sólo vendremos una vez cada dos semanas, supongo que se alegrará de verte. En realidad le estamos haciendo un favor, tampoco es que ella se lo vaya a gastar ni que la vayamos a privar de nada, aunque tenemos que evitar a ese tipo. Sabe algo. ¿Trabaja a turnos como vigilante? Podríamos averiguarlo, el puesto de vigilancia tiene que andar por aquí cerca, así que no nos costará encontrarlo. ¡Venga, vamos! —dijo a Noel empujándolo un poquito; el chico se movía como si estuviese vadeando por el agua.

Doblaron la esquina para ir al autobús y allí, a unos veinte metros, vieron un búnker de hormigón con una «D» roja pintada junto a la puerta. Afuera, una vigilante ataviada con un mono se fumaba un cigarrillo mientras observaba el cielo. «Pidan y se les dará», citó Vee mentalmente. Aparcó a Noel junto a la verja de un jardín (no quería que la recordaran como la señora con niño que iba haciendo preguntas) y se acercó a la fumadora.

—Le ruego me disculpe, no quisiera molestar. Sólo quisiera saber qué vigilante le corresponde a la calle Chetwynd Road.

—Mac.

—¿Mac?

—Ray McIver. Hace el turno de cuatro a medianoche. Si espera unos diez minutos lo tendrá aquí, o quizás pueda ayudarla yo.

Era rubia con tirabuzones y lucía buen tipo, pero tenía un ojo más bajo que el otro, así que, por mucho buen tipo y mucho tirabuzón, aunque la mona se vistiera de seda...

—Sólo preguntaba —dijo Vee, que ya se alejaba para evitar preguntas—. Gracias por su ayuda.

El autobús apareció girando la esquina.

—Manténgase alejada de él —recomendó la vigilante sin que Vee pudiera

oírla bien.

—¿Cómo?

—Un consejo: manténgase alejada de Ray McIver.

La vigilante aplastó el pitillo entre los dedos para apagarlo, agachó la cabeza para adentrarse en el búnker y dejó a Vee patidifusa. Esto no sería... No podían ser... no podían ser *celos*. ¿Tirabuzones la consideraba una rival? Vee hizo señas al autobús para que se detuviera y su rostro se reflejó en la ventana cubierta casi por completo con cinta adhesiva. No es que se pudiera ver demasiado con tanta cinta, pero alcanzó a entrever que al menos ella sí tenía los ojos a la misma altura y que las ondas de su cabello eran naturales. Practicó una sonrisa ante el improvisado espejo.

—¿Va a subirse o no? —preguntó el conductor—. Esto no es un salón de belleza.

Una vez dentro del tren, de pie, rodeada de soldados y aplastada contra la puerta de un compartimento, Vee cayó en la cuenta de un impedimento mayor: nunca en su vida había tenido un billete de veinte libras. ¿Qué iba a hacer con él? ¿Quién podría cambiárselo sin hacer preguntas?

—¿Un cigarrillo para la dama? —preguntó un cabo.

—No le voy a decir que no.

Sonrió mientras el soldado le encendía el cigarro y, entonces, notó cómo, con la mano libre, le estaba acariciando el trasero. Vee dio un respingo hacia atrás y aplastó los nudillos del cabo entre su nalga derecha y el marco de la puerta.

—¡Uy, cómo lo siento!

El soldado sacó la mano estrujada de un tirón y masculló un «zorra vieja pelleja» que dejó a Vee clavada de una pieza.

Giró la cabeza y miró a Noel, que tenía el rostro aplastado contra el cristal y sacudía los hombros con nerviosismo. Durante unos horribles segundos, pensó que se estaba riendo de ella, pero entonces oyó las lágrimas a través de su respiración.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Te duele algo? —Noel no contestaba, siguió sollozando sin hacer ruido—. ¡Arriba ese ánimo! —dijo—, pronto estaremos en casa.

El nuevo apartamento estaba situado mucho más cerca de la estación que el

anterior, sólo tenían que cruzar el puente peatonal y bajar por una avenida que pasaba ante Mason's Hall. Noel no paró de llorar en todo el camino de vuelta, y el vecino de abajo, el señor Clare, que se encontraba ordenando libros en una estantería fuera de la librería, se interesó por él:

—¿Qué es lo que le ocurre al muchachito?

—Que tiene anginas —respondió Vee mientras abría la puerta de al lado y hacía entrar a Noel de un empujón antes que ella. Cerró la puerta y los dos se quedaron en el pequeño zaguán que precedía a la escalera.

—¿Se puede saber a qué viene esto? No puedes ir por ahí berreando. ¿Qué es lo que te pasa?

La cara del chico había perdido su habitual inexpresividad y ahora parecía un bebé con el rostro descompuesto.

—Vamos, dímelo —ordenó.

Cuando el chico consiguió hablar, las palabras salían tan entrecortadas que Vee tuvo que inclinarse para poder oírle.

—Echo de menos a Mattie.

—¿Quién es Mattie?

—Mi madrina, vivía con ella.

—¿Ésa es la de Hampstead a la que te referiste la primera noche que llegaste? ¿La que era médico?

—No era médico, sino doctora, tenía un doctorado. Hizo su tesis sobre el historiador y pensador Thomas Fuller y los orígenes del ingenio.

El torrente de lágrimas parecía decrecer con el habla. Noel se sentó en el primer escalón y descansó la cabeza sobre las rodillas.

—Entonces, ¿a quién le envié la postal?

—A nadie, eran los primos de Mattie. Tuve que marcharme a vivir con ellos cuando Mattie falleció.

—Además, no respondieron —dijo pensativa; no había caído hasta ahora—. ¿Y qué te ha recordado a tu madrina, así de repente?

Noel apretó la cara contra las piernas.

—Antes de que Mattie muriera, enfermó —explicó con la voz amortiguada—. Sufría demencia senil.

—¿Eso qué es?

Se hizo un silencio. Noel lamió la sal de sus rodillas.

—Es cuando las personas mayores se vuelven locas.

Locura, agujas y camisas de fuerza, la casa de locos, los chillidos por los

pasillos. Vee sabía bien qué era aquello.

—¿Y vivías con ella cuando empezó a... ya sabes...?

—Sí.

Recordó a Noel sentado en el caos de habitación de la señora Gifford, sus ganas por entrar en la casa, su serenidad ante la mugre que allí reinaba; por un momento sintió un pellizco en su interior que luego se aflojó.

—Vaya, pobrecito.

Durante un breve lapso de tiempo ninguno de los dos pronunció palabra alguna. Desde arriba les llegó una voz masculina que, con tono paternalista, hablaba sobre la indigestión.

—Es el médico de la radio —dijo Vee—. Deben de ser casi las cinco y media, tengo que preparar la cena. ¿Tienes hambre?

—No.

—Venga, puedes comerte mi huevo.

Después de un momento, Noel asintió.

—Buen chico. Anda, vamos arriba.

Pese al cartel de la barra que rezaba «Ni cerveza ni bebidas alcohólicas», el Bull estaba hasta la bandera.

—Hace siglos que no se te ve por aquí —dijo Win Jackson al sentarse con un *ginger-ale*—. Alguien me contó que te habían dado una buena soba, pero no me lo creí. Se lo dije: «No me creo una palabra», y va uno y me dice: «Pues es la pura verdad, alguien le ha dado una buena soba a Donald Sedge», y yo le dije que no me creía nada. Pero sí que te la han dado, ¿no?

—Tuve una trifulca por una señorita. Tendrías que haber visto cómo quedó el otro tipo —explicó Donald.

Tragó un sorbo. El compartimento del *pub* en el que se había sentado estaba flanqueado por espejos venecianos que le devolvían el reflejo de su rostro multiplicado por seis, desde cada ángulo posible. Los moratones ya habían desaparecido, en cambio, la nariz apenas comenzaba a emerger de la mullida hinchazón en la que había estado enterrada hasta ahora. No era la nariz con la que estaba familiarizado y es que, sin llegar a ser deforme ni grotesca, el puente presentaba un ángulo desconocido. Donald ladeó la cabeza a un lado y otro tratando de sopesar el efecto que esta nueva morfología imprimía sobre su perfil. Luego encendió un cigarrillo y observó su imagen mientras inhalaba. Intentó exhalar el humo a través de los orificios nasales, pero éstos aún se encontraban parcialmente bloqueados, por lo que sólo consiguió expulsar un fino chorro que salió a presión por el orificio izquierdo, como el vapor de una tetera.

—Todavía no he conocido yo a una titi que se merezca una pelea —dijo Win en tono reflexivo—. ¿Es de por aquí?

Donald negó con la cabeza.

—Ya decía yo. Lo estabas contando y yo estaba pensando para mis adentros: «No puede ser de por aquí porque las titis de por aquí no están como para que uno se pelee por ellas». ¿Tienes un pitillo? Gracias, hombre.

—¿Dónde están todos? —preguntó Donald echando un vistazo en busca del

grupo habitual.

No quería quedarse a solas con el mayor pelmazo del condado de Bedfordshire. «Win» era un diminutivo, un apodo por el Winchester de repetición: un cuarto de hora con él y acababas tarumba.

—Hay titis por las que uno se parte la cara y titis por las que no —siguió acribillando Win—, y las de por aquí *no se lo merecen*.

—Que dónde están todos, te he preguntado. ¿Dónde está Cyril Brixley?

—Se ha alistado en la Marina. Y mira que le dije: «Pero si no sabes nadar», y me dijo: «Pues ya me darán un salvavidas». Se lo cuentas a cualquiera y no se lo cree, se alista en la Marina y ni siquiera sabe nadar, ni a perrito.

—¿Y Frank Collingbourne? ¿Arthur Gee? ¿Harry Stanley?

—Frank se ha marchado a Egipto con el Regimiento de Fusileros de Gales. Me dijo: «No se lo cuentes a nadie, es secreto, pero nos van a enviar a Egipto», y le dije: «Y si es un secreto, ¿para qué me lo cuentas?», y lo dejé planchado. Arthur también está en la Marina, aunque él sí que sabe nadar, y Harry se ha alistado en las fuerzas aéreas porque dice que a las titis les va el uniforme. Le pregunté: «¿Para qué te alistas en las fuerzas aéreas?», y va y me contesta...

—¿Y tú, qué?

—... me contesta: «Porque me han dicho que a las titis les va el uniforme» —terminó de decir Win con determinación—. Yo estoy en reserva.

—Pensé que estabas trabajando en la barbería.

—Me uní a la policía ciudadana en marzo y ahora me van a hacer fijo. El sargento me llamó a su oficina y me dijo: «¿Quieres unirme al cuerpo de forma permanente?», y voy yo y le digo: «Pero si sólo llevo de voluntario desde marzo». Pero el sargento me contó que los de la quinta columna están por todas partes, que los espías salen hasta de debajo de las piedras y que el país necesita más agentes de Policía que estén ojo avizor en las calles, que yo doy el perfil de lo que buscan. El mes pasado arresté a dos extranjeras enemigas.

—¿Cómo fue eso? —preguntó Donald mostrando interés a su pesar.

—Iba caminando en dirección oeste desde Market Cross cuando a las diez y cuarenta y cinco oí a dos mujeres hablando en un idioma extranjero detrás del granero de Waterend, ya sabes, donde organizan bailes los fines de semana. —Donald asintió y Win continuó leyendo las notas de su imaginaria libreta policial—. Les di el alto e inspeccioné sus documentos de identidad, con lo que descubrí que estaban inscritas como extranjeras enemigas. Les señalé que

para ellas constituía un delito no encontrarse en el domicilio registrado oficialmente pasadas las 10:30 p.m. Una semana más tarde se presentaron ante el juez, que las sancionó con una multa de cinco libras cada una por infringir la orden de 1940 por la que se restringen los movimientos de extranjeros. De hecho —añadió Win inclinándose hacia adelante y hablando en tono conspirador, si bien era difícil escucharle con todo el barullo—, estaban aquí en el Bull esta noche, al otro lado del salón. Una de ellas está de buen ver, la rubia.

—Así que al final no son espías, ¿no?

—No, no lo son.

—¿Y entonces quiénes, quiénes son espías?

—No, no, ni hablar, a mí no me vas a sonsacar nada —dijo Win como si se estuviese zafando de una emboscada planeada a traición—. Esas nenas intentaron colármela también la otra noche. Me dijeron: «No somos espías», y yo les contesté: «No estoy diciendo que seáis espías, sino que son las once y si no os encontráis en el domicilio registrado oficialmente pasadas las 10:30 p.m., estáis infringiendo la...».

Win volvía a la carga con más munición. Alguien dejó caer un vaso en la barra, a lo que siguió una ovación y un tropel de uniformes.

—¡Hijo de perra!, me lo has derramado todo en las putas botas —aulló alguien con acento del norte.

Donald miró a su alrededor registrando mecánicamente las caras. Era absurdo, lo sabía, y, sin embargo, seguía teniendo la impresión de que iba a toparse con el cabrón de Fielding, ya en uniforme, sediento de venganza. Esta preocupación lo había tenido recluido en casa aun haciendo ya tiempo que podía haber vuelto a retomar su carrera; de hecho, contaba con varias ofertas que le habían reenviado por correo desde la antigua dirección. Justo hoy había recibido una en un sobre color crema forrado de papel de seda granate. El papel de carta tenía marcas de agua y una bonita caligrafía se deslizaba por la página como una filigrana de tinta morada oscura. «Le escribo la presente para informarme de si podría usted personarse en Kensington (Londres) la mañana del jueves 29 de octubre a fin de asistir en una tarea para la que pienso que está usted sobradamente cualificado».

En la carta no se hacía mención al dinero, pero el remitente había usado las palabras «acuerdo mutuamente satisfactorio», por lo que Donald presintió que sería una buena oportunidad para volver a incrementar sus honorarios. Ahora

estaban llamando a filas a la promoción de 1904, lo que significaba que el remitente estaría ya bien entrado en la treintena, que sería alguien con una sólida carrera y dinero que gastar. Había firmado como «J.D.». Probablemente tendría uno de esos nombres de *gentleman* de buena familia, Jasper o Joylon, vestiría trajes a medida, llevaría gemelos de oro y viviría en una casa con sótano y tirador para el timbre donde el suelo de mármol de la entrada imitaría un tablero de damas. «¿El señor Sedge Esquire? Pase, por favor». El té se serviría en un juego de tazas donde todas las piezas serían iguales, sobre una mesa con patas de la misma altura.

Estuvo a punto de aceptar, pero la perspectiva de viajar a Londres le generaba un molesto nerviosismo del que no se podía deshacer. Aparte de las bombas, no sabía moverse por la ciudad, jamás había usado el metro y a los londinenses no se les pasaba una: cazaban a los pueblerinos al vuelo. Él quería dar la impresión de ser un hombre de mundo, sereno, pero temía llegar a casa de J.D. dos horas tarde y desvalijado.

Jamás en la vida le habían enseñado algo *útil*, pensó con rencor. En la escuela no habían sabido aprovechar su talento, no se tenía en cuenta que las miras de un hombre podrían ir más allá de repetir caligrafía en una pizarra tras otra y de disfrutar dos semanas de vacaciones al año durante la cosecha. Así que aquí estaba, diecinueve años y temeroso de visitar su propia capital. Algún día se desplazaría en taxi o dispondría de un Bentley conducido por un chófer uniformado de gris perla y manos enfundadas en guantes blancos...

—Oye...

Win reclamaba su atención alzando la voz por encima de un estallido que sonó a reventón de rueda y Donald se vio obligado a regresar al mundo de pedos y sidra, al empalagoso sabor de su *ginger-ale* aguado.

—Escucha, que no te he contado lo del chorizo que va por ahí robando fruta. El sargento me llamó a su oficina y me dijo: «Seguro que no aciertas lo que este ratero va mangando por ahí», y le dije: «No se me da bien lo de adivinar, mi sargento, va a tener que contármelo». «Fruta», me dijo; «Se está quedando conmigo», contesté yo, y entonces me dijo: «Para nada, fruta». — Win se terminó la bebida—. ¿Otro?

—No —respondió Donald—, me largo.

Dejó el vaso a la mitad y se abrió paso a empujones hasta la puerta.

Era una noche sin luna, tan oscura que se diría que un manto negro cubría el

pueblo. Donald aguardó unos segundos hasta vislumbrar la línea blanca que surgía poco a poco bajo sus pies y se adentraba en la noche: las rayas pintadas que señalaban el borde de la acera. Encendió la linterna y apuntó hacia adelante, el débil haz de luz apenas alumbraba uno o dos metros. Comenzó a caminar despacio con un brazo extendido para ir esquivando las farolas. El pueblo se tornaba desconocido durante el oscurecimiento nocturno: las distancias se alargaban, cien metros parecían medio kilómetro, las bocacalles desaparecían o se multiplicaban.

Cruzó a la altura del supermercado Co-operative y casi le arranca la nariz una bicicleta invisible que pasó lanzada por el centro de la calle. Luego tropezó con un saco de arena en la acera de enfrente y, al balancear el brazo en el aire, golpeó algo que emitió un grito.

—Perdón.

—¿Tiene lus...?

Una mano le agarró del brazo y la linterna respingó hacia arriba revelando unos labios rojos, una cara blanca con rizos rubios hasta los hombros y un broche de colibrí en la solapa de un abrigo.

—¿Lo podemos tomar prestado? Se nos acabaron las pilas.

—¿Adónde va?

—Aquí serca. ¿Cómo se llama?

—Donald.

—¡Como el pato! —dijo lanzando un chillido y deshaciéndose en risitas—. Me llamo Birgit y he de advertirle que debo irme corriendo a casa porque soy *extranjerra*.

La chica se reclinó contra él para susurrarle la última palabra al oído, con lo que el pico del colibrí se le clavó a Donald en el cuello.

—Justo estaba hablando de usted con alguien —dijo él echándose hacia atrás.

Birgit pareció encantada.

—¿Es eso sierto?

—Un policía local.

—¡Oh, sí, se portó muy, muy mal! —Pese a sus palabras, sonaba despreocupada—. Tanta gente sospecha, perro yo trabajo todos los días en fábrica, trabajo y trabajo parra la guerra. Tengo una máquina muy grande y yo girro, perforro, levanto, girro, perforro, levanto. Me estoy poniendo muy *fuerte*, como usted —añadió apretando uno de los bíceps de Donald—.

¿Dónde vive?

—Al final de la calle.

—Y nosotras en una residencia en Brickett Wood Common. Es muy amable por acompañarnos, señor Pato Donald, con esa linterna tan grande.

—¿La zona verde de Brickett Wood? Eso está en la otra dirección.

—¿Ah, sí?

—Se ha desviado usted bastante.

—Te lo *advertí* —masculló una voz desde detrás. Donald se volvió, si bien no alcanzó a ver más que una silueta en la oscuridad, una mancha pálida bajo una boina de punto.

—¿Qué *pava* soy! —exclamó Birgit alegremente—. Isquierda y derrecha y derrecha e izquierda, no me llevo bien con ninguna y nunca lo harré. ¡De hecho, son mis enemigas! Guerra a la izquierda y a la derrecha, a la derrecha y a la izquierda —hablaba casi gritando—. Y ahorra tenemos que darnos prisa. ¡Vamos, señor Pato!

—*Warum musst du immer so schreien?* —preguntó la voz desde detrás.

—No, no grito siempre, Hilde —negó Birgit—. Estoy hablando clarramente porque soy extranjera y quiero que los ingleses entiendan mi asento y no me oigan murmurar en alemán como a ti todo el rato como si fuese un trol. Usted me entiende cuando hablo, ¿verdad? —preguntó apretándole más el brazo a Donald.

—Sí. ¿Son ustedes alemanas, entonces?

—¡No! —El repique de su risa chillona casi dejó a Donald sin oído—. Odio a alemanes.

—Austriacas —informó la vocecilla desde detrás.

—Perro amo Inglaterra, amo la campiña inglesa y los adorrables pájarros y florres y la servesa y los pasteles y el rico té inglés.

Con cada elemento de la enumeración Birgit se ponía de puntillas dándole a Donald un tirón del brazo; a éste le parecía que había sacado a un terrier a pasear.

—Si yo fuese inglesa irría a combate una y otra ves parra proteger la servesa, los pasteles y el rico té.

—*Österreichischer Kuchen ist viel besser* —dijo la vocecilla apagada.

—No lo son, Hilde.

—Sí que lo son. Los pasteles austriacos son mucho mejorres que los ingleses, son conosidos en todo el mundo.

—No le haga caso, señor Pato, porque no es una persona muy felís o agradecida y tengo mala suerte de tener que estar con ella porque somos extranjeras. Y eso que yo me esfuerzo por estar contenta y ser buena compañera y divertirnos juntas.

—La *Sachertorte* no es un simple biscocho como el Victorria inglés que cualquiera puede hacer. La gente va a Austria desde otros países para probar *Sachertorte*.

—¿Y no está usted en el ejército, señor Pato?

—Me llamo Donald Sedge.

—Claro, pero señor Pato Donald es una broma mía.

Donald se preparó encogiéndose y apartando un poco la cabeza para recibir otra de las carcajadas de Birgit.

—Mi ocupación es confidencial.

La frase sonó perfecta en sus labios.

—¿Qué significa eso?

—Que no puedo hablar de ello, que es secreto.

—¡Oh, claro, entiendo! Como dice la propaganda, ¡mucho hablar, más barcos hundir! ¡Hablar de más pone en peligro a mamá!

—Sierra el pico, Birgit —ordenó la voz desde atrás.

—No me digas que me calle, por favor.

La otra chica contestó en alemán y las dos se enzarzaron en una discusión siseada durante la cual Birgit sacudía el brazo de Donald adelante y atrás con cada intercambio de palabras.

—Aquí a la izquierda y luego a la derecha —ordenó Birgit medio enojada—. Es la casa grande del arbolito.

—La casa pequeña —corrigió Hilde con desprecio.

—No la escuche, Donald. Es una casa muy cómoda y agradable.

—Las cortinas son de saco.

—Estamos muy agradecidas al pueblo de Inglaterra.

—La ayudante de cocina de mi casa en Wiener Neustadt tenía cortinas mejores.

—Voy a cantar para que no pueda oír su voz. ¿Conoce la canción *Can I Forget You?*

—¿Es ésta? —preguntó Donald levantando la linterna y alumbrando parte del poste de una verja con un cartel viejo en el que se leía «Las Fucsias» y otro nuevo anunciando una residencia para trabajadoras.

Le vino a la mente que había oído hablar de este sitio antes. En el pueblo era conocido como «Las Furcias».

Birgit le soltó el brazo.

—Muchísimas gracias —dijo efusivamente—. Ha sido muy, muy amable de su parte traernos hasta casa, ¿verdad, Hilde?

A modo de respuesta se oyó un murmullo ahogado por un coro de chillidos femeninos que procedían del otro lado de la calle y por la voz de un hombre fingiendo el rugido de un león. Birgit lanzó otra de sus animadas risas.

—Ésas serrán Avis y Pam que vuelven de baile. ¡Avis! ¡Pam! ¿Volvéis de baile? ¿Os habéis traído una fierra salvaje?

—Hola, Birgit —respondió sin entusiasmo una de las chicas—. ¿No tendrás un par de pitillos, no? A Avis y a mí se nos han terminado, los chicos nos han birlado los nuestros.

—Por supuesto.

—¿Repartiendo pitillos? —preguntó el león en tono jovial—. ¿Tienes uno para mí? Bueno, ya que estamos, cogeré uno para ahora y otro para luego, ¿no te importa, no?

—No... no...

—Y otro para mañana por la mañana. Tienes para darle a un joven soldado, ¿verdad?

—Clarro que sí —contestó Birgit alegremente—, tengo muchos.

—Seguro que los sacas de un alijo secreto que te ha lanzado la Luftwaffe desde el aire, ¿no?

—Clarro que sí, a nosotras las extranjerras no nos falta el suministro.

—En ese caso, pillo otros dos.

Birgit soltó otra carcajada gritona y Donald escuchó un suspiro de exasperación exhalado junto a él desde la oscuridad.

Por impulso, alzó la linterna y pudo ver que la compañera de Birgit se había dado media vuelta y se estaba alejando, recorriendo con una mano los paneles de la verja del jardín.

—¿Está usted bien?

La chica se volvió. Era bajita y pálida, el pelo oscuro, peinado tirante hacia atrás, recogido bajo el gorro. Parecía estar a punto de desmayarse de la indignación.

—No puedo seguir oyendo esto. Parra Birgit todo es divertido: la comida, el trabajo, las groserrías que la gente nos dise... parra ella todo es jiji jaja.

Se oyeron unas carcajadas, seguidas por los grititos de Birgit uno o dos compases por detrás de las demás.

—Día tras día tengo que escucharla. Hasta me han puesto en la máquina de al lado para que tuvieran una *amiga*. Menos mal que no puedo oírla con el ruido.

—Éste me lo han contado hoy —dijo el soldado por encima de las risotadas de Birgit—, puede que sea demasiado picantón para las señoritas, pero allá va: llega una jamona a la barra y le dice al barman: «Échanos una pinta, Charlie», y él le dice...

Hilde permaneció inmóvil mientras acababa el chiste verde y, pasado el remate final, alzó la vista y miró por primera vez a Donald directamente a los ojos.

—No deberría escuchar este tipo de conversaciones, no estoy acostumbrada a esto. En casa teníamos pastelerro, estudiaba *énfasis*.

Algo dio un vuelco en el pecho de Donald, una sacudida, como el estremecimiento de un pez varado dando su última boqueada. Por un instante pensó que le había llegado la hora, pero el corazón seguía latiendo. Hilde continuaba hablando con voz grave y empática:

—Y nos hasen compartir un cuarto que está asqueroso. Tienen a una mujer que dise ser limpiadorra, perro en los plintos se podrían cultivar *champiñonses*, lo limpia todo con la bayeta con la que limpia el inodorro y lo sé porque un día la mirré, aunque intentó que no la vierra. En casa, la sirvienta limpiaba los plintos dos veces a la semana con sumo de limón y se pintaban todos los años parra que siempre estuviesen nuevos. Cuando llegamos a Las Fucsias me quejé de los plintos y la encargada fue tan groserra que quise irme, perro, claro, no tenía adonde ir. Aquí no nos quieren. —Miraba al horizonte, por encima del hombro de Donald, juntando las manos enfundadas en guantes de ganchillo como en rezo—. A veces son tan groserros que tengo que serrar los ojos y pensar que estoy en mi casa de verrano en Wiener Neustadt haciendo bosetos en mi cuaderno de dibujo.

Una llamarada de luz se encendió detrás de Donald. Éste se giró y distinguió a una de las otras chicas inclinada sobre una cerilla con un cigarrillo entre los labios naranjas.

—Muy agradecida —dijo abanicando las pestañas para el soldado.

Volvió a observar a Hilde. Era como trasladar la mirada de uno de los adornos para sombreros que hacía su madre a una flor genuina. Sintió que el

corazón se revolvía de nuevo.

—¿Qué dibujaba? —preguntó.

Le pareció que su voz sonaba como la de otra persona.

—Cosas diferentes, caballos, nubes.

—¿Y ahora qué le gusta hacer? En su tiempo libre, me refiero.

—No me gusta haser nada, mi vida es horrible.

—¿Y el cine?

—Fui una ves. Mi asiento tenía una mancha y el hombre sentado a mi lado erra viejo y asqueroso.

—¿Se sentó arriba o en la parte de abajo?

—Abajo.

—En la parte de arriba los asientos son mejores; en la platea los hay por media corona.

—¿Media corrona?

—Yo invito. ¿Cuándo podría usted ir?

—¿Ir adónde?

—Al cine connmigo. ¿El miércoles por la tarde?

Hilde lanzó una mirada airada, como si le hubiesen propuesto trabajar un turno extra en la fábrica.

—Oh, Hilde —llamó Birgit en tono picarón desde la oscuridad—, ¿entras o vas a seguir *hablando*? —Consiguió condimentar las dos últimas palabras con una buena dosis de obscenidad.

—Voy a seguir hablando —contestó Hilde devolviendo al momento la pulcritud a la palabra.

Entre risitas tontas, las chicas abrieron la verja y subieron por el camino. La puerta de la entrada se cerró de un portazo.

—¿Y de qué quieres hablar? —preguntó Donald.

—De nada. Es que no quiero hablar con Birgit. Si espero un poco, ya se habrá dormido cuando llegue a la habitación.

Durante todo un minuto reinó un impenetrable silencio. Donald había bajado la linterna y lo único que podía ver de Hilde eran sus pies, calzados con unos distinguidos zapatos Oxford de color negro con borlas en los cordones. Había vendido muchos pares similares cuando trabajaba en la zapatería del señor de Souza («Ha elegido usted un clásico, señora. ¿Desea que le saque también un par de hormas?»).

Tenía unos pies diminutos, un 35, calculaba él, de empeine estrecho. Se

imaginó de rodillas sosteniendo en la palma de la mano el delicado talón de la chica; la imagen le provocó otra punzada inesperada, algo más abajo esta vez.

En la oscuridad, oyó a Hilde sacar algo del bolso.

—¿Necesitas fuego? —preguntó apresurándose a buscar sus cerillas.

—Me estoy comiendo una galleta que guardé del almuerzo.

Donald podía oír el tenue crujido entre los dientes de la chica. Trató de pensar en algo fascinante y elegante que decir, mas no se le ocurrió nada.

—¿Le gustan las galletas?

—Sí.

—¿Algunas en particular?

—*Vanillekipferl*.

—¿Son galletas austríacas?

—Sí.

Hilde se atragantó con una migaja y Donald acercó su mano a la espalda y la movió como para darle golpecitos, pero la dejó en el aire, sin atreverse a tocarla: no se sentía seguro de sí mismo (por primera vez en su vida), al menos no para tocarla.

Se hizo otro minuto de silencio.

—Me voy ya —dijo Hilde—, buenas noches.

—Acompañeme al cine el miércoles.

—Estoy segura de que Birgit querrá ir al cine con usted.

—No quiero ir con Birgit.

—¿Por qué no? Es rubia y tiene buen *cuero*.

—Porque ella es común; usted, en cambio, es... —tras un instante de pausa las palabras perfectas le vinieron a la mente—: fuera de lo común.

Se produjo un corto silencio de sorpresa.

—No sé nada de usted, ni siquiera sé qué aspecto tiene.

Sin decir nada, él alargó la linterna, Hilde la agarró y lo alumbró. Donald trató de colocarse en actitud pensativa, con la cabeza inclinada en gesto reflexivo.

—¿Qué le pasa en el cuello?

Se enderezó. Lo sometió a un exhaustivo reconocimiento, la luz trazó un semicírculo y se demoró en alumbrar su perfil.

—Romano —dijo ella.

Donald creyó detectar un atisbo de aprobación en su voz. Hilde le devolvió la linterna.

—¿Qué más desea saber?

—Cosas como la familia, los estudios, su trabajo, por qué ha desidido vivir en un lugar tan pequeño.

Donald no vaciló, ante sí se abría una bifurcación en el camino y nunca antes la señalización había estado tan clara. A un lado tenía la sórdida realidad.

—Donald Sedge de Hannay —comenzó Donald tomando con naturalidad la otra dirección—. Nací en Londres. Me otorgaron una beca para estudiar Matemáticas en la Universidad de Cambridge. Sin embargo, antes de que pudiese examinarme, me convocaron para una entrevista en un edificio del gobierno, en Whitehall...

Podía verse a sí mismo llamando tres veces a una puerta sin placa, susurrando una contraseña a través de la rendija del buzón. «Pase, señor Sedge, le estábamos esperando». Un apretón de manos formal, preguntas perspicaces y con truco para ponerle a prueba.

—Tras dieciséis horas de entrevista, me llevaron directo a un campo de entrenamiento en las Highlands escocesas. Allí me enseñaron a disparar, a conducir y a orientarme sin mapa y con los ojos vendados.

Lanzó una mirada furtiva a Hilde, quien parecía mostrar leves signos de perplejidad.

—¿Y por qué ha desidido vivir en este lugar tan pequeño? —insistió Hilde.

—Misión secreta del gobierno. Podrían trasladarme en cualquier momento, sin embargo, no puedo contarle nada más o me condenarían a la pena de muerte ejecutada por pelotón de fusilamiento.

—¿Qué es eso?

—Me matarían a tiros.

—Entiendo. —Curiosamente, esta última información no pareció impresionarla—. ¿En qué trabaja su padre?

—Es banquero.

Y su madre llevaba grandes sombreros y guantes de satén abotonados hasta el codo. Tenía tres hermanas mayores, todas casadas, y, cuando iba a Londres conduciendo su Austin, pernoctaba en el club y cenaba tarde. Podría describir la moqueta de su habitación, la ropa de cama, el alfiler de corbata con una gema de jaspe restañasangre que se colocaba con la corbata de seda verde. Ésa era la vida que debería estar llevando...

Hilde estaba hablando.

—Perdón, ¿qué decía?

La chica lanzó un breve suspiro y repitió la pregunta:

—Le preguntaba qué película están poniendo.

Las líneas en torno a sus ojos parecían los pliegues que las pinzas de la ropa dejan en una sábana seca. Vee se aplicó un poco más de polvo para disimularlas y una segunda capa de carmín antes de sonreírle a su reflejo en el espejo de la polvera. «Hola, Harry —ensayó en voz baja—, cuánto tiempo. ¿Podemos hablar?».

Luego, antes de que le flaqueara el valor, salió de la galería comercial donde se había pasado casi una hora guardando cola para unos arenques (y si la gorda que la precedía en turno no hubiese resultado dirigir un barracón de voluntarios del Servicio Civil —¡nueve se había llevado!—, ella podría haber conseguido alguno) y cruzó la calle en dirección al taller mecánico Fleckney.

Como de costumbre, estaban todos atareados, el negocio siempre había ido bien. Las instalaciones eran buenas y las habían construido expresamente para el taller, en ladrillo y azulejos. Incluso habían colocado un entrepaño de cristal tintado en la ventana lateral con un coche de carreras verde sobre una pista morada. A Harry le había sonreído la suerte; aunque, claro, para ello se había tenido que casar con la hija del jefe, con lo que habría que sopesar el beneficio de tener dinero en el banco con verle la cara a diario a Jenny Fleckney, que siempre había parecido un poste de farola y que tampoco es que hubiese mejorado con los años.

Vee rodeó un charco de grasa.

—¿Ha visto usted al señor Pedder? —preguntó a un muchacho con el mono manchado.

—En el foso —contestó señalando la parte trasera del taller.

De debajo de una camioneta de policía salían martillazos y un nítido silbido que le resultaba familiar, como el canto de un mirlo nocturno. Vee se agachó e intentó mirar dentro del foso.

—¿Señor Pedder?

—¿Quién pregunta?

—Vera Sedge.

Se oyó un ruido estrepitoso, luego un silencio y, por último, el rostro horrorizado de Harry apareció de entre las ruedas delanteras.

—Hola, Harry, cuánto tiempo. ¿Podemos hablar?

El mecánico no se movió, únicamente lanzó una veloz mirada detrás de Vee para comprobar si había alguien mirando.

—Será sólo un momento —dijo Vee.

—No puedes entrar aquí.

—¿Por qué no? La gente lo hace.

—La gente con auto.

—Bueno, a lo mejor estoy pensando en comprarme uno.

—No te hagas la tonta. Mientras dure la guerra están todos sin neumáticos y montados en ladrillos. Los únicos vehículos circulando son los oficiales y los de los negocios.

—Precisamente para eso he venido, para hablar de negocios.

Vee se puso en pie y asió su bolso.

—¡Por Dios Santo! —profirió Harry—. Está bien, vamos a la oficina.

No la invitó a sentarse, aunque Vee lo hizo de todos modos. Harry se limpió las manos en un trapo y permaneció de pie junto a la puerta de la oficina, mordisqueándose una uña. No había esperado que se alegrase de verla, pero tampoco le resultaba agradable comprobar el miedo en los ojos de Harry que, con todo, eran ojos muy bonitos: azul marino, con las pestañas largas de Donald. Aunque el nacimiento del pelo se había retraído un poco, seguía manteniendo el atractivo.

—Tienes buen aspecto —dijo Vee con timidez.

—Pensaba que estabais en Harpenden.

—Nos mudamos a Saint Albans el año pasado. Tienes que haberme visto pasar un montón de veces por delante del garaje, ando siempre por aquí.

Harry negó con la cabeza:

—Tengo demasiadas cosas que hacer para darme cuenta de nada. ¿Qué quieres, Vee?

Su voz carecía del más mínimo residuo de sentimiento o simpatía, pero Vee trató de mantener un tono despreocupado.

—Un favorcito, sólo.

—No puedo darte dinero —contestó rápidamente.

—No iba a pedírtelo.

—Verás, Jenny lleva ahora los números. Desde que su padre murió, es ella quien se encarga de la contabilidad y todo eso. Se le dan bien las matemáticas, yo hago la parte mecánica y ella la contable, y lo lleva todo a rajatabla, revisa los libros cuatro veces a la semana, no se le pasa una.

—Te he dicho que no vengo a pedirte dinero.

—Y entonces, ¿qué es lo que quieres?

—Podrías ser un poco más amable —dijo Vee resentida—, nunca te he causado problemas, nunca, y podría haberlo hecho.

—Ah, sí, ¿y cómo?

—Sabes muy bien cómo, sabes *exactamente* cómo. Cuando me quedé embarazada de Donald, tu madre me ofreció dinero para que me librara de él.

—Para que cuidaras de él.

—No me hagas reír, por favor. Me dio la dirección de ese médico en Glebe Street.

—Fuiste tú la que decidiste ir, mi madre no te llevó.

—Pero cambié de opinión, ¿no?

—Y te quedaste con el dinero.

—El médico se lo quedó, ya te lo dije.

Aquel día bajó las escaleras corriendo dejándose la ropa interior y el dinero arriba; cuando regresó, a los cinco minutos, el médico no le abrió la puerta. Bien sabía Dios cuántas humillaciones había tenido que soportar en su vida, pero el tener que suplicar por la rendija del buzón de la puerta para que le devolviesen las veinte libras y su combinación de crespón color melocotón casi encabezaba los primeros puestos de la lista.

—Podía haberte ocasionado problemas y no lo hice —repitió, harta.

—De todas formas, no hubiese durado —dijo Harry—. Ni siquiera se parece a mí.

—Ahora sí.

Y era verdad, aunque no se había percatado de ello hasta ese mismo momento. El cambio en la nariz de Donald era casi imperceptible, pero había alterado sus facciones, le había estirado la piel de los pómulos, lo que dejaba ver su estructura ósea.

—Se parece muchísimo más a ti que tus hijas; para empezar, tiene tu misma estatura.

Harry abrió la puerta de la oficina y bruscamente señaló la salida con el dedo.

—Fuera.

Vee negó con la cabeza. Estaba empezando a disfrutar aquel encuentro como en las raras ocasiones en que se había metido un *whisky* entre pecho y espalda: unas muecas al principio para luego dejar paso a los fuegos artificiales.

—Quiero que me hagas un favor, Harry. Necesito cambiar un billete.

—¿De cuánto?

—Uno de veinte.

—¿Veinte?! ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo han dado.

—Claro, y voy yo y me lo creo.

—A Dios pongo por testigo —dijo en tono solemne—. Una anciana que conozco.

—Y si es todo tan legal, ¿por qué me lo pides a mí? Ve a un banco.

Se hizo un silencio.

—Me quedaré con diecinueve libras con diez —dijo Vee.

Harry sonrió y abrió la puerta de par en par de un empujón.

—Fuera, he dicho.

—¿Diecinueve con seis?

—No.

Permaneció sentada, sin un plan en mente, lo único que tenía claro era que Harry estaba nervioso y ella no, ya no. Harry clavó los ojos en el reloj de la oficina.

—Te tienes que marchar ya, Vee.

—¿Por qué? ¿Estás esperando a Jenny?

Por la expresión de su rostro, Vee supo que había dado en el clavo. Harry movió los hombros como si se estuviese cambiando unos arreos.

—Por favor, Vee.

—¿Ah, mira, ahora sí que eres amable!

—Ten un poco de compasión, soy padre de familia.

—Por si se te ha olvidado, yo también tengo familia —replicó Vee en tono estridente—. Cuatro bocas que alimentar.

—¿Cuatro?

—Tengo un evacuado, un lisiado medio retrasado —añadió con desenvoltura—, y Donald tiene que cuidar su salud, y mi madre lleva inválida desde que le dije que me había quedado embarazada.

—Vale, vale. —Cerró la puerta aprisa—. Te cambiaré el dinero, joder.

Fue hasta el rincón de la caja fuerte, se sacó un manojito de llaves del bolsillo y las fue pasando.

—Dame el billete, venga —dijo agachado volviendo la cara.

Vee sacó el rectángulo plegado del bolso.

—Lo quiero en monedas —indicó al oír el frufrú de billetes.

—¿Veinte talegos en monedas? Te las vas a tener que llevar en una puta carretilla.

—En ese caso, en billetes de una libra como mucho.

Harry revisó con detenimiento las veinte libras mientras Vee doblaba los billetes, contaba las monedas y las iba guardando en el bolso.

—Gracias, Harry —dijo educadamente.

Harry no la miró. Cerró la caja y ojeó la puerta de nuevo.

—Te llevaré a la salida de atrás, por si acaso. Y que no tenga que verte por aquí otra vez.

Harry se adelantó apresuradamente, pero ella se tomó su tiempo, caminando abrazada al bolso que pesaba un quintal. En la parte trasera del taller había un patio con un cobertizo abierto por uno de sus lados en la pared de la derecha y una verja cerrada con candado en la pared del fondo. Harry casi había llegado a la verja cuando se dio media vuelta y salió corriendo.

—Me he dejado las llaves en la oficina, joder, quédate aquí —ordenó.

Vee se quedó esperando. Una pareja de golondrinas pasó por delante dibujando círculos en el aire y se posaron en los aleros del cobertizo.

—Mucha cara bonita y poco seso —dijo en voz alta.

Antes, en el taller, durante un momento mientras esperaba a que Harry la viera, se sintió increíblemente joven, como una muchacha de dieciséis años con sombrero de campana verde botella pedaleando por las rodadas de los campos de Colney Heath en una bicicleta prestada. Sin embargo, una simple charla con él había producido el efecto contrario y la había lanzado por encima del manillar, haciéndola aterrizar en la mediana edad. Le dolía la espalda.

Oyó el leve sonido de una salpicadura, seguida de otra. Le llevó unos segundos localizar las islas de excrementos caídos a un charco desde lo alto del cobertizo donde se posaban las golondrinas. Se acercó para observar más de cerca, aunque no alcanzaba a entender lo que veía: los excrementos de pájaro estaban absorbiendo color, pasando del blanco y negro a un vivo carmesí. El charco en sí era de un rojo oscuro y en él desembocaba un reguero

que nacía de debajo del chasis de una camioneta sin neumáticos aparcada dentro del cobertizo.

Después de asegurarse de que no había moros en la costa, se adentró en el cobertizo y rodeó la camioneta, tras la que descubrió unos cubos de basura alineados. Un hilo de líquido oscuro aún chorreaba de uno de los cubos colocados junto a la camioneta y, al lado de éste, había un embudo grande en el suelo. Un vapor asfixiante impregnaba el aire. Al levantar la tapa del cubo siguiente, vio que estaba a rebosar de algo esponjoso; casi dio un grito antes de percatarse de que se trataba de hogazas de pan empapadas en tinte rojo. El tercer cubo de basura estaba lleno hasta el borde de gasolina. En ese preciso instante entendió lo que se traían entre manos en el taller Fleckney: estaban filtrando el combustible agrícola, que venía teñido por el gobierno, para así poder venderlo al público en general. Volvió a colocar las tapas y regresó a toda prisa al patio.

No había rastro de Harry, pero un segundo más tarde apareció un aprendiz con aires de importancia llevando las llaves. Vee le agradeció el que le abriera la verja.

—¿Qué tal jefe es el señor Pedder? —preguntó haciéndose la inocente.

—No está mal.

—¿Y ella? ¿La señora Pedder?

No contestó, aunque la expresión de su cara lo decía todo. Vee rodeó el bolso con los brazos y casi sonreía. Había albergado la esperanza de reencontrarse con una chispa de la pasión apagada y, en su lugar, se marchaba de allí con una buena tajada de información. No le había salido mal la jugada. Estaba claro que, de ahora en adelante, no tendría problemas para cambiar otro de los billetes de la señora Gifford.

Queridos tío Geoffrey y tía Margery:

Siento no haber podido escribiros una carta en condiciones desde mi llegada a Saint Albans. Espero que os encontréis bien. Ahora vivo en una dirección diferente (véanse las señas en la parte superior de la página), encima de una librería, pero sigo con la misma familia que tan amablemente me acogió. Han tenido la generosidad de comprarme cosas deliciosas para comer y ropa nueva. Me encantaría poder compensarles por su generosidad.

Noel dejó de escribir, pluma en mano, y miró a Vee.

—Vamos, sigue.

Estaba pasando un pantalón de Donald por la escurridora de rodillo, desde donde una cascada de agua caía a una tina de zinc.

—No se me ocurre nada más que escribir.

—Claro que se te ocurre.

—De todos modos, a ellos no les importa cómo me encuentre.

Vee dejó de dar vueltas a la manivela y apoyó los nudillos de una de sus manos en la espalda.

—Usa el coco —dijo irritada—. Si envían una carta a la chatarrería y correos la devuelve porque el destinatario ya no se encuentra en esa dirección, lo próximo que harán será ir a la policía para que bajen desde Londres a averiguar dónde te has metido.

—Que suban desde Londres, estamos al norte.

—No me seas fresco y escribe. Háblales del tiempo.

Noel recordó el dictado que les había puesto el señor Waring el día anterior.

Estos días el tiempo es suave, bonancible y neblinoso. En las casas de la campiña, las ramas cubiertas de musgo de los manzanos se curvan bajo el peso de sus frutos. Esperamos que las cáscaras de los

avellanos pronto se hinchen con su dulce semilla.

*Un cordial saludo,
Noel*

—Listo —informó Noel al plegar la hoja de papel sin mayor cuidado e introducirla abruptamente en el sobre.

—La puedes enviar de camino al colegio. Y asegúrate de que lo haces, no quiero más mentiras.

Después de haberle contado lo de Mattie, Vee lo había abierto de par en par como a una ostra y le había vaciado toda la baba gris y la arenilla.

—Y lleva también las de mamá —añadió.

Noel curioseó la pila de sobres que había sobre el aparador ayudándose del pulgar.

—¿Quién ha fallecido? —preguntó deteniendo el dedo en un sobre de condolencia con los bordes negros.

—La mujer del primo Harold, en agosto. No ha sido una gran pérdida.

—¿Y por qué escribe su madre al laborista Herbert Morrison?

—Dice que le ha robado una idea.

—¿Qué idea? ¿Y por qué escribe también al cómico Arthur Askey?

—¿No tienes que irte al colegio?

—Sólo preguntaba, la curiosidad no es delito.

—Pero mató al gato, ¿no?

—Sin curiosidad aún seríamos *Homo neanderthalensis*.

—Ya estamos otra vez con el latín.

—Hombres de las cavernas.

—Pues mira, a lo mejor nos irían mejor las cosas así, sin tener que pagar impuestos. ¡Maldita sea!

Un nítido crujido anunció que el botón de una camisa había sucumbido aplastado entre los rodillos de la escurridora.

—Anda, vete ya a la escuela. Nos veremos en la estación a la una.

Noel bajó trapaleando las escaleras y cerró de un portazo la puerta. Con una leve sonrisa en los labios, Vee escudriñó el suelo en busca de los fragmentos del botón. Hasta que no hubo terminado de recoger todos los pedacitos no se dio cuenta de que Donald había entrado en la cocina y estaba de pie, en silencio, con trocitos de periódicos pegados en la barbilla.

—¿Te has cortado, cariño? Volveré a intentar comprar cuchillas otra vez. En Woolworth's me dijeron que a lo mejor este mes les llegaba un lote.

Donald no contestó, sino que se quedó de pie mirando por la ventana. Hacía dos semanas que no era el mismo: se levantaba antes de las diez de la mañana y apenas tocaba la comida. Vee se le acercó vacilante.

—¿Te apetece una tostada? Ayer sobró un poco de grasa de haber hecho la carne, y también queda un trozo de pastel de carne de anoche.

—Sólo té.

—O te podría abrir una lata de sardinas, a ti te gustan las sardinas y te las he estado guardando.

Donald negó con la cabeza.

—Sólo té, ya te lo he dicho.

Vee le sirvió una taza y lo observó inquieta mientras se la bebía, escrutándolo en busca de palidez, temblores o sarpullidos, pero no parecía estar enfermo, no especialmente. Más bien se diría que su mente estuviese librando una batalla contra una fuerza sobrenatural. «Jacob y el ángel junto al vado de Iaboc», pensó. Reposó la mano en el hueco entre los hombros de Donald.

—¿Hay algo que me quieras contar? ¿Algo en lo que te pueda ayudar?

Donald no pareció oírla en el momento. Transcurrido un instante, se volvió y negó de nuevo con la cabeza.

—Necesito una camisa limpia para esta tarde y que le saques brillo a mis zapatos.

Donald había visto una vez en el cine un tráiler sobre un venusiano que poseía un mortífero rayo invisible. Cuando lo disparaba, la gente en medio kilómetro a la redonda comenzaba a desmayarse y a agarrarse desesperadamente la garganta. La persistente acumulación de síntomas físicos que sentía a medida que se acercaba a Bricket Wood le había traído esta imagen a la memoria: la opresión en el pecho al llegar a la zona verde de las afueras, el pellizco en el estómago incluso antes de atisbar el tejado rojo a dos aguas de Las Fucsias y la vista extrañamente nublada al divisar la verja de la entrada.

Tuvo que detenerse durante un minuto y tomar aire antes de sentirse con fuerzas para proseguir por el sendero que llevaba hasta la puerta.

—¿Se encuentra la señorita Neumann?

Tras su pregunta, la sirvienta desapareció sin mediar palabra, dejando la puerta entreabierta.

Mientras esperaba, le llegó un olor a fiambre en conserva matizado por almíbar de melocotón que se filtraba desde el pasillo. Hilde le había comentado que la comida era malísima y que casi la estaban matando de hambre, pero que prefería morirse antes que comer carne enlatada que podía cortarse con una cucharilla. Donald llevaba una lata de jamón en el bolsillo derecho de su chaqueta.

—Dice que aún le queda un cuarto de hora —le comunicó la sirvienta que estaba de vuelta—. ¿Quiere esperar en la salita?

Se trataba de una habitación poco acogedora: el mobiliario lo constituían dos incómodas sillas y una librería cerrada con cristaleras; el único elemento de decoración consistía en una reproducción de *La luz del mundo*. Donald se acercó al cuadro de Holman Hunt. En su clase tenían uno igual colgado y nunca sintió especial emoción al contemplarlo, sin embargo, ahora no le costaba nada verse a sí mismo como el Jesús del retrato, rodeado de un verde sombrío de desesperanza llamando a una puerta cubierta de hiedra.

En los últimos trece días había llevado a Hilde tres veces al cine y dos veces al salón de té Abbey; si bien ella no había sonreído ni una sola vez, sí percibió cómo el ánimo se le levantó ligeramente al probar por primera vez un petisú. En la última cita, le había obsequiado con un broche de marcasita en forma de lazo al cual Hilde dedicó una sentenciosa mirada escrutadora. Aquella misma tarde, en la verja de la residencia, había permitido que la besara, un fugaz roce en los labios que lo había dejado flotando en una nube.

En la salita, sentado, cerró los ojos e imaginó a Hilde: su mente era como una habitación empapelada con su fotografía en la que ella aparecía con su gabardina gris y su boina de punto. De hecho, no se había quitado ninguna de las dos prendas en ninguno de sus encuentros, con lo que Donald luchaba constantemente por huir de la apenas soportable fantasía de que Hilde no llevara nada puesto bajo el abrigo. Lo cierto es que nunca llevaba medias, lo cual dejaba a la vista unos gemelos tan blancos como la leche aguada. Volvió a pensar en sus pies, sus diminutos pies. La última vez, ella mencionó que no tenía tijeras para cortarse las uñas y Donald se pasó un día entero intentando comprar unas en Saint Albans sin éxito, por lo que, al final, no tuvo más remedio que sustraer las tijeras con mangos nacarados de su abuela. Se llevó las manos al bolsillo a la altura del pecho para asegurarse de que seguían allí

y palpó con los dedos el otro regalito que le traía.

Unos pasos al otro lado de la puerta le hicieron abrir de golpe los ojos.

—Estoy muy, muy cansada —dijo Hilde—. Birgit ha hablado en sueños durante toda la noche y en total sólo he podido dormir una horra.

Comprobó con sorpresa que su atuendo era diferente: una boina granate, más pequeña, que no le ocultaba el cabello tanto como la habitual boina escocesa de punto, así que Donald pudo confirmar sus sospechas de que tenía el pelo no sólo oscuro, sino muy rizado.

—Te he traído esto —dijo presentándole las tijeras.

—Gracias.

—Y esto —añadió sacando el jamón.

Reservaría para más tarde el último obsequio. Hilde estudió el dibujo de la lata.

—Esto no tiene suficiente grasa. El jamón de mi casa tenía una capa de grasa así de gruesa. —Separó el dedo índice y el pulgar dejando un hueco de unos dos centímetros—. Perro me lo llevarré arriba y lo esconderré ahorra que Birgit ha salido.

Volvió a desaparecer dejando tras de sí un sutil rastro de naftalina. Se oyó un entrechocar de sartenes y el tono entrecortado de un presentador de radio.

—Estoy demasiado cansada para ir caminando al pueblo —anunció Hilde cuando regresó.

—Podemos ir en autobús.

—En autobús —repitió con desdén—. En Wiener Neustadt teníamos un Tatra 57, en rojo tostado y crema.

—Aquí no hay gasolina.

—Pensaba que los trabajadorres del gobierno podían conseguir gasolina.

—Sí, pero no puedo levantar sospechas. Tengo que moverme como todo el mundo, no puedo llamar la atención. Ya me lo advirtieron al principio, formaba parte del entrenamiento.

—Entiendo.

—Así que... ¿Se te ocurre algo especial para esta tarde?

—¿Especial? —preguntó frunciendo el ceño, sin entender el sentido de la pregunta—. Aquí no hay nada especial o valioso, nada bonito que ver, comprar o tocar. Ni a un caballo le darría la manta que tengo aquí en mi cama. En Wiener Neustadt el tapizado del diván era de seda, suave y liso como hielo. Te deslisabas sobre él al sentarte.

A Donald se le vino a la mente la imagen del cuerpo perlado de Hilde deslizándose sobre un diván. Durante un instante se quedó mudo.

—Quiero decir, si hay alguna cosa especial que desees hacer esta tarde — aclaró carraspeando—. ¿Te apetece dar un paseo por el bosque? La tierra ya está seca.

Las hojas caídas tapizaban el sendero.

—Vas a empezar en el turno de noche, ¿no? —preguntó Donald después de que hubieran recorrido unos cien metros sin decir palabra.

—Sí.

—¿Por cuánto tiempo?

—Un mes. —Hilde se detuvo—. Hay barro debajo de las hojas y éstos son los únicos zapatos buenos que tengo.

—Podemos sentarnos.

Se encontraban junto a una oportuna rama caída. Donald se quitó la chaqueta y cubrió con ella la corteza revestida de líquen. Hilde se sentó encorvada, envolviéndose los hombros con los brazos.

—¿Tienes frío?

—No.

Se llevó la mano al bolsillo y le dijo:

—Tengo otro regalo para ti.

Lo sacó y mostró un delgado paquete envuelto en un pañuelo limpio y atado con un cordel. Ella deshizo el lazo con esmero, enrollándose el cordel en torno a la muñeca antes de apartar la tela de algodón. Se sucedió un silencio breve, cargado de sorpresa; su cara se iluminó, rejuveneciéndose repentinamente.

—¿Parra dibujar?

—Sí.

Abrió la caja con delicadeza y extrajo una de las barras agarrándola cuidadosamente entre la yema de los dedos.

—No sé cómo se dise en tu idioma.

—Carboncillo.

—¡Perro no pesa nada! —exclamó.

En una rama que tenía al lado había una superficie más clara dejada por una ardilla o un niño aburrido que habría arrancado parte de la corteza. Hilde se inclinó y escribió allí la letra A.

—¿Me dibujarás algo, Hilde?

—No tengo papel.

—Puedo conseguírtelo.

—Tiene que ser papel adecuado, para bocetos, no vale cualquier papel.

Se miró los dedos emborronados e hizo un mohín como si no esperase habérselos manchado.

—¿El carboncillo de Austria es diferente?

Hilde respondió lanzándole una mirada furiosa.

—No, es *exactamente* igual.

Guardó la barra rápidamente. El brillo se había esfumado de su rostro y, en su lugar, se había instalado una expresión hermética, como la de una puerta cerrada de un portazo. Se levantó y empezó a regresar a la residencia a paso ligero; Donald se apresuró a seguirla.

—¿Qué te ocurre, Hilde?

—Estoy cansada. Estoy siempre cansada.

—Ojalá no tuvieras que trabajar.

—Eso quisiera yo también.

—Ojalá me dejases cuidar de ti. —La agarró por un brazo y ella se lo manoteó como quien mata un moscón y siguió caminando—. Te conseguiré el papel especial para bocetos —dijo mientras ella se alejaba, pero Hilde no se giró—. Te conseguiré un automóvil.

La chica tropezó y Donald corrió para alcanzarla.

—En serio. Te conseguiré lo que quieras, lo que sea. Haz una lista todo lo larga que desees.

Esta vez, cuando posó su mano sobre el hombro de ella, Hilde se reclinó contra él y el delicado peso de su cuerpo hizo Donald casi perdiese la cabeza.

—Una casa. Mi propia casa.

Más tarde, caminando de vuelta al pueblo, intentó recordar cuánto guardaba en la caja de zapatos debajo de la cama y en la bolsa de viaje sobre el armario. De algo estaba seguro: iba a necesitar más.

Antes de salir del apartamento, Vee roció su pañuelo con unas gotas de agua de rosa. En las semanas que siguieron, ella y Noel habían vuelto en tres ocasiones a Hornsey Rise, durante las cuales la señora Gifford había donado sesenta y tres libras con siete chelines y un botón de marfil. No obstante, la segunda vez, había desenterrado un álbum de fotos sepultado en algún rincón apergaminado de su habitación y se había pasado unos buenos cuarenta y cinco minutos repasándolo llevada por una corriente continua de anécdotas sin ton ni son que dejaba a medio acabar: «... ésta es Bunny, la conoció usted en Dorset qué chica más encantadora con el pelo hasta donde la espalda pierde su honesto nombre Bunny sobrevivió al hundimiento del *Lusitania* subiéndose a una mesa y ésta es Celia en la manifestación fijate lo alta que es podría lanzar fácilmente una piedra por encima de la estatua de... ésta es Alethea, la veremos más tarde porque vendrá a hacernos una visita desde la Pequeña Venecia cerca de Camden Town si ha vuelto de la fiesta que Ralfie Henderson celebra en su casa, pero claro que estuvo allí, ¿no es así?, ¿probó usted el ponche? Creo que contenía absenta...». En la penumbra gris, todas las manchas de suciedad se parecían. Al salir a la luz del ocaso, Vee veía churretes por todos lados y su abrigo se había impregnado de un tufo a bragas sin lavar. «La próxima vez que saque el álbum, le dices que nos tenemos que ir porque hemos quedado con Bunny en casa de Ralfie en diez minutos», le dijo a Noel. Pero al chico no pareció que le sentara bien el comentario, aún se tomaba muy en serio todo lo relacionado con aquella lechuza.

Había escondido los billetes en un lugar oculto de su habitación. Una visita más a Hornsey Rise y los llevaría al taller. Estaba deseando ver la cara horrorizada que pondría Harry Pedder. El dinero suelto lo había gastado ya en un fular blanco y negro que había comprado en La Mode, y en un par de guantes de piel grises del puesto del lado bueno del mercado. Los guantes eran tan claros como la ceniza y suaves como el culito de un bebé. Todavía no se los había puesto, pero los llevaba en el bolso y los acariciaba de vez en

cuando. También había comprado en la librería de segunda mano de abajo una novela de detectives para Noel que el chico leyó en una noche, haciendo oídos sordos a cualquier cosa que se le decía y sin despegar la vista del libro, ni siquiera cuando Vee dejó caer una bandeja. «Puede que pruebe a leer uno», comentó, aunque no lo decía en serio: no podía imaginarse cuándo podría tener tiempo para sentarse e ir pasando páginas. En todo caso, gastarse el dinero había sido como unas vacaciones. Si tuviese que elegir entre una semana en la playa y el sonido seco de un monedero repleto de dinero al abrirse, su decisión estaba clara...

—Toma, hijo —dijo un hombre que, apretándose casi con calzador, se había sentado junto a ellos en la estación de West Hampstead—, ¿quieres esto? Me lo he encontrado en el andén y sé cuánto os gusta a los niños la metralla.

Noel sostuvo el pesado disco metálico, brillante por un lado, mate y apestando a explosivos por el otro.

—Es la base de un obús antiaéreo —aclaró el hombre en tono alentador, como si hubiese puesto en sus manos un gatito y le instara a que le acariciase la barbilla—. Todo un hallazgo, ¿eh?

—¡Oh! ¿Qué se le dice al señor? —dijo Vee dándole un ligero codazo.

—Gracias.

—Gracias —repitió Vee para disimular la falta de entusiasmo del chico.

Sin embargo, su mirada ya había vuelto a perderse más allá de la ventana. Desde la última semana que viajaron a Londres, la Luftwaffe se había llevado por delante partes de los barrios periféricos del noroeste de Londres. En plano perpendicular a las vías del tren habían surgido extraños boquetes que dejaban a la vista las cañerías interiores de las casas, el empapelado de espigas, una foto ladeada en la pared de una habitación sin suelo. Pero la peor parte se la habían llevado las casas adosadas junto a la vía del tren: hileras enteras destrozadas, como si Gulliver las hubiese empujado desde un extremo dejando un montón de ladrillos desmoronados rematados por tejas de pizarra. «Las casas de los pobres —pensó—: construidas por hermanos, destruidas por germanos».

La puerta corredera del compartimento se abrió.

—Sólo informarles —anunció una voz serena que se alzaba tras el habitual apiñamiento de uniformes— de que las sirenas acaban de sonar en Hampstead, así que cuando llegemos allí el tren se detendrá hasta nuevo aviso. Les ruego

bajen las cortinillas y les recomendamos que, por su propia seguridad, se tiendan en el suelo.

Estalló una risa burlona.

—He visto a tíos escupir en este suelo —dijo alguien en voz alta—, ¿me vais a pagar el sanatorio al que tenga que ir cuando pille la tuberculosis?

—Saldría mucho más barato que tener que volver a coserte la cabeza sobre los hombros.

Se oyó otra risotada, esta vez menos efusiva que la primera.

Vee ayudó a bajar las cortinillas y el tren siguió avanzando en la oscuridad. El ruido de las sirenas caía ahora en picado sobre ellos.

—Seguramente se trate de otra falsa alarma —comentó una señora—. Dios sabe cuántas tuvimos ayer.

Entonces, envuelto en el sonido de la sirena, se distinguió un zumbido, bajo e irritante, como el de una mosca atrapada bajo una manta.

Vee extendió una mano que topó con una de las orejas del muchacho.

—¿Estás bien?

—Sí.

No daba la impresión de que estuviera muy entero.

A la mosca se le unió otra y, en la distancia, se oyeron unos estallidos sordos, como cuando alguien golpea una caja de cartón, seguidos del estridente traquido de armas.

—Eso les enseñará —profirió alguien con malignidad.

El tren fue vaciado al llegar a la estación y Vee y Noel pasaron una hora en un refugio subterráneo húmedo y oscuro bajo las salas de espera, hasta que anunciaron que ya había vía libre. Fuera, el aire traía un olor dulzón y otoñal.

—Cualquiera diría que estamos en pleno bosque —dijo Vee mirando a su alrededor.

La estación de Hampstead Heath estaba situada en un desmonte, y desde allí sólo se alcanzaba a ver un terraplén cubierto de maleza coronado por una palizada de chalés.

—Venga, vamos —dijo haciendo un gesto hacia el tren.

Pero Noel permaneció inmóvil, como plantado en cemento, con la mirada clavada en la salida de la estación.

—*Dulce domum.*

—¿Algún día te dará por hablar en cristiano?

—Hogar, dulce hogar. En el clásico de Kenneth Grahame, *El viento en los*

sauces, cuando pasan por la casa de Topo y éste la huele, no puede soportar no salir en su búsqueda para contemplarla de nuevo.

Recordaba perfectamente la ilustración en la que Topo levantaba con añoranza su hocico mientras Ratón se escurría en el olvido.

—¿Qué? —Vee, exasperada, miró el reloj de la estación—. Ya son las cuatro y el vigilante ese va a empezar su turno.

—¡Por favor!

Era la primera vez que Vee le oía emitir aquellas palabras; nunca antes había pedido nada, simplemente lo había exigido o había esperado silenciosa e irritantemente a que ella cediera.

—¿La casa de tu madrina está por aquí cerca?

—A diez minutos a pie. Por favor, señorita Sedge.

Otra primera vez, nunca antes la había llamado así. Sin embargo, pronunciaba su nombre de tal forma que sonaba raro.

Vee hizo un gesto para que se dirigiera a la salida y luego tuvo que correr detrás de él para alcanzarlo. Tras cruzar una calle principal se adentraron en un sendero de arena rodeado de árboles. Más adelante, pudo oír un coro de patos.

—¿Me has...? —No paraba de darle vueltas a las palabras del chico—. ¿Me acabas de llamar «señorita» Sedge hace un momento?

—Puede que lo haya hecho sin darme cuenta.

—Es *señora*.

Noel se encogió de hombros.

—De acuerdo, aunque, sinceramente, no es algo que me importe, mis padres tampoco estaban casados. Mattie dice que la legitimidad está sobrevalorada en tanto que indicador de...

Vee lo agarró y lo giró para ponerlo cara a cara. Se inclinó hasta ponerse al nivel de las orejas del chico y le siseó:

—Es *señora*. Soy *viuda*. Me casé con un hombre llamado Samuel *Sedge* que *falleció* hace catorce años, así que no me vengas con una de tus clases magistrales. No lo sabes todo. Puede que seas listo y que hayas ido a un buen colegio, pero no lo sabes todo, ¿te enteras?

La garganta se le cerró como un puño, se volvió y se pellizcó la mejilla con saña. Otras veces había funcionado, pero ahora no surtía efecto.

A su espalda, un hilo de voz casi irreconocible pronunció un «perdón». Vee, constreñida, asintió.

Continuaron caminando y, tras un recodo del sendero, llegaron a un estanque amplio.

—Ojalá tuviésemos pan —dijo Noel con sumisión.

—¿Pan?

—Para los patos. No era mi intención disgustarla, pero me resultaba extraño que su madre fuese *señora* Sedge y usted también, así que até cabos.

—Pues tienes que practicar tus nudos —contestó Vee, cortante—. Era un primo segundo, mayor que yo.

—Le sangra la mejilla.

Vee se la frotó.

Cinco años de verdadero infierno, aunque no es que hubiera esperado mucho de aquel matrimonio. Él era un lisiado de la Gran Guerra que vivía de una insignificante pensión y de trabajos esporádicos, pero no tenía mucho más donde elegir (estaba embarazada de siete meses de Donald), y Dios sabe que él necesitaba una mujer: su única comida se reducía a pan con una imperceptible capa de mantequilla y su casa parecía un refugio, sin cortinas, con sólo una silla, limpio pero inerte. No esperaba mucho, pero se encontró con menos aún. La batalla de Ypres no sólo le había arrebatado el antebrazo izquierdo, sino parte de la razón. Nunca dormía, nunca lo vio dormir, ni una sola vez. Con el tiempo, también dejó de hablar y luego se recluyó en la cama. Acabó en el asilo de Doulton Grange y murió a los cuarenta y dos años bocabajo en un estanque que había en los jardines del hospital. Visto que la profundidad del agua no superaba los cinco centímetros, se determinó que la causa de la muerte había sido un «suicidio resultante de una melancolía crónica», con lo que perdió el derecho a percibir una pensión de viudedad. Un desastre total.

—Continúa sangrando —dijo Noel alcanzándole un pañuelo.

—Gracias.

Se lo llevó a los ojos y luego a la mejilla.

Después de tomar un tortuoso sendero a través de unos arbustos, se encontraban ahora cruzando un brezal, pero ni una casa a la vista.

—Cualquiera diría que está una en Londres. ¿Falta mucho?

—No.

Lo siguió rodeando un grupo de abedules, atravesó un agujero en un seto y atisbó un camino más abajo que se alejaba culebreando hacia la derecha.

Noel bajó con dificultad hasta él y comenzó a correr. Dejó atrás la verja

pintada de verde de la señora Holroyd, el arco de clemátides de los Wimbournes, la rústica pérgola del mayor Lumb. Vee lo alcanzó en la verja principal de la casa de Mattie. Ambos contemplaron el magnífico edificio: la hierba alcanzaba los alféizares de las ventanas, pero, por lo demás, la casa no había sufrido mayores cambios.

—Esto es un palacio —dijo Vee—. Fíjate lo grande que es...

No hacía falta preguntar si había alguien viviendo allí, ya que la hiedra campaba a sus anchas por el marco de la puerta.

—¿Quieres probar a entrar?

Noel pensó en el desorden de dentro de la casa y negó con la cabeza.

—Sólo quería asegurarme de que seguía aquí. —Durante todo el tiempo que pasaron en el refugio subterráneo se había imaginado que se encontraría con un cráter humeante y páginas chamuscadas flotando sobre las ruinas—. Ya podemos marcharnos.

Vee se quedó admirando la fachada un poco más.

—Es raro que no la hayan alquilado. Es una buena propiedad.

Miró a su alrededor y vio que Noel ya se alejaba caminando entre las roderas de la calle, por lo que Vee salió tras él aprisa. La avenida era empinada y arriba del todo se veía un solo camión sin conductor en la cabina.

—¡Por Dios Santísimo! —exclamó Vee sin aliento—. ¿Qué es esto, el desfiladero de Cheddar?

Frente a ellos se abría una excavación titánica, de unos ochenta metros de extensión, sobre la que habían esparcido sacos vacíos. Noel respiró hondo.

—Aquí es donde encontré a Mattie —explicó rápidamente y sin inflexión alguna en la voz—. Salió de casa por la noche y no pude encontrarla hasta que salí a la mañana siguiente. Estaba casi en el fondo del foso, medio enterrada en arena. De no haber sido por eso, hubiese muerto de hipotermia. Tenía los pies azules, en el hospital dijeron que estaban congelados, y la piel cubierta de ampollas que parecían uvas moradas. Iban a amputarle las piernas hasta la rodilla, pero falleció la noche antes de la operación. Cuando la encontré, pensé que estaba muerta porque tenía la cara gris, pero entonces gimió, así que la cubrí con el abrigo de pieles. Luego intenté subir por donde había bajado y me fue imposible, formaba avalanchas tratando de trepar.

—¿Cómo saliste?

—Fui hasta el otro lado y me agarré a la rama de un árbol que sobresalía como una cuerda. Cuando llegué arriba... —frunció el ceño al recordarlo—,

una neblina helada lo cubría todo hasta las rodillas y el sol lucía untuoso, luminoso pero sin calentar.

—¿Cómo? —preguntó Vee.

—Vi un enorme tronco caído. En la corteza se perfilaba un dibujo en blanco y negro, aunque luego me di cuenta de que no se trataba de un dibujo, sino de una bandada de urracas, había diez. No dejaba de pensar que debía de tener un significado importante.

—«Una por tristeza, dos por gozo» —comenzó a recitar Vee—, «tres para una chica, cuatro para un...».

—Pero esa rima sólo llega hasta siete —apuntó Noel—, «cinco para la plata, seis para el dorado, siete para un secreto que jamás será contado».

Vee negó con la cabeza.

—Cuando yo era pequeña, era más larga: «Ocho, estás vivo; nueve, das la última boqueada; diez, te...».

Vee vaciló.

—¿Qué ocurre? —preguntó Noel—. ¿Cómo sigue?

—Da un poco de asco.

—Dímelo.

—«Diez, te tragas una buena meada».

Noel soltó una carcajada que sonó a hipo.

—Bueno, como sea. Volví corriendo rodeando el foso y aporreé la puerta del mayor Lumb, que llamó a la ambulancia que vino a recoger a Mattie. Eso fue lo que ocurrió, ahora ya lo sabe todo, hasta el último detalle. Desde aquí podemos ir caminando hasta la casa de la señora Gifford, será mucho más rápido que regresar y coger el autobús.

Atravesaron el parque de Hampstead Heath cruzándose sólo con las operadoras de un obús antiaéreo que, sentadas en la trinchera, formaban una fila de animadas cabezas con cascos metálicos, aunque sin cuerpos. Cuando Vee y Noel pasaron, los saludaron con la mano y les lanzaron por encima de la valla del perímetro una bolsa de papel con caramelos para la tos que habían cerrado retorciéndola en su extremo superior.

—Estaba pensando —dijo Noel con la mejilla abultada— que deberíamos empezar a recaudar donativos para las familias bombardeadas.

Quedó claro que el parque había quedado atrás cuando pasaron bruscamente de una callejuela a la sombra de unos sauces a una calle comercial. Fue entonces cuando notaron el cambio: tensión, charlas estridentes, mujeres

cotorreando en grupitos. Por encima de los tejados, hacia el este, se elevaba una niebla rojiza y el aire olía a vinagre y fuegos artificiales. Una ambulancia se acercaba subiendo la cuesta con esfuerzo, mientras otra pasó en dirección contraria a toda velocidad haciendo sonar la campana.

Cruzaron y giraron en una bocacalle. Aproximadamente a la mitad de ésta, el pie de Noel se topó con un fragmento de cristal que salió disparado a la calzada. Más adelante, los cristales se multiplicaban y una mujer con rulos los barría sin darles tregua. Al llegar a la esquina, una pluma amarilla pasó flotando, seguida de una morada.

—Allí —dijo Noel señalando una ventana en la acera de enfrente.

Sobre la ventana sin cristales se leía el letrero «SHIRLIE ANNE. SOMBRETERA». Del alféizar colgaban cintas color heliotropo formando lazos.

—Esto no me gusta un pelo. ¿Nos volvemos?

El chico negó con la cabeza y dobló la esquina. La siguiente calle estaba abarrotada de gente, una multitud cambiante de civiles, extrañas siluetas de uniforme, una mujer con casco metálico. Unos metros más adelante se veía una ambulancia atravesada en la calle y, al lado, un camión de bomberos con las ruedas sobre la acera. Junto a los vehículos faltaba una casa que parecía haber sido retirada con total exactitud, como si hubiesen utilizado una pala para tartas y dejado intacta la medianera: la parte de abajo, empapelada con motivos de cachemira; los dormitorios, con rosas. Sobre una bóveda de escombros poco elevada yacía un hombre tendido a lo largo con un martillo de tapicero en la mano.

—¡Silencio! —gritó una vigilante.

Al otro lado de los escombros se encontraba, cual pintura enmarcada, el jardín trasero con un huerto de coles y un cordel lleno de ropa tendida que el polvo de ladrillo había teñido de granate. El aire también estaba cargado de polvo, de una neblina abrasiva que se pegaba a la garganta.

—Ésa es la vigilante que conocimos —dijo Vee.

—¡Silencio! —volvió a gritar Ricitos de Oro—. No queremos *mirones*, queremos *silencio*.

—Seguro que es de éstas a las que siempre les ha gustado gritar y ahora, gracias a la guerra, le pagan por ello.

—Vamos —sugirió el muchacho—, la calle de la señora Gifford es la siguiente a la derecha.

Sin embargo, temía que la casa hubiese desaparecido, igual que lo había pensado de la de Mattie. Cuando doblaron la esquina, el corazón le latía a trompicones. Luego se estabilizó al comprobar que todo seguía igual, salvo que unos metros más adelante, en la calle, habían colocado una valla de andamios apuntalados a la ligera sobre cajones de embalar bocabajo. Tras la improvisada barrera había un agujero con la forma y el tamaño de un ataúd.

—¿Qué habrá pasado aquí? —preguntó Vee echando un vistazo al pasar junto a la valla.

Tocaron el último timbre del número 14 y aguardaron. Transcurridos uno o dos minutos, Noel retrocedió unos pasos y alzó la vista a la ventana del segundo piso.

—Las cortinas están descorridas y antes siempre han estado echadas.

Vee frunció el ceño.

—Puede que haya salido a dar de comer a los cisnes.

Vee hizo sonar de nuevo el timbre y se apartó al notar que la puerta se abría. Un carrito de niño se abría camino seguido de una pálida joven con gorro de punto azul y el rostro surcado de arrugas de concentración, como si pasar un carrito por una puerta exigiera la misma destreza que hacer malabares con plátanos.

—¿Sabe si la inquilina de la primera habitación de la segunda planta está en casa? —preguntó Vee.

—¿Cómo dice? —La joven miró a su alrededor y, con cuidado, echó el freno antes de ajustar algo más la manta en torno al ocupante del carrito—. ¿Por quién pregunta?

—Por la anciana del último piso, la señora Gifford.

—Se la han llevado.

—¿Cómo?

—Cuando volvimos perdió la cabeza.

—¿Volver de dónde?

—Bueno, no sé adónde fue ella, yo estuve donde mi tía en Booth Street. —La cabeza de la joven desapareció un momneto bajo la capota para comprobar que la manta estaba bien colocada—. ¿Cree usted que hará frío para ella? —preguntó al reaparecer—. Llevamos desde la hora del almuerzo debajo de las escaleras, y los niños necesitan aire fresco, ¿verdad? Pero está delicada de salud.

—¡Oh!

Vee se dispuso a ojear dentro del carro con un cumplido ya en mente («Va a ser un bellezón»), pero se encontró mirando a una bebé con cara de mono, sentada, biberón en mano como un mendigo en la puerta de una iglesia. Prefirió callar.

—La tiene bien abrigada. ¿Qué decía de la inquilina del piso de arriba?

—El jueves pasado encontraron una bomba de relojería. —La joven hizo un gesto en dirección al agujero de la calle—. El vigilante evacuó toda la calle y no pudimos volver a casa hasta que el ejército vino y se la llevó el sábado. Cuando regresamos, la señora Gifford empezó a chillar y a dar portazos porque decía que alguien había estado en su habitación y todas sus insignias habían desaparecido; tuvieron que llevársela en ambulancia. —Sacó un pañuelo del bolso y metió la mano en el carrito—. Puede que ahora se lo alquilen a alguien en condiciones. El casero dijo que tuvo que ponerse la máscara de gas cuando vaciaron la habitación.

—Vaciaron la habitación... —repitió Vee casi sin voz.

—No había más que ropa vieja que los operarios encargados de recoger material reutilizable no quisieron ni tocar. Dijeron que aquello era un nido de gérmenes, así que sacaron a palazos todo lo que había dentro y lo incineraron. Tuvieron que traer un camión.

Vee oyó un gimoteo y, por un segundo, pensó que se le había escapado a ella misma, pero la joven volvió a inclinarse, diligente, sobre el carrito.

—Insignias —dijo Vee—, ¿qué quería decir con lo de las insignias?

—¿Dónde está la señora Gifford? —preguntó Noel casi voceando.

Había estado pendiente de todo tras su habitual mirada perdida, pero a Vee se le estaba pasando hacer la pregunta más importante y aquella mujer se disponía ya a levantar el freno del carrito para irse. La joven le lanzó una mirada atónita, como si le acabase de hablar una farola.

—¿Cómo voy a saberlo yo? En un vertedero de chiflados, supongo, y ya venía siendo hora.

La joven comenzó a alejarse empujando el carrito.

—Su bebé tiene cara de culo —gritó Noel.

Vee lo agarró del brazo y se lo llevó en dirección opuesta a tal velocidad que las piernas del chico galopaban involuntariamente por la acera. No lo soltó hasta girar en la esquina y, tras hacerlo, le sacudió ligeramente el codo.

—No se le dice a la gente esas cosas.

—Esa mujer es idiota.

—Hasta los idiotas creen que sus hijos son bonitos.

—Es tonta de remate.

Empezaron a caminar de nuevo, despacio ahora.

—Bueno, pues eso es lo que hay —dijo Vee—. Ya pensaba yo que tanta suerte no podía durar mucho. —Deslizó la mano dentro del bolso y acarició los guantes de piel gris—. ¿Retomamos entonces nuestra rutina semanal? ¿Viudas de la Real Fuerza Aérea Británica? ¿Noel? —El chico iba dando zapatazos por la acera—. ¿Noel?

Pese a que Vee recurrió a toda una serie de tácticas, desde ofrecerle un caramelo de menta hasta señalar objetos de interés («¡Mira ese coche de bomberos!»), Noel no volvió a soltar palabra. Se había habituado a su conversación, a sus palabras kilométricas, a su rareza y arrogancia: la mitad de las veces no sabía si propinarle una bofetada o aplaudirle. No le resultaba grato recibir de nuevo el trato de silencio.

—Es la cuarta rata que veo esta mañana —observó Vee al doblar la esquina que les llevó a High Road en Kentish Town.

Noel no le respondió y cuando Vee agachó la mirada, el chico había desaparecido. Rotó sobre sí misma en círculos. Se abrió camino entre un grupo de marineros que iban zapateando acera arriba, lo que le supuso el consecuente amasamiento de trasero, y divisó al instante a Noel, que tenía la cara pegada al escaparate de una casa de empeños.

—¿Qué haces? —preguntó al muchacho.

Noel apretó el dedo índice contra el escaparate y Vee vio un batiburrillo de objetos dispuestos en una estantería: una jarra de peltre, joyas en un plato, un telescopio de latón, una medalla colgada de un sujetalibros de hierro forjado...

—Es una medalla concedida en reconocimiento a haberse declarado en huelga de hambre. Ella tenía una igual —dijo Noel.

—¿Quién?

—La señora Gifford, la llevaba puesta la primera vez que la vimos, cuando nos invitó a entrar en su casa. Su medalla tenía una mancha en la cinta como ésa.

Las tres rayas de la cinta eran cada una de un color: morado, blanco y verde, mientras que la mancha parecía de vino tinto. La cinta estaba rematada en el extremo superior con una barra metálica en la que se leía la inscripción «Al Valor», y de su extremo inferior colgaba un disco de plata deslustrado.

—Y mire en el platillo —añadió Noel—: el imperdible de oro engastado con una esquirra de pedernal, lo otorgaron cuando tiraron piedras al parlamento. Y también hay un broche de Holloway, ¿ve la reja, como la de entrada a una fortaleza, y la punta de flecha sobre ella? Mattie también tenía una de éstas.

—¿Por qué? ¿Para qué se la dieron?

—Por ir a la cárcel —contestó Noel con impaciencia.

—¿A la cárcel?

—Mattie era *sufragista*. ¿Y puede ver la barra junto al broche grabada con números? Indican las fechas de encarcelamiento.

Comenzó a tamborilear los dedos sobre el cristal, al principio de forma distraída, luego con ritmo insistente.

—Sus *insignias*. La señora Gifford dijo que alguien le había robado las insignias.

—¡Eh! —gritó un hombre de baja estatura con bigote desde la puerta de la tienda—, quita las manazas del escaparate.

Vee le lanzó al hombre una fugaz sonrisa y apartó las manos de Noel del escaparate.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó entre dientes una vez que el hombre había vuelto a entrar en el establecimiento.

—Alguien robó las insignias de su habitación y las empeñó.

—¿Y si así fuera?

—Bueno, ¡eso está mal! Constituye un *delito*.

Vee esperó a que Noel se diese cuenta del disparate que decía, pero el muchacho estaba demasiado enfrascado en su propia indignación.

—Tenemos que recuperarlas para devolvérselas —anunció.

—¿Cómo dices?

—Son especiales, son... —En un esfuerzo por hacerse comprender, Noel apretó la cara y oyó la voz de Mattie, con más claridad que nunca desde que muriera: Mattie en estado puro, ferviente, desplegando retórica—. Se las ha ganado. Históricamente, «sufragio» y «sufrimiento» siempre han ido de la mano. La razón por la que ahora puede votar es porque mujeres como la señora Gifford estuvieron dispuestas a desafiar la ley y asumir las consecuencias, no una vez, sino todas las que hizo falta. Sufrieron para que usted tuviera voz.

La tez se le había coloreado de un rosa intenso y Vee tuvo que contener una

sonrisa.

—Yo no he votado en mi vida.

—Pues debería, hay quien ha muerto por que usted pueda hacerlo.

—Yo no le pedí eso a nadie.

—Emprendieron la lucha para que no tuviera que hacerlo.

—Por favor, no me hagas reír. ¿Qué sabía la gente como tu madrina de luchar? Luchar como afición, quizás; luchar como algo con lo que se distraía cuando no descansaba leyendo un libro.

Tras dirigir a Vee una mirada cargada de odio, Noel se agachó y se sentó con las piernas cruzadas en la acera.

—¿Qué haces?

—No me moveré de aquí hasta que no las recuperemos.

—¿Cómo?

—Quiero recuperarlas, averiguar adónde se la han llevado e ir a dárselas.

Lo dijo gritando, sus palabras cayendo como ráfagas de piedras.

—Levántate.

—No.

—O te levantas ahora mismo o te doy un cachete en las piernas.

—No.

Vee, desesperada, echó un vistazo a su alrededor. La gente los estaba mirando.

—No está bien —dijo en voz baja a un anciano con bastón que se había detenido—, se ha quedado traumatizado con el ruido de los obuses, el pobrecillo.

Se puso en cuclillas junto a Noel.

—¡Levántate! —susurró apretándole el hombro entre las uñas.

Pero el chico no pestañeó. Después de unos minutos, Vee se reincorporó y sintió la familiar y ácida ascensión de los ardores.

«Menudo sinvergüenza está hecho», pensó. Se echó el bolso al hombro y entró en la casa de empeño.

El hombre con bigote estaba sentado en un taburete detrás del mostrador. Se cortaba las uñas sobre un periódico abierto frente a él.

—Le pido disculpas por lo de antes —se excusó Vee—. Mi muchachito se entusiasmó demasiado. Creyó haber reconocido en el escaparate algunos artículos que pertenecieron a su abuela.

Las tijeras se detuvieron y el hombre levantó la vista, fijándola con

intensidad en Vee.

—¿Qué está insinuando?

—Nada, le han recordado las cosas de su abuela, eso es todo. No quiero decir que sean las de su abuela.

—Aquí todo es legal.

—Por supuesto, pero me preguntaba cuánto valdrían.

Un nítido clic propulsó el resto de una uña al otro lado de la tienda.

—No todo lo que hay en el escaparate está a la venta.

—¿Ah, no?

—Algunos artículos aún están en depósito y pueden ser canjeados. —Soltó las tijeras y, dejando la manicura para más tarde, cerró el periódico suspirando—. ¿En qué está interesada?

Vee lo siguió hasta el escaparate.

—En unos broches e insignias que hay en un platillo. Creo que son recuerdos sufragistas.

El hombre negó con la cabeza.

—No están a la venta, los he recibido esta misma semana.

—Ah...

Vee advirtió cómo Noel, ya de pie, la miraba fijamente través del cristal. Era como ser observada por un policía de paisano.

—¿Y esto? —preguntó desenganchando la medalla.

—Está incluido en el mismo lote. Vuelva en un mes y, si no han venido a recogerla, consideraré su oferta.

—Son, mmm...

Perdió el hilo de lo que estaba diciendo al leer las palabras grabadas en el reverso de la medalla.

Aileen Gifford

Alimentada a la Fuerza 1/3/12

Pestañeó ante la inscripción y la volvió a leer. No se le había pasado por la cabeza que Noel pudiera estar en lo cierto, que aquellas baratijas hubieran pertenecido realmente a la señora Gifford. «Alimentada a la Fuerza». Cerró las manos envolviendo la medalla.

—¿Cuánto?

—Es de plata, así que estamos hablando de unos cinco chelines.

—Le doy seis. Si me la vende ahora, quiero decir.

—No puedo.

—Seis chelines con seis peniques.

Volvió a negar.

—No puedo.

—¿Pero por qué no?

—No estaría bien.

El hombre extendió la mano indicando que le devolviera la medalla y Vee, frustrada, la dejó caer sobre la palma. ¡El dueño de una casa de empeño con escrúpulos morales! Vamos, igual que si un agente judicial te recitara un salmo mientras se lleva tus muebles. Sin embargo, de repente se le ocurrió que no se trataba de moral, sino de perniciosa avaricia.

—Se trata de un cliente habitual, ¿verdad? —preguntó Vee—. Alguien que lo tiene bien surtido.

—No puedo decirle nada.

—Estos artículos se los birlaron de la habitación a una tal señora Gifford cuando ella tuvo que ser evacuada por la explosión de una bomba.

—No sé nada.

A su primera sospecha se unió rápidamente otra.

—¿Le traen bastantes artículos después de un ataque aéreo, no? Imagino que la gente irá por ahí dejándose todo tipo de cosas. Y, claro, ¿quién puede resistirse a un golpe de suerte que le pone por delante un monedero que ha ido a aterrizar a un jardín o un reloj de pulsera encontrado entre los escombros? Pero cierto tipo de personas podrían estar fabricándose su propia suerte y haciendo negocio de los bombardeos, especialmente si su trabajo consiste en acudir al lugar del siniestro sin levantar sospechas por encontrarse allí en misión *oficial*.

»Este cliente habitual suyo —continuó aun conociendo ya la respuesta—, no será un vigilante, ¿verdad?, con la cara llena de marcas. ¿McIver?

La expresión del hombre se cerró herméticamente, no sin que antes Vee percibiera el miedo en ella.

—No puedo ayudarla —contestó el dueño—. He de cerrar las contraventanas para el oscurecimiento.

Dicho lo cual, la hizo avanzar a trompicones y Vee salió de la tienda casi arrastrada, como si aquel hombre la hubiese barrido con una escoba. El dueño cerró la puerta dejando un tintineo en el aire y, para cuando Vee se dio media

vuelta para replicarle, ya había echado el cerrojo.

—¿Las ha comprado?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no están a la venta.

Vee sacudió la cabeza e hizo unos gestos frenéticos. Noel se la quedó mirando con desconcierto.

—¿Qué? —preguntó el chico.

—Aquí no, espera a que tengamos algo más de privacidad.

Se dirigió a la estación a paso ligero seguida por Noel, que no paraba de protestar y acribillarla a preguntas mientras Vee mascullaba que se callara. El andén estaba a rebosar, y el tren más aún, con todo un vagón repleto de mujeres del Servicio Territorial Auxiliar armando escándalo, embutidas en sus uniformes militares. Vee ya veía adónde iban a parar todas las raciones. Parecían tan *felices* charloteando a voces sobre hombres y bailes, hablando de apodos, chistes secretos y abreviaturas imposibles. Trató de imaginarse a los dieciocho años siendo enviada lejos para aprender a arreglar camiones, con todo solucionado y ni una pizca de responsabilidad: poder empezar de cero, una nueva vida servida en bandeja... El paraíso. Sonrió a una de las muchachas, entradita en carnes, y ésta le ofreció un cigarrillo.

—Y *ahora*, ¿ya me lo puede contar? —inquirió Noel cuando se bajaron en Saint Albans.

—¿Recuerdas al vigilante que conocimos en casa de la señora Gifford? Ha sido él quien lo ha afanado todo. Seguro que cada vez que hay un bombardeo le lleva algo al dueño de la casa de empeño. La mitad de lo que hay en la tienda es robado, no me extrañaría que se quedaran con las baratijas del escaparate y vendieran el resto repartiéndose los beneficios. ¿Y sabes qué? —añadió cayendo en la cuenta mientras hablaba—. Te apuesto a que también arrambló con todo el dinero de la señora Gifford, a que cuando ella se marchó, se coló sin más en el cuarto, rebuscó por aquí y por allá y encontró las insignias y los billetes. Sabía que nadie la creería si denunciaba el robo, pobre mujer.

—¿A quién se lo contamos? —preguntó Noel.

—¿Qué?

—¿Se lo contamos a la policía de aquí o mejor regresamos a Kentish Town?

—¿La policía? —Se giró y lo miró para comprobar si estaba bromeando, salvo que él nunca gastaba bromas—. ¿Has perdido la chaveta? ¿Cómo vamos a ir a la policía? ¿Cómo explicamos qué hacíamos nosotros allí? ¿Cómo íbamos siquiera a saber nada del dinero si no nos hubiéramos llevado nosotros también un pellizco?

Vee lo miró y observó que estaba pensando, pasando ideas por el tamiz.

—Podríamos... Podríamos decirles que...

—No les vamos a decir ni mu, ni una palabra.

—¿Y va a permitir que la conducta de ese delincuente quede impune?

Sonaba a juez local dictando sentencia, con lo que a Vee le asaltaron unas ganas irrefrenables de reírse.

—¿Y qué hay de nosotros? ¿Acaso no estamos saliendo impunes también?

—No es lo mismo, a nosotros la gente nos dona el dinero, no se lo quitamos. No se puede comparar lo nuestro con lo suyo, lo suyo es mucho peor.

—No es así como piensan los policías.

—Pues deberían.

—Pero no es así.

Noel hizo sobresalir su labio inferior infantilmente en un mohín y Vee sintió un repentino escalofrío: sólo tenía diez años, *diez*, y pensaba que todo era un juego. Se había enfadado con Ray McIver por tramposo y ahora quería contárselo al maestro. Había sido una insensata, no podía creer el riesgo que estaba asumiendo.

—Noel —dijo utilizando tan sólo una fracción de su torrente habitual de voz, lo cual hizo que el niño la mirara receloso.

—¿Qué?

—¿Sabes qué ocurriría si nos descubren?

El chico no se esforzó en responder.

—Yo iría a la cárcel y tú a un reformatorio.

Se hizo un silencio. Noel deslizó su mirada más allá de Vee, posándola en unos Boy Scouts que tiraban de una carretilla con artículos donados para ser reutilizados.

—Pero no debería quedar impune —insistió.

«Y aquí acaba la discusión», pensó Vee. Le sonrió asintiendo.

—Volvamos a casa, ¿vale?

Pero Vee ya estaba dándole carpetazo mental al negocio. La suerte les había

acompañado demasiado tiempo y, de ahora en adelante, haría ella sola las colectas. Entonces se vio en el tren, en silencio, caminando en solitario por calles inhóspitas, ojeando el mapa que Noel siempre consultaba con gran soltura. El panorama era deprimente y sabía que no podría soportarlo. Puede que hubiese llegado el momento de volver a llamar a Vic Allerby para coser adornos de sombreros, pasar inadvertida por un tiempo. Ya se le ocurriría otro plan.

Estaban muy cerca de casa cuando Noel se decidió a hablar de nuevo. El asunto de la colecta le quedaba a Vee ya tan lejano y se había deshecho de la idea con tal rapidez que a Vee le costó seguir el argumento del niño.

—¿Y si buscamos al vigilante y le decimos que sabemos lo que ha hecho? Le decimos que llamaremos a la policía si no se lo devuelve todo a la señora Gifford.

—No.

—¿Y por qué no?

Vee se quedó en silencio recordando el miedo en la expresión del dueño de la casa de empeño y las palabras de Ricitos de Oro: «Manténgase alejada de él». ¿Y si no eran celos, sino una advertencia?

—Porque eso sería buscar problemas —respondió, tajante.

Aquella noche, Saint Albans recibió su primera bomba, y el domingo por la mañana, en la iglesia, los feligreses aún vibraban de la emoción.

—Lo sabía —explicó la señora Williams rodeada (por primera vez en su vida) de oídos interesados en escucharla—, oí el silbido cuando caía y le dije a Idris: «Ésa lleva nuestro nombre», y él me contestó: «Pues esperemos que lo hayan escrito mal», y yo le dije: «¿Nos metemos debajo de las escaleras?», y él me respondió: «¡Demasiado tarde, nena!», y se me tiró encima.

«Por lo que se ve, hay una primera vez para *todo*», pensó Vee. La bomba había dado de lleno en la caseta del jardín y el señor y la señora Williams habían resultado ilesos, aunque por la ventana de la cocina les había entrado un pollo disparado.

—¿Y quién de entre nosotros, mientras Satanás dirigía su empresa desde arriba, no pidió al señor: «Te lo ruego, aleja de mí este cáliz?»

Vee a punto estuvo de levantar la mano. Se había pasado casi todo el bombardeo en el sótano de la librería de debajo del apartamento. El señor Clare, el dueño, llamó a la puerta a las nueve, justo después de que sonara la sirena. Donald había ido al cine, así que Vee le dejó una nota, despertó a su madre y a Noel, y bajaron a lo que resultaron ser dos horas de evento social.

—Tengo una zorpresa que zeguro que hará que el tiempo paze volando —anunció el señor Clare mostrándoles un libro titulado *Juegos para el oscurecimiento nocturno* y brindándoles una sonrisa de dientes que parecían roñosas uñas de pies con bordes grises flameando a amarillo—. Ze han vendido como churroz. ¿Por cuál empezamoz?

Una llovizna de saliva oscurecía cada una de sus palabras.

Comenzaron con «Parada de bus», un juego de palabras que ganó Noel, y pasaron a «Rimas sin sentido», seguido de «Mi hijo John fue al mercado», de los que Noel también salió vencedor. El chico mantenía la boca cerrada y los labios bien apretados para disimular su satisfacción. Luego, Vee se ofreció a subir un momento para hacer té, ya que el señor Clare se había prodigado en

sonrisas, y ella necesitaba tomar el aire y mirar algo limpio.

Había luna llena y la calle parecía una raya dibujada con tiza; las casas, recién encaladas. Durante un instante reinó el silencio, pero, de forma inesperada, desde el norte, oyó un carraspeo profundo y repetitivo, como cuando alguien se aclara la garganta. Al carraspeo se le unió otro y el sonido fue creciendo en intensidad hasta estallar en un rugido similar al del agua irrumpiendo en un canal de molino. Dos aviones cruzaron el cielo perfilándose sobre la luna, de modo que, por un segundo, parecieron siluetas perfectamente recortadas. Pensó que irían camino de Londres y esperó a que se desvaneciera el estruendo antes de entrar en el apartamento. Bajo el sonido de sus pies al subir las escaleras, oyó otros ruidos amortiguados: el crujir apresurado de papeles y el golpe seco de un cierre. Al abrir la puerta de la cocina, Donald se encontraba de pie junto a la mesa, frente a una bolsa de viaje de cuero rígido.

—¿No te vas a ningún sitio, no? —preguntó a su hijo.

Un extraño rubor subió hasta las mejillas de Donald.

—Sólo estaba ordenando algunas cosas, no te esperaba.

—¿Qué cosas?

Donald no contestó, simplemente asió la bolsa de la mesa con una sola mano (por lo que no pesaría mucho) y se la llevó a su habitación.

Vee oyó el rechinar de los muelles del colchón al recibir el cuerpo de Donald.

—Aún no ha sonado la sirena para anunciar el fin del bombardeo —dijo en voz alta al otro lado de la puerta cuando volvía a salir con el té.

Sin embargo, no obtuvo respuesta de su hijo, lo único que oyó fue un grito aflautado descendiendo desde el cielo y un porrazo que hizo entrecocar la vajilla: la bomba de los Williams, arrojada por los nazis de vuelta a casa, como quien tira una colilla por la ventana de un camión.

Al día siguiente, en el porche de la iglesia, Maud Williams contó el relato por enésima vez:

—Ni una ventana viva en toda la casa, ni un plato en la alacena.

La madre de Vee escribió algo en la pizarra y se la mostró a la señora Williams.

—No —respondió Maud Williams—, no pudimos cocinarlo, señora Sedge. Estaba despachurrado, parecía el recortable de un pollo.

A través de la multitud menguante, Vee divisó a la esposa del pastor que recogía los libros de cantos y recordó la resolución que había tomado la

víspera. Así y todo, ahora que debía dar el paso, la idea de pasar inadvertida se le hacía mucho menos apetecible si ello conllevaba tener que ordenar de nuevo el trastero de la señora Pilcher. Estuvo dudando demasiado, por lo que la esposa del pastor se dio cuenta y se le acercó.

—¿Quería hablar conmigo, señora Sedge?

—Bueno, me preguntaba si aún necesita ayuda en la casa.

—¡Oh! —La señora Pilcher sonó entre malhumorada y esperanzada—. Creo recordar que me dijo que tenía usted muchas cosas que hacer, que tenía que realizar continuas visitas al hospital para que le examinaran la pierna a su evacuado.

—Sí, pero ahora se encuentra muchísimo mejor, más fuerte. Los médicos dicen que la mejoría se debe a la buena alimentación y al sol que ha estado recibiendo.

Ambas miraron a Noel, apoyado en un banco, leyendo un libro mientras se chupaba distraídamente el extremo de la corbata. Su tez tenía el tono paliducho de siempre.

—Qué chico tan poco agraciado —dijo la señora Pilcher.

Vee sintió un repentino arrebato de indignación.

—Es listo —replicó.

—¿Ah, sí? —contestó la señora Pilcher poco convencida—. Bueno, señora Sedge, tenga por seguro que consideraré su oferta. Mientras tanto, ¿podría ayudarme a colocar los libros en el mueble?

El silencio tenso se extendió durante unos largos treinta segundos, hasta que la señora Pilcher cedió y ofreció a Vee volver cuatro tardes a la semana.

*

Pensó que Noel se enfurruñaría al oír la noticia, pero su reacción fue de desconcierto: casi se le salen los ojos de las órbitas, como si la hubiese visto escupir en la acera.

—¡Pero no podemos dejarlo, así sin más! —decía una y otra vez con voz chillona—. Tenemos que volver y arreglar las cosas.

Al final Vee se enfadó y le ordenó que dejara de darle la lata.

Cuando el señor Waring anunció que irían de excursión, la clase refunfuñó.

—Aire fresco y sano —dijo el maestro.

—Hay niebla, señor.

—Una ligera neblina.

—Señor, si me mancho estas botas de barro, mi madre de acogida dice que me atizará con un palo con un clavo, señor. No puedo mancharme las botas.

—Pónganse los abrigos y agrúpense de dos en dos —ordenó el señor Waring—, que cada pareja agarre un saco del rincón.

—¿Por qué, señor?

—Lo explicaré cuando llegemos a nuestro destino.

—Lo del palo no es broma, señor.

—No vamos a atravesar un campo recién arado, Pursey. Sus botas deberían quedar impolutas.

—No sé qué significa eso, señor. ¿Es bueno o malo?

—¿Alguien podría darme la definición de «impoluto»?

—Sin manchas.

—Gracias, Bostock.

La niebla no era densa y amarilla como la de Londres, sino blanca y diáfana. Desde su solitario puesto a la cola de la fila, Noel podía divisar al señor Waring encabezando solo la hilera. Cruzaron la calle del colegio y subieron en dirección a la catedral.

—Mi tía me ha dicho que está embarazada —comentó la niña delante de él a su compañera—. Dice que es un niño porque le está dando unas patadas muy fuertes.

Estallaron las dos en risas.

—Agrupaos por aquí —indicó el señor Waring.

Los graznidos llenaban el aire; Noel divisó las imprecisas manchas oscuras de una bandada de grajos que sobrevolaban el cielo.

—La tarea de hoy consistirá en recoger castañas de India.

—¿Es un concurso, señor?

—Son para contribuir a los gastos de la guerra. Conforme a las instrucciones recibidas del Ministerio de Suministro Militar, la cáscara ha de ser retirada antes de introducir el fruto en los sacos. Dedicaremos media hora a la tarea y, una vez de vuelta en el colegio, pesaremos los sacos y quien tenga el saco que más pese recibirá un premio.

—¿Qué premio, señor? ¿Un libro?

—Una chocolatina Mars.

Al instante, la fila se deshizo y se desperdigó por la explanada en una febril

actividad recolectora. Transcurrido aproximadamente un minuto, Noel se agachó y recogió un único fruto verde.

—¿No está usted interesado en el premio, Bostock? —preguntó el maestro desde detrás.

—No mucho, señor.

Noel partió la cáscara en dos y aparecieron dos lustrosas mitades de luna.

—Mi madrina me contó que también hicieron esto en la Gran Guerra. Decían que las necesitaban para fabricar cordita, pero al final no las usaron y las castañas acabaron pudriéndose en montones apilados en el exterior de las estaciones de tren.

Una de las gemelas Ferris pasó corriendo como un rayo y luego dio media vuelta y se detuvo un momento junto a ellos.

—¿Te la vas a quedar? —preguntó a Noel.

—Sí —contestó.

La gemela puso mala cara y se difuminó de nuevo en la niebla. De cerca llegó el alboroto de una trifulca.

—Imagino —continuó el señor Waring— que el requerimiento actual persigue el doble objetivo de levantar la moral y mejorar las reservas de municiones. —La riña invisible creció en volumen y el maestro alzó la voz—: Madeley, las castañas obtenidas por la fuerza serán descontadas. ¿Me ha oído?

—Sí, señor.

El maestro introdujo las manos hasta el fondo de sus bolsillos y volvió la mirada hacia la catedral. Una hilera de contrafuertes se sumergía en la blancura, los espacios entre ellos abriéndose cual cuevas marinas.

—¿Ha visitado usted la catedral, Bostock?

—No, señor, soy ateo.

—Y yo católico, pero eso no quita que visite un templo anglicano. «En la Casa de mi Padre hay muchas habitaciones». Venga a verla.

Entraron por el portón oeste. En el interior, alguien tocaba unas notas sueltas en el órgano y el penetrante olor a desinfectante se mezclaba con un imperceptible resto de incienso.

—Es en su mayor parte normanda —explicó el señor Waring.

Noel oía el roce de sus propias pisadas reverberando en la vastedad de la nave. Pensó en huesos de dinosaurios, en las elevadas bóvedas del Museo de Historia Natural de Londres, en los toques del bastón de Mattie contra el pasillo del enorme invernadero de palmeras de los Reales Jardines de Kew.

Había olvidado que unos muros pudiesen albergar tanto espacio.

—Creo que deberíamos ir en peregrinación al sepulcro, ¿no le parece? ¿Conoce la historia de los tres milagros del martirio de san Albano, santo que da nombre a esta población?

Noel negó con la cabeza. El camino de peregrinación fluía como un arroyo hacia el pasillo norte, su enlosado de piedra oscurecido y bruñido por miles de años de pisadas de zapatillas de tela, botas de cuero, suelas claveteadas o de goma.

—San Albano —comenzó a explicar el señor Waring con una voz que asumía el énfasis y el volumen requeridos ante una clase— era un ciudadano romano que habitó en la villa de Verulamium a finales del siglo III. Dio cobijo a un sacerdote itinerante que lo convirtió al cristianismo y, cuando los romanos llamaron a su puerta, Albano intercambió sus ropas con el sacerdote para que lo ejecutaran a él en lugar de al religioso. Primero de todo, fue conducido fuera de la ciudad y, al llegar ante un río, éste se secó para que pudiese vadearlo. Después se quejó de sed y un manantial brotó del suelo frente a él. Finalmente... —rodearon una pantalla de madera con motivos tallados—, cuando Albano fue decapitado frente a un gran gentío, al verdugo se le cayeron los ojos.

—¿Los ojos? —repitió Noel, asombrado—. ¿Por qué los ojos? ¿Por qué no el brazo con el que sostuvo el hacha? Eso hubiese sido lo más indicado.

El maestro frunció los labios sopesando la pregunta. Tenían el sepulcro justo delante, enhiesto y estrecho, un buque de piedra anclado en el mar de la fe.

—Quizás porque había sido testigo de una injusticia.

—O quizás —apuntó Noel— significase que lo último que vieron sus ojos se le quedaría grabado en la mente por siempre. Toda una eternidad contemplando un muñón despidiendo chorros de sangre, tan horripilante como magnífico.

—Claro que la idea de imponer castigo es un concepto del Antiguo Testamento —indicó el señor Waring, aún con el piloto automático de impartir clase—: «Ojo por ojo, diente por diente». El Nuevo Testamento adopta un enfoque diferente: «Yo castigaré. Yo daré la retribución, dice el Señor».

—¿Y si no se cree en Dios? —preguntó Noel con repentino apremio en la voz—. En ese caso, ¿quién se encarga de dar la retribución?

El señor Waring lo observó con curiosidad.

—¿Tiene usted una retribución particular en mente?

—Sí.

—¿Puede ahondar un poco más en el asunto?

Noel vaciló buscando las palabras adecuadas.

—Se ha producido una injusticia: alguien le ha arrebatado algo a alguien y la persona que se llevó las cosas debería ser castigado por ello, y la persona que las perdió debería recuperarlas, pero el único adulto que sabe lo que ha ocurrido no quiere hacer nada en absoluto para remediarlo.

—¿Por qué?

—Porque ella... Porque este otro adulto tiene miedo de meterse en problemas por otra cosa que hizo. Algo que, ni por asomo, es tan malo como la otra cosa.

—Un pecado venial en oposición a uno mortal.

—Exacto, siempre y cuando «venial» signifique «que ni por asomo es tan malo».

—«Perdonable» sería la definición. ¿Las víctimas de este otro tipo de mala acción han otorgado su perdón?

Noel calló por un momento.

—Las víctimas no saben que lo son —respondió.

—¿No lo saben?

—No.

—Pues en ese caso... —el maestro juntó las manos e hizo crujir los nudillos como botones de presión—, estamos ante lo que llamaríamos un dilema moral. ¿Acaso es un delito menos vil si las víctimas desconocen que éste se ha perpetrado?

—Sí —contestó Noel con rotunda certeza.

Ninguna de las personas que habían contribuido a la caja de donativos habían sido arrastradas a un psiquiátrico mientras gritaban que les habían robado.

—Así que ahora hay algo muy malo, un pecado mortal, que no va a ser rectificado cuando, en realidad, se debería rectificar. Se *debe* rectificar.

—Entiendo. —La expresión del señor Waring era de preocupación—. Si estuviese manteniendo esta conversación con alguno de sus compañeros de clase, asumiría que todo lo que me ha contado es fruto de una prolífica imaginación. Pero no es ése el caso, ¿estoy en lo cierto?

Noel asintió.

—Ya me lo parecía. Bostock, no es responsabilidad de un niño de diez años...

—¡Señor Waring!

Valerie Gibbs, una niña de rostro perfectamente esférico y aires de remilgada seguridad, apareció como una exhalación tras rodear la pantalla tallada.

—Se ha armado una buena pelea enfrente de la iglesia y los niños están tirando castañas, y a Audrey Ferris le han dado en todo el ojo y creo que se puede haber quedado ciega. Por eso he corrido dentro de la iglesia. Le aseguro que no lo hago normalmente, porque sé que está mal...

El maestro la siguió afuera; Noel, en cambio, no se movió. Junto a la tumba de san Albano se erguía un soporte de hierro con varios portavelas, aunque sólo uno de ellos albergaba una solitaria vela. Al lado del soporte, una nota informaba de la necesidad de ahorrar cera para emplearla en la industria cordelera: «Se ruega que únicamente enciendan la vela mientras rezan su plegaria y que, al concluir, la apaguen». Noel la encendió y contempló la ondeante llama azul. Evidentemente, no pronunció plegaria alguna, sino que formuló un voto. No había nadie cerca, por lo que habló en voz alta.

—Yo castigaré. Yo daré la retribución, dice Noel Bostock.

Rescató una moneda de tres peniques del bolsillo, la coló en el cepillo y dejó la vela encendida.

Cuando regresó al apartamento después de la mañana en el colegio, Vee aún no había regresado de casa de la señora Pilcher y Donald estaba sentado en la cocina comiéndose unas patatas hervidas frías y una cuña de jamón cocido mientras ojeaba el callejero de Londres de Noel. Junto a éste, había un bloc de correspondencia en blanco.

—Escríbeme una carta —ordenó Donald sin más preámbulo o signo de interrogación.

—¿Qué clase de carta?

—Con tu mejor letra. —Ayudándose de la punta del cuchillo, empujó el bloc hacia Noel—. Estimado señor Jackson...

—No tengo pluma.

—En el aparador.

Noel quitó el capuchón y retiró un pelo del plumín.

—¿Se trata de una carta de negocios?

—¿Por qué?

—Porque el estilo de las cartas de negocios es distinto al de las cartas personales, son más formales.

—Tú límitate a escribir. Estimado señor J.D.

—Primero debería poner la dirección del remitente, seguida de la del destinatario y luego la fecha.

Donald le lanzó una mirada inexpresiva.

—Estimado señor J.D.

Noel comenzó a escribir.

—Me encontraré con usted en la dirección que me ha proporcionado para hablar de las condiciones antes de realizar el trabajo al que se refería. Un cordial saludo, Donald Sedge.

—Eso más que una carta es una nota.

—¿Tienes amigos en el colegio?

—No.

—¿Y por qué no me sorprende? Ahora el sobre. Es mmm... —Donald consultó algo que tenía en el bolsillo, una página crujió—. Apartamento 4, Mansiones Pembroke, 195 Exhibition Road, Kensington, Londres.

—Exhibition Road es la calle del Museo de Historia Natural —dijo Noel.

—¿Ah, sí?

—La parada de metro es la de South Kensington.

—¿Sabes cómo llegar?

—Diría que sí, he ido cientos de veces.

Donald dudó. Miró de nuevo la página del callejero donde las calles se confundían en una maraña de hilos cortados a tijeretazos.

—¿Te apetece pasar un día fuera? —preguntó a Noel.

—¿Cuándo?

—El jueves por la mañana.

—Tengo colegio.

—Pues no vayas.

—De acuerdo.

Noel levantó el paño que cubría su plato: un montón de patatas hervidas frías colocadas junto a una mancha de grasa que dibujaba el perfil de una pequeña loncha de jamón. El muchacho miró a Donald con recelo.

—Echa esto al buzón luego, ¿de acuerdo? —dijo Donald, flemático, alisando con el pulgar el sello que había lamido y colocado—. Y la abuela

tiene otras pocas, ¿no es así, abuela?

No llegó respuesta alguna del sillón, únicamente se oyó un débil hilo de música escapándose de los auriculares, un parsimonioso violín, y el susurro de la estilográfica deslizándose por otra página más de otra carta más para el primo Harold.

—¿Por qué no la echas tú al buzón? —preguntó Noel envalentonado por el jamón ausente en su plato.

—Tengo que descansar después de las comidas. Prescripción médica.

Encendió un cigarrillo y abrió una copia del *Daily Express* por una plana entera dedicada a la moda.

MEDIDAS CIVILES

Para los que no visten de uniforme, la norma imperante es «menos es más». Con los cuellos más estrechos y sin levantar, se ahorra tejido y se gana en estilo.

Cuando le hubiesen pagado, y después de haberle comprado los regalos a Hilde, iría a un sastre para hacerse algo a medida. «Donald, tú sí que eres listo», pensó.

—¿Dónde están las mejores sastrerías de Londres?

Noel se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Savile Row?

—Savile Row. —Sílabas con sabor a lujo arrellanadas en la lengua—. Iremos allí después, aprovecharemos bien el día.

SEGUNDA PARTE

—No te vas a creer quién se ha muerto —anunció Vee al abrir alegremente la puerta de la calle—. Acababa de salir de casa de la señora Pilcher y estaba haciendo cola en la pescadería, y Ada Press, que iba delante de mí, estaba hablando con esa pelirroja de la oficina de correos y oí cómo le decía...

Se detuvo con la bufanda a medio quitar, la cesta rezumaba a lo que el pescadero afirmaba que era bacalao (pero, vamos, ni por asomo, a menos que el bacalao ahora se deletreara B-A-L-L-E-N-A). Faltaba algo: el gancho de la percha del que debería colgar el gabán azul marino de su madre estaba vacío.

—¿Mamá? —preguntó mientras buscaba ya por el apartamento vacío.

Donald había salido a alguna parte y Noel estaba en la escuela.

—¿Mamá?

El ropero del dormitorio que compartía con su madre estaba abierto, pero la única ropa colgada era la de Vee. Se quedó contemplándolo, boquiabierto, y luego se giró y miró el tocador donde una fina capa de talco perfilaba el contorno del cepillo ausente, del peine de marfil. Apoyado en el espejo había un sobre dirigido a Vee.

Lo agarró de un manotazo, pero no podía abrirlo, sentía los dedos enormes y rígidos como pinzas de colgar la ropa. Finalmente, abrió la solapa con los dientes y sacó una sola página.

Querida Vera:

Como siempre he dicho, nunca se sabe lo que te vas a encontrar a la vuelta de la esquina. No quería que esto te cogiese por sorpresa, Vera, pero luego pensé que es mejor decir la verdad y no andarse por las ramas. Chamberlain se llevó al menos un año yéndose por las ramas y mira adónde le ha llevado, si se hubiese dado prisa en ir tras Hitler, quizás nada de esto hubiera pasado, tal y como le indiqué en mi última carta. Siempre he pensado que es mi deber dar ayuda y consejo a los que lo necesitan, pero es algo que los demás no siempre aceptan o,

cuando lo hacen, no me reconocen el mérito. Por ejemplo, he leído que los refugios de hierro para colocar dentro de casa, como el que yo sugerí, van a hacer furor, pero es el laborista Herbet Morrison quien se va a llevar todo el mérito y, sin duda, las ganancias.

Harold dice que debería haber guardado una copia de la carta en la que explicaba la idea del refugio de hierro, pero ya es demasiado tarde. Bueno Vee, no voy a andarme por las ramas. Sabes que llevo muchos años carteándome con Harold, quien ha pasado por numerosas tribulaciones. Desde que su mujer murió, ha estado muy solo. Su hija está ya casada y en estado, y nunca lo visita por el simple hecho de que Harold se niega a hablar con su marido (escocés). En su soledad, mi amistad ha sido un gran consuelo para él, y el mes pasado me pidió la mano en matrimonio y yo acepté...

Vee se dejó caer pesadamente sobre la cama y los muelles emitieron un chirrido surrealista.

... y nos vamos a casar esta mañana en el ayuntamiento de Harpenden. Ni Harold ni yo queríamos darle a esto más importancia de la que tiene y el juez dijo que si yo movía la boca de forma que él pudiese leerme los labios y luego firmaba, sería todo legal.

Harold me ha dicho que me cuidará en la salud y en la enfermedad, porque, como sabes, Vera, desde aquel horrible día en que me dio el infarto cerebral, apenas puedo hacer nada en la casa y, para ser honesta contigo, he de decirte que Harold piensa que últimamente no he recibido los cuidados que necesito.

Sé que tienes muchas cosas que hacer, Vera, y me produce mucha tristeza no haber podido ayudarte como yo hubiera querido, pero en lugar de prepararme comida recién hecha, día sí y día también me has dejado los platos fríos mientras andabas yendo y viniendo del hospital con el evacuado. Cuando he necesitado una taza de té o que fueras a recogerme algo, no has estado aquí para ayudarme, y la semana pasada, cuando me quedé sin tinta, tuve que esperar tres días hasta que te acordaras de que tenías que comprármela, pero al final tuve que bajar yo misma las escaleras para ir a la librería y pedirle prestado un bote al señor Clare.

Harold dice que una vez casados no me va a faltar de nada y por supuesto espero que nos visites cuando tengas tiempo, Vera. Harold tiene una lavadora eléctrica.

*Con todo el afecto de tu madre,
Flora Brunton (obsérvese el apellido de casada).*

P.D.: ¿Sabías que Donald está saliendo con una alemana?

P.D.2: Me he llevado mi cartilla de racionamiento.

Vee se tendió en la cama de matrimonio y contempló el techo, donde el dibujo que formaban las grietas recordaba vagamente a una esvástica.

—Mi madre se ha fugado para casarse —dijo en voz alta.

Harold era alto y encorvado, un instalador comercial con artritis en las rodillas y la habilidad de estirar una anécdota de diez segundos hasta hacerla durar una hora. Su esposa, su *primera* esposa, solía alzar la vista al cielo cada vez que su marido empezaba a hablar. Las historias que contaba no tenían sustancia, ni clímax, ni indicativo que anticipara si el fin ya se acercaba o si aún había que seguir escuchando otros veinticinco minutos. Eran como zamparse toda una hogaza de pan solo, rebanada a rebanada, sin siquiera una pizca de mermelada para paliar el tedio. Y eso es lo que había escogido su madre. Tras veinte años de solícita servidumbre, a Vee la habían dejado plantada por una lavadora y un insulso.

Si bien por unos segundos pensó que iba a llorar, sus ojos parecían haber olvidado cómo se hacía.

Veinte años. Su madre se encontraba espumando la grasa de una olla de caldo cuando Vee le anunció que estaba embarazada. Conmociónada, dejó caer la cuchara, fue a coger un paño, resbaló con la grasa del suelo y cayó hacia adelante propinándose un cabezazo contra el tablero de la mesa que sonó a un cuchillo de carnicero cortando chuletas. Cuando al día siguiente abrió los ojos en el hospital rural, no podía pronunciar palabra. Desde entonces, Vee había respirado culpabilidad, la había bebido y la había llevado puesta como una segunda piel. Dios sabía que había intentado reparar el daño, había intentado colmarla de pequeños caprichos, nunca le había pedido ayuda ni la había molestado con sus propios problemas; la había tratado como a una figurilla de vidrio ahilado que podía hacerse añicos de no ser manipulada con el debido

esmero. Salvo que, por lo visto, durante todos estos años no había estado pasando de puntillas junto a una frágil figurilla, sino a una bomba del copón: un par de almuerzos fríos, una taza de té sin servir y ¡bum!...

Ve se cerró los ojos y se quedó traspuesta unos minutos, pero se despertó repentinamente, sobresaltada, y se obligó a levantarse, porque sólo las mujerzuelas y los inválidos dormían por el día. Alisó las arrugas del edredón y ahuecó las almohadas de su madre, cuyas fundas eran de satén amarillo del Nilo en lugar de algodón, ya que la textura de este último irritaba su delicada piel. Ve siguió ahuecando las almohadas un buen rato hasta que, de buenas a primeras, las lanzó al otro lado del dormitorio contra la fotografía enmarcada de su madre en la playa; el segundo lanzamiento dio de lleno en un ojo de buey.

—¡Mis disculpas si el servicio no ha estado a la altura! —gritó con voz ronca—. A ver si Harold te pone fundas de maldito satén; a ver si Harold trata de no darse la vuelta en la cama por si el ruido de los muelles te despierta; a ver si Harold va hasta a nueve tiendas para buscarte tinta. ¡Nueve!

En la calle, alguien tañía una campanilla. Ve se acercó a la ventana y vio a dos Boy Scouts, uno gordo y otro flaco, tirando de una carretilla llena de ropa vieja. Ve agarró impulsivamente las almohadas y la fotografía, y miró en derredor en busca de qué más podía llevarse.

Los Scouts casi habían llegado ya a High Street antes de que pudiera alcanzarlos.

—Una donación de cosas reutilizables —dijo entre jadeos cargando las almohadas, la tiza, las chanclas de goma, el paraguas y un paquete a medio terminar de caramelos Parma Violet.

Los chicos intercambiaron miradas.

—Hoy sólo estamos recogiendo ropa, señora —explicó el gordo.

—Tampoco os cuesta nada llevaros algo extra.

—Pero...

—Si no lo queréis, lo tiráis a la basura.

Arrojó la fotografía a la carretilla con tal fuerza que el cristal se rompió. Acto seguido, volvió al apartamento, cerró las cortinas, se quitó los zapatos y se cubrió con el edredón. En unos segundos ya se había quedado dormida.

Esta vez, al despertar, sintió que trataba de salir de un foso en el que se resbalaba continuamente y la arcilla se le pegaba a los párpados

cerrándoselos. Al final, fue el olor a pescado el que la devolvió a la luz de la tarde. Todo el apartamento olía a muelle de pueblo pesquero.

Sacó de la cesta el trozo grisáceo de pescado, maloliente y excesivamente caro, y lo echó en una olla con agua. Luego se apoyó en la mesa de la cocina e intentó aclararse las ideas.

—Mi madre se ha fugado para casarse —repitió sin que la frase hubiese ganado en cordura desde la primera vez que la pronunciara.

Tendría que contárselo a Donald, claro. Trató de pensar cómo respondería a la noticia, pero le resultaba imposible: su hijo estaba sellado como una nuez, era un acertijo encerrado en un misterio; de ahí que pasara a imaginar lo que diría Noel, que pronto llegaría a casa y se llevaría hasta la noche dale que dale con el asunto. «En sentido estricto —diría Noel—, fugarse para casarse implica marcharse para eludir el consentimiento parental, lo cual no es de aplicación en este caso, por lo que en realidad tendrías que emplear otro término...». Alzó la vista al reloj de la cocina y se sobresaltó: eran las seis y media, Noel tendría que haber regresado hacía ya horas. Si se tratase de cualquier otro niño, se podría pensar que se había quedado jugando con los amigos, pero Noel ni tenía amigos ni Vee lo había visto nunca haciendo algo tan infantil como *jugar*.

«Lo han castigado por haber corregido al maestro demasiadas veces», pensó.

Se hizo un té y escuchó la radio, pero no podía relajarse. Hacía años que no estaba sola en casa, por lo que no sabía qué hacer. La pronunciación del locutor, que marcaba a la perfección las palabras, le recordaba a Noel.

A las siete, se calzó un sombrero y salió a buscarlo.

—¿Bostock? —se sorprendió el señor Waring junto a la puerta de su lugar de residencia, con un libro en la mano y un dedo en el lugar de lectura—. No ha venido hoy a clase.

—¿Está seguro?

—Paso siempre lista, por lo que, en caso de haber asistido, le aseguro que me habría percatado de ello.

Su voz suave pero precisa formaba frases perfectas, un diez en gramática.

—Y si no ha ido a la escuela, ¿dónde está entonces?

—Señora...

—Sedge.

—Señora Sedge, ¿puedo preguntarle cuál es su vinculación con mi alumno?

No sólo sonaba a maestro, sino que también lo parecía, con sus pantalones de franela arrugados y su chaqueta de *tweed*, y su forma de mirarla por encima del hombro pese a que los dos tuvieran la misma estatura. La pipa le había teñido el borde del bigote de sepia.

—Es mi evacuado —aclaró Vee.

—¿Y lo vio usted misma salir para la escuela?

—No, me fui temprano al trabajo.

—Bueno, puede que decidiera... —El señor Waring calló, miró el número de la página y apartó el dedo del libro—. Iba a decir «hacer novillos», pero supongo que convendrá conmigo en que no parece algo demasiado probable en este caso.

—No.

—¿Habrá ido a la biblioteca?

—Cierran a las seis.

Vee se dio cuenta de que no paraba de toquetear el botón grande de marfil que cerraba el cuello de su abrigo, como si se tratase de una medalla de san Cristóbal.

—El problema es que no sé dónde buscarlo —confesó—, no se me ocurre ningún otro sitio, a menos que se haya hecho amigo de algún niño y yo no sepa nada. ¿Se ha hecho amigo de alguien?

—No.

—No, ya lo suponía. —Miró a derecha e izquierda de la calle iluminada por el atardecer, mordiéndose el labio—. No se me ocurre ningún otro sitio —repitió.

—Estoy convencido de que no le ha ocurrido nada malo. Después de todo, estamos en zona segura.

Vee tardó unos segundos en procesar el tono bromista de la voz: los maestros y sus chistes sin gracia, ineludiblemente unidos, como la humedad y la bronquitis.

—Lo intentaré en casa de nuevo —dijo dándose la vuelta—, a lo mejor ya ha vuelto.

Sólo había recorrido unos metros cuando el maestro la llamó.

—Acabo de recordar algo. La semana pasada mantuve una conversación algo extraña con el chico. Estaba obsesionado con la idea de venganza.

—¿Venganza? ¿Por qué?

—Un robo sin especificar. Le preocupaba que nadie estuviese procurando que se le hiciera justicia a la víctima. Dio a entender que el otro testigo implicado también estaba involucrado en actividades delictivas.

Vee se estremeció como si le hubiesen propinado un latigazo.

—Se inventa historias —dijo mecánicamente—, lee demasiadas novelas.

—¿Piensa usted entonces que se trata de una mera fantasía infantil?

—Sí.

Vee, que de nuevo retorció el botón del abrigo, acabó rompiendo el hilo y se encontró con él en la mano. Lo miró como una tonta.

—Es un niño poco común —comentó el maestro—. ¿Sabe mucho de su familia?

—No tiene familia.

—Por lo que usted está actuando verdaderamente *in loco parentis*.

«Otro con el latín», pensó Vee quien, suponiendo el significado, asintió.

—En tal caso, su evidente preocupación la honra.

—«Arroja tu pan sobre la superficie del agua» —dijo Vee—. Noel ha sido una gran ayuda.

El señor Waring le dedicó una amable e inesperada sonrisa y la miró como quien acaba de reconocer a un viejo amigo.

—«Den, y se les dará. Les volcarán sobre el regazo una buena medida, apretada, sacudida y desbordante».

—Lucas, 6 —completó Vee—. Será mejor que me marche, está oscureciendo.

—Si está usted preocupada, quizás sería buena idea que se pasara por la comisaría de Policía.

Vee cruzó la mirada con la del maestro. Era demasiado inteligente y le preocupaba que acabara sacándole la verdad como quien extrae una astilla, por lo que aligeró el paso asintiendo a medida que se alejaba.

Había sido un error traer la maleta. Estaba medio vacía y la amonita no paraba de rodar de un lado a otro en el interior, lo que provocaba que el asa se le deslizara en la mano a cada paso que daba. Era como pasear a un perro mal amaestrado.

Desde que salieran camino a la estación, Noel había estado esperando que Donald le preguntara por qué había decidido llevar tamaño equipaje para pasar el día en Londres. Hasta tenía preparada una respuesta: «Voy a buscar metralla para venderla en la escuela». Pero ya casi habían llegado a su destino y la pregunta no había sido formulada.

—Son esas casas de ahí —informó Noel con un gesto en dirección al norte de Exhibition Road—. ¿Puedo irme ya?

—¿Mmmm?

Donald, que en ese momento se encontraba almorzando mentalmente con Hilde (consumé de primero, salmón de segundo; Hilde con una estola blanca de pieles, «Oh, Donald, soy tan felís»), bajó la vista hacia Noel con la expresión de quien acaba de descubrir una pelusa en la pernera del pantalón.

—¿Puedo irme ya?

—¿Irte adónde?

—A buscar metralla por ahí para venderla en el colegio, por eso me he traído la maleta.

—No, no te muevas de aquí, no tardo ni un momento en salir. Luego tendré que ir a otro sitio, una especie de centro de reclutamiento, y tendrás que decirme cómo llegar.

—¿Por qué?

Pero Donald ya estaba cruzando la avenida, estirándose la chaqueta mientras caminaba, alisándose el pelo, sacando una carta del bolsillo a la altura del pecho. Se había pasado la mitad del viaje suspirando y examinando su propio perfil en la ventanilla del tren, y la otra mitad limpiándose la suciedad bajo las uñas con una cerilla. «¿Qué vino se bebe con el salmón?», le

preguntó apenas salieron de Saint Albans cuando pasaban por Watford. Noel contestó de inmediato usando una de las respuestas de Mattie: «Un buen vino. Cualquier otra pretensión sería mera presuntuosidad». Y, por primera vez desde que falleciera Mattie, pensar en ella le resultó grato, un placer sencillo, como si le acariciaran la nuca, en lugar de un dolor que le calaba los huesos.

Soltó la maleta. Había planeado visitar rápidamente el Museo de Historia Natural (sólo para ver el diplodocus) y luego escabullirse entre la habitual multitud y abandonar a Donald *el Gordo*. Sin embargo, la avenida, de costumbre congestionada con autobuses turísticos descapotables y taxis, estaba desierta, y los museos cerrados y protegidos por sacos de arena. La fachada de piedra del Victoria & Albert parecía haber recibido el ataque de un gigante tiroteando guisantes.

Mientras Donald subía los escalones del número 40 y tiraba del llamador de campana, Noel se sentó con cuidado en un extremo de la maleta y empezó a calcular cuántas palabras podría formar con las letras de «diplodocus»:

«Dipolo»

«Disco»

«Díscolo»

«Lodo»

La puerta la abrió un quincuagenario de piel amarillenta y mirada húmeda que escrutaba a través de unos párpados a los que les costaba separarse.

—¿Sí?

Llevaba puesta una chaqueta de *tweed* raída en los codos y un fular granate de cachemira con manchas aceitosas. Tras él se veía una bicicleta con cesta aparcada en el pasillo, de donde llegaba un frío olor a humedad.

Donald volvió a ojear el número sobre la puerta para comprobar que había llamado a la casa acertada.

—Soy Sedge, creo que me están esperando.

—Sí, sí. Cierre la puerta.

El desconocido aún no había terminado su frase cuando un pequeño perro salchicha salió patinando de una habitación lateral y se abalanzó ladrando a los tobillos de Donald.

—Rexy, no —ordenó el hombre agachándose para cogerlo en brazos—. Chico malo.

—Estoy citado con un tal señor J.D.

—En el salón —dijo el hombre dándole la espalda y avanzando por el pasillo mientras el perro, en el hombro de éste, fijaba su mirada vengativa en Donald—. Síganos.

Donald echó otro vistazo a la carta que llevaba en la mano; la voz del hombre cuadraba con el papel caro, pero si alguna vez hubo dinero en aquella casa, hacía tiempo que se había esfumado. Donald vaciló, intentando calcular la tarifa mínima que aceptaría y pensó que ochenta sería lo adecuado. Si le ofrecían menos de eso, se marcharía: no podía rebajar su caché.

Los ladridos se reanudaron y Donald los siguió hasta la habitación.

Tardó unos segundos en procesar la escena que tenía ante sí: el hombre que le había abierto la puerta se había sentado en un sillón orejero, estaba encorvado, con las rodillas remilgadamente juntas y el dachshund acomodado en el regazo; un segundo hombre, de tez pálida y tersa, llevaba un sombrero pardo y estaba de pie junto a la ventana, como un guarda, mientras que el perfil de un tercero se recortaba sobre el contraluz de la ventana.

—¿Es éste? —preguntó el del sombrero.

Donald sintió cómo el miedo lo atravesaba, como si le hubiesen clavado una horca en el corazón: eran maderos, *maderos*. Se volvió rápidamente y corrió hacia la entrada con el ruido de pasos pisándole los talones. Abalanzó una mano sobre el pestillo, tiró de él, respiró una fugaz bocanada del aire exterior, atisbó fugazmente una pequeña silueta de pie en la acera y, entonces, lo empujaron violentamente hacia adelante, de forma que asestó un cabezazo contra la puerta cerrándola de golpe.

Lo habían agarrado del brazo derecho y se lo habían doblado a la espalda retorciéndole los músculos del hombro como quien escurre una sábana.

—No grites —le advirtió una voz al oído—, porque si crees que esto es dolor, no sabes lo que te espera aún.

Todo a su alrededor perdió su enfoque y claridad, trató de atrapar sus pensamientos, pero se le escapaban cual pececillos escurriéndosele entre los dedos. Tan sólo pudo alcanzar uno, lo agarró y no lo dejó marchar.

—No soy quien creen que soy.

El hombro se aplastó contra su propia articulación y Donald fue obligado a dar media vuelta y dirigirse de nuevo al salón.

El perro seguía ladrando.

—¿Puedo sacar a Rexy ya al jardín? —preguntó Fular de Cachemira—. El pobrecillo se lo va a hacer encima.

El gañido desapareció por la puerta y se alejó bajando unas escaleras.

—Se van a arrepentir de esto —dijo Donald—. No soy a quien buscan.

—¿Ah, no? —preguntó la silueta de la ventana. Su voz venía acompañada de un extraño sorbo, el aire se derramaba entre las palabras.

—Iba a visitar a un amigo y me equivoqué de dirección.

—¿Ah, sí?

—Me llamo De Hannay, trabajo para el gobierno.

—Y una mierda, yo te *conozco*.

La silueta dio un paso al frente y emergió de la luz deslumbradora de la ventana.

—¡Dios mío! —exclamó Donald.

No se trataba de un policía, sino de Fielding, el corredor de apuestas de Leicester. Sin embargo, era un Fielding cambiado y desfigurado: los rasgos angulosos, arromados; la punta de la nariz, una hendidura corrugada; el labio superior, arremangado y zurcido; la dentadura superior reemplazada por un blando vacío.

—Tú me has hecho esto —le acusó Fielding.

—Yo no he hecho nada.

—Dos semanas llevaba de entrenamiento básico cuando un puto gallina intenta volarse los putos dedos, apunta mal y me acierta en toda la puta cara. Pero has sido tú, *tú*, hijo de puta. Tú pasaste el puto examen médico y mira lo que me has hecho.

—Me llamo De Hannay y busco al señor J.D.

—No hay ningún J.D., escoria. El maricón que vive aquí nos debe la mitad de su casa en apuestas. Escribió la carta que le dije que escribiera y no va a soltar prenda cuando empecemos contigo. Se ocupará de sus propios asuntos, se hará el puto sordo, el puto ciego, y luego cavará el agujero de los cojones.

Volvieron a retorcerle el brazo y el dolor no se redujo ya al hombro, sino que se extendió por todo el cuerpo envolviéndolo como a una bobina de hierro.

—Trabajo para el gobierno —aseguró Donald.

Su voz sonaba a la de otra persona, estrangulada pero firme.

—Cierra el pico.

—Voy de incógnito, no estoy solo y vendrán a buscarme si no salgo en cinco min...

Sonó el timbre de la puerta.

—Te lo he dicho, no he venido solo.

A través de la roja bruma líquida pudo distinguir la duda en los ojos de Fielding y sintió que las manos que le atenazaban el brazo se aflojaban casi imperceptiblemente.

—Se está quedando con nosotros. —Bordeó la ventana y miró por el filo de la cortina—. Es un crío —dijo con indignación.

El timbre volvió a sonar, seguido de un tamborileo del llamador.

—Ve y dile que se vaya a la mierda —ordenó Fielding al otro hombre mientras se metía la mano en el bolsillo y sacaba un objeto recortado y romo que, tras un clic, se alargó y se afiló—. Y deja aquí al gordo de Roscoe Arbuckle.

Donald se bamboleó cuando lo soltaron, el brazo colgándole como un saco con peso.

—El chico es sólo un señuelo.

—¿Qué? —preguntó Fielding.

—Los agentes no van llamando a las puertas, estarán esperando en la...

—¡Que cierres el pico!, ¿me oyes?

Pero en la voz de Fielding se percibía un sutil atisbo de dubitación. Cuando Fielding se acercó de nuevo furtivamente a la ventana, Donald, sin plan preconcebido ni rumbo cierto, sin nada en mente salvo la imagen de Robert Donat en *Los 39 escalones* saltando de un tren y el recuerdo de los pies de Hilde acurrucados en sus zapatos Oxford del 35, se giró y salió dando un traspié de la habitación, chocando contra Fular de Cachemira al rodear una esquina. Un pequeño bulto cayó, rebotó y ladró, pero Donald siguió corriendo, tambaleándose. Frente a él descendían unas escaleras y detrás se elevaba una confusión de sonidos: un grito y palabras malsonantes, el golpe sordo de un cuerpo sobre el suelo de madera al tropezar Fielding y caerse, seguido de un grito desgarrador y un histérico canto tirolés del perro.

—¡Me han *apuñalado!* —chilló Fular de Cachemira—. ¡Oh, Dios mío!

Pero Donald ya había bajado los escalones, atravesado una trascocina húmeda y azul, y cruzado una puerta que daba a unos zarzales que se le agarraban a las perneras del pantalón, con lo que tuvo que levantar los pies como si estuviese vadeando olas. Cruzó la verja al final del jardín y se encontró en un callejón empedrado con una hilera de garajes en la acera de enfrente y la certeza de que una navaja iba tras él a medio jardín de distancia. Únicamente había un garaje abierto, sólo uno. Pasando como una exhalación,

Donald empujó a un hombre canoso que se quedó sin reaccionar, trapo en mano, y entró por la puerta abierta de un coche negro apoyado en ladrillos cuya carrocería brillaba como la puntera de un recluta. Se tendió en el asiento con la cara contra el cuero y un estruendoso vacío en la mente.

Hubo un breve silencio, una pisada nítida, y el garaje se cerró de un portazo; un pestillo se corrió hasta encontrar acomodo. En la oscuridad, alguien se aclaró la garganta.

Noel acababa de soltar el llamador cuando un hombre con sombrero pardo y la cara pálida y grave abrió la puerta.

—¿Qué quieres, hijo?

—Estoy recogiendo libros para los soldados de servicio en el extranjero — dijo Noel con la suposición de que cualquiera que viviera tan cerca de los museos otorgaría gran importancia a la educación pública.

—¡Pedazo de cabrón! —gritó alguien desde el interior de la casa.

Retumbaron pasos a la carrera.

Sin mediar palabra, el hombre pálido cerró la puerta de golpe, pero no antes de que Noel hubiese podido captar brevemente una especie de pelea en el pasillo: un brazo dibujando un arco de sangre por la pared y un gruñido penetrante como el gemido de una sierra mecánica.

Se puso en cuclillas y escudriñó a través de la rendija del buzón en busca de Donald. Vio al hombre del sombrero saltar sobre unos cuerpos tropezados los unos sobre los otros y correr a la parte trasera de la casa; luego, una silueta oscura apareció ante su vista, a escasos centímetros de la cara de Noel: unos dientes gruñendo queriendo alcanzar sus dedos.

Dejó caer la lengüeta del buzón y se alejó a toda prisa. Agarraba el asa de la maleta con mano sudorosa y sentía la boca tan acartonada como si hubiera estado mascando papel secante. Recordó un rompecabezas de madera que Mattie le había regalado en sus primeras Navidades en casa: representaba una calle con casas donde las fachadas se podían levantar para descubrir a los cocineros en las cocinas, a los bebés en sus cuartos, a una señora cepillándose el pelo, a un señor leyendo el periódico... El puzle revelaba un silencioso mundo de actividad en calma, cuando la realidad era que, al levantar una lengüeta, nunca sabías a quién encontrarías golpeando a quién, quién estaría llorando en un rincón o quién armándose de valor para saltar por una ventana. En las calles había bombas, pero el panorama dentro de las casas era mucho

peor.

—No me importa lo más mínimo quién sea o lo que le ocurra —dijo la voz en la oscuridad del garaje—, pero no quiero que Violetta sufra ni un rasguño.

Desde la callejuela les llegó la reverberación de unos ruidosos pasos, de unos gritos ininteligibles y de unos golpes violentos arreados sucesivamente contra las puertas de los garajes.

—¡Sedge! ¡Sedge! Sé que te has metido en uno de éstos.

El sonido hueco de las patadas arremetiendo contra la madera se fue acercando hasta que, sin previo aviso, cayó atronadoramente sobre ellos y luego, ante la resistencia del pestillo, pasó de largo.

Bajo el olor a lavanda de la crema para pulir cuero, rezumaba el hedor a sudor del propio Donald. Sentía que el miedo lo había pelado como una fruta, que sólo le quedaba el hueso, que era un manojito suelto de nervios esparcido sobre el asiento.

—Es un Bugatti Type 44, ¿sabe? El turismo más bello fabricado hasta la fecha.

A unos metros, la puerta de un garaje se abrió de un golpe, cayó algo metálico y los gritos se sofocaron brevemente.

—Se lo compré a un italiano que lo había estado usando para llevar a los perros de su madre desde el apartamento de ésta hasta Hyde Park. Solía verlo a diario conduciendo por Cromwell Road camino del parque y era como admirar... una hermosa caligrafía. No creería las líneas que exhibía esta maravilla, sus curvas. Se desliza como un lazo ondeando en el viento.

—¡SEEDGE!

—Supongo que debería haberme llevado esta hermosura a algún otro lugar fuera de Londres, pero quería tenerla donde pudiese verla todos los días. He reforzado el tejado del garaje, aunque no creo que sirva de mucho ante una bomba de quinientos kilos...

Se oyeron más patadas y, a continuación, un rugido frustrado de rabia, una sucesión de golpes estrepitosos (adoquines, quizás, lanzados con furia aleatoria), cristal roto, una piedra vibrando en su recorrido por un tejado corrugado.

—¡No te creas que estás a salvo! —gritó Fielding entre sorbos con voz pulposa—. No te creas que vas a estar a salvo, porque no lo estás, eres HOMBRE MUERTO, Sedge.

Un último pedrusco salió voleado arañando la calle; una verja chirrió y se cerró de un portazo.

Durante un rato largo imperó el silencio, interrumpido finalmente por la suave fricción de una gamuza sobre una superficie pintada.

—Debería saber que debe su nombre a una Violetta de carne y hueso, alguien a quien dejé atrás dando por sentado que estaría esperando mi regreso. Algo estúpido por mi parte, claro.

El cuerpo de Donald había recobrado algo de su solidez, por lo que intentó incorporarse con esfuerzo. Se sentó en la oscuridad, balanceándose, sin apenas creer que aún seguía vivo.

—Violetta —repitió el hombre con ternura.

Y Donald reconoció la urgencia, la necesidad apremiante de oír un nombre, de sentir su dulce forma en la boca.

—Hilde —pronunció—. Hilde.

Noel había escrito sus planes a lápiz, sin apretar demasiado, en la página de guarda al final de *El misterio del sombrero de copa*. Los releyó en el metro que tomó en Kensington y se mostró satisfecho con su ritmo y su lógica, con su ordenada progresión marcada por los *imperativos*:

Día 1

Ir a la biblioteca de Kentish Town.

I) Devolver El misterio del sombrero de copa (después de haber memorizado y borrado los planes).

II) Hacer una búsqueda y redactar una lista de los psiquiátricos del norte de Londres.

III) Buscar una cabina de teléfonos, llamar a los psiquiátricos y localizar a la señora Gifford.

IV) Recuperar las pertenencias de la señora Gifford al amparo de la oscuridad.

Ir a casa.

Día 2

I) Entregar una carta anónima en la comisaría de Kentish Town en la que se denuncie a Ray McIver.

II) Devolver sus pertenencias a la señora Gifford.

Volver a Saint Albans.

El andén de la estación de Kentish Town apestaba a una mezcla de orina y sudor que los ocupantes de los refugios habían dejado a su paso durante la noche. Las literas estaban ya recogidas y colocadas en fila contra la pared. Cuando Noel se dirigía a la salida, pasó junto a un vigilante que intentaba despertar a alguien que aún dormía, pero el ronquido líquido del individuo continuaba gorgoteando indiferente a las sacudidas y los gritos.

En la superficie ya se había formado una cola para coger sitio aquella noche. La fila estaba compuesta por familias demacradas y harapientas con mantas y bebés envueltos, con paquetes de comida y abuelas tosiendo.

—Se suponía que le ibas a dar la mitad de las papas a Eileen —se quejaba una mujer elevando la voz sobre un llanto—. Ahora, como no vengan las señoras después con galletas, se va a quedar sin jalar.

—¡Frankie! —chillaba otra persona—. ¿Dónde está Frankie? ¿Alguien ha visto a Frankie?

Nadie reparó en Noel mientras éste rodeaba con su maleta a un corrillo de niños pequeños y salía a la calle principal, la soleada High Street. La temperatura era suave para octubre, el cielo estaba despejado y ya se apreciaba una pálida rodaja de luna.

Casi había llegado a la biblioteca cuando sintió la mano cerrarse sobre su hombro.

Los golpecitos del llamador sonaron bien entrada la medianoche. Vee, que había estado sentada a mitad de las escaleras completamente vestida y aguzando los oídos en la oscuridad, se levantó como un resorte para abrir la puerta. Donald entró a empujones cual buey forzando una valla, empujando a su madre a un lado, respirando rápidamente y con dificultad.

—¿Se puede saber qué pasa?

Pero él ya iba subiendo los escalones de dos en dos. Vee se quedó un momento sin saber qué hacer. Luego salió y miró a un lado y otro de la calle desierta. Nada se movía bajo la luz de la luna, el único sonido que se escuchaba era el leve chirrido del gramófono del señor Clare filtrándose por las contraventanas de la librería.

Su hijo estaba en la cocina, sentado en cuclillas a oscuras con la cabeza entre las manos.

—¿Qué pasa, Donny? —preguntó de nuevo encendiendo la luz—. ¿No estás enfermo, verdad?

—¡Apaga!

—¿Por qué?

—¡Que APAGUES!

Nunca antes le había levantado la voz. La mano de Vee temblaba al alargarla para alcanzar el interruptor.

—No pueden saber que estoy aquí.

—¿Quiénes no pueden saberlo?

—Estoy en peligro.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes que llevarle una carta a alguien.

—¿A quién? ¿Por qué?

Donald se había puesto ya en pie y hurgaba en el cajón de la alacena.

—¿Dónde está el papel de carta de la abuela?

—La abuela... —Sintió la necesidad de tragar antes de poder hablar, parecía tener todos los problemas del día atorados en la garganta—. Puede que se los haya llevado. No está aquí, Donny, se ha ido, nos ha abandonado para casarse con el primo Harold. Se marchó a la francesa mientras yo estaba de compras. Debe de haberlo estado planeando durante... durante...

Se le apagó la voz. Su hijo no la escuchaba, había cogido una linterna y lo que quedaba de un lápiz y escribía concentradamente en el reverso de una factura. Su cara a medio iluminar sólo reflejaba palidez y sombras, como la careta de un enmascarado.

—¿Te busca la policía, Donny?

Vee pensó que estaría haciendo estraperlo, vendiendo jamones y *whisky*, usando de nuevo sus dotes de comerciante.

—La policía no, algo peor. Tengo que marcharme.

—¿Marcharte? ¿Cómo que marcharte?

Donald no respondió, sólo siguió con su nota y Vee se sorprendió pensando lo bonita que tenía la letra, tan elegante como la de cualquier profesor.

—¿Y adónde vas a ir?

—Puede que a Irlanda.

—¿Irlanda? ¡¡Irlanda?!

Tanteó alrededor en busca de una silla y dejó caer todo su peso sobre ella.

Su vida parecía estar descosiéndose adrede, las costuras se separaban, todo se desmoronaba en el suelo sin forma definida.

—¿Qué vas a hacer allí tú solo?

—No estaré solo. —Dobló la nota y la introdujo en un sobre usado, tachó la dirección y sustituyó lo escrito por una única palabra—. Entra a trabajar en el turno de las seis, así que tienes que llegar antes de que salga de Las Fucsias. El autobús de la fábrica las recoge media hora antes.

Donald le alargó el sobre y, transcurridos un par de segundos, Vee lo agarró y se quedó mirando el nombre.

—¿Hilda?

—Hilde.

—¿Es la alemana? Mamá escribió que estabas...

—No es alemana, es austríaca. Es la residencia que está al final de la zona verde a las afueras, en Brickett Wood Common, y se la tienes que entregar en mano, no a otra persona, sólo a ella.

—¿Cómo sabré quién es?

—Es más pequeña que tú, refinada, de pelo oscuro, lleva un gorro de punto. Y no le digas que eres mi madre.

—¿Por qué no?

Donald se reclinó en la silla, la cual crujió a modo de protesta.

—Tú no se lo digas y punto. ¿Me puedes dar algo de comer? No he probado bocado desde el almuerzo.

—¿Pero y si me pregunta quién soy?

—Dile que soy tu inquilino.

La linterna que estaba sobre la mesa parpadeó dos veces y se apagó. Se hizo un breve silencio y Vee se oyó decir:

—Los inquilinos pagan la renta.

El sonido ahogado de asombro que siguió también era suyo. Se tapó la boca con las manos y el pensamiento osciló hacia su otro inquilino.

—¿Dónde está Noel? —preguntó a través de los dedos—. ¿Lo has visto?

Como su hijo no respondía, cruzó a tientas la habitación y encendió la luz con decisión.

—Las cortinas están echadas, no traspasa ni una pizca —replicó ante las protestas de Donald—. Te he preguntado si has visto a Noel.

Su hijo frunció vagamente el ceño.

—¿No ha vuelto?

—¿Volver de dónde?

—Kensington.

—¿Kensington?!

—Tenía una cita esta mañana y él sabía cómo llegar al sitio.

—¿Te lo has llevado a Londres?

Donald asintió.

—¿Te lo has llevado a Londres y no lo has traído de vuelta?

—Te he dicho que estoy en un buen lío, voy a la fuga. Él sabe cómo moverse por allí, por eso me lo llevé.

—¿Y dónde está entonces?

—¿Y cómo voy a saberlo?

—Porque *deberías* saberlo, *deberías* saberlo. Porque tiene diez años, *sólo diez*, porque está solo, porque podría estar en cualquier parte y los bombarderos llevan toda la noche sobrevolando la ciudad, habré contado unos treinta, y tú te quedas ahí sentado diciéndome que «cómo voy a saberlo», como si, para empezar, no fuese tu culpa que el chico estuviese allí cuando has sido tú quien lo llevó y ahora ni siquiera...

Se quedó sin aliento, su voz se había reducido a un chillido casi inaudible y su hijo seguía en silencio, sólo giraba y giraba la carta con su habitual expresión impávida.

Ve se puso en pie y lo miró, miró a aquel hombre corpulento sentado en su cocina que nunca había aprendido (nunca le habían enseñado) a tener sentido de la responsabilidad. Le invadió una lenta desesperación, que casi rozaba la náusea, y cayó en la cuenta de que las calamidades de aquel día, todas y cada una de ellas, la habían estado aguardando, que no eran obra de los crueles designios del destino, sino una serie de trampas que ella misma había ido colocando por el camino. Jamás le había pedido nada a su madre, ni a su hijo, ni tampoco había esperado nada de ellos, de ahí que ahora se fueran sin darle nada, ni siquiera las gracias. Estaba hundida en el barro, sola.

—Tengo que ir a buscarlo —anunció con total naturalidad—. Entregaré tu carta, ya que tanto significa para ti, y luego iré a buscar a Noel y lo traeré de vuelta. ¿Necesitas ayuda para hacer la maleta?

Donald levantó la cabeza.

—¿Una bolsa de viaje?

—Debajo de mi cama, la cremallera está rota.

—¿Camisas?

—En tu cómoda tienes seis, todas almidonadas y planchadas. —Salió de la habitación a por el abrigo, pero sus labios seguían en acción—: Espero que tu Hilda sepa planchar, espero que tu Hilda sepa cocinar y coser y lavar y llevarse medio día haciendo cola y luego recorrerse todas las tiendas de Saint Albans en busca de unas malditas cuchillas mientras tenga otras mil cosas que hacer...

—Llevaba una maleta.

—¿Cómo?

—Noel, llevaba una maleta.

—¡Oh! —Vee volvió a la cocina—. Así que pensaba quedarse.

«La casa de Hampstead Heath —pensó adelantándose—, ahí es adonde habrá ido. Encontrará algún sitio por donde entrar a hurtadillas». En ese preciso instante supo que le sería imposible recordar cómo volver allí. Aquel lugar estaba tan oculto como una miga de pan en una alfombra y no tenía ni idea de la dirección. Se quedó pensando. De repente, se dirigió en un vuelo a la alacena y cogió una postal que justo habían enviado el tío y la tía de Noel la semana anterior. En sólo cinco minutos estuvo lista: llevaba tres billetes de su reserva secreta cuidadosamente doblados en el monedero, una linterna y una pila de repuesto en el bolsillo, y se había puesto su sombrero de felpa azul y sus zapatos más fuertes dado que iba a tener que recorrer todo el camino andando hasta Brickett Wood de las narices y luego regresar.

—Dame eso —dijo quitándole el sobre de las manos a Donald de un tirón y echándolo en el interior del bolso.

Se giró para marcharse, pero, de repente, dio media vuelta de nuevo, como una verja a la que no han echado el cerrojo.

—¿Para cuando vuelva ya te habrás ido?

—Supongo que sí.

Tenía la cabeza agachada y se limpiaba una uña con la ayuda de una cerilla. Vee observó su nuca, que no había cambiado un ápice en diecinueve años, ni un ápice. La piel de esa parte aún era lechosa y delicada, recorrida por una línea de suave pelusilla de bebé. Aún podía recordar a la perfección su tacto, el mágico cosquilleo que producía en sus dedos, el peso de su cálida cabecita acurrucada en su mano. Respiró hondo.

—Ten cuidado, por...

—Deberías darte prisa —interrumpió Donald—, y no olvides dársela en mano a ella y a nadie más.

Vee bajó la escalera a zapatazos como un niño de cuatro años y recorrió la mayor parte de las veredas jaspeadas de azul de luna propulsada por una ira desenfrenada. No fue hasta que se reincorporó a un camino de grava con casas a ambos lados, que se dio cuenta de que había estado hablando todo el tiempo en voz alta consigo misma, con toda seguridad a voz en grito, a juzgar por la considerable tensión que sentía en la garganta. El cuerpo le vibraba como un motor.

Desconocía cuál de aquellas casas era la residencia Las Fucsias, si bien no tardó mucho en divisar un autobús descapotable aparcado en el exterior de una

de ellas. El conductor dormitaba en el asiento. Sólo unos minutos más tarde la puerta de la residencia se abrió y un desfile de chicas comenzó a fluir por el sendero que conducía a la verja, bostezando, empujando el cabello dentro de turbantes o tosiendo con el primer cigarrillo del día. En la oscuridad no se distinguían los rasgos de sus caras abuhadas, sólo quejas confusas y somnolientas.

—... no de los carros, de esos barratos, de los carros no...

—... los pies me están matando...

—... catorce chelines y seis peniques costaban, así que le dije a aquella mujer que...

—... ¡es parra morrirse de risa!

Las últimas palabras fueron pronunciadas en un chillido ascendente marcado por un fuerte acento. Vee desvió velozmente la mirada hacia la chica, pero comprobó que era demasiado alta y rubia para ser la de Donald.

—No tuvo ninguna gracia —murmuró otra voz, también extranjera.

—El chico erra muy muy grasioso, perro tú no tienes sentido del humor. Se hiso el cojo, como si le faltarra una pierna, y entonses bailamos el Paul Jones, uniéndonos al corro y cambiando de parrejas cuando los músicos lo desían, perro ¡en dirrección contrarria a las demás parrejas!

La fila entera pareció encogerse ante el volumen alcanzado por las últimas palabras.

—Birgit, sólo he podido dormir tres horas, así que, si no cierras esa boca, te la voy a cerrar yo —gritó alguien desde el final.

La rubia rio despreocupadamente.

—Perro con los tiempos que corren, mejor estar alegres que tristes, ¿no?

—Lo que sería mejor es que cerraras el pico y...

—Tengo una carta para Hilde —interrumpió Vee antes de que alguien (probablemente ella misma) le propinara un merecido guantazo a la rubia.

Se oyó un grito ahogado de sorpresa, un repentino movimiento alteró la fila y una figura menuda dio unos pasos adelante con la mano extendida.

—Mi carta —ordenó en tono perentorio.

—Bueno, bueno —dijo Vee perdiendo la calma—. Primero tengo que asegurarme de que se la entrego a quien se la tengo que entregar. ¿Eres Hilde...? —Acababa de caer en la cuenta de que no sabía el apellido—. ¿Hilde, de Austria?

—Sí, sí, démela ya, por favor.

La chica, aún con la mano extendida, meneaba ahora los dedos con impaciencia. Era una cosilla insulsa, una boca pequeña en una cara pequeña, con el pelo recogido bajo un feo gorro de punto.

Con algo de reticencia, Vee sacó la carta del bolso; la chica se la quitó de un tirón y la alumbró con una linterna. Durante una fracción de segundo no dijo nada, pero luego, claramente decepcionada, exclamó:

—¡Esto no es una *carta*!

—Por supuesto que lo es.

—No es una carta con *sellos*, enviada desde otro *país*.

—Lo siento, pero es una carta.

Hilde clavó la mirada en el sobre, como si quisiese que los matasellos brotasen de la nada.

—Es de Donald Sedge, mi... inquilino.

Tras un breve silencio, la chica masculló una respuesta.

—Luego la leerré.

La linterna se apagó y Vee oyó el crujir del papel al ser empujado atropelladamente al fondo de un bolsillo.

—Pero es urgente, me he recorrido más de tres kilómetros a pie para entregarla.

—Yo no le pedí que lo hisierra.

Había odio en su tono, aunque Vee hubiera jurado que la chica estaba a punto de llorar. La bocina del autobús sonó y ambas dieron un respingo, sobresaltadas, como si les hubiesen clavado un pincho. Hilde se volvió y corrió tras las demás.

—Vaya, buena suerte con ésta, hijo —dijo Vee con encono.

El amor era ciego, eso todo el mundo lo sabía, pero, en este caso, también estaba más sordo que una tapia. Observó el autobús ponerse en marcha, los faros cubiertos dibujaban un borrón amarillo en la oscuridad. Después, cruzó la carretera y emprendió el largo camino a la estación.

—¿Le apetece una galleta? —preguntó Margery Overs.

Hablaba con una especie de repulsivo tono infantil que contrastaba extrañamente con su aspecto.

—No, se lo agradezco. No hace mucho que he cenado. —Vee sonrió y se movió ligeramente en la silla para ocultar el ruido de su estómago.

La verdad es que no se había llevado nada al estómago desde que, por la mañana, se tomara un bollito de pasas rancio en una cafetería de Kentish Town, pero ya que desde que entró en el apartamento en semisótano de Mafeking Road no había parado de soltar mentiras, le pareció del todo natural añadir otra más.

Margery devolvió el plato a la mesilla y, por enésima vez, miró hacia la ventana (ni que fuera a ver a algo a través de los paneles de madera).

—El señor Overs llegará en cualquier momento, probablemente se haya pasado por la tienda después del trabajo. Me temo que es él quien hace la compra por mí.

Era una mujer pesada y pálida. El tono vítreo de su piel le recordaba a Vee una merluza cruda.

—¿Ha estado usted enferma? —preguntó cortésmente.

—Ummm... —Recorrió la habitación con la vista, como si la respuesta estuviese colgada en alguna de aquellas paredes—. Oh, querida... no es nada fácil de explicar. Verá, no puedo salir, señorita Gifford, padezco una dolencia nerviosa. Hace ya muchos años que no salgo de estas paredes.

Dicho lo cual, se hizo un prolongado silencio durante el que Vee tomó plena consciencia de lo bajo que era el techo, del orden perfecto e inmaculado que reinaba en la casa.

Trató de imaginarse a Noel viviendo aquí, pero no podía figurárselo, no veía cómo el chico podía encajar en este lugar.

—No le importará que le sirva la cena al señor Overs cuando llegue, ¿verdad, señorita Gifford?

—No, por supuesto que no.

—Es que sólo dispone de media hora antes de tener que salir de nuevo a hacer su turno en el Cuerpo de Vigilancia y Alarma Antiaérea. Lo hace cuatro días a la semana, desde las seis hasta la medianoche. Ayer estuvo todo el turno de pie, sin poder llevarse una mera taza de té a la boca, cinco horas hasta que sonó la sirena anunciando que ya había finalizado el bombardeo. Le tengo en el horno un delicioso trozo de pecho de ternera.

—¡Oh!, le ha preparado usted todo un manjar.

—Sí, al señor Overs siempre le ha gustado el pecho de ternera, y tampoco es tan costoso.

—No, el precio es razonable, si puede una encontrarlo, claro.

Se impuso otro silencio durante el que Vee oyó el chirrido del reloj de pared preparándose para dar la hora. Tras los seis agudos tañidos que se sucedieron, Vee se dispuso a volver a la carga.

—Mafeking Road no está tan lejos de Hampstead Heath, ¿verdad? ¿No era allí donde vivía Noel antes de mudarse con ustedes?

Y ahí estaba de nuevo el estremecimiento en Margery Overs, como si al pronunciar «Noel» le estuviese lanzando un guijarro punzante.

—No, para nada lejos —contestó con un hilo de voz.

En ese momento se oyó una llave girar en la cerradura. La señora Overs se puso en pie casi de un salto y cruzó la habitación tambaleándose como un trompo.

—No te vas a creer quién ha venido a visitarnos —anunció cuando se abrió la puerta—. La funcionaria del Servicio de Alojamiento para Evacuados de Saint Albans. La señorita Gifford.

—¿No hay ningún problema con Noel, verdad?

Geoffrey era todo dientes. Cuando sonreía era como si alguien abriera la tapa de un piano.

—¡Oh, no! —respondió Vee levantándose para estrecharle la mano—. Se encuentra muy bien. Es una visita rutinaria. Estoy viendo a todas las familias de los niños evacuados para hacerles algunas preguntas de rutina, información que necesitamos para el papeleo de los trámites de rutina.

Hizo una mueca mental: «¿Cómo hablarían realmente los funcionarios del ayuntamiento?». A lo largo de los años se había cruzado con unos cuantos, pero aquellos encuentros siempre la habían puesto demasiado nerviosa como para andar tomando notas.

—La señorita Gifford estuvo aquí esta mañana, pero le dije que, puesto que la relación con Noel nos viene del lado de tu familia, Geoffrey, prefería que hablaras tú con ella.

—Espero que esto no le haya causado mayores molestias, señorita Gifford.

—En absoluto, tenía toda una lista de personas que visitar —respondió Vee, que se había pasado la mayor parte del día dando cabezadas en un banco junto a una parada de autobús.

—Voy a traerte la cena.

—Gracias, querida. Siéntese, por favor, señorita Gifford.

Vee se sentó en un sillón mientras Geoffrey se quitaba el abrigo y le pasaba la mano para retirar algunos de los cuatro pelos que le quedaban y que habían caído sobre la prenda. Era casi tan bajo como su mujer y tenía un rostro redondo y rosáceo seccionado en dos por un par de gafas de montura metálica.

—Creo recordar que es usted familia de la madrina de Noel —dijo Vee aprovechando la ocasión—. Su madrina, la que vivía cerca de aquí.

—Del todo correcto, señorita Gifford. Residía en las inmediaciones de Hampstead Heath.

Eso es, justo así era como hablaban los funcionarios.

—Acabo de recordar que Noel me contó que vivían en una residencia de gran tamaño en... mmm... ¿Cómo se llamaba la...?

—¡Aquí está tu cena!

Vee se reclinó en el asiento exhalando un suspiro de frustración que intentó maquillar tosiendo.

—Le ruego me perdone por comer en su presencia, señorita Gifford, pero mi esposa probablemente le habrá hecho saber que debo volver a salir pronto.

—Claro. Por favor, coma, soy consciente de lo penoso que es el trabajo de los vigilantes. No se preocupe por mí.

Margery se sentó junto a su marido y lo contempló con evidente placer mientras comía.

—Está delicioso, querida —celebró Geoffrey entre bocado y bocado—, realmente delicioso.

Vee pensó que formaban una pareja bastante sosa. A tenor de las observaciones de Noel, había esperado encontrarse con un par de monstruos, no con Papá y Mamá Noel. Y vivían en un apartamento muy bonito, no en una mazmorra aséptica tal y como había dejado caer el chico. Al parecer, Margery se pasaba gran parte del día bordando tapetes para los sillones mientras que

Geoffrey, supuestamente, se encargaba de los marcos de las láminas que decoraban las paredes: prados soleados y paisajes arbolados (las vistas para alguien que nunca salía). También había algunas fotografías: Margery de joven, guapa en cierto modo; Margery y Geoffrey el día de su boda, con Geoffrey ya casi calvo y Margery mirándolo como si le hubiese dado el «sí quiero» a Rodolfo Valentino; un bebé de cara paliducha y emborronada encuadrada en un gorrito de punto de cruz; una mujer mayor y un niño sentados en el banco de un jardín.

—¡Oh! —dijo Vee levantándose—, ¿es ésa...?

—Sí, ésa es mi prima Mattie, y el joven Noel, claro.

Noel salía algo borroso, todo rodillas y codos; la mujer, férreamente sólida, como un afloramiento de granito. «Confíen en el Señor para siempre, porque el Señor es una Roca Eterna», pensó Vee.

La mujer y el niño se estaban mirando. La mirada era firme, como un apretón de manos.

—Por supuesto, tenía la intención de visitar a Noel en Saint Albans —dijo Geoffrey—, pero su madre de acogida nos escribió diciendo que una visita tan al principio de su estancia lo descolocaría. Enviamos cartas con periodicidad.

Vee asintió comprensivamente.

—Diría que la señora Sedge les aconsejó bien. Les agradecerá saber que es una de nuestras mejores madres de acogida, con gran experiencia.

—¿Ah, sí?

—Así es. Si le soy sincera, ojalá la mitad de las señoras fueran tan concienzudas y afectuosas como ella, es maravillosa de verdad. De hecho, justo la semana pasada le dije a mi ayudante que era una pena que no pudiéramos pagar a la gente como la señora Sedge un poco más que al resto de madres de acogida, visto que vale al menos por dos de ellas, y mi ayudante le dijo a... mi otra ayudante que deberíamos invitar a la señora Sedge a una reunión para que explicara cómo lo hace para apañarse con todo lo que tiene.

—Antes de proseguir, dejó que la señora Sedge descansara unos breves momentos en el pináculo de la gloria (la sensación era tan agradable)—. En cualquier caso, vi a Noel justo la semana pasada y tenía un aspecto estupendísimo, con las mejillas sonrosadas y sin problemas con su cojera; me insistió en que les enviara un afectuoso recuerdo de su parte.

Geoffrey se detuvo con el bocado a medio masticar e intercambió una mirada perpleja con su esposa. Vee se dio cuenta de que había ido demasiado

lejos. Fingió estar buscando algo en el bolso y sacó una libretita negra que había pertenecido a su madre. Venía con un lápiz a juego atado con una cuerdecita un centímetro y medio demasiado corta como para poder escribir con comodidad.

—Sólo tengo que hacerles algunas preguntas —dijo rápidamente—. A ver, ¿Noel es su... sobrino?

Geoffrey tragó lo que tenía en la boca con dificultad.

—En realidad, Noel y yo no somos parientes en sentido estricto, señorita Gifford. Por el contrario, su madrina y tutora legal sí era mi prima segunda.

—¿Así que es huérfano?

—Eso creemos —respondió con afectada pusilanimidad, haciendo un gesto con la boca que excluía la posibilidad de seguir respondiendo a preguntas de esa línea.

—Y vivía con su madrina en la casa que ésta tenía en...

—The Vale of Health.

—¿Es ese el nombre de una calle o...?

—Es un camino sin salida que atraviesa la parte sur del parque de Hampstead Heath.

¡Bingo! Vee se dispuso a cerrar la libretita, pero cayó en la cuenta de que debería formular alguna pregunta más en aras de imprimir autenticidad a su papel.

—¿Y es ya oficial que sean ustedes los tutores legales de Noel?

Geoffrey negó con la cabeza.

—Las cosas de palacio van despacio, señorita Gifford, y el procurador que lleva el caso se ha marchado de Londres mientras dure la guerra. Si bien estamos deseosos de asumir nuestra responsabilidad... —su esposa cerró los ojos—, hemos de esperar a que se convoque una vista e, incluso cuando ésta haya tenido lugar, creo que la tramitación de la documentación necesaria llevará cierto tiempo.

—Entiendo. ¿Y se les ocurre alguna información sobre el chico que le pudiese resultar útil a la señora Sedge? Como... mmm... —Vee intentó pensar en algo—, cualquier cosa... Su color favorito, alguna afición.

La sonrisa perenne de Geoffrey se tornó un tanto rígida.

—Nunca nos pareció que Noel mostrara un excesivo entusiasmo por afición alguna.

—¿No?

—Espiar a los demás —murmuró Margery con disimulo.

—Las Navidades pasadas le regalamos un juego de imprenta John Bull, con sus letras de goma, su tinta... Pensamos que despertaría su interés, pero no le gustó.

—Lo destrozó.

—Margery...

—Lo destrozó, Geoffrey. Estabas hecho polvo, era tu única noche libre y tuviste que ir hasta Barnet, que no está precisamente aquí al lado, para comprárselo a un compañero de la oficina.

—Margery...

—Estaba como nuevo, no le faltaba ni una letra, y no se lo va a creer, señorita Gifford, pero al día siguiente lo encontramos tirado afuera junto a la puerta bajo una lluvia torrencial. Y también está la bufanda de punto que le hice con sus iniciales, y el pastel que preparé para el día de Navidad, decorado con glaseado de verdad, y lo único que hizo fue desmenuzarlo en el plato. No se puede decir que no lo intentamos, señorita Gifford, pero es un niño difícil. Seis meses estuvo con nosotros y no nos dio las gracias ni una sola vez, casi no nos dirigía la palabra, sólo parecía sentir odio, sólo... sólo... sólo... —Margery calló y se sonó la nariz sonora y prolongadamente—. Creo recordar que le gustaba el verde —dijo a través del pañuelo.

Veé escribió en su libretita «COLOR FAVORITO VERDE», tomándose el tiempo de repasar las letras varias veces. Cuando volvió a alzar la vista, Geoffrey le había cogido la mano a su esposa y se la acariciaba suavemente con el pulgar.

—¿Quieres postre? —preguntó Margery con ternura.

—Bueno... —La frase de Geoffrey acabó en un suspiro al oír la primera nota alargada de una sirena elevándose en la noche.

Su esposa emitió un sonido de disgusto parecido a un maullido.

—Es temprano, aún faltan diez minutos para que te presentes en el puesto. Podrías tomarte un trozo de tarta de ciruelas antes de marcharte.

—No, no, querida, me temo que será mejor que me vaya. Discúlpeme, señorita Gifford, he de cambiarme.

Geoffrey se levantó y salió de la habitación. Entró de nuevo pasados unos minutos, ataviado con un casco y un mono confeccionado para alguien una cuarta y media más alto, por lo que llevaba las perneras plegadas cual concertinas gemelas.

—Espero que haya recabado toda la información que necesita, señorita Gifford —dijo mientras Margery le ayudaba a colocarse el abrigo—. Por supuesto, nos alegramos sobremanera de que Noel esté tan bien atendido.

Besó a Margery en la mejilla y ella, muerta de la preocupación, se pegó a él entreteniéndose con los botones del abrigo.

—Tendrás cuidado, ¿verdad?

—La señora Overs se refugiará en la alacena que tenemos bajo la escalera durante el ataque aéreo —informó Geoffrey—. Está usted invitada a acompañarla si así lo desea, señorita Gifford. No me cuesta nada colocar otro banco.

Cinco horas sentada a escasos centímetros de Margery Overs.

—¡No! —exclamó Vee impulsivamente antes de haber pensado una excusa. Se hizo un silencio levemente incómodo.

—Tengo que volver a Saint Albans con mi madre y mi hijo, así que lo mejor será que salga para la estación cuanto antes. Le agradezco mucho su ayuda.

Hablaba dirigiéndose ya hacia la puerta, recogiendo su abrigo, haciendo caso omiso de las protestas emitidas por Geoffrey.

—En mi calidad de vigilante he de advertirle que...

El alarido de las sirenas resonaba aún en el aire cuando Vee llegó a la acera. Se detuvo para sacar la linterna del bolso antes de empezar a caminar calle arriba en dirección a Hampstead. Estaba más nublado que la noche anterior, la luna era una mancha gris; las estrellas, invisibles. En algún lugar al norte, un foco reflectante oscilaba en la oscuridad. Vee sintió la imperiosa necesidad de tragar grandes bocanadas de aire, como si hubiese estado bajo agua. Ahora entendía por qué Noel no soportaba aquel lugar; no se trataba del tamaño del apartamento, ni del orden: era la devoción. Como recoge el Génesis en su capítulo 2, el hombre debe unirse a su mujer y llegar los dos a ser una sola carne, pero en ninguna parte dice que un amor como ése tenga que sofocar a los que estén a su alrededor, que sea un manto de terciopelo que no deje pasar al resto del mundo.

Tenía frío, estaba agotada. Que debía volver con su madre y su hijo a Saint Albans había dicho, pero ninguno de los dos la necesitaban ya: Donald estaría ya a medio camino de Irlanda con aquella bruja raquílica de cara avinagrada mientras que su madre, en Saint Albans, estaría seguramente encajada en el sofá junto a su marido, oyendo el frufrú de los calcetines del primo Harold mientras éste se frotaba con fuerza los pies para limpiarlos. Su familia al

completo, separada y desaparecida.

Siguió por la acera el hilo de luz de la linterna. Apenas había avanzado unos cien metros (a juzgar por sus cálculos) cuando la sirena dejó de sonar. El eco se prolongó en sus oídos durante unos segundos antes de que otros sonidos lo desplazaran: voces procedentes de un *pub* con las ventanas cubiertas de paneles y sus propios pasos, unos más audibles que otros, pues en una de sus botas un clavo había atravesado la suela.

Llegó a una calle, vaciló antes de cruzar, se adentró en otra y entonces supo que se había perdido. Unos metros más adelante, una colilla salió volando de la oscuridad y rebotó en el suelo generando una lluvia de chispas.

—Perdone, ¿podría indicarme cómo llegar a Hampsstead Heath?

Se oyó la risita tonta de una chica que luego murmuró algo.

—Preciosa —dijo una voz masculina, salaz y susurrante—. Eres *preciosa*...

Vee se giró y volvió sobre sus pasos; si podía encontrar de nuevo el *pub*, allí podrían darle indicaciones. Cruzó de nuevo dos calles y, de repente, se encontró ante un árbol que no había visto antes. Sintió grava bajo sus pies, tropezó con un saco de arena abierto y dejó caer la linterna, que se apagó al caer en la acera. Al arrodillarse para recogerla, oyó un nuevo sonido: el rítmico zumbido de los motores de los bombarderos volando bajo y sin rumbo. Por encima de los tejados, un trío de focos reflectantes se unió al primero.

Encontró la linterna, pero la tapadera del extremo del mango había salido disparada y no había rastro de las pilas. Tras una vana búsqueda tamizando con manos temblorosas un montón de arena que olía a necesidades de perros, se agazapó en cuclillas en la acera, escuchó las explosiones sordas y distantes, y pensó en Noel, solo y enfrentándose a otra noche como aquélla. Encontró las palabras que pudieran protegerlos a los dos.

—«No temerás los terrores de la noche —dijo con la boca tan acartonada que las sílabas se pegaban unas a otras como cuentas de un collar—, ni la peste que acecha en las tinieblas, pues Él dará órdenes a sus ángeles acerca de ti, para que te guarden en todos tus caminos».

A modo de rauda contestación, una luz parpadeó en el cielo, seguida de una salpicadura de rosa en las nubes. Un segundo más tarde, le llegó el sonido de un cañón, tan potente que ahogó el zumbido de los motores. Cada cañonazo reproducía el parpadeo, salpicadura y explosión del primero. Vee recordó a las chicas alegres en el parque de Hampstead Heath a los mandos de grandes piezas de artillería y eso le bastó para ponerse en pie, si bien sentía que tenía

esponjas en lugar de rodillas. Comenzó a avanzar a tientas recorriendo con los dedos el muro de ladrillo que flanqueaba la acera.

—Sitio para un pequeño —solicitó el vigilante del refugio—. ¿Y tu mamá?

—Trabajando —respondió Noel—. Me dijo que me viniera solo para acá si sonaba la sirena.

—En ese caso, búscate algún lugar donde sentarte.

El aire cálido y húmedo olía a patatas fritas y al tufillo intenso de desinfectante. En la penumbra no se distinguía hueco alguno entre las filas de siluetas sentadas, por lo que continuó andando a trompicones por un pasillo compuesto de rodillas. «¡Ten cuidado!», espetó alguien bruscamente al sentir el pisotón de Noel. Llegó hasta la pared del fondo sin haber encontrado sitio, así que siguió deambulando por el refugio hasta que una mujer corpulenta movió sus nalgas y el chico pudo embutirse junto a ella. Cuando la mujer volvió a acomodarse, Noel quedó prensado casi sin poder respirar entre la mujer y un hombre resfriado que moqueaba.

En el exterior, los cañones no dejaban de disparar. En la casa de Hampstead Heath parecía que habían sonado en la habitación de al lado; las paredes se habían estremecido con cada cañonazo. Noel se había sentado a oscuras abrazado a sus propias piernas, preso del pánico, hasta que, durante una pausa en los disparos, oyó el correteo de ratones saltándole por encima de los zapatos y ya tuvo bastante: salió corriendo en dirección al barrio cercano de South End Green, donde encontró un refugio público cerca de la comisaría de Policía.

—Perdón, perdón a todos —se excusó el hombre del resfriado al estornudar de nuevo—, me tendría que haber quedado en la cama.

—Sí, se tendría que haber quedado —dijo alguien enfrente—. Me está duchando de arriba abajo y voy a tener que buscar un maldito paraguas.

—No puedo evitarlo.

—¿No puede evitar no tener un maldito pañuelo?

—No me agradan las vulgaridades —dijo la mujer corpulenta—. Es del todo innecesario hablar de ese modo y, en mi opinión, señal de que se posee

un vocabulario pobre.

—¿Así que pretende que me quede aquí pensando sinónimos de «maldito» mientras éste me empapa tres veces por minuto?

—Endino —dijo Noel.

Se oyó un ruido sordo (más bien se sintió) y una de las luces del refugio se apagó. Una mujer exclamó un sonoro «¡oh!» al que siguió un murmullo de risilla nerviosa.

—¿A alguien le apetece cantar? —preguntó una voz.

—No.

—En el refugio que hay detrás de los apartamentos de Pond Street siempre cantan.

—¿Por qué no te vas allí entonces?

—Sólo estaba intentando animar un poco la cosa.

—¿Quieres saber lo que me animaría a mí? —dijo un hombre con una aguda voz nasal.

—¿Qué?

—Una cerveza. Tráeme una cerveza y me quedo aquí sentado todo lo que haga falta con una sonrisa en los labios.

—Para mí un *whisky* —interrumpió otra voz.

—Y para mí.

—El mío que sea doble —gritó alguien desde cerca de la entrada— y, ya que estamos, una botella de champán.

—Botella... de... champán —repitió el de la cerveza como si estuviese tomando nota—. ¿Alguien quiere algo más?

—Un ponche de huevo.

—¿Se puede pedir comida también?

—Los miembros de nuestro servicio están a su disposición.

—En tal caso, tomaré pastel de chocolate.

—Lo mismo para mí.

—Una caracola de crema por aquí.

—Una caja de plátanos.

—Un rosbif con *Yorkshire pudding* y un bizcocho con natillas para después. Y, ¡jojo!, el bizcocho tiene que ser borracho.

—Delicias turcas.

—Doce docenas de pilas para la linterna y una tetera nueva.

—Una caja de palitos de queso.

—Horquillas para el pelo.

—Jamón.

—Que me devuelvan a mi Leonard. ¡Mi Leonard!...

La última frase fue pronunciada en una especie de alarido que atravesó cortante la risa. Durante un buen rato nadie habló.

—Ya está, ya está, madre —consoló una voz masculina con impotencia.

La mujer junto a Noel se inclinó virando para buscar algo que tenía guardado debajo, con lo que casi propulsa a Noel del sitio en el proceso. Cuando se enderezó, Noel oyó deslizarse una bolsa de papel y luego a alguien que comía lentamente. La boca le salivaba.

—¿Me puede dar algo? —preguntó.

—¿Cómo?

—¿Me puede dar algo de comer?

—Pequeño descarado, ¿dónde están tus modales?

—¿Por favor?

—Está bien, extiende la mano y no vayas a pedirme más porque esto es todo lo que te daré.

Sintió algo redondo y frío en la palma: una patata hervida. Se la comió en tres bocados. No sabía a nada y se le aferró a los dientes como una masa harinosa.

Al otro lado del refugio, un bebé comenzó a llorar con un gemido cansado y monótono que no cesaba. A Noel le invadieron las ganas de acompañarlo, de echar la cabeza atrás y gimotear porque, desde que había vuelto a Londres, nada había salido bien, y porque si tuviese que repasar la lista que con tanto esmero elaboró, acabaría plagada de tachones.

*

No llegó a ir a la biblioteca de Kentish Town. La mano que se cerró sobre su hombro resultó ser la de una demacrada supervisora de absentismo escolar que patrullaba la calle principal como un tiburón. Hundió sus dientes en la historia que Noel se inventó apresuradamente sobre la marcha, la hizo trizas y luego arrastró a su presa un par de kilómetros hasta las oficinas del ayuntamiento de Mornington Crescent, en cuyo vestíbulo se había instalado un aula temporal.

Durante el resto del día, Noel tuvo que quedarse sentado entre un imbécil y

una niña de aspecto aterrador con un herpes labial. Después de una clase de Matemáticas sobre factores, escribieron una redacción titulada «Por qué debo ir a la escuela durante la guerra», tarea en la que Noel se volcó redactando nueve páginas colmadas de vehementes argumentos en contra, interrumpido a intervalos por las bolitas de papel ensalivadas que la niña le tiraba a la cabeza.

Para cuando lo liberaron, la biblioteca ya había cerrado. En su lugar, entró en una cafetería de donde lo echaron después de estirar una taza de té dos horas y media. Luego se sentó junto a una parada de autobús y releyó el libro hasta que sonó la sirena y las calles quedaron desiertas, momento que aprovechó para dirigirse a la casa de empeño donde había visto las medallas de la señora Gifford.

Ésta era la parte del plan que había saboreado por adelantado, permitiendo que su paladar se relamiese con fugaces anticipaciones de la escena, como si de un caramelo bajo la lengua se tratase: aguardaría en un portal cercano, una sombra más en el oscurecimiento nocturno de la ciudad, esperando a que se produjera una explosión lo suficientemente fuerte como para ahogar el sonido de la amonita impactando contra el cristal del escaparate. Llevaría guantes para evitar dejar huellas y protegerse de los trozos de cristal roto, y una bufanda enrollada sobre la nariz y la boca que ocultara su rostro. Una vez hubiese recuperado las insignias sustraídas, huiría a toda velocidad adentrándose en la noche por las callejuelas en dirección al parque de Hampstead Heath, sin ser visto, sin dejar rastro... Evidentemente, tendría que resignarse a dejar atrás la amonita, pero sería por una buena causa y, en cualquier caso, más bien le agradaba la idea de que la única pista en *El misterio de las medallas desaparecidas* resultase datar de hace cientos de millones de años.

El plan se fue irremediablemente al traste por una razón de lo más prosaica y predecible: el escaparate de la casa de empeño tenía contraventanas de madera cerradas con candado. Noel permaneció allí de pie casi media hora, sujetando el candado como si fuese una agarradera del metro, convencido de que la solución le vendría a la mente si se devanaba lo suficiente los sesos. («¿Qué usaban los ladrones? ¿Llaves maestras? ¿Palanquetas?»). Los sonidos de cañones, aviones y bombas se multiplicaban en la noche, por lo que podría haber roto todos los escaparates de la tienda con total impunidad.

Sacudió airado el candado y la sombra de su mano, un puño enorme, gigantesco, saltó sobre la contraventana. De repente, todo se bañó de una luz ambarina. Noel dio un respingo girándose hacia la calle y se sorprendió de poder verla: distinguía las tiendas y las farolas con claridad, el nítido perfil de las sombras como delineadas con plumín fino.

—¡Eh!

Por encima de las tiendas, caía sinuosamente un racimo de diamantes, un collar de brillantes hermoso, hipnotizador...

—¡Tú! ¡Tú!

Noel desenganchó la mirada y la condujo hasta la silueta que se le acercaba a la carrera desde el otro lado de la calle. Intentó echar a correr, pero una mano lo alcanzó cogiéndolo del brazo para luego agarrarlo desaprensivamente por el cuello de la ropa, por lo que acabó moviendo los pies casi en el aire.

—Ahí, babeándole a las bengalas como si fuesen fuegos artificiales, tonto del bote. ¿Acaso no sabes que los alemanes usan eso para ver dónde van a bombardear?

La luz proyectó sus sombras ante ellos y Noel apreció sus propias piernas corriendo y el domo que formaba el casco del policía.

—¿Dónde vives?

—Primrose Hill.

—¿Y entonces qué haces por estos lados?

—Visitando a mi abuela.

—No me creo una palabra. ¡Métanse *adentro* en algún sitio!

Esto se lo gritó a una pareja que se abrazaba de pie en la calle.

Noel respiraba ahora emitiendo pitidos de fuelle; su pierna mala había empezado a fallarle.

—¿Adónde me lleva?

—¿Adónde crees?

—No he hecho nada malo.

—¿Ah, no?

—En serio, no he hecho nada, pero puedo proporcionarle información de un delito, un delito de verdad. Tengo una carta y puedo facilitarle todos los nombres y detalles.

—¿Qué? Anda, levanta los pies.

—Hay un vigilante que roba las casas bombardeadas.

—¿Sólo uno?

—Está *robando* cosas y vendiéndolas.

—Hasta Perico el de los palotes lo hace. Todo Londres roba.

—Pero... —Giró el cuello hacia arriba en un intento por mirar al policía que de seguro no le había oído bien—. El hombre del que le hablo es un *vigilante*, ¡del Cuerpo de Vigilancia y Alarma Antiaérea! Se supone que es su deber proteger a los ciudadanos. Y el dueño de la casa de empeño donde me encontré, ¡le está comprando mercancía robada!

Se oyeron unos ladridos, pero Noel comprobó que, en realidad, eran risas. Sintió que le liberaban el cuello de pronto y que le daban un leve empujoncito para que se adentrara en un pasillo formado por sacos de arena.

—Entra en el refugio, Sherlock.

Estaban en la estación de metro. Noel se volvió, pero su captor ya había desaparecido.

—¿Te encuentras bien, hijo? —preguntó una revisora—. Un poquito asustado, ¿verdad?

—Le he contado a ese policía que se ha cometido un *delito* —hablaba a voces con gran indignación—, y no ha hecho nada. Ni siquiera me ha preguntado el nombre del perpetrador.

—¿Qué clase de delito?

—Robo, a gente a la que han bombardeado.

La mujer asintió sombríamente.

—Está ocurriendo bastante.

—Pero eso no quiere decir que no se deba perseguir.

Un estruendo en el exterior hizo vibrar todo el suelo.

—Será mejor que bajes —dijo la revisora.

—¿Así que me está diciendo que porque es algo habitual es aceptable?

—Te estoy diciendo que si no bajas es probable que vuelles en pedazos.

—¿Quiere decir que la seguridad colectiva reviste más importancia que la moral colectiva?

—¡Baja las escaleras!

—Eso no nos hace mejores que el enemigo al que manifestamos nuestro desprecio.

—¡Gus! —gritó en dirección a algún sitio a las espaldas de Noel—. ¡Gus! Échame una mano. ¿Puedes hacer que este diccionario andante entre en el refugio?

Antes de que Gus pudiera llegar, Noel dio media vuelta y comenzó a

descender las escaleras. No fue hasta llegar al último escalón cuando se dio cuenta de que había dejado la maleta en la acera junto a la casa de empeño. Además de la amonita, contenía una muda de calcetines, un jersey y dos latas de sardinas que había tomado prestadas de la alacena de Vee.

Puesto que el andén estaba ya a rebosar, pasó la noche en las inmóviles escaleras mecánicas. Un hombre mayor le ofreció un sándwich de paté de carne y un periódico doblado sobre el que sentarse. No pudo quedarse dormido hasta bien entrada la madrugada. Lo despertó la gente pasando por encima de él, familias enteras subiendo en tropel para salir a desayunar, a trabajar, al colegio.

En la superficie volaba un viento arenoso y las tejas de pizarra caídas cubrían la calle. Noel volvió sobre sus pasos de la noche anterior y le sorprendió gratamente el que su maleta siguiera junto a la casa de empeño. La abrió y encontró que las dos latas de sardina habían volado. La volvió a cerrar y echó un vistazo al escaparate de la tienda: la estantería en la que había visto expuestas las insignias de la señora Gifford ahora la ocupaban una fila de jarras de cerveza en forma de hombre sentado y un tejón disecado.

Después de aquello, y ya que era lo único que se le ocurrió que podía hacer, se fue a pie a casa de Mattie. La caminata fue larga: subió por High Road y atravesó el parque de Hampstead Heath; cuando recorría arrastrando ya los pies el último medio kilómetro comenzó a caer una llovizna helada que se convirtió en aguanieve mientras saltaba patosamente la valla baja de la parte de atrás.

La llave de la puerta de la cocina se encontraba bajo una maceta en la casita de verano, donde siempre había estado. Al principio no podía girarla en la cerradura, pero entonces recordó el viejo truco de apoyarse en la jamba de la puerta y la llave cedió de sopetón, lo que le valió un arañazo en los nudillos.

—¿Hola?

Aguardó un momento a que Mattie le respondiera («Hola a ti también, hombrecito»), aunque sabía bien que no lo haría. La casa estaba vacía, daba la sensación de ser una tumba saqueada. Uno de los paneles de madera de la ventana de la cocina se había caído y, a través de la luz grisácea, pudo ver que habían vaciado el fregadero y que los armarios estaban todos cerrados. En algún momento, alguien había venido a limpiar; alguien había desconectado

también la electricidad y el gas, aunque todavía había agua, un agua algo marrón, rica en hierro, directa del manantial que desembocaba en los lagos del parque. Recogió un poco en las manos y notó el sabor a peniques.

Alguien había arreglado igualmente el comedor y el salón, fregado los suelos y las mesas, colocado los libros en las estanterías, cerrado los álbumes, guardado los lápices en los cajones y devuelto las piezas de ajedrez a su caja, de modo que las habitaciones parecían ordenadas y corrientes, como si nunca nadie las hubiese habitado.

En el piso de arriba, las camas habían sido despojadas de su ropa y el contenido de los armarios estaba doblado en cajas. No quedaba nada sobre la mesita de noche de Mattie, ni sus prismáticos (para observar a las aves), ni el vasito de cristal en el que ponía sus horquillas, ni su copia de la biografía nacional de Inglaterra escrita por Fuller, *Worthies of England*. Lo habían guardado todo.

El único rastro del desorden anterior lo protagonizaban unas marcas circulares y pegajosas que señalaban el lugar en el que Mattie colocaba su jerez nocturno. Pasó un dedo humedecido por uno de los círculos y lo frotó contra la lengua: polvo y jerez Harvey's Bristol Cream.

Luego fue en busca de otros rastros tangibles de la Mattie de antes y encontró una de sus zapatillas bajo la cama, con el talón gastado y una polilla aplastada en la suela («Más barato que las bolas de alcanfor y muchísimo más divertido»). Encontró su cepillo de dientes aún metido en su correspondiente vaso en el baño, con las cerdas abiertas por el brío que empleaba al cepillarse. Su peine estaba en la misma habitación. Noel se lo pasó por la cabeza, se miró en el espejo y vio una larga cana entrelazada con su propio cabello corto y castaño.

Unió los fragmentos de una vieja lista de la compra hecha pedazos, aplastada y arrojada a un jarrón junto a la chimenea del salón («manzanas, patatas, rollitos de pasas y canela, ternera para asado, un chelín por Finuken a ganador y colocado en la carrera de las 4:20 del Derby de Epsom»). Detrás de la puerta de la trascocina, descubrió el sobretodo que se colocaba para arreglar el jardín: en un bolsillo, una latita romboidal con sus pastillas de menta extrafuerte preferidas; en el otro, unas tijeras de podar. Se comió una pastilla de menta y sintió el familiar rugido del viento fresco abrasándole los senos nasales.

El mejor hallazgo fue el ejemplar del periódico *The Times* de hacía dos

años que encontró en el cobertizo con techo de cristal en la parte trasera de la casa. Se sentó en el sillón, con las ramas del tejo arañando la ventana, y leyó los mordaces comentarios escritos a lápiz en los márgenes («Una tontería tras otra», «El problema en Abisinia, SIN RESOLVER», «Y más bobadas»). Era como tener a la Mattie de antes justo al lado, si bien la sensación se fue desvaneciendo, aplastada por el hambre. Acabó con el resto de pastillas de menta y rebuscó en la despensa sin encontrar nada salvo una lata de galletas saladas blandas y azuladas y una vasija para guardar el pan casi vacía. Al fondo de ésta encontró un paño abultado formando un fardo irregular que resultó contener las joyas de su madrina.

Contempló la maraña enredada de cuentas y broches, pero la volvió a dejar rápidamente donde estaba y empujó la vasija al final de la despensa. Ya era demasiado tarde: aquel descubrimiento había revivido a la otra Mattie, la del final, con su miedo a los ladrones imaginarios, sus escondites aleatorios, sus acusaciones sin fundamento. La casa volvió a convertirse en un lugar inseguro, ya no la sentía su hogar.

Contempló el jardín empapado a través de la ventana de la cocina y se preguntó por qué la palabra «hogar» no se le iba de la cabeza. La recordaba escrita en mayúsculas grandes y cuidadas. Para ser precisos, en letras dibujadas en relieve con cuentas color granate sobre una almohadilla amarilla de alfileres: «NO HAY LUGAR COMO EL HOGAR». Durante uno o dos minutos no logró poner en pie de dónde le venía aquella imagen, si bien recordaba nítidamente haber arrancado algunas cuentas y haberlas tirado una a una por detrás del aparador. Entonces, como una moneda insertada en un contador del gas, el recuerdo encontró su sitio: había sido en el apartamento sobre la chatarrería, el primer sitio en el que vivió con Vee. Con Vera. Con la señora Sedge. Aún no había encontrado una fórmula para dirigirse a ella con la que se sintiera cómodo; ella no era una persona con la que sentirse cómodo.

Por primera vez, se preguntó lo que habría pensado Vee cuando no regresó a casa después del colegio. Quizás debería haberle dejado una nota; después de todo, le había dado su ración de huevo, una vez.

De pie, observó la lluvia. La tarde gris se oscureció cada vez más y, cuando ya no pudo distinguir la verja de atrás, salió de su ensimismamiento y buscó infructuosamente velas y cerillas por la casa. Más tarde, cuando comenzaron los cañonazos, se marchó.

El bebé del refugio llevaba tanto tiempo gemiqueando que el ruido había perdido su humanidad y había pasado a formar parte de los sonidos del ataque aéreo entremezclándose con los estornudos, las bombas y el ronquido áspero de un borracho. Pese a su advertencia, la mujer sentada a su lado le ofreció una segunda patata, seguida de un sándwich de pasta Bovril de ternera para untar. Después, se quedó un momento adormilado y, al abrir de nuevo los ojos, reconoció a Ray McIver.

—¿Qué te pasa? —preguntó la mujer.

—Nada.

Le temblaba todo el cuerpo. Se levantó para ver mejor.

—Si quieres ir al servicio, está en el rincón, sólo tienes que seguir tu olfato.

Noel asintió, ausente. Sus pies le llevaron en dirección contraria, hacia la pequeña mesa donde estaba sentada la vigilante del refugio haciendo punto. Ray McIver se encontraba de pie junto a ella, desabrochándose el sobretodo del uniforme. Había traído con él el aire de la noche. Noel olía a cordita y sintió pasar rozando una corriente fría.

—Creo que podríamos meter a otros diez o quince si las madres sientan a los críos en el regazo —dijo la vigilante del refugio—. ¿Qué es lo que ha pasado en Bell Street?

—Una cañería principal rota, están hasta las rodillas. ¿Tienes una cerilla?

McIver se inclinó para encender el cigarrillo.

—¿Cómo anda la cosa por ahí fuera? —preguntó la vigilante sin dejar de hacer punto.

—Podría ser peor. Nada por ahora en nuestro sector, parece que esta noche toda la acción está en la zona del río. ¿Te enteraste de lo de Eddy Burden?

—No.

—Iba a pasar por un callejón en pleno bombardeo y vio a una titi con un vestido blanco echada sobre la pared.

—¿Borracha?

—Eso pensó él, pero cuando se acercó un poco más se dio cuenta de que era una mina enredada en el paracaídas.

—¡No!

—Como te lo cuento. Se encuentran muchas cosas raras ahí fuera en la oscuridad.

Se reclinó sobre la pared, sin prisa aparente por marcharse, exhalando hilos de humo por la boca. Parecía tranquilo, los ojos atentos, el cuerpo relajado.

Noel pensó que nadie con competencia en el asunto le haría pagar por sus actos, que el peligro que arreciaba sobre los ciudadanos de Londres era demasiado grave como para que nadie persiguiera las maldades menores de McIver. A los únicos a quienes les importaría sería a los que ya había robado y a sus futuras víctimas.

Noel dio un paso adelante y McIver lo miró.

—Yo te conozco, ¿no? —preguntó con amabilidad.

Noel asintió. No había concebido ningún plan, pero sabía que se estaba preparando para pasar a la acción. El corazón le vibraba como un juguete de cuerda.

—Entonces, ¿cuándo me vas a traer a más gente? —preguntó la vigilante.

McIver no le hizo caso.

—Ibas recaudando donativos con la delgaducha aquella.

Noel volvió a asentir. Podía sentir los ojos de McIver como un dedo presionándole la frente.

—Eso es, ya me acuerdo —dijo McIver.

Sacudió la ceniza de la colilla y pareció relajarse de nuevo.

—Llegarán en cualquier momento —contestó a la responsable del refugio.

Noel dio otro paso al frente con decisión.

—¿Aún estás ahí? —dijo McIver, despreocupado.

—Sí —respondió Noel.

Por el rabillo del ojo apreció el movimiento de algunas cabezas; la fila más cercana a él estaba empezando a darse cuenta de que se estaba cociendo algo. Se giró y vio a un anciano, a una chica larguirucha y a una mujer con un bebé.

—¿Te pasa algo, cariño? —preguntó la mujer.

—Ese vigilante de ahí es un ladrón —sentenció Noel.

Los ojos de la mujer se abrieron como platos y la fila de cabezas se giró hacia McIver.

—Ese vigilante —prosiguió alzando la voz, dirigiéndose a todos los del refugio— se llama Ray McIver y es un ladrón. Se llevó dinero y joyas de la habitación de una anciana cuando bombardearon su casa, y no es la primera vez que lo hace, y si...

McIver estaba intentando decir algo, la ira y la incredulidad encendían su rostro, pero Noel había tomado carrerilla y su voz se había elevado a grito. La gente se había puesto en pie para ver qué estaba sucediendo y lanzaban exclamaciones de asombro.

—... y si después de un bombardeo regresan a sus casas y les han robado, seguro que ha sido él, seguro que ha sido Ray McIver, que es un voluntario del Cuerpo de Vigilancia y Alarma Antiaérea en el puesto D de Solomon Road y es un corruptosucioapestosoLADRÓN.

Como un punto y final, la puerta se abrió de par en par y una muchedumbre entró en el refugio salpicando el suelo con sus zapatos empapados, envueltos en mantas humeantes. Noel agachó la cabeza y serpenteó entre los codos siguiendo la corriente de aire que venía de fuera.

Los cañones resonaban y el cielo era una celosía de focos reflectantes. Sentía que había vuelto a nacer, se sentía limpio, enjuagado de toda suciedad. Empezó a caminar sin saber ni importarle lo más mínimo adónde se dirigía, guiado por las farolas pintadas de blanco, pasando de una a otra con la certeza de que esa noche era invulnerable, de que el escudo de la rectitud lo protegía.

—¡No podéis alcanzarme! —gritó a un avión que lo sobrevoló silbando.

Se sentía grandioso.

Cuando una bengala descendió en el cielo y se encontró alumbrado por una refulgente luminosidad, Noel siguió caminando. La proyección de su sombra marcaba el camino de su marcha triunfal.

Fueron las orejas. Vee las hubiera reconocido en cualquier parte. Andaba a tientas por la calle maldiciendo cada saco de arena con el que se tropezaba, cuando, de repente, se hizo la luz y una claridad fantasmagórica lo inundó todo. Entonces, se encontró mirando una especie de película proyectada en el hastial de una casa que tenía enfrente: dos sombras avanzaban nítidamente recortadas sobre la pantalla de ladrillo: una, pequeña, de cabeza abovedada; la otra, más grande, de andares renqueantes que rebotaban arriba y abajo, y con unas orejas que le resultaron familiares.

Se giró rápidamente y distinguió dos figuras bañadas de amarillo que caminaban por la calle amarilla. La imagen se había invertido y ahora la silueta más lejana era, de hecho, la más alta: un hombre adulto con uniforme de vigilante, mientras que el origen de la segunda sombra no era más que un niño, un niño...

—¡Noel!

Vee corrió hacia él. Vio que Noel se quedó pasmado, vio al vigilante detenerse a media zancada, vio su rostro, furioso y frustrado, cuando tuvo que dar media vuelta. Entonces, una línea de balas trazadoras se alzó graciosamente sobre los tejados y la bengala se hizo añicos con gran estruendo, como una vajilla cuando se cae. La oscuridad cayó al instante sobre ellos.

—¡Noel! ¡Noel!

—Estoy aquí.

Se encontraba justo delante de ella. Vee extendió las manos, lo asió por un brazo y un hombro, luego le palpó una mejilla y una de las orejas, y apretó la cara del chico contra su abrigo.

—¡Ay! —se quejó Noel porque un botón le estaba aplastando el labio—. ¿Qué está haciendo aquí?

—¿A ti qué te parece que hago? Buscándote. Pobrecillo, aquí, en pleno bombardeo y con ese hombre siguiéndote.

—¿Qué hombre?

—McIver.

—¿Dónde?

La vista de Vee ya se había hecho a la oscuridad y pudo distinguir la cara pálida de Noel moviéndose en todas direcciones. Detrás del chico, la calle vacía culebreaba en la noche.

—Ya se ha marchado.

Noel se zafó del abrazo de Vee.

—He estado bien. Lo he hecho, le he dicho a todos los del refugio que era un ladrón sucio y corrupto. Obtuve mi venganza.

—¡Y él no ha tenido la suya de chiripa! Te estaba siguiendo en la oscuridad, insensato. ¿En qué estabas pensando? No, mejor no me lo cuentes... —Noel había comenzado a dar una de sus explicaciones y ella no estaba de humor para polisílabos—. Gracias a Dios te he encontrado. He estado rezando alguna oración que otra, a lo mejor sí que funciona a veces. Bueno, ¿para dónde tiramos?

Noel se encogió de hombros, enfurruñado, la gloria de hacía cinco minutos ya enfangada.

—No sé dónde estamos —farfulló—. Me he dejado la linterna en el refugio.

—Y yo he roto la mía. Vaya pareja formamos.

Los dos permanecieron en silencio un momento. En la lejanía, desde algún lugar a su izquierda, les llegó el silbido estridente de una bomba que caía y el retumbar flemático del impacto.

—Vamos —dijo Vee agarrando a Noel por el brazo y tirando de él levemente.

Comenzaron a caminar siguiendo el pálido bordillo de la acera.

Transcurridos unos segundos, desde exactamente la misma dirección que antes, les llegó la misma secuencia de sonidos, pero esta vez más alto, más cerca.

Sus pasos se convirtieron en trote. Vee se presionó el pecho con la mano, sentía la quemazón de sus ardores bajo los dedos.

La tercera bomba de la serie no cayó silbando, sino produciendo un horripilante siseo. Pese a estallar a unas calles de distancia, la explosión sacudió el suelo y los cristales de los escaparates llovieron sobre las aceras.

—¡Corre! —gritó Vee.

El motor del bombardero se hizo audible, tartamudeaba sobrevolando sus

cabezas. Noel oyó sus propios sollozos y a Vee invocando a Dios, aunque bien sabía él que todo era cuestión de suerte, todo dependía de la suerte: la bomba era un gran pedrusco rodando montaña abajo, botando de impacto en impacto, aplastando o perdonando de forma aleatoria. Oyó caer la cuarta con un colosal grito desgarrador, como si el cielo se hubiese partido en dos, y el suelo se levantó cual tablero de contrachapado y volvió a estamparse en su sitio.

El cuello de Vee se extendía y contraía como un telescopio. Había perdido a Noel y se había caído de rodillas. De repente, todo se sumió en la más completa negrura, el aire se había convertido en una espesa sopa que dejaba un regusto picante al fondo de la garganta, con lo que no podía parar de toser y de frotarse los ojos con los dedos que se le llenaron al instante de arenilla y suciedad. Al menos sabía que no se había quedado ciega, era sólo que no podía ver, lo cual era una gota de alivio en una enorme pila rebosante de terror. Los cañones seguían martilleando en la distancia, amortiguados, como si los hubiesen envuelto en mantas.

Se incorporó con esfuerzo, agitó los brazos en la oscuridad y rozó la cara de Noel con la punta de los dedos. Esta vez, el chico se abalanzó contra ella y se abrazó a su cintura rodeándola con los brazos. Vee le protegió la cabeza con las manos y se quedó quieta intentando vislumbrar algo, *lo que fuese*, que le diera una pista de lo que tenían que hacer. Por lo que sabía, podían estar al borde de un cráter, podía haber un cuerpo, o una montaña de ellos, yaciendo a un metro de donde se encontraban...

—No tengas miedo —dijo sin pensar, mecánicamente—. No te preocupes.

De algún lugar cercano les llegó el rugido de un motor, seguido de unos gritos. Durante un segundo o dos, un haz de luz horadó un agujero rojizo y nebuloso en la oscuridad.

—¡Socorro! —chilló.

Pero tuvo que cerrar la boca porque la lengua se le había encostrado de arenilla. «Arenilla roja —pensó—, polvo de ladrillo. Esta niebla era antes una casa».

El breve destello de luz que había visto hizo que, de alguna manera, la ceguera se volviera más insoportable, por lo que comenzó a avanzar pasito a pasito, desesperada por poner fin a aquella oscuridad. Noel, aún aferrado a ella, retrocedía como un cangrejo. Los gritos, ahora más cercanos, se multiplicaron y sonó el crujido de un freno de mano. El haz de otra linterna barrió en diagonal el aire, iluminando fugazmente ante ella el perfil de un bulto

enorme y oscuro. Vee extendió los brazos y palpó una superficie metálica, caliente bajos sus dedos: el capó de una camioneta aparcada.

—¿Hay alguien ahí?

El aire parecía absorber sus palabras, como si un cojín le cubriese la cara. Oyó un nítido clic, muy próximo, y no hubo más aviso. Vee se giró y algo duro y ancho le abofeteó la cara y la lanzó a la nada.

Trató de encontrar el monedero hurgando entre montones de ropa mugrienta en una habitación llena de porquería.

Le dolía la mejilla.

Vio sangre en una manta y a un hombre con pelillos asomándole por los orificios nasales inclinado sobre ella y sosteniendo un gigantesco colador de té sobre su cara. «Qué dos tetas», dijo él (creyó oír ella). «Quédese quieta — repitió—, respire hondo y pronto se dormirá». Vio a una anciana golpearse los brazos raquíticos mientras llamaba a Mary a gritos.

Aún le dolía la mejilla, un dolor pulsante y continuo.

Vio té en una taza verde y gruesa con una pajita de papel tentadoramente inclinada hacia su boca. Intentó sorber y le cayó encima una cascada de líquido.

Un gran escándalo, armado por algo que se había caído, la despertó y Vee abrió los ojos a un mundo luminoso y vívido. Un cuenco esmaltado arremetió contra la mesita que había junto a ella y observó a una enfermera vertiendo una jarra de agua caliente en él.

—¿Cree que podrá lavarse usted sola, señora Overs? —preguntó la enfermera.

—No soy la señora Overs —respondió Vee.

Sus palabras salieron en una ristra de vocales indefinidas. No podía cerrar bien la boca y sentía la mejilla hinchada como un pan de pueblo. Se llevó una mano a la cara y palpó un tapón de tela y una venda enrollada alrededor de la cabeza.

—No debe tocarse el vendaje. Si quiere pedir algo, escríbalo. —La enfermera extrajo una libretita del bolsillo y un lápiz rojo—. Volveré cuando se haya lavado.

Corrió una cortina alrededor de la cama y dejó a Vee contemplando girasoles descoloridos.

Se pasó la manopla a toquecitos y recordó algunos fragmentos de lo ocurrido: una carta entregada a una bruja con gorro de punto, un armario vacío.

—Señora Elias, ya es de día —anunció la enfermera a unos metros.

—Buenos díooaaaaa. —El saludo se tornó en bostezo—. Qué bien he dormido esta noche.

—Creo que mucha gente lo ha hecho, anoche no hubo incursiones sobre Londres.

—¿No hubo incursiones?

—En Londres al menos, no.

—¡Ninguna incursión! ¿Ha oído eso, señora Thomas?

—¿El qué?

—Que anoche no hubo incursiones sobre Londres.

—¿Que no hubo qué?

—Incursiones.

—¿Que no hay infusiones?

—No, que no hubo incursiones.

—¡Oh! ¿Entonces no nos pondrán té en el desayuno?

—Buenos días, señora Connell. ¿Ha dormido bien?

—Me temo que no, señorita, ahora estoy tan acostumbrada a las bombas que la tranquilidad me resultaba excesiva. Soy así de rara, qué le vamos a hacer.

—Y lanzó una tintineante risa de reprobación contra su propio comentario.

En la memoria de Vee fueron encajándose más piezas: una linterna en el suelo, sombras en una pared.

—¡Oh, Dios!

Sus palabras sonaron a bramido, a una vaca alumbrando a un ternero.

Apartó la ropa de cama e intentó ponerse en pie, pero le pareció estar subida a un tiovivo, el suelo subía y bajaba, y los girasoles daban vueltas revolviéndole el estómago. Se dejó caer de nuevo sobre la cama justo cuando la enfermera reapareció.

—¿Qué le ocurre, señora Overs?

—¿Dónde está Noel? ¿Dónde?

Sus frases resultaban ininteligibles incluso para ella; alcanzó el lápiz y la libretita.

TENGO QUE IRME ¿DÓNDE ESTÁ MI ROPA?

—No puede marcharse del hospital hasta que el doctor Feggerty le dé el alta, y estoy segura de que todavía tardará unos días.

TENGO QUE ENCONTRAR A ALGUIEN. UN NIÑO.

Vee subrayó la última palabra y luego le dio golpecitos insistentemente con el lápiz mientras miraba a la enfermera, intentando convencerla para que entendiera la urgencia de su petición.

—¿Quiere decir su sobrino? ¿El pequeño de las orejas?

Vee asintió.

—Ha venido a visitarla los dos últimos días ya tarde. Supongo que volverá otra vez esta noche. Normalmente no dejamos entrar a los niños solos, pero es un muchachito muy educado.

La enfermera se fue de nuevo volando y Vee se recostó renqueando y aliviada. Se le cayó el lápiz al suelo y se sintió tan incapaz de recogerlo como de pilotar un Spitfire.

Fue el celador encargado del desayuno quien recogió el lápiz y respondió a algunas preguntas básicas antes de dejar a Vee con un flan de leche. El contenido de las cucharadas se deslizaba por un hueco en su dentadura hasta ahora desconocido.

Se encontraba en la sala 22 del Hospital General de Hampstead, tenía un pómulo roto y una conmoción cerebral, y era martes, lo que quería decir que llevaba media semana allí.

—Y los italianinis están bombardeando Grecia —añadió el celador cuando pasó a recoger su bandeja.

Vee casi había olvidado que se estaba librando una guerra mayor. Se tocó de nuevo el vendaje y, con cautela, se palpó el resto de la cara: estaba todo, no había agujeros, ni marcas profundas, sólo la costra de una rozadura en la frente.

Después de eso, sus pensamientos se detuvieron y, cuando volvió a despertarse sobresaltada, un grupo de médicos rodeaban su cama y examinaban su mejilla derecha expuesta a la vista de todos de un modo que le pareció indecente.

—Fractura cerrada del maxilar superior derecho que presenta depresión y contusión del lóbulo temporal por traumatismo directo —anunció el chico con

espinillas y un bigote tan finillo como una ceja depilada a conciencia—. ¿Puede recordar lo que le ha ocurrido, señora Overs?

ALGO ME GOLPEÓ

Escribió Vee.

UNA BOMBA

—No, una bomba no. Siga mi dedo con los ojos.

El doctor trazó una rápida cruz en el aire sobre la cabeza de la enferma.

—Y ahora, ¿me podría recitar el alfabeto? Muy bien —interrumpió apresuradamente cuando Vee, entre rociada y salpicón había llegado hasta la ge—, es suficiente. Lo que realmente le impide hablar con claridad es la hinchazón, pero remitirá en un par de días. Enfermera, vuelva a colocarle el vendaje y retírele los puntos el viernes.

Y, sin más, se marcharon todos empujando un carrito lleno de notas hasta la siguiente cama, seguidos de una bandada de enfermeras que iban tras ellos como gaviotas aleteando tras un tractor.

Cuando Noel llegó, Vee aún dormía. Al despertar, lo vio observándola a un metro y medio de distancia con el rostro tenso.

—¿Está despierta? Quiero decir, despierta de verdad.

Vee asintió. Noel llevaba puesto un abrigo de hombre con las mangas arremangadas. Extendió la mano desde la cama y tocó la tela: lana.

—Me lo ha dado una mujer en la estación. La enfermera me dijo que había sufrido una conmoción, que es cuando el cerebro recibe sacudidas dentro del cráneo. Causa obnubilación y pérdida de memoria. Ayer no paró de abrir los ojos, pero en realidad no veía nada. ¿Cuánto es nueve por seis?

Vee hizo el gesto de escribir.

—Nueve por seis —repitió Noel pasándole la libretita y el lápiz.

36 ¿DÓNDE TE ESTÁS QUEDANDO? ¿QUÉ ESTÁS COMIENDO?

—No es correcto, son cincuenta y cuatro. ¿Cuál es la capital de Sicilia? — Su voz sonaba estridente, intimidante.

Vee se dio cuenta de que estaba asustado.

NO SE ME DAN BIEN LAS MATEMÁTICAS NI LA GEOGRAFÍA.
PREGÚNTAME CÓMO ZURZIR UN CALCETÍN.

—¡Ah! —dijo soltando una prolongada exhalación—. Entiendo. De todas formas, no es necesario que me responda a lo del calcetín, pues no sabría si la contestación es correcta.

Vee señaló una silla junto a la cama, pero Noel aún tardó unos segundos en tomar asiento.

—He estado durmiendo en la estación de metro de Hampstead. Si dices que te han separado de tu familia, la gente te ofrece comida y otras cosas. Por las mañanas voy a la biblioteca.

PODRÍAS IR A CASA DE TU TÍ

—No —interrumpió leyendo la frase del revés.

NO SON MALAS PERSONAS

Noel se cruzó de brazos y miró por la ventana. En la cama de al lado, la hija de la señora Connell pelaba una manzana y se quejaba de la avaricia del frutero.

—¿Una taza de té, señora Overs? —preguntó el celador.

Vee movió la cabeza para responder afirmativamente.

Esperó a que el carrito hubiese desaparecido y se puso de nuevo a escribir.

¿POR QUÉ ME LLAMAN ASÍ?

—Porque le dije al conductor de la ambulancia que era mi tía Margery. Pensé que si éramos familia me dejarían venir al hospital, pero no fue así. Creo que no querían correr el riesgo de que le contara nada a nadie.

—¿Contar qué? —dijo moviendo la boca pero sin emitir sonido.

—Cómo te hiciste todo esto.

Vee aguardó a que prosiguiera.

—Fue con la puerta —explicó Noel—. Te golpearon la cara con la puerta de la ambulancia.

La habían lanzado al suelo, y a Noel con ella. En la oscura niebla, el chico se puso de rodillas como pudo y gritó pidiendo socorro mientras oía el

quejido en el que se había convertido la respiración de Vee. Una vez determinaron que su víctima seguía aún con vida, las chicas de la ambulancia parecían estar más irritadas que culpables. Cargaron a Vee en la parte trasera de la camioneta y se marcharon en busca de más heridos después de entregar a Noel a un policía que pasaba por allí.

—Vine a visitarte al día siguiente y al otro.

—Lo sé —dibujó Vee con los labios.

Se llevó la mano a la cara y tocó el vendaje, luego escribió.

¿TIENE MAL ASPECTO?

Noel vaciló, reticente.

—Tenía una parte un poco hundida.

—¿Hundida?

—De hecho, el término preciso es «depresión», por eso la operaron.

«Una parte de la cara hundida, su rostro sería diferente para siempre», pensó. Feo.

Se le nubló la vista.

—No pasa nada —dijo Noel—. Para ser sincero, yo preferiría tener una marca profunda en la cara antes que asas de jarrón etrusco por orejas.

El comentario casi la hizo sonreír. Vee extendió el brazo y le dio una palmadita en el codo. Noel bajó la mirada a sus manos como si Vee se las hubiera manchado de pintura.

—Me he traído un libro. Me he acordado de que, cuando me encuentro pachucho, me gusta que me lean. ¿Le gustaría que le leyera?

Vee asintió, aunque tampoco es que le hubieran leído antes.

—Se trata de una novela negra estadounidense titulada *El sueño eterno*. Andaba buscando algo que lograra mantener la atención de una persona convaleciente y el bibliotecario me dijo que esta lectura era trepidante.

Abrió el libro con esmero.

—No intentaré imitar el acento —añadió antes de aclararse la garganta.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que leyera en voz alta. Al terminar la primera página, alzó los ojos para comprobar si Mattie lo estaba escuchando, pero, en su lugar, vio a Vee asintiendo, animándole a continuar.

—Vamos, sigue —dijo la señora Connell desde la cama de al lado—, lo estás haciendo muy bien.

—Creo que Philip Marlowe está asumiendo que Taylor tiene algo que ver con la muerte de Geiger —comentó Noel.

—¿Hace cuánto que no te cepillas los dientes?

—Ayer me comí una manzana.

—Eso no es lo que te he preguntado. ¿Y desde cuándo no te lavas la cara?

—Desde hace un siglo. En la estación de metro no había servicios y no tenía dinero para comprar un cepillo de dientes.

Se encontraban en una parada de autobús a unos cien metros del hospital. A la luz del día, la piel de Noel mostraba un tono grisáceo y estaba salpicada de manchas de hollín. A Vee le asaltaron unas ganas irrefrenables de tener un pañuelo para poder mojarlo con saliva.

—Sin embargo, es perfectamente posible que a Geiger lo asesinara alguien a quien estuviese chantajeando. ¿No cree?

Vee asintió, ausente. El viento le punzaba la mejilla herida. Le habían retirado el vendaje aquella misma mañana y también le habían quitado los puntos, con lo que pudo verse la cara en el espejo del cuarto de baño. Estaba mejor y peor de lo que se había temido: tenía moratones, pero ninguna marca profunda, aunque sí una cicatriz teñida aún del yodo de la intervención que, cual sonrisa de satisfacción, extendía unos labios gruesos por debajo de su mejilla.

—Han hecho un trabajo estupendo —dijo una de las enfermeras mientras le colocaba un vendaje más pequeño—. Trate de aplicarse lanolina a diario.

Lo cierto es que Vee pensó que si, en lugar de tratarse de la cara de una persona, aquel «trabajo estupendo» se hubiese hecho en unos pantalones, sólo podría haberse calificado de costura chapucera e incompetente.

«Qué pena que se marche —había lamentado la señora Connell—, quería escuchar el resto de la novela negra. Qué salado que es su sobrino, ¿verdad?».

El salado se encontraba en estos momentos mirando al fondo de la calle para ver si venía el autobús. Desde aquel ángulo, Vee podía ver la nuca del niño.

—En cuanto lleguemos a casa, te voy a preparar un baño y te puedes quedar en la bañera hasta que recuperes el color que tienes que tener —dijo Vee.

—Si tomamos el 46 en dirección sur, nos llevará hasta King Cross, y allí podemos tomar el tren a Saint Albans. Así casi no tendrá que caminar nada.

—¿Has oído lo que te he dicho del baño?

—Sí.

—El que hayas conseguido arreglártelas tú solo durante unos cuantos días no quiere decir que ya no necesites que yo te cuide. Creo que a veces se te olvida cuántos años tienes.

—Once.

—Tienes diez.

El chico negó con la cabeza.

—Cumplí los once antes de ayer.

Resultaba absurdo lo que la hacía llorar últimamente, era como si el golpe con la puerta de la ambulancia hubiese desenchufado algo en ella.

Noel la miraba con preocupación.

—Te voy a hacer una tarta de cumpleaños —anunció al tiempo que se enjugaba las lágrimas de los ojos.

—¡Ah! Los cumpleaños me dan igual —dijo Noel con desdén—. No se preocupe si se lo ha perdido. Mattie decía que debemos celebrar los buenos momentos cuando se presentan.

—En tal caso, te haré una tarta de buenos momentos, si puedo encontrar huevos, claro.

Cuando llegó el autobús, un señor muy mayor le cedió su sitio y a Vee le complació aceptarlo, ya que la convalecencia en la cama le había dejado las piernas flojas. Noel, libro en mano, se quedó de pie junto a ella en el pasillo.

—Tenemos que desviarnos de la ruta —gritó la conductora—. No nos lo agradezcan a nosotros, agradézcanselo a *herr* Goering.

Adelantaron a un camión en el que estaban cargando escombros. Estaba aparcado junto a una farola doblada casi por la mitad que parecía una jirafa fisgoneando por las ventanas del autobús.

—Justo ahí es donde cayó nuestra bomba —dijo Noel—. Recuerdo haber visto esa farola cuando el polvo comenzó a disiparse.

Aunque ninguna de las casas que quedaban en pie en la calle tenía cristales en las ventanas, ni demasiadas tejas en el tejado, la gente aún vivía en ellas. Una señora limpiaba alegremente el umbral de su casa con un cepillo. La señora Connell, de la cama de al lado, le había contado a Vee en el hospital que era signo de buena suerte el que cayera una bomba en la calle donde uno vivía, ya que los alemanes nunca bombardeaban el mismo sitio dos veces.

Junto a Vee, Noel pasó una página.

—Sólo estoy mirando por encima qué ocurre más adelante; será más fácil leer en voz alta si tengo una ligera idea de lo que va a ocurrir —explicó Noel.

—Tendrás que devolverlo a la biblioteca —dijo Vee.

—Puedo enviarlo por correo.

—Pero habrá que pagar los sellos.

Vee cerró los ojos durante uno o dos minutos y volvió a abrirlos cuando el autobús se sacudió al pasar por un bache.

—¡Mira! Apuesto a que ésa fue la bomba que precedió a la nuestra —dijo Noel.

—¿De qué hablas?

A través de la ventana, Vee vio otra montaña de escombros recientes en otra calle sin ventanas.

—Oímos cuatro bombas caer una detrás de otra, ¿no? La nuestra fue la cuarta, apuesto a que ésta fue la tercera. Está a casi medio kilómetro y desde aquella noche no se han producido ataques aéreos.

—Tiene razón —corroboró el señor mayor de pie junto a Noel—. Los muy cabritos soltaron una serie de bombas de media tonelada cuando nos sobrevolaron en dirección nornoroeste, le ruego disculpe mi lenguaje.

—Disculpado —dijo Vee cerrando de nuevo los ojos.

Noel colocó una regla en su mapa mental del norte de Londres, trazó una línea entre los primeros bombardeos y, tras cierta consideración, marcó la siguiente cruz al lado del priorato de Santo Domingo. Se sintió culpablemente complacido cuando el autobús pasó junto a dos frailes que salían de la iglesia a través de un agujero en el muro de la capilla de Nuestra Señora. Un cráter agujereaba el recreo de la escuela del priorato, justo al lado de éste, mientras que, en la calle, un árbol enorme y sin hojas se había quebrado como un palillo de dientes. La madera expuesta formaba un haz de astillas de un amarillo apagado.

Noel deslizó la regla imaginaria hacia el suroeste.

—La primera fue la peor —continuó el anciano—, cayó en una tubería principal de gas y los bomberos estuvieron liados hasta por la mañana.

—¡Desvío! —anunció el cobrador—. Tomaremos Queen's Crescent y luego Haverstock Hill.

Noel calculó dónde dibujaría la siguiente marca; frunció el ceño. El autobús giró en una esquina.

—¿En qué calle estaba la tubería de gas? —preguntó el chico.

—En Mafeking Road.

Vee abrió los ojos.

—¿Cómo dice?

—En Mafeking Road. La mitad de la calle se ha ido a tomar viento. Disculpe mi lenguaje.

Vee dio un codazo a Noel.

—Haz sonar la campana —le ordenó.

Donde antes se alzaban los cuatro pisos de la casa victoriana, sólo quedaba una fachada negra y ondulada, perforada por rectángulos de cielo.

Una cuerda colgante atravesaba con laxitud la calle; Noel la franqueó a horcajadas y caminó hacia el número 23. A través del agujero de lo que otrora había sido la puerta principal, pudo ver las vallas rojas de un serbal en el jardín de la parte trasera de la casa adosada. Junto al umbral había un volante de metal fundido; le llevó unos segundos percatarse de que se trataba del limpiabarros.

—Espérame —dijo Vee.

Lo alcanzó y se colocó al lado. Noel tenía la mirada fija abajo, en el apartamento en semisótano. Estaba medio inundado. Sobre la superficie del agua burbujeara una espumilla de cenizas y trozos de madera carbonizada flotaban aquí y allá. Lo único visible era la parte superior de la ventana, que enmarcaba no una habitación limpia como una patena, sino una masa de ladrillos triturados.

—El suelo de madera ardió y cedió —dijo una voz.

Vee se volvió y encontró a una niña de unos doce años con un bebé en la cadera.

—Todavía no han sacado a la gente, pero mi primo, que es bombero, dice que no van a poder sacar a nadie porque después del incendio ya no habrá quedado nada de ellos. —Se cambió el bebé a la otra cadera—. Se supone que no nos podemos acercar, por si se derrumba.

—¿Y se puede saber qué haces tú aquí entonces? —inquirió Noel en tono hostil.

Empezó a caminar dejando atrás a la niña, alejándose de la casa, la cara pálida.

—No le hagas caso —dijo Vee—, ha sufrido una fuerte impresión; los dos la hemos sufrido. —La mejilla le latía como si alguien la estuviese aporreando con una baqueta de tambor—. Conocíamos a la señora que vivía en el apartamento en semisótano del 23.

—¡Oh! —La niña miró con curiosidad el rostro de Vee—. ¿Y también conocían al hombre?

Vee tardó un momento en advertir que algo en la pregunta no encajaba.

—¿Qué quieres decir con que si lo *conocíamos*? El señor Overs no estaba ahí abajo, estaba de servicio. Había empezado su turno.

La niña cabeceaba con la expresión estirada de quien ostenta un conocimiento superior.

—Cuando la bomba explosionó, el señor Overs vino corriendo y entró para intentar rescatar a la señora Overs.

«Claro —pensó Vee sombríamente—, por supuesto que vino, eso es exactamente lo que hizo, nada en el mundo se lo habría podido impedir». Se quedó sin habla, contemplando la ventana colmada de ladrillos. «Así que los dos estaban ahí abajo, pobres desgraciados, pobres desgraciados sosos y abnegados». Ella misma podría haberse quedado también en esa caja de zapatos en llamas si Margery Overs no hubiera sido tan... tan...

Apartó aquel pensamiento tan poco caritativo de su mente y dio un respingo al oír el salpicar de una rata que se había arrojado al lago del semisótano y se dirigía nadando a los escalones.

—Qué horripilante —dijo Vee con poco tacto.

—Sí, es muy, muy triste. —El bebé empezó a revolverse y la niña le metió un nudillo para que lo chupara—. ¿Sus heridas son también de un ataque aéreo?

—Por así decirlo.

Encontró a Noel al volver la esquina, sentado en un muro bajo. Vee se sentó a su lado.

—Será mejor que te lo cuente: los dos se han ido. Tu tío regresó al apartamento para tratar de rescatar a tu tía.

—No son mis tíos —contestó Noel automáticamente, sin apenas mover los labios. —Se llevó un minuto con los ojos clavados en los zapatos antes de volver a hablar—. He de contarle algo, algo horrible.

—Adelante, habla.

—Cuando vivía con ellos, deseaba que al despertarme por las mañanas ellos hubiesen muerto y Mattie estuviese viva de nuevo. Eso deseaba. —Se entretuvo con uno de los cordones de sus zapatos aguardando la réplica—. ¿No lo entiende? —preguntó al ver que ésta no llegaba—. Quería que se murieran. Todos y cada uno de los días que pasé con ellos deseé con todas mis

fuerzas que se murieran, y ahora están muertos de verdad.

Se giró desafiante hacia Vee, como esperando recibir un sopapo en la oreja.

—Bueno, si quieres puedes culpabilizarte todo lo que quieras, pero creo que Hitler ha tenido algo que ver en el asunto.

Noel hizo el intento de hablar.

—No —dijo Vee—. Esto no ha ocurrido porque tú lo desearas. Están muriendo muchas personas, algunas buenas y otras no tanto, algunas amadas y otras que jamás recibieron una pizca de cariño, pero ninguna de ellas ha muerto porque no fueran del agrado de un niño de diez años. De once —se corrigió rápidamente antes de que Noel saltara—. Bien sabe Dios a la de gente a la que habré deseado la muerte a lo largo de mi vida, pero nunca me ha funcionado. Nunca.

Vee pensó que aquel último comentario no había sonado del todo ortodoxo.

—No es lo mismo pensar mal que obrar mal —añadió.

Eso ya sonó mejor.

Permanecieron allí sentados en silencio unos minutos, pero el viento estaba comenzando a soplar con fuerza y venía cargado de cenizas negras.

—Vámonos. Vas a tener que echarme una mano, tengo menos fuerza que un minino.

Noel le ofreció el brazo y Vee se apoyó en él hasta llegar a la parada de autobús.

TERCERA PARTE

—Tengo la sensación de haber estado fuera un mes —dijo Vee—. Se me había olvidado lo limpio que es este sitio, y lo bueno y fresco que es el aire.

—Ocurre lo mismo cuando uno vuelve de vacaciones —comentó Noel—. Aunque en ese caso normalmente ocurre lo contrario, ¿no? Cuando se vuelve a casa todo parece más pequeño y más feo.

—Ni idea, nunca he ido de vacaciones.

—¿Nunca?

—Una vez fui de excursión con la parroquia a un pueblo que está a un par de horas de aquí, a Saffron Walden. Hubo niebla.

Estaban de pie en la acera, a la salida de la estación de Saint Albans, descolocados, reticentes ambos a regresar a su antigua vida allí. Eran las diez de la mañana y un cielo del color del chocolate frío amenazaba con nevar.

—La gente se me queda mirando. ¿Qué les digo si me preguntan? —se inquietó Vee—. ¿Adónde les digo que he estado?

—Visitando a mis parientes.

—¿Y uno de ellos me dio un puñetazo?

—Podría contarles la verdad, que resultó herida en un ataque aéreo.

—No. —No quería causar sensación, le daba pánico ser el centro de atención—. Diré que me caí durante el oscurecimiento nocturno de la ciudad, pues anda que no le pasa a gente.

De repente le vino a la cabeza una emocionante noticia local que escuchó contar a alguien la semana anterior. La oyó y luego la olvidó debido a la escalada de acontecimientos que se sucedieron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Noel.

—Tengo que acercarme un momento a la oficina de seguros antes de ir a casa. Acabo de acordarme de algo.

Pasaban por el taller Fleckney cuando Noel oyó que lo llamaban por su apellido, alzó la vista y vio al señor Waring cruzando la calle, seguido de una fila de niños.

—¡El viajero ha vuelto! Señora Sedge.

El maestro levantó su sombrero, se quedó un instante congelado al contemplar la cara de Vee y luego inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Me congratula ver que la oveja descarriada ha vuelto al redil —añadió el señor Waring.

—Sí, ha vuelto —contestó Vee, incómoda—. Aunque necesita un buen guiso.

—¿Y cuándo lo veremos por clase?

—Mañana —respondió Noel justo cuando Vee contestaba: «Hoy».

—Hoy —repitió con más firmeza lanzándole una mirada para recordarle su recobrado estatus de niño—. Yo me llevo tu maleta y tú te vas con el señor Waring. Seguro que están haciendo algo educativo, ¿no es así, señor Waring?

—Vamos camino de Brickett Wood para impartir allí una clase sobre cómo identificar hongos comestibles.

—Vaya, fijate, educativo y además útil.

Hizo caso omiso de la mirada fulminante de Noel y de que se le hubiese puesto la cara blanca. Sería mucho más fácil resolver los asuntos que tenía pendientes en Seguros Firebrand sin él.

No le llevó mucho tiempo. De hecho, los trámites se realizaron con tan agilidad que hasta pensó en escribir un mensaje de recomendación:

Aseguré a mi anciana vecina por un chelín a la semana y, sin más preocupación, veintiocho libras y un florín han venido a parar a mi cartera gracias a la eficiencia y honestidad de esta compañía. Recomendaré vivamente los servicios de Seguros Firebrand a todos mis amigos.

Muy agradecida,

Un ama de casa de Inglaterra

La vejez finalmente alcanzó a la señora Fillimore, quien se desplomó una noche mientras sacaba a pasear al perro. Se marchó en un suspiro, según palabras del juez. Una muerte dulce en comparación con los pobrecillos de Kentish Town. El funeral ya se había oficiado y Vee no sintió habérselo perdido. Los funerales siempre le hacían formularse preguntas incómodas sobre la vida después de la muerte y la violenta posibilidad de encontrarse

con los que ya se habían marchado, en particular con aquéllos a los que Dios ha unido. Cuando llegara su hora, lo último que deseaba era que la invitaran a entrar por las puertas del cielo para ser recibida por Samuel Sedge esperándola con una partitura.

Tuvo que firmar algunos formularios en Firebrand y luego hubo de aguardar un poco cuando el oficinista fue a buscar la llave de la caja, aunque nunca antes le había resultado tan placentera una espera. Mientras volvía al apartamento, el montón de dinero, en lugar de lastrar la maleta con su peso, parecía aligerarla a medida que Vee se lo iba gastando mentalmente: primero fundiéndoselo todo en unas vacaciones de convalecencia en un balneario (tendida en una *chaise longue*, una camarera sirviéndole el té, Noel sentado en un sillón cercano con la nariz metida en un libro); luego cambió de opinión y pensó comprarse un abrigo de cachemira color pardo claro para ella y una bicicleta nueva para el chico. Su siguiente fantasía, un viaje en coche por el Distrito de los Lagos, se esfumó de golpe cuando Vee no pudo abrir la puerta de su casa.

Examinó la llave, en caso de que también se hubiese dañado en algún bombardeo durante su semana en Londres, y luego lo intentó de nuevo. No giraba en la cerradura. Retrocedió un paso, observó la puerta y advirtió una grieta pálida en la madera junto a la jamba: la marca de haber retirado una astilla alargada. También advirtió una muesca en uno de los paneles.

Sin aviso, alguien abrió la puerta desde dentro.

—¿Sí? —dijo una silueta pequeña y paliducha envuelta en una bata de franela gris.

Al principio Vee no pudo soltar palabra, sólo alcanzó a abrir y cerrar la boca.

—Ésa es mi bata —logró articular al fin—. ¿Qué le habéis hecho a mi puerta?

—Tuvimos que cambiar el sierre.

—¿Qué?

—Parra usar llaves nuevas.

—¿Qué habéis cambiado la cerradura?! ¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? Éste es mi apartamento, yo soy la inquilina y tengo los papeles en regla, te voy a denunciar.

Mientras la amenazaba, entró en el apartamento empujando a la austríaca con la maleta como ariete y luego la sacó a la calle de un empellón. Las

explicaciones podían esperar, había una *extranjera* en su piso, ¡qué narices! Una que, por lo que parecía, se había metido en su casa a patadas y que ahora se desgañitaba gritando aferrándose a la puerta...

De repente, Vee entendió lo que chillaba la chica.

—¡Donald! —voceó Hilde de nuevo.

Vee giró la cabeza y vio a su hijo en lo alto de las escaleras. Llevaba un rifle.

Hilde se había vuelto a colar en el zaguán y había cerrado la puerta de la entrada.

—Esta persona me ha agredido, Donald —acusó Hilde, que estaba detrás de Vee.

—Te habías marchado a Irlanda —dijo Vee.

—Me ha doblado dos dedos, me duelen mucho.

—Y no soy una *persona* —gritó Vee volviéndose hacia la chica—, soy su *madre*. Soy yo quien paga el alquiler de este sitio y te ordeno que te vayas.

—No —sentenció Donald.

—¿Cómo? —Vee volteó de nuevo la cabeza, demasiado rápido esta vez, y todo le dio vueltas. Tuvo que agarrarse a la barandilla—. Tienes una pistola —dijo con un hilo de voz cerrando los ojos para calmar el balanceo del suelo. Oyó las pisadas de Hilde pasar junto a ella y subir las escaleras.

—¿Estás herida? —preguntó Donald.

Puede que incluso se detectara un leve atisbo de preocupación en su voz.

—Sufrí una conmoción durante el oscurecimiento, me rompí el pómulo y tuvieron que operarme, gracias por preguntar. Éste es mi apartamento y voy a subir a hacerme un té, así que más te vale quitar a esa chica de mi camino si sabes lo que te conviene.

—Te aseguro que sé lo que me conviene —respondió Donald en un tono peculiar.

Cuando Vee abrió los ojos, Hilde estaba agarrada del brazo de Donald y la miraba con esos ojillos negros que tenía.

—¿Podría pedirle que se quite los zapatos?

—Eso se lo pides a otra.

Vee subió con esfuerzo las escaleras y llegó al estrecho rellano abriéndose camino entre la pareja con un empujón.

Alguien había colgado un cuadro en la pared, una lámina enmarcada de unas montañas cubiertas de nieve. Alguien había pegado unos flecos hechos de

cuentas en la pantalla sin adornos de la lámpara.

Abrió la puerta de la cocina y se quedó mirando el mantel blanco, la cesta con frutas de rafia, el jarrón de flores secas, el caballete (¡el caballete!) junto a la ventana, inclinado para que la luz de la mañana se reflejara en el torpe dibujo de un árbol. Las cortinas estaban recogidas con lazos, había servilletas en la mesa (en servilleteros).

—Voy a prepararrar té —anunció Hilde entrando afanosa en la cocina—. Siéntese, por favor.

Vee hizo el amago de discutir, pero acabó tirando cansinamente de una silla.

—Sólo llevo una semana fuera —dijo sin dirigirse a nadie en particular.

Oyó unos roces tras de sí y, al volverse, vio a Hilde a gatas con un recogedor y un cepillo de mango corto barriendo la ruta diagonal que había recorrido Vee hasta la mesa.

—¿Limón o leche? —preguntó la chica.

—¿Cómo?

—¿Qué prefiere con el té, limón o leche?

—¿Y de dónde te propones sacar limón? ¿Mussolini te va a tirar un paquete desde el cielo?

—Tengo en un bote la cáscarra del último que conseguí.

—Leche.

Donald apareció cautelosamente en el campo de visión de Vee. Apoyó el rifle en un rincón y se sentó al otro lado de la mesa.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Vee con aspereza, como si estuviese hablándole a un extraño que pasara por allí en lugar de al fruto de su vientre—. ¿Por qué estás todavía aquí? ¿Por qué tienes una pistola?

—Me he hecho voluntario del Cuerpo de Defensa Nacional.

—¿Y se puede saber para qué?

—Para que me dieran un arma. Fue idea de Hilde.

Pronunciaba su nombre con esmerada reverencia, como si cada vez que la mencionara ganara un premio en metálico.

El nombre en cuestión estaba sacando unas pastas de un tarro de latón que Vee no había visto antes y luego colocándolos en un plato.

—¿Y también fue idea de ella mudarse aquí?

Donald parecía esquivo.

—Es una larga historia.

—Me sobra el tiempo —dijo Vee—. No voy a irme a ninguna parte, *vivo*

aquí, ¿no? Y antes de que empieces, ¿no deberías preguntarme por alguien más?

Se hizo un silencio. Donald se toqueteaba el bigote.

—Vi a la abuela fuera del Co-operative, estaba con el primo Har...

—¡Me refiero a Noel! Me refiero al niño al que te llevaste a Londres y luego perdiste.

—¿Lo encontraste?

—Sí.

—Entonces todo bien.

—No gracias a ti.

En su cara no había el más mínimo rastro de culpabilidad, aunque sí había otra cosa... una expresión, un aire que no le resultaba familiar, pero no lograba adivinar qué era exactamente.

—Pensé que no volvería a verte. —Aquellas palabras lastimeras salieron de su boca antes de que Vee se enterase.

—Ocurrió algo y tuvimos que cambiar de planes.

—¿Donald?

Hilde lo llamaba sosteniendo una bandeja para que él la llevara a la mesa. Donald se levantó y la recogió ante la atónita mirada de su madre.

—Y ahorra me sentarré con vosotros —anunció Hilde tomando asiento.

Parecía de lo más tranquila, allí sentada con la bata de Vee, en la silla de Vee, en la cocina de Vee. Ésta se giró para no tener que mirarla.

—¿El qué? ¿Qué fue lo que pasó?

—No puedo contártelo.

—¿Cómo? ¿Nos vamos a quedar aquí sentados dándole al palique y hablando del racionamiento del azúcar mientras una alemana me sirve té vestida con *mi ropa*?

—Austriaca.

—¿Y qué clase de mujer está todavía en bata a media mañana?

—Esta semana trabajo en el turno de noche en la fábrica —explicó Hilde—. Estaba a punto de levantarme de la cama cuando llegó.

—De *mi* cama, a punto de levantarte de *mi* cama.

—Mamá...

—¿Le apetece una *Vanillekipferl*?

Hilde levantó el plato ofreciéndole las pastas de vainilla a Vee con una tranquilidad preternatural.

—No.

—Las he hecho yo, perro no hay vainilla ni mantequilla, así que están muy sosas.

—Y no son las únicas —espetó Vee lanzándole una mirada envenenada a la chica.

—Mamá, no debes hablarle así a Hilde.

—Le hablaré como me venga en gana, éste es mi apartamento, mi mesa, mi...

—La amo.

Donald pronunció aquellas palabras manidas como si acabasen de salir del horno.

—¿Cómo?

—Y me ha salvado la vida.

La mirada de Vee pasó del uno al otro, del hombre corpulento (ésa era la nueva expresión de su rostro, parecía un *hombre*, de mandíbula firme como Popeye) a la chica pequeña y paliducha de pelo estirado en un moño poco favorecedor y ojos que parecían dos pasas en un plato.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sin fuerzas en la voz.

—Deberíamos contárselo —dijo Hilde—, porque tiene que saber lo del dinero.

—¿Qué dinero? —En el silencio que siguió, Vee tomó una pasta sin darse apenas cuenta. No estaba mal—. ¿Qué dinero?

—Yo se lo contaré. Leí la carta que me trajo, señorita Sedge. Donald quería que yo hablara con él sobre algo que erra de vida o muerte, así que a la tarde siguiente vine aquí, a este pequeño apartamento, y hablamos de cosas durante mucho tiempo, ¿verdad?

Hilde rodó su mirada hacia Donald y él asintió. Aquella tarde, sentado a la mesa de la cocina, tras las cortinas corridas, le contó todo el embrollo que había armado y ella le fue arrancando las mentiras como quien desprende a tiras el papel pintado de la pared: el trabajo de incógnito, la casera, su glamurosa familia, el club de Londres... Lo confesó todo, puso al descubierto su ordinaria realidad. Luego, cuando ella le pidió un tiempo para reflexionar, se quedó sentado, hundido en la miseria y oyendo los pasos de Hilde recorrer el apartamento de habitación en habitación. Los pasos se detuvieron en la habitación de su madre. Donald escuchó el chirrido del espejo del tocador, supo que Hilde se estaba mirando en él y deseó poder admirarla también,

deseó estar detrás de ella abrazándola por la cintura y contemplando el reflejo gemelo de ambos.

Sin ella, sentía que le faltaba su otra mitad. Un pensamiento, indeciso y desconocido, se arrastró a una región hasta entonces desusada de su cerebro: ella se merecía a alguien mejor que él.

—Entonces alguien rompió la puerta —continuó Hilde.

Donald supo que la estampida que ascendía por la escalera anunciaba su muerte. Cuando los dos hombres, el pálido de Kensington y un matón rechoncho con manos como palas, irrumpieron en la cocina, él seguía sentado en la silla, paralizado. En un visto y no visto, tenía una navaja de afeitar en la garganta presionándole la nuez, impidiéndole hablar, gritar o siquiera suplicar. Un cálido hilillo se le deslizó por el cuello hasta estancarse en la hendidura sobre el esternón. El mundo retrocedió, a Donald le pareció estar oteando por un telescopio a dos hombres diminutos charlando de lo más normal sobre si deberían cargárselo en la bañera o en un dormitorio. Los pensamientos lo abandonaron, sólo lo invadía un miedo que rugía dando vueltas en su cerebro como una motocicleta acrobática.

En ese momento, Hilde abrió la puerta de la cocina.

—¿Qué querréis? —preguntó con frialdad.

El pálido, que había estado mirando por la ventana, soltó un taco y se dirigió hacia ella. Hilde dio unos pasos acercándose al desconocido y alzó la vista escudriñando sus facciones angulosas como quien examina un cuadro grande y feo.

—¿Qué querréis? —repitió.

El pálido se movía inquieto, como un caballo haciendo frente a una avispa.

—*Nosotros* haremos las preguntas, no tú. Nos lo llevamos —dijo mirando hacia atrás.

—¿Por qué? ¿Qué ganáis si os lo lleváis?

—Cierra el pico y siéntate aquí.

Hilde se sentó y Donald sintió que el pinchazo de la navaja le indicaba que debía incorporarse e ir hacia la puerta.

—¿Lo vais a matar? —preguntó Hilde.

—¿Que cierres el pico!

—¿Cuánto os pagan por esto?

—Que te *calles*.

—Os podemos dar dinero. Donald tiene dinero, me ha hablado de su

dinero. Podéis coger su dinero e irros, y os prometo que no dirremos nada.

La palabra «dinero» quedó suspendida en el aire. Los dos hombres intercambiaron una rápida mirada interesada.

—Y cuando llegue la polisía no verá ningún delito —añadió la chica.

—¿Qué policia?

—Acabo de hablar por la ventana del dormitorio con el vesino que tiene teléfono y le he pedido que llame a la polisía. Llegarán en un momentito.

—Estás mintiendo, puta zorra extranjera. —Si bien el atacante se volvió a acercar a la ventana y echó un vistazo a la calle vacía—. Tráelo, vamos —le dijo a Donald—, trae el dinero, vamos a verlo.

Todo era una pesadilla en plena madrugada: pasos y una cuchilla que lo empujaban desde atrás. Donald se arrodilló junto a su cama y sacó la caja de zapatos cuya ilustración del flanco representaba un par de mocasines con borla. Al levantar la tapa, una mano le pasó por encima y extrajo un fajo enrollado de billetes.

—¿Cuánto hay ahí? —preguntó el pálido desde la puerta.

Se oyó cómo el matón repasaba los billetes y los contaba en un murmullo.

—Unas cincuenta libras o un poco más.

El fajo de billetes reapareció antes los ojos de Donald.

—¿Ves esto?

El fajo se contoneaba con determinación.

—Sí.

—Pues no te llega. Si sólo nos vamos con esto, tenemos que llevarnos algo más, por ejemplo, tus putos *dedos*.

Le gritó la última palabra tan cerca de la cabeza que el cuerpo de Donald se crispó aterrorizado. Fue a señalar la bolsa abombada de viaje que guardaba sobre el armario, pero Hilde habló primero.

—Hay más —informó la chica—. Os lo enseñaré.

Donald permaneció agazapado intentando interpretar los sonidos que le llegaban: una puerta abriéndose en alguna parte del apartamento, el chirrido de una bisagra. Se atrevió a girarse y vio que el pálido regresaba a su habitación introduciéndose algo en el bolsillo del abrigo. Detuvo su zancada expresamente para pegar su cara a la de Donald.

—Le voy a decir —dijo desde muy cerca, en voz muy baja, con el aliento oliendo a beicon— que te has pirado sin decir adónde ibas y que no hemos podido dar contigo. Así que, de ahora en adelante, eres el puto Hombre

Invisible, eres una cucaracha bajo una alfombra. Si volvemos a verte, aunque sea un pelo, estás acabado, y aquí Eva Braun está acabada también. Tendrán que recoger vuestros pedacitos en cubos para poder enterrarlos.

Los dos hombres se marcharon corriendo escaleras abajo, cerrando la puerta de un golpe.

Pasado un momento, Hilde apareció con un paño de cocina y se arrodilló para limpiarle a Donald el cuello.

—Es sólo un rasguño —dijo ella.

Donald le cogió la mano y la besó antes de hacerla descansar en su frente cual serena bendición.

—¿Ahora huirás conmigo?

—No.

—Por favor.

—No. Ya he corrido y corrido y no volveré a correr más. —Donald cerró los ojos, desesperanzado—. Aunque me quedaría en este pequeño apartamento. Las habitaciones no están mal y la luz llega del suroeste.

La mirada de Vee fue oscilando de uno a otro mientras narraban la historia. Había registrado la pequeña postilla en el cuello de su hijo, el pragmatismo en la cara de Hilde, la ñoña adoración que su hijo profesaba a la chica.

—¿Y se puede saber qué hiciste para meterte en ese lío? —preguntó Vee, enojada.

—Tenía algunos trapicheos por aquí y por allá —contestó Donald.

—Bueno, pues parece que ya no podrás seguir trapicheando por aquí y por allá, ¿no?

—Ya no me hace falta —respondió su hijo.

—Donald tiene trabajo —informó Hilde.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—En la librería.

—¿En la de aquí abajo?

—El señor Clare necesitaba un ayudante.

—¿Para qué? ¿Para limpiarle los dientes? —Escogió el insulto al azar, sólo intentaba ganar tiempo para poner orden en sus pensamientos—. Así que tú te quedas y ella se queda. ¿Y cuándo pensabas pedirme opinión?

—No sabía cuándo volverías.

—Tampoco es que hayas esperado mucho.

—Hilde me ha salvado la vida.

—Y ha gastado todo tu dinero.

—Sí, bueno...

Se hizo un extraño silencio. Hilde estaba sentada muy derecha con las manos cruzadas ante sí.

—¿Y bien?

Donald se aclaró la garganta.

—No sólo mi dinero.

Veve tardó unos segundos en procesar las implicaciones de lo que su hijo acababa de decir. Se levantó tan de sopetón que dejó caer la silla.

—No te habrás atrevido.

No hubo respuesta. Corrió a su habitación que, por lo que parecía, estaba intacta y no había sucumbido a la redecoración general. Sin embargo, notó al instante que el ángulo de los espejos del tocador no era el correcto, pues el inclinado reflejo de su cara vendada la contemplaba por triplicado. Se lanzó hacia el espejo de la izquierda, lo giró hacia adelante y se quedó mirando la bisagra: del gozne colgaba una cuerdecita negra deshilachada.

Regresó a la puerta de la cocina con paso inestable.

—Me habéis robado los ahorros.

Fue Hilde quien respondió.

—Encontré el dinero de casualidad.

—¿*De casualidad?*

—Sí.

—¿Te piensas que me he caído de un guindo?

—Moví el espejo y algo lo golpeó desde detrás. Mirré y vi una bolsita colgada.

—¿Y para qué moviste el espejo, si se puede saber?

Por primera vez, la chica vaciló.

—Querría verme la carra. Toda la carra, por los lados y de frente.

—¿Por qué?

Hilde se llevó una mano a la mejilla y la presionó como quien comprueba si una hogaza de pan está recién horneada.

—Porque querría saber si erra más bonita que antes. Querría saber por qué Donald estaba tan enamorado de una mujer con mi aspecto.

Donald tragó saliva.

—Una mujer no, una señora —apuntó el enamorado.

Todos callaron durante un momento.

—¡Oh, por el amor de Dios! —gritó Vee con sorna—. Esto no es una obra de teatro de tres al cuarto, no voy a ponerme a aplaudir. Me habéis birlado ciento diecisiete libras, tú y esta... esta...

No atinaba con la palabra precisa que pudiese describir a Hilde. Puede que su hijo pensase que se había metido a una aristócrata en el bolsillo, pero Vee sabía distinguir a una campesina a la legua: todos esos aires y cortesía eran postizos, como los lunares falsos. Apostaría todo el oro del mundo a que Hilde se había criado a base de patatas y con un retrete exterior compartido con medio pueblo, y a que cualquier refinamiento lo habría tomado prestado del sitio donde hubiera estado sirviendo de segunda criada. Abrió la boca para decirlo con toda claridad (tenía la frase preparada en la punta de la lengua: «Si ésta es una señora, yo soy Rin Tin Tin»), pero entonces vio que Hilde había apoyado la cabeza en el hombro de Donald y que su hijo la había rodeado con el brazo derecho con delicadeza, con dulzura. Nadie la había abrazado nunca así, ni Harry Pedder (demasiado entretenido desabrochándole la blusa), ni Samuel Sedge, que ni siquiera había tenido brazo en ese lado. Una ráfaga de autocompasión barrió la ira que sentía. Se le cerró la garganta como si se la hubiesen apretado con el cordoncillo de una limosnera.

—¿Té? —ofreció Hilde—. Por favor, siéntese.

Vee tomó asiento.

—Sabía que una buena madre no dudaría en gastar todo lo que tuviera para salvar la vida de su hijo —explicó Hilde sirviendo el té—, por eso cogí el dinero. Así que ahorra usted ha salvado a Donald con sus ahorros y puede sentirse muy felís. ¿Otra *Vanillekipferl*?

Vee declinó el ofrecimiento con la cabeza.

—¿Y si esos hombres vuelven?

—Ahora tengo una pistola y, de todas formas, ellos creen que se han llevado todo el dinero que tenía. —Hilde le lanzó una mirada—. Y así fue, se lo llevaron todo, así que no van a aparecer de nuevo por aquí.

Vee paseó la mirada de uno de ellos al otro: sabía que se le escapaba algo, pero la habían emborrado con tanta información en la última media hora que tenía la cabeza como un almohadón.

—¿Cómo puedes estar seguro? Yo no podría dormir por las noches de la preocupación. Y hay que pensar en Noel también, no se puede tener aquí a un niño con pistolas arriba y abajo.

—¿Quién es Noel?

La pregunta la formuló Hilde.

—El niño que vive aquí, un evacuado.

El rostro de la chica era de puro asombro.

—*Noel* —repitió Vee—. Probablemente Donald te habrá hablado de él.

—No. ¿Aquí vive un niño?

—Sí.

—¿Y dónde va a dormir?

—Puedo ponerle una cama en el salón.

—No, ahí es donde duerme Donald.

—¡Ah!

El rostro de Hilde se descompuso de la indignación.

—¿Creía usted que dormía en una cama con Donald?

—Sí —respondió Vee sin consideración alguna.

—¿Acaso cree que soy una cualquiera? No soy una cualquiera. Hasta que no estemos casados no estaremos en el mismo dormitorio.

—¿*Casados*?

—Nos vamos a casar en cuanto hayamos arreglado la documentación de Hilde —aclaró Donald.

Vee buscó a tientas la taza de té y bebió un buen trago.

—¿Algo más que se te haya pasado contarme? —preguntó ya sin fuerzas—. ¿Que tienes a Churchill escondido en el váter? ¿Que Lyons va a abrir un nuevo salón de té en la salita?

—No, creo que eso es todo —dijo Hilde.

Vee pensó que parecía una pequeña barra de hierro.

—Y ahora tengo que irme a dormir o no podré contribuir con mi trabajo a que ganemos la guerra, que, por supuesto, es lo que todos debemos haser. Buenas noches.

Se levantó bruscamente y salió de la cocina. Donald se puso también en pie y empezó a lavar las tazas, lo cual no dejaba de ser menos chocante que todo lo acaecido esa mañana. Vee se bebió el té sin saborearlo y recordó su primer encuentro con Hilde.

—¿Recibió la otra carta? —preguntó a su hijo.

—¿Qué otra carta?

—Cuando le entregué tu nota, ella estaba esperando otra carta, del extranjero.

—¡Ah! —Donald se volvió, con un paño en la mano—. Está pendiente de recibir una carta de su familia.

—¿No están en contacto?

—No.

—¿Por qué?

—Porque se los llevaron y lo más probable es que estén todos muertos. No habla del tema.

Colgó el paño en un gancho que, con toda seguridad, no estaba allí la semana pasada.

—Tengo que irme a trabajar ya —dijo Donald.

—Vale. No seré yo quien te lo impida.

Lo observó entrar de puntillas en la habitación de Hilde y volver con una corbata y una chaqueta. ¿Era más alto que antes? O quizás es que se tenía más derecho, como si algo lo apuntalara, probablemente una pequeña barra de hierro templada en un fuego inimaginable.

Debió de haber echado una cabezadita sentada a la mesa de la cocina porque, cuando volvió a sorber el té, estaba frío como un témpano. «Veintiocho libras es todo lo que me alumbra en este mundo», pensó. Se levantó y sintió el cuerpo extrañamente etéreo, sin lastre, como si un repentino codazo la pudiese sacar flotando por la ventana para que, una vez fuera, pudiera reanudar el mismo viaje desgastado de siempre, llevada por la brisa de tropiezo en tropiezo, impulsada por ráfagas de una rama a otra, sin que los últimos veinte años le hubieran dejado nada, con la vida escurriéndosele entre los dedos como granos de arena. En la leyenda de su epitafio se leería: «VERA SEDGE, SE HA MUDADO DE DIRECCIÓN».

Bebió un trago de té frío. Noel estaría pronto de vuelta, así que tenía que recomponerse y trazar un plan para esta noche y otro para mañana. Por Dios Bendito, tenía que pergeñar un plan para los próximos años, porque a ver qué demonios iba a ser de un evacuado sin familia y sin domicilio fijo. Podría acabar en un orfanato jugando partidos de fútbol y cantando en el coro comunitario, y luego labrándose un futuro en las fuerzas armadas: aquello le iba a Noel como el agua al más aceitoso de los aceites. Un sudor frío le cubrió las manos de sólo pensarlo.

Fue al cuarto de baño, se echó agua en los ojos y estudió su reflejo en el espejo. El moratón se estaba extendiendo. Desde el párpado medio cerrado a

la barbilla, una paleta abotagada de matices crepusculares le coloreaba la cara.

Pensó que cualquiera que viera a alguien con una herida como ésa no imaginaría que una puerta había sido la causante, sino que le habría ocurrido algo de mucha más gravedad, como que se le hubiera caído una casa encima y la hubieran tenido que rescatar de entre los escombros con suerte de seguir aún con vida.

Pensarían que había regresado de entre los muertos.

*

A mitad del dictado, Harvey Madeley le pasó una nota a Noel.

Donde as estado te fuiste corriendo a darle a los halemanes tu informe de espia

Noel corrigió las faltas ortotipográficas, escribió debajo: «No es asunto tuyo, perfecto ignaro iletrado» y se la devolvió. Durante el recreo, Madeley se le acercó, le retorció la muñeca apretándosela con ambas manos y luego girándolas en dirección opuesta, y luego le propinó un puñetazo en el estómago.

Cuando terminaron las clases, a Noel todavía le dolía la muñeca y se quedó matando el tiempo en el patio hasta que el culo gordo de Harvey desapareció al doblar la esquina. Hasta que cruzó la calle no vio a Vee, que lo esperaba en la puerta del Co-operative. Seguía llevando su maleta, a la que ahora acompañaba una deslucida bolsa de viaje con la cremallera rota.

—¿Has pasado un buen día en el colegio?

—No. ¿Qué ocurre?

Por alguna razón, Vee parecía aturdida, sus ojos se movían inquietos como los de un boxeador grogui.

—Me he topado con algunas sorpresas.

—¿A qué se refiere?

—El piso está algo abarrotado, mi hijo se ha traído a su... —Se lo pensó mejor, ya que nunca estuvo la palabra «damisela» más fuera de lugar—. Se ha traído a vivir a su prometida.

—¿Y no puede decirle que se la lleve?

—No.

—¿Por qué?

—Porque está hecha una buena pieza. ¿Qué te pasa en la muñeca?

—Alguien me la ha retorcido.

—Pues tendrías que haberle arreado un buen sopapo.

—Me hubiese propinado una paliza de muerte. ¿Por qué no le ha arreado un sopapo a la prometida de Donald?

Vee se imaginó el torbellino de puños, dientes, uñas.

—Por lo mismo.

Pasó un camión retumbando. La lona de la parte de atrás aleteaba con el viento y dejaba a la vista una fila doble de soldados dormidos balanceándose con el traqueteo.

—¿Entonces me tengo que ir a otro sitio? —preguntó Noel con voz inexpresiva y semblante extrañamente rígido.

—Ya te dije —respondió Vee con dureza— que iba a cuidar de ti. Los dos nos vamos a otro sitio.

Vee comprobó que el rictus en el rostro del niño se volvía a relajar.

—Te lo dije —repitió con más suavidad—, no te estaba mintiendo.

Noel asintió tímidamente y preguntó:

—¿Y adónde vamos?

—¿Qué te parecería si nos vamos de Saint Albans?

—Cantaría un aleluya.

—Bien.

—Agitaría banderitas en el aire, contrataría una charanga, haría que uno de esos aviones acrobáticos escribiera un mensaje de humo en el cielo.

Se imaginó las palabras ADIÓS Y VETE AL CUERNO MADELEY sobrevolando la ciudad a kilómetros de distancia en las alturas.

—Haría erigir una estatua de mí mismo escupiendo por la ventana del tren al marcharnos —continuó.

A Vee se le agolpó la risa en la garganta. Le dolía como si se hubiese tragado un hueso.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Noel.

—Nada —respondió enjugándose los ojos.

—También puede estar en la estatua.

—¿Haciendo qué?

—Diciendo adiós graciosamente con la mano y sosteniendo un pañuelo

sobre la nariz, como la reina cuando la pasean en coche por los barrios bajos.

—Tienes que escucharme —dijo Vee tratando de ponerse firme—, esto es serio. Tengo un plan medio formado, pero necesito tu cerebro para completar la otra mitad. Primero tenemos que ver dónde nos vamos a quedar... y también tenemos que solucionar otros asuntos. Asuntos complicados. —Noel ladeó la cabeza en actitud de espera—. No es... —eligió las palabras con cuidado— la clase de plan que uno quiera acabar explicando ante un tribunal.

Noel sintió un escalofrío de entusiasmo.

—¿Quieres decir que es condenable desde el punto de vista legal pero correcto desde el moral?

Vee se quedó en silencio unos segundos.

—Sí —respondió Vee con sólo una pizca de incertidumbre—. ¿Te lo cuento?

5 de marzo de 1941

Estimado señor Churchill:

Siento no haberle dedicado unas líneas desde antes de Navidades, aunque tampoco es que se las pudiera llamar así porque, en lugar de pavo, comimos cordero seguido de una cajita de gominolas de fruta que mi segundo marido tuvo que ir a comprar nada menos que a Watford. Ha estado indispuerto porque contrajo la culebrilla en el Club Conservador mientras realizaba labores de vigilancia contra los posibles fuegos causados por los bombardeos, por eso fue muy considerado de su parte recorrer los más de veinte kilómetros que separan Harpenden de Watford y no fue culpa suya que el agua hubiese estropeado la cajita y que no pudiésemos comer las gominolas.

Nuestro pastor (metodista) dijo que eso fue una oportunidad que se nos brindaba para recuperar el verdadero sentido de la Navidad, pero sé a ciencia cierta que su esposa ganó dos naranjas y un rulo de pavo enlatado en una rifa.

No le entretendré demasiado ya que tengo muchas cosas que hacer y seguro que usted también.

1. Un antiguo vecino de Saint Albans me ha contado que todas las ollas que se recolectaron el año pasado para fabricar aviones Spitfire

siguen amontonadas en una gran pila en la chatarrería de la que le hablé, donde estaban vendiendo cucharas robadas. En la radio se nos dice que hirvamos cabezas de cerdo para la gelatina, que hagamos mermelada, etc., pero ¿cómo se supone que lo vamos a hacer si la única olla que tiene una en la cocina de su segundo marido es una enorme y pesada cazuela de hierro como la que usaban nuestras abuelas antes de que llegara la electricidad? Como ni siquiera tengo fuerza en los brazos para levantarla, tendré que seguir comprando mermelada en las tiendas, si es que puedo conseguirla. Y lo mismo pasa con las barandillas, dice mi vecino que hay una montaña de ellas junto a las ollas. Envié una carta al Ministerio de Suministro Militar en la que explicaba todo esto, pero me dijeron que todo lo relacionado con metal era cosa del Ministerio de Infraestructuras, por lo que también les remití unas líneas, aunque no he obtenido respuesta y por eso le estoy escribiendo a usted.

2. Mi segundo marido le felicita por haber ayudado a sacar a los italianos de Abisinia, pero le recomienda que se espabile con Grecia. Él estuvo allí en la última guerra y dice que debería usted saber que los griegos son una panda de tramposos, que no conocen la lealtad, pero sí la malaria.

Eso es todo por ahora, salvo que pienso que la escasez de ollas no favorece la moral y puesto que minar la moral va en contra de la ley creo que éste podría ser un caso para la policía. Y ya que la menciono, no se sabe nada de mi hija Vera ni de su evacuado desde noviembre. En comisaría, el agente me dijo que no pueden hacer nada porque no hay pruebas de delito, lo cual es típico de ellos.

Reciba un cordial saludo,

Flora Brunton (obsérvese el apellido de casada)

Durante los bombardeos, se sentaban en el sótano abrigados con mantas, por lo que la guerra se redujo al extraño sonido de porrazos amortiguados. A la luz de una lámpara de queroseno, Noel leía en voz alta una novela tras otra de Agatha Christie y Vee se imaginaba que cada una de las escenas tenía lugar en su residencia actual: los invitados cayendo muertos en el salón empapelado con motivos de bambúes, Hércules Poirot avanzando cautelosamente por el sendero que lleva a la casa manchándose las polainas de tierra.

En la casa hacía un frío gélido. Bajaron un biombo chino del baño al fondo de la primera planta y lo colocaron curvado frente a la chimenea de la cocina. Por el día, Noel se sentaba lo más cerca posible del fuego y estudiaba. Habían encontrado una escuela abierta, si bien Noel se había negado a ir.

—¿Y cómo piensas aprender si no vas al colegio?

—Puede encargarme que haga redacciones o indicarme ámbitos de estudio como hacía Mattie, y sacar yo los libros de la biblioteca.

—¿Qué tipo de redacciones?

—De las que tienen una pregunta por título. Por ejemplo: «¿Qué es la libertad?» o «¿Es el hijo el padre del hombre? Arguméntalo».

—¿Arguméntalo?

—Sí, es lo que hay que hacer en las redacciones.

—¿Y cómo le pongo nota a algo así?

—Mattie no me ponía nota, sólo escribía comentarios.

—Sí, pero...

Vee trató de encontrar alguna otra razón, pero la verdad es que no le importaba tener a Noel en casa por el día. Aún estaba intentando acostumbrarse a ser Margery Overs, lo cual era como llevar puesta una chaqueta anticuada hecha a medida de alguien con hechuras totalmente distintas.

—No puedo llamar la atención —dijo Vee—, tengo que parecerme a tu

tutora legal.

—Eso es imposible.

—Tú ya me entiendes, no puedo correr el riesgo de que me hagan preguntas. Tengo que ser...

—Discreta.

—Eso.

Ser discreta implicaba no discutir en las tiendas, moverse con paso contenido en lugar de abalanzarse de una tarea a otra, estarse quietecita en las colas y no meterse en conversaciones ajenas o soltar largos suspiros de exasperación, o vociferar airada cuando el verdulero se apoyaba en la balanza para que acabara pagando por medio kilo de zanahorias y parte del codo del tendero. Implicaba hablar en tono bajo y pausado. Para cuando volvía a casa, la pila de comentarios que se había tenido que callar ya le había producido indigestión.

—¿Y qué tal el siguiente título para una redacción?: «¿Quién se beneficia más de la guerra, los nazis o los tenderos? Arguméntalo».

Llevaban allí un mes cuando alguien llamó suavemente a la puerta.

—Era sólo un hombre vendiendo madera —dijo Vee de vuelta en la cocina—. Me he asustado al oír el llamador, pensé que vendrían a echarnos.

Noel levantó la vista con la mirada perdida y la mente aún en la página.

—¿Qué quiere decir?

—Tampoco es que podamos quedarnos aquí para siempre. Fue buena idea venirnos al principio, pero la gente se está quedando sin casa por las bombas y el casero podría tener esto lleno de inquilinos, así que más tarde o más temprano le dará por aparecer.

—Pero si no hay casero —dijo Noel como si constataste una evidencia—. Esta casa era de Mattie.

—¿Quieres decir que ella era la *dueña*?

—Sí.

—¿Del todo?

—Claro, ¿cómo iba a ser la dueña sólo en parte?

—Podría tener una hipoteca, don Sabelotodo.

—Pero no la tenía, compró la casa por seiscientas libras en 1922.

—¿Y ahora quién es el propietario?

Noel se la quedó mirando patidifuso, como si Vee le hubiese preguntado

cuánto era uno más uno.

—Pues yo, por supuesto.

—¿Tú?

El chico asintió.

—Soy el único beneficiario. De hecho, acompañé a Mattie cuando firmó su testamento. El notario es un señor muy amable, se parece a la imagen que tengo de Wemmick. Ya sabe, el ayudante del abogado Jagger. —Pero como Vee seguía callada, añadió—: Los personajes de *Grandes esperanzas*, la novela de Charles Dickens, los que, siguiendo las órdenes de un misterioso benefactor, ayudan a que el huérfano Pip llegue a convertirse en un noble caballero.

Vee no pudo volver a soltar palabra hasta haberse empinado media taza de té, aunque lo que realmente hubiera necesitado era una ginebra doble.

—Supongo que habrá que arreglar papeleo y todo eso —dijo hablando más bien para sí misma que para Noel—. Aunque tampoco hay prisa.

«Se puede hacer cuando ya haya acabado la guerra —siguió elucubrando Vee—. Como bien decía san Mateo, a cada día su aflicción... Y su alegría», añadió.

Mientras Noel estudiaba con sus libros, ella se encargaba de limpiar la casa habitación por habitación, tomándose su tiempo. A lo que no podía sobreponerse era al sinfín de objetos preciados que allí había: huevos de porcelana a los que un trapo húmedo devolvían su esplendor, espejos de época que reflejaban un suavizado mundo verde grisáceo, cuadros de verdad (no láminas con reproducciones)... En cada una de las habitaciones había algo que Vee deseaba recorrer con los dedos o tener en las manos.

«Esto es lo que da el dinero —pensó—, cosas que uno quiere acariciar».

Menos preciada podía considerarse la cocina: la hornilla era una antigualla peligrosa y la despensa estaba llena de moho y excrementos de ratón.

—¿Qué ocurre? —se inquietó Noel cuando la oyó gritar.

—Un ratón muerto, creo.

Había alcanzado una vasija para el pan en el fondo de la despensa y, al meter la mano, tentó algo blando con la punta de los dedos. Sacó la vasija de su rincón oscuro y volcó el contenido en un periódico. Cayó un bulto envuelto en tela.

—¡Oh! —exclamó Noel levantándose con tal rapidez que el lápiz se cayó y

rodó por el suelo—. Sé lo que es, se me había olvidado que estaba ahí.

Vee le dejó abrirlo. El envoltorio lo constituía un fular de seda dibujado con plumas de pavo real que guardaba en su interior una maraña de joyas: los alfileres de los broches sobresalían como trampas aguardando a algún ingenuo, inmovilizados por una larga cuerda de aljófares que rodeaba el conjunto con su atadura. Llevó toda la tarde desenredar aquella madeja. Noel se dio por vencido después de media hora y volvió a sus libros, pero Vee se sentó junto a la ventana y separó con esmero cada una de las piezas. El conjunto lo formaban un manojito de anillos, una gargantilla de granates, un broche de luto de azabache, un collar que emitía destellos glaciales y que valdría una fortuna. Además, había una medalla con un lazo verde y morado y un disco plateado con unas palabras ininteligibles grabadas en su superficie. Vee raspó la suciedad con una uña y leyó:

MATILDA SIMPKIN

—Esto era de tu madrina —dijo levantando la medalla para mostrársela a Noel—. También hay uno de esos broches Holloway con la reja y el imperdible con el trocito de piedra.

Vee se levantó para estirarse los nudos de la espalda y fue a llenar la tetera. Cuando regresó, Noel había alineado las medallas sufragistas en el asiento bajo la ventana, colocándolas unas junto a otras como si estuviesen expuestas en la vitrina de un museo.

—Están todas ennegrecidas —se lamentó el chico.

—Podemos devolverles el brillo con zumo de limón. Si es que podemos encontrar limón.

—Mattie estaba muy orgullosa de ellas.

—No me cabe duda.

El chico esperó el dardo que Vee lanzaba con cada uno de los comentarios que vertía sobre Mattie, pero éste no llegó. Noel experimentó una sensación curiosa, como si en su pecho girara una llave, casi se parecía a la felicidad, y llegó tan desapercibidamente que, por alguna críptica razón, deseó agradecerse.

—Sé que Mattie no tuvo nunca que preocuparse de trabajar o de poder pagar las facturas —le concedió, algo incómodo.

—Aun así —contestó Vee—, yo no hubiera podido hacer lo que hizo ella.

¿Sabes qué? Acabo de recordar que el vinagre también sirve para limpiar la plata y de eso sí tenemos un poco.

Los imperdibles quedaron brillantes.

—Ni me acuerdo de la última vez que comí *fish and chips* —añoró Vee recordando las patatas fritas aderezadas con vinagre como acompañamiento del pescado rebozado.

—Averigüé dónde está la señora Gifford —dijo Noel—. Durante aquellos días en el hospital, copié una lista de psiquiátricos en la biblioteca y luego llamé a todos los números desde una cabina hasta dar con ella.

Hacía tiempo que Vee había dejado de sorprenderse de las destrezas del chico.

—¿Y dónde está?

—En Doulton Grange.

—¿Cerca de Hatton, en el condado de Hertfordshire? No está demasiado lejos de Saint Albans.

—Sí. ¿Lo conoce?

Vee asintió. Cómo olvidar a Samuel Sedge mudo en la cama mientras ella se sentaba a su lado parlotando con animada desesperación.

—¿Podemos ir?

—No sería una experiencia agradable, esos sitios no son agradables.

—Me gustaría ir.

—Es posible que ni siquiera pueda hablar, y no creo que te reconozca.

—No me importa.

—Y tampoco es que hayamos podido recuperar sus insignias.

—No, ya lo sé. Pero podría darle éstas.

—¿Éstas? ¿Pero no quieres quedártelas?

—Sí, pero prefiero que las tenga la señora Gifford.

Noel la miró con expresión contumaz. Vee entendió que el chico había tomado una decisión y que si se negaba a llevarlo, él encontraría la forma de ir solo ya fuera caminando, a dedo o requisando un tanque. Entendió que, ya que Noel era como era, su vida en común probablemente estaría sembrada de momentos similares.

Vee suspiró.

—Si es lo que quieres, de acuerdo. Pero tenemos que enterarnos de las horas de visita.

Su memoria se estremecía al recordar aquellos horribles viajes: el autobús

arrastrándose por senderos agrestes, el largo e inhóspito paseo desde la verja de la garita de la entrada hasta el hospital, el pavor que sentía de camino hacia allí y el agotamiento de vuelta a casa.

—Todavía guardo el número de teléfono del psiquiátrico —dijo Noel—. Puedo llamar desde la cabina que hay en Pond Street. Voy ahora mismo.

Ve miró al chico mientras se ponía los zapatos, se estiró y dijo:

—Te acompaño, no tenemos sal.

Una cola aguardaba para usar el teléfono. Noel ocupó el tiempo recitando mentalmente el poema de Alfred Tennyson sobre la desastrosa batalla de Balaclava, *La carga de la brigada ligera*, mientras observaba a una *troupe* de chicas Guías Scouts paseando tranquilamente con un cartel en el que se leía:

¿NECESITA REALMENTE EL COCHE?
NOSOTRAS CAMINAMOS PARA
¡AHORRAR PETRÓLEO!

Tras ellas, un taxi, dos autobuses y un camión del ejército se agolpaban en la carretera mientras el taxista soltaba improperios por la ventana.

Ve también estaba viendo todo aquello, aunque sus ojos se clavaron en el taxi: le estaba sobreviniendo una idea.

—De dos a tres de la tarde, el segundo y el cuarto martes del mes —informó Noel al salir de la cabina.

—Yo también tengo que hacer una llamada.

Ve entró en la cabina y cerró bien la puerta para que Noel no pudiese escuchar lo que le decía a la operadora. Le pasaron la llamada con sorprendente celeridad.

—Taller Fleckney. —Una afiladora sonaba de fondo.

—¿Podría hablar con el señor Pedder?

—¡Por Dios! ¿Tú otra vez? Ya te dije que...

—¡Oh!, Harry, hola. La conexión no es muy buena, no he reconocido tu voz.

—Ahora no puedo hablar contigo, y luego tampoco.

—Pues mejor no dejarlo para otro día. A mí no me importa llamar mañana de nuevo, pero puede dar la casualidad de que la próxima vez sea tu mujer quien conteste el teléfono.

—Pero... —El pánico prácticamente le hacía farfullar—. Espera.

Primero hubo un silencio y luego se oyó una puerta cerrarse. El gruñido de

la afiladora desapareció y Vee pudo oír los pasos de Harry volviendo a la mesa de su oficina.

—Te dije que no quería volver a saber de ti.

—Ya, bueno, es que me ha surgido algo.

—¡Por Dios Santo! Tuve que remover cielo y tierra para conseguirte la jodida firma.

—Creí que sólo tendrías que decirle al juez que no le pasarías más gasolina de estraperlo...

—No digas nada más.

—... a menos que firmara mi nuevo documento de identidad.

—*No digas nada más*, no se sabe quién puede estar escuchando.

—Está bien. De todas formas, no te llamo por nada de lo de la firma, todo eso salió de maravilla, gracias. Esta vez es sólo una cosilla.

—Vee, te lo ruego, déjame en paz.

—Después de esto lo haré, te lo prometo. Sólo se trata de un pequeño favor...

Vee salió de la cabina con una sonrisa en los labios. Noel la miró con curiosidad.

—Espera y verás —dijo antes de que el chico preguntara—. Es una sorpresa.

La estación se llamaba Bramley Halt y, una vez el tren se hubo adentrado en la distancia con su vibrante traqueteo, Vee y Noel eran los únicos pasajeros que quedaban en el andén. Un enjambre de gorriones piaba con vehemencia en los arbustos junto al puente peatonal.

—*Adlestrop* —dijo Noel.

—¿Y eso qué es?

—Un poema de Edward Thomas sobre un expreso que para en una remota estación rural una calurosa tarde y nadie se baja. El escritor mira entonces por la ventana y ve «ulmarias y almiarés secos, ni un punto menos quietos y en retiro que del cielo las altas nubecillas».

—Pero eso sería en verano.

—«A finales de junio», dice el poema.

—Porque, en esta época del año, tendría que haber escrito sobre esparcidores de estiércol.

Noel resopló.

—Bueno, al menos sí que hay altas nubecillas.

—Eso es verdad. —Vee echó la cabeza hacia atrás para contemplar el cielo, de un azul lechoso moteado de blanco—. No hace un mal día.

Cruzaron el puente y desembocaron en un camino bordeado de elevados setos. Harry Pedder estaba ya allí, esperando de pie con rostro taciturno junto a un reluciente automóvil verde.

—¡Es un Bentley! —exclamó Noel—. ¡Un Bentley Speed Six!

Harry asintió de mala gana.

—El modelo de 1933. No sabía que él también vendría —añadió dirigiéndose a Vee.

—Somos uña y carne —respondió Vee serenamente.

Harry abrió la puerta del acompañante y ella no subió enseguida, sino que se tomó su tiempo, disfrutando de la sensación de que la estuviesen esperando. El interior del coche era de color crema y olía al producto empleado para

pulir cuero.

—Venga, venga —refunfuñó Harry entre dientes—, entra antes de que alguien nos vea.

Los respuntes del mullido asiento habían sido aplicados con esmero y el enchapado de nogal del salpicadero brillaba como un plato recién enjuagado. Una vez, la acercaron a casa en el Austin del pastor metodista, pero aquel doloroso y apretado viaje, encajada en el asiento de atrás entre doscientos libros de canto y un enorme termo industrial de té, no tenía punto de comparación con su actual paseo deslizándose entre setos.

—No esperaba que vinieras en un automóvil tan bonito —dijo Vee—. Gracias.

Harry asintió, tenso.

—Tengo que entregarlo después, así que no te pienses que lo hago sólo por ti.

—Lo que te dije iba en serio, ésta es la última vez que te pido algo. Es que tenemos que visitar a alguien en el hospital y no me veía capaz de enfrentar el camino.

Harry gruñó.

—¿Cómo va el negocio?

—Estoy de normativas del gobierno hasta las cejas, sacan una nueva a la semana y voy de quebradero en quebradero de cabeza.

—¿Y la familia? ¿Las niñas están bien?

Harry le lanzó una mirada a la que ella respondió con una recatada sonrisa.

—Era sólo por preguntar.

—Pues no preguntes.

—Una vez me subí a un Bugatti —chilló Noel desde el asiento de atrás.

Durante un rato viajaron en silencio. Vee se percató en dos ocasiones de que Harry le miraba a hurtadillas la cara.

—¿Qué pasa? ¿Me estás mirando la cicatriz?

—No ha quedado tan mal. Pensé que, con tanto vendaje, la cosa sería mucho más grave. Me quedé de una pieza cuando te vi aparecer en el taller como si fueses la maldición de la momia y remolcando a éste. Y, ya que estamos, ¿quién es?

—Mi sobrino —contestó Vee, impasible.

—No está bien que mezcles a un niño en todo esto.

—¿En todo qué?

—En tus trapicheos. Lo que haces tiene nombre —añadió con tono desaprobador—: chantaje y falsificación.

—En realidad, fue todo idea suya. Fue él quien me preguntó si no conocía a algún funcionario o alguien similar a quien pudiese acriminar.

—¿A quién pudieses qué?

—Es jerga de novela negra, es que hemos estado leyendo una novela de detectives de Raymond Chandler, que es un escritor estadounidense. Así que pensé en ti, en que estás bien relacionado y en tu patio rebosante de gasolina roja. ¡Oh, Noel, mira! ¡Corderitos!

El campo de ovejas quedó velozmente atrás. Más adelante, el perfil de los tejados del psiquiátrico Doulton Grange descollaba sobre la copa de los árboles: cúpulas, buhardillas y retorcidas chimeneas.

—Ya casi hemos llegado —informó Vee.

Noel había medio esperado encontrarse con una escena propia de las caricaturas satíricas de William Hogarth: hileras de celdas habitadas por lunáticos vestidos de Napoleón o Julio César y un eco de risas desquiciadas retumbando por los pasillos. Sin embargo, a Vee y a él les hicieron pasar a una sala de día pintada en color crema donde el principal sonido reinante era el chisporroteo de una radio. Entre interferencia e interferencia, iba y venía la melodía de una orquesta de baile; el sonido entraba y salía como si alguien abriera y cerrara una puerta.

Esparcidas por la habitación había unas mesitas con dos o tres personas en torno a cada una de ellas. De no ser porque no había cartas y porque nadie parecía estar divirtiéndose, se hubiera podido decir que estaban participando en un certamen de *whist*. En la mesa más cercana, un hombre hacía punto con las agujas a escasos centímetros de la cara y una delgada serpiente caqui colgando entre ellas.

—Ergoterapia —explicó Vee—. Antes les enseñaban a hacer pantallas de chimenea con papel encerado, pero supongo que hacer punto es más útil.

Noel barría la habitación con la mirada.

—Otras veces los ponían a pegar conchas en cajas, pero no creo que ahora se puedan encontrar conchas. —El lugar le estaba encrespando los nervios—. Ni pegamento. Ni cajas.

—La señora Gifford está junto a la ventana —dijo Noel.

El chico había reconocido su perfil, enjuto y de nariz pronunciada. La

anciana movía la mandíbula como si estuviese hablándole a la mujer sentada a su lado.

—Pues corre, ve.

Noel vaciló, toqueteando la bolsita de tela que llevaba en el bolsillo. El pánico le había secado repentinamente la boca, pues ya aceptara la señora Gifford su regalo o lo lanzara por la ventana, aquello marcaba un fin (la búsqueda se había completado, el telón se cerraba), y él no sabía ni alcanzaba a imaginar cuál sería el siguiente acto.

—¿Quieres que vaya contigo? —se ofreció Vee.

—Sí. No.

—¿Qué va a ser?

—No. Prefiero verla yo solo.

—Está bien, entonces te espero aquí.

Sonó aliviada.

El chico inspiró un par de veces, como si fuese a sumergirse bajo agua, y luego cruzó la habitación. La voz de la señora Gifford vino a su encuentro en un borboteo de reminiscencias al que Noel fue inmediatamente incorporado.

—... nos regaló un queso del tamaño de una rueda de carro y Ada pensó que podríamos hacerlo rodar colina abajo, pero para eso tendríamos que pedirle la carreta y el burro prestados a Hadley para subirlo hasta arriba, y aquí está el joven Hadley. ¿Ya has terminado tus tareas escolares?

—Sí —contestó Noel.

Su aspecto era más aseado que la última vez que la vio. Le habían recogido cuidadosamente el pelo en una trenza y, aunque la ropa le quedaba mal, estaba limpia: olía a carbólico.

—No tengo huevos —se quejó la otra mujer sentada a la mesa, encogida entre chales—, si los tuviese le podría enseñar cómo hacer el bizcocho Victoria perfecto...

—Le lanzamos huevos al parlamentario de Gales por Haverfordwest, siempre tuve una puntería finísima, Lena Fitzackerly me decía que podía haber formado parte del equipo de bochas de Surrey. Imagino que estarás hambriento después de jugar al *cricket*, voy a pedir que nos traigan té y unos bollitos azucarados. Siéntate, por favor...

—... se tamiza la harina, hay que tamizarla...

—... el jardinero llegará en un momento, no puedo dejar de felicitarlo por los rododendros. ¿Alguna vez ha visto flores como éstas? Creo que a ese color

lo llaman *cerise*...

Noel se sentó. Las dos conversaciones seguían fluyendo cual corrientes gemelas que se cruzaban para luego bifurcarse: la señora Gifford, animada; la otra mujer, hablándole solemnemente a la mesa, impartiendo a una pequeña sección de hule una clase magistral sobre los conocimientos culinarios adquiridos a lo largo de toda una vida.

—¿Me recuerda, señora Gifford? —preguntó el chico.

La mirada de la anciana se posó un instante en Noel y luego volvió a rebotar.

—Por supuesto, eres el sobrinito de Gloria Kennedy, la última vez que te vi fue en el exterior de la casa de los Woodfield y aún vestías faldones...

—No, fue el pasado septiembre.

—Y fue un otoño particularmente bueno, teníamos cestas y cestas de ciruelas damascenas.

—Yo llevaba una caja de donativos y me dio mucho dinero. Vivía usted en una casa en Chetwynd Road, en una habitación en el último piso, y la primera vez que nos invitó a pasar —alzó la voz sobre la de ella—, la primera vez que nos invitó a pasar, usted llevaba puesta una medalla concedida por haberse declarado en huelga de hambre.

El discurso de la señora Gifford encontró un obstáculo, el borboteo burbujeó al deslizarse por un tocón. Continuó hablando, pero su mirada volvió a descansar en Noel y siguió los movimientos del chico mientras éste sacaba la bolsita de tela del bolsillo.

—Y sé que era una medalla en reconocimiento a la huelga de hambre —continuó diciendo al tiempo de buscaba algo en la bolsa— porque mi madrina también tenía una.

El disco plateado tintineó al colocarlo sobre la mesa con la inscripción cara arriba. La señora Gifford lo observó, su conversación se apagó por un instante antes de reanudarla de repente.

—¡Ah, sí! Matilda Simpkin, aunque nosotras la llamábamos Mattie.

Noel sacudió la cabeza hacia atrás. Para él, oír el nombre en voz alta era como recibir una bofetada con una almohada, como disfrutar de un bufé tan chocante como placentero.

—Mattie Simpkin —repitió la señora Gifford—. ¿Sabías que podía silbar y tararear a la vez?

Noel asintió, si bien no se atrevía a hablar, ni a respirar por miedo a romper

aquel delgado hilo de memoria. La mirada de la señora Gifford quedó fijada en la del chico, de una sensatez verde y gris.

—Cuando apagaban las luces, todas cantábamos *Pan y rosas* en nuestras celdas: «A medida que vamos marchando, marchando, traemos con nosotras días mejores», y entonces Mattie Simpkin silbaba y tarareaba el estribillo, y yo reclinaba la cabeza contra las cañerías para poder oírla.

—Las manos tienen que estar frías para trabajar la masa de repostería —dijo la otra mujer—, pero calientes para el pan, y la mantequilla hay que ponerla en hielo al menos media hora antes de empezar a amasar.

La mirada de la señora Gifford se desvió.

—La semana pasada hubo una fiesta de patinaje en Lancing —comentó— y a Agnes Calder le llegó el hielo hasta los muslos.

Había vuelto a alejarse. Para Noel había sido como ver fugazmente a Mattie por el resquicio de una puerta que se cierra: Mattie, presente y correcta; Mattie, espléndida, sólida, valiente y enérgica. Noel cogió la medalla y la apretó tan fuerte que el borde se le hundió en la mano, luego la volvió a echar en la bolsita y se la extendió a la señora Gifford.

—Esto es para usted.

La anciana la aceptó sin interés aparente, la introdujo en el bolsillo de su rebeca y continuó hablando. Noel se levantó, sintiendo las piernas flojas y frías. Se giró, vio que Vee cruzaba la sala en su dirección y, con extrañado asombro, advirtió que se alegraba de verla.

—¿Listo?

Noel asintió.

—Conocía a Mattie, se acordaba de ella.

—Eso está bien. ¿Podemos irnos ya? Este sitio me da canguelitis.

Noel se quedó dándole vueltas a la última palabra mientras recorrían el pasillo.

—¿Qué es «canguelitis»?

—¿No lo has oído nunca?

—No.

—Pues ya has aprendido algo nuevo. Supongo que significa que le dan a uno escalofríos.

—¿Cuál es el origen de la palabra?

—Ni idea, es lo que decimos por aquí. Mira, ésa va a ser tu próxima tarea.

—¿La etimología de «canguelitis»?

Vee afirmó con la cabeza.

—Arguméntalo. —Lo miró de reojo—. Estás sonriendo.

—A veces también sonrío.

—No lo suficiente.

En el camino de vuelta a la estación, dejó que el chico se sentara en el asiento delantero del Bentley.

Los bombardeos cesaron en mayo, si bien les llevó semanas perder el hábito del miedo nocturno y volver a erguirse, como la hierba una vez que la cuchilla del cortacésped ha cambiado de sentido.

Era un junio radiante y cálido en el que se sucedían los días de cielos resplandecientes. Un buen día, Vee se quedó mirando al voluntario de la Cruz Roja que recogía donativos fuera del Co-operative: envidiaba el alegre cascabeleo de las monedas de la caja y tuvo que esforzarse para apartar la idea.

Había resuelto que estaba aburrida.

—Puede que cuelgue un anuncio en el tablón de la tienda de periódicos.

—¿Para qué?

—Arreglos de costura y trabajos de pasamanería. ¿Crees que tu tía Margery haría este tipo de cosas?

—No veo por qué no.

Noel estaba pesando harina con el ceño fruncido ante la balanza, con la receta de un pastel de patata apoyado en el colador. Había descubierto que al chico se le daba bien cocinar y que, además, ¡a él le encantaba! Algún día sería un marido inusualmente hacendoso, aunque Vee más bien sospechaba que Noel acabaría en la residencia de alguna facultad de Oxford donde se lo darían todo hecho.

—El teléfono vuelve a funcionar —dijo Vee—, la mayor parte del tiempo, al menos. Podría incluir nuestro número en el anuncio.

—De acuerdo.

—Lo único es que... —Vee no habló hasta que Noel se giró y la miró; tenía una mancha blanca en la barbilla.

—¿Qué?

—Tendrías que ser tú quien contestara y tendrías que decir: «Voy a avisar a mi tía». O tendrías que llamarme como si estuviese en la planta de arriba, en el jardín o en la cocina, ¿no?

Noel esperó a que Vee empezara a decir algo que tuviese sentido.

—Es que no me llamas nada —explicó—, no tienes una forma de dirigirte a mí, ni siquiera me dices *tía*.

—¿Ah, no?

—Tienes que haberte dado cuenta. —El chico negó con la cabeza—. Bueno, ¿crees que podrías intentarlo? Habrá veces en las que tengamos que hablar con otras personas. ¿Qué te parece «tita» o «tita Margery»?

A Vee no se le escapaba la falta de convicción que transmitía su propia voz, no se sentía como una tita o una Margery.

—A Mattie simplemente la llamaba por su nombre de pila. ¿No podría hacer eso?

Vee lanzó un suspiro.

—Bueno, vale, aunque puede que la gente lo encuentre un poco raro. Quizás podrías acortarlo un poco. Marge suena mejor que Margery.

Noel volvió a concentrarse en su masa. Vee encontró lo que quedaba de un lápiz y un trozo de papel para forrar cajones y comenzó a redactar su anuncio en el reverso.

—¿«Servicios» se escribe con be o con uve?

—Con uve. Lo de abreviar Margery a Marge...

—¿Sí?

—¿Y si lo acorto un poco más?

—¿Cómo quedaría?

—Te podría llamar Mar.

Vee se giró, pero Noel le daba la espalda, la silueta de sus orejas se recortaba sobre la ventana. Una nube de harina se elevó del cuenco.

—*Mar* —repitió Vee saboreando la palabra, dejando que se le derritiera en la lengua como un terrón de azúcar—. No está mal, cosas peores me han llamado.

AGRADECIMIENTOS

Nunca habría terminado *Corazones en ruinas* sin la amistad, el apoyo y los consejos de Kate Anthony y Gaby Chiappe, los dos escritores a quienes dedico esta novela. Quiero expresar igualmente mi gratitud a Georgia Garret (como siempre) y a Bill Scott-Kerr, a quienes, pese a los largos años de espera por este libro, no les flaqueó la paciencia, ni escatimaron en palabras de ánimo. Por último, me gustaría dar las gracias a los periódicos *Herts Advertiser* y *St Albans Times* (ya extinguido) por haber constituido una fuente rebotante de inspiración.

Título original: *Crooked Heart*

Edición en formato digital: 2016

© Lissa Evans, 2014

© traducción: María Elena Toro Benítez y Adrián García Troncoso, 2016

© de esta edición: Bóveda, 2016

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

administrador@editorialboveda.com

ISBN ebook: 978-84-15497-40-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.editorialboveda.com

Table of Contents

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[Segunda parte](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[Tercera parte](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)